

Everest 1996

Anatoli Bukreev
G. Weston DeWalt



de

El día 10 de mayo de 1996 dos expediciones comerciales lideradas por guías expertos atacan la cumbre más alta del mundo. Pero una tormenta cegadora junto con una inexplicable confluencia de fallos de organización se alían en una conspiración mortal.

Veintitrés hombres y mujeres, golpeados por ráfagas de nieve y vientos huracanados, perdidos en la oscuridad y sin oxígeno, se resignan a morir. En medio de este infierno, Anatoli Bukreev, guía jefe y uno de los mejores alpinistas del mundo, se niega a abandonar la esperanza. Solo, escalando a ciegas en las fauces de la tormenta, consigue salvar vidas humanas abandonadas a una muerte segura.

Una obra que nos cuenta la verdad sobre la mayor tragedia en la historia del Everest. ¿Está hoy realmente al alcance de cualquiera la gloria de la ascensión a la cima más alta del mundo? ¿Cuáles son los riesgos del comercio de la aventura que se ofrece a llevarnos a la legendaria cumbre por sesenta mil dólares?



Anatoli Bukreev & G. Weston DeWalt

Everest 1996

ePUB r1.5
akilino 27.09.14

Título original: *The climb*

Anatoli Bukreev & G. Weston DeWalt, 1998

Traducción: Rosa Fernández Arroyo

Retoque de portada: akilino

Editor digital: akilino

Segundo editor: JeSsE

Corrección de erratas: JeSsE, Matt, Autillo, atuvera

ePub base r1.0



«A la memoria de mi madre»
ANATOLI BUKREEV

«A Dyanna Taylor y a la memoria de Thomas Barton DeWalt»
GARY WESTON DEWALT

Hoy día, escalar no es sólo una moda, es un negocio, y con él llega la creciente tendencia a que las decisiones relacionadas con la escalada —objetivos y decisiones tácticas en el curso de la ascensión— sean también decisiones de negocios. El lado positivo de esto es que ahora los escaladores —como antes que ellos los esquiadores y los navegantes— pueden ganarse la vida haciendo lo que les gusta hacer. El lado negativo es el aumento del número de personas en las zonas de escalada, la proliferación de nuevas normativas dirigidas a los escaladores, y cada vez más, el «circo» del Campo Base del Everest.

CHRISTIAN BECKWITH
«Prefacio», *American Alpine Journal*, 1997

Las montañas no juegan malas pasadas. Están ahí, inmóviles.
BRUCE BARCOTT

Agradecimientos

Los autores desean expresar su gratitud hacia las personas que han contribuido en este esfuerzo, algunas de las cuales, por razones de privacidad, han querido permanecer en el anonimato. Estamos especialmente agradecidos a los miembros de la expedición de 1996 de *Mountain Madness* al Everest.

Son muchos quienes han contribuido a la trama y a la textura de los momentos y sucesos que dieron origen a este libro. Deseamos extender nuestro agradecimiento a: Reina Attias, Kevin Cooney, Charles Ramsburg, Michele Zackeim, Bob Palais, Charlie Mace, Perry Williamson, Gary Neptune, Laurie Brown, Michael DiLorenzo, Todd Skinner, Jack Robbins, David Shenk, Alex Beers, Jack Robbins, Elliot Robinson, Fleur Green, Christian Beckwith, Anne Kirchik, Dr. Roger Miller, Beth Wald y Sue Fearon.

Weston DeWalt debe gratitud especial a Jed Williamson, anterior presidente del Club Alpino Americano y actualmente editor del anuario *Accidents in North American Mountaineering*. Su apoyo a nuestro empeño ha sido una constante fuente de motivación.

Dos traductoras e intérpretes, Natalya Lugovskaya y Barbara Poston, nos han auxiliado durante todo el proyecto, y la forma final de los textos de estas páginas se debe en gran medida a sus incansables esfuerzos.

Nuestra principal investigadora, y a veces entrevistadora, ha sido Terry LeMoncheck, cuyo compromiso con esta tarea ha sido un verdadero regalo. No hubiéramos podido completarlo sin ella.

Y ambos debemos nuestra más profunda gratitud a una amiga especial, Linda Wylie. Su hospitalidad, amabilidad, buen juicio y compromiso con el espíritu humano han logrado, más de una vez, bajarnos de las nubes a los asuntos importantes.

Nota del autor

Cinco días después de la tragedia del 10 de mayo de 1996 en el Everest, nueve escaladores se hallaban sentados en círculo en el Campo Base de *Mountain Madness*, grabando sus pensamientos y sus recuerdos. Muchos de los detalles y algunas de las citas de este libro se han extraído de esas grabaciones. Anatoli Bukreev, que participaba en aquella reunión posterior a la ascensión, ha utilizado esta fuente de información y desea expresar su agradecimiento a todas las personas que en ella intervinieron. Los esfuerzos que todos hicieron para ser fieles a los hechos y reflexionar en torno a ellos han aportado mucho al mero registro histórico. Las citas extraídas de las grabaciones realizadas en aquella reunión se han señalado a lo largo del libro con el símbolo: \$.

Prólogo

En las antiguas inscripciones budistas, el Himalaya se describe como el «almacén de las nieves», y en 1996 este almacén se llenó una y otra vez, porque aquella temporada cayeron sobre la montaña cantidades insólitas de nieve.

A primera hora de la tarde del 10 de mayo de 1996 sopló sobre el Everest una tormenta especialmente violenta, que se prolongó durante más de diez horas en las zonas superiores de la montaña. Veintitrés montañeros, hombres y mujeres, que aquel día habían estado escalando en la vertiente sur, en el lado nepalí, no lograron alcanzar la seguridad de su campamento de altitud. En plena ventisca y sin visibilidad alguna, azotados por vientos huracanados con la fuerza suficiente para volcar un camión, los escaladores se vieron obligados a luchar para sobrevivir.

El grupo había quedado atrapado en la «Zona de la Muerte», como se denomina al ámbito de altitud superior a 8000 metros, en donde la escasez de oxígeno y la prolongada exposición a temperaturas glaciales se combinan para matar con celeridad.

Durante su larga lucha, se encontraron muchas veces con que la visibilidad era nula a más de un brazo de distancia. En algunos tramos contaban con cuerdas que les guiaban y les permitían asegurarse. Los indicadores de presión de sus botellas de oxígeno cayeron a cero, y la rápida confusión de la hipoxia^[1] comenzó a adueñarse incluso de las mentes más racionales. La insensibilidad, presagio de la congelación, hacía que la posibilidad de terminar sufriendo amputaciones pasara de remota a probable. En la oscuridad y a través del aullido de la tormenta, los escaladores negociaban con el destino. ¿Mi vida a cambio de mis dedos? Está bien, pero déjame vivir.

Más abajo en aquella montaña, en el campamento de altura que los escaladores extraviados pugnaban por alcanzar, un montañero y guía ruso estaba librando su propia batalla: gritando, suplicando, tratando de convencer a otros escaladores para que le ayudaran a intentar rescatar a los que estaban allá arriba, perdidos en medio de la tormenta.

Anatoli Nikolaievich Bukreev tomó una decisión, que más tarde otras personas calificarían de suicida. Decidió partir él solo en busca de aquellas personas, en medio de la hiriente ventisca y de la oscuridad, en medio del fragor que uno de los escaladores describiría más tarde como «el estruendo de cien trenes de mercancías pasando sobre tu cabeza». Los esfuerzos de Bukreev darían lugar a lo que el alpinista y escritor Galen Rowell llamaría posteriormente «uno de los rescates más asombrosos de la historia del montañismo».

Dos semanas después del desastre acaecido en el Everest, Bukreev voló desde Katmandú, capital de Nepal, hasta Denver, Colorado, donde fue acogido por sus amigos y trasladado a Santa Fe, Nuevo México, para que pudiera recuperarse después de la penosa experiencia. A su llegada quiso verme, porque unos meses antes, a petición de un amigo común, le había gestionado la compra de una cámara y su envío al Campo Base del Everest. El día 28 de mayo de 1996 nos encontramos por vez primera.

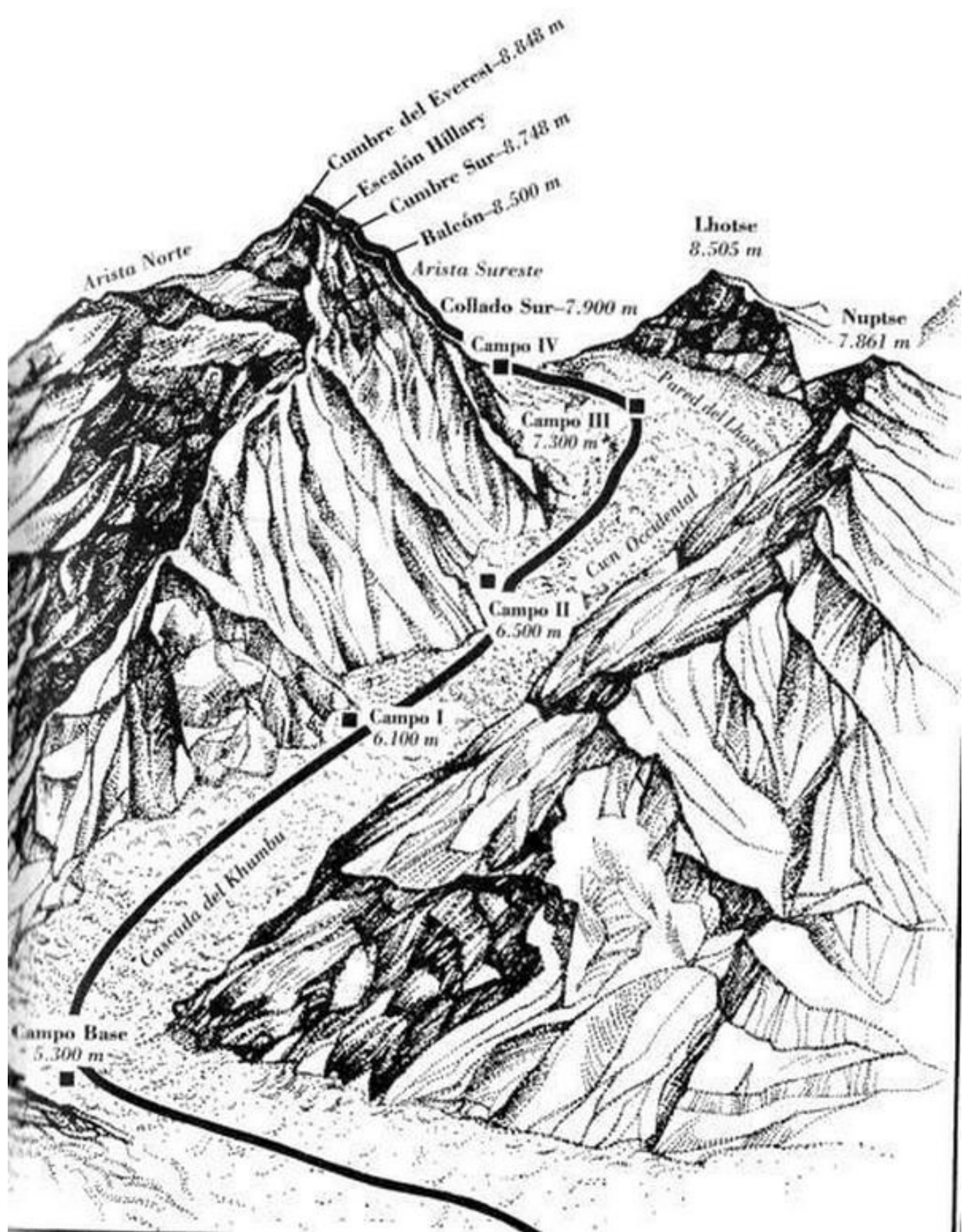
Yo había visto a Bukreev en fotografías tomadas antes de los sucesos del Everest. Delgado, tenso, con una sonrisa confiada, así es como yo le imaginaba. Cuando entré en la casa de nuestra

amiga común, se levantó lentamente de una silla para saludarme. Sus ojos estaban hundidos, cansados. La punta de la nariz y algunas zonas de sus labios estaban cubiertos de piel muerta y ennegrecida, a consecuencia de las congelaciones. Su aspecto era distante; parecía como si hubiera salido de su cuerpo y estuviera en un lugar que no aparece en los mapas.

Había en él algo que me resultaba familiar: ese hueco, ese vacío detrás de sus ojos. Cuando avanzó un paso para estrechar mi mano, caí en la cuenta de cuál era aquella conexión: un soldado ruso a quien encontré en Mozambique durante la guerra local, sentado en la trasera de un camión de transporte militar, con un rifle AK-47 en el regazo. Me miró con aquellos mismos ojos y me advirtió que no le filmara. Fue un momento inquietante, no tanto por la despreocupación con la que apuntaba su arma, sino por el vacío que mostraba en el rostro.

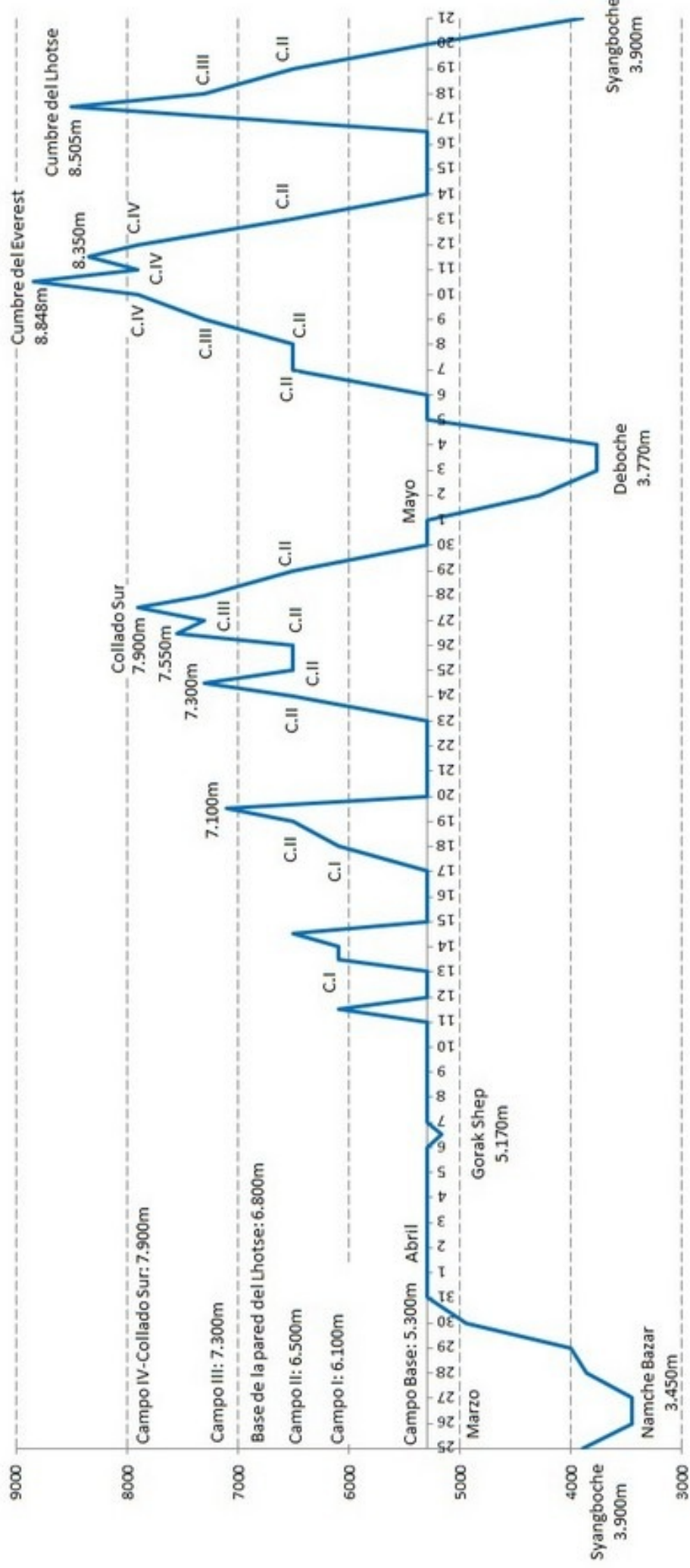
Después de cenar, Anatoli y yo estuvimos conversando. Mis esfuerzos por revivir mis conocimientos de lengua rusa de la universidad fueron infructuosos, así pues Bukreev hablaba en inglés, lo suficientemente fluido y comprensible, pero simple en sus construcciones. Él quería hablar del Everest, no para contar su historia, sino para preguntarse en voz alta qué era lo que había sucedido. Estaba intentando comprender los acontecimientos en que se había visto envuelto.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos, y luego al siguiente, y hablamos mucho. Nuestra común amiga me dijo que Bukreev tenía pesadillas por las noches, inquietantes sueños en los que él se encontraba en el Everest y debía llevar oxígeno a unos escaladores extraviados a los que nunca lograba encontrar. Anatoli nunca me habló de esos sueños, pero sí me contó lo que había sucedido en el Everest: cómo había llegado a la montaña y cómo la había abandonado a finales de mayo. No adornaba su relato ni lo dramatizaba. Preparar una cacerola de té tenía en su narración el mismo peso retórico que perderse en medio de la ventisca. Llegué a apreciar aquel modo tan directo de expresarse y su manera de responder a mis preguntas, que se volvían más difíciles y detalladas a medida que iba aumentando mi curiosidad. Comenzamos a grabar nuestras conversaciones.



A principios de junio de 1996, Bukreev me preguntó si estaría dispuesto a colaborar en su libro. Sí, le expliqué, me interesaba, pero si yo tomaba a mi cargo aquella tarea, iba a querer alternar su experiencia en primera persona con mis propias cuestiones. La idea le pareció atrayente. Él conocía algunos fragmentos de la historia, pero le faltaban otros. Por su parte, sentía tanta curiosidad como yo por saber a dónde iba a conducirnos aquel camino.

Bukreev aportó sus diarios, cartas, cuadernos de expedición y recuerdos personales. Recuperó los diez kilos de peso que había perdido en el Everest; la sonrisa volvió a su rostro. Yo viajé, me entrevisté con las personas que habían escalado con él y con los amigos y socios de los que no habían vuelto. Con la ayuda de traductores, intérpretes y amigos, a través de los hechos que continuaron produciéndose y mientras nuestras vidas seguían su curso, logramos componer esta historia de la ascensión.



CRONOLOGÍA DE LA EXPEDICIÓN AL EVEREST 1996. ANATOLI BUKREEV

25 de marzo Katmandú-Syangboche-Namche Bazaar
26 de marzo Namche Bazaar
27 de marzo Namche Bazaar a Thyangboche
28 de marzo Thyangboche a Pangboche
29 de marzo Pangboche a Lobuche
30 de marzo Lobuche a Campo Base del Everest
31 de marzo Campo Base
1 de abril Campo Base
2 de abril Campo Base
(...)
6 de abril Campo Base
7 de abril Campo Base-Gorak Shep-Campo Base
8 de abril Campo Base
(...)
11 de abril Campo Base (por la Cascada de Khumbu)-Campo I-Campo Base
(...)
13 de abril Campo Base-Campo I
14 de abril Campo I-Campo II-Campo Base
(...)
17 de abril Campo Base-Campo I
18 de abril Campo I-Campo II
19 de abril Campo II (fijando cuerdas hasta 7100 m)-Campo Base
(...)
23 de abril Campo Base-Campo II
24 de abril Campo II-7300 m-Vuelta al Campo II
25 de abril Campo II (Descanso)
26 de abril Campo II-Campo III-7550 m-Vuelta al campo III
27 de abril Campo III-Campo IV-Collado Sur-Campo III
28 de abril Campo III-Campo II (Ayudando a Fischer a descender a Kruse)
29 de abril Campo II-Campo Base (Con Kruse y Gammelgaard)
(...)
10 de mayo Campo IV a Cumbre-Vuelta a Campo IV (Rescate)
11 de mayo Campo IV-8350 m (Intento de rescate de Fischer)
(...)
15 de mayo Campo Base (Grabación de la reunión de cierre de expedición)
16 de mayo Campo Base Inicio ascensión al Lhotse a las 8:30 p. m.
17 de mayo Cumbre del Lhotse-Campo III
(...)

19 de mayo Campo II a Campo Base-Descenso a Syangboche durante la noche

20 de mayo De Syangboche a Katmandú en helicóptero.



Capítulo 1. Mountain Madness

Una estrella intrusa apareció en el cielo nocturno del Himalaya en el mes de marzo de 1996. Durante varios días consecutivos la estrella había estado moviéndose sobre las montañas, arrastrando una larga cola que se desplegaba en la oscuridad como un abanico. Aquella «estrella» era el cometa Hyakutake. Era a comienzos de la temporada de primavera en el Everest (8848 m). Ese intervalo de tiempo comprendido entre el final del invierno y el advenimiento de los monzones del verano ha sido históricamente la época en la que las expediciones al Everest han conseguido un mayor número de éxitos, y la estelar transgresión de Hyakutake era interpretada como un signo siniestro por los sherpas, en cuyas aldeas aquella mancha cósmica estaba siendo motivo de conversaciones y preocupación.

Los sherpas, un grupo étnico originario del Tíbet, muchos de cuyos descendientes habitan hoy día en los valles altos de las montañas del Nepal, obtienen buena parte de sus ingresos familiares a partir de las expediciones montañosas que acuden al Himalaya. Algunos sherpas trabajan como porteadores, cocineros o conductores de yaks; otros asumen papeles más peligrosos y lucrativos como personal de apoyo en altitud, acompañando a las expediciones extranjeras en su compromiso último: la técnica y la resistencia, unidas contra un entorno físico que excluye de su seno cualquier tipo de existencia humana prolongada.

Para el año 1996, cuando se cumplían setenta y cinco años de la primera expedición a la cumbre en 1921, habían perecido más de 140 personas en el Everest. Casi un 40 por ciento de aquellas víctimas habían sido sherpas. Por esta razón, cada vez que se alteraba el orden natural, los sherpas lo tenían muy en cuenta.

Kami Noru tiene alrededor de treinta y cinco años, está casado y es padre de tres niños. Pertenece a esa nueva generación de sherpas que, desde los años cincuenta, han cambiado su vestimenta tradicional por anoraks de goretex y se han decantado por la economía del montañismo. En 1996, como venía sucediendo desde hacía varios años, Kami Noru había sido contratado por la compañía *Himalayan Guides*, dedicada a actividades comerciales de aventura y radicada en Edimburgo, a fin de que prestara sus servicios como *sirdar* (organizador) en una expedición al Everest.

Dirigida por el barbudo y corpulento inglés Henry Todd, jugador retirado de rugby de cincuenta y un años de edad y reconvertido en promotor de expediciones, la compañía *Himalayan Guides* gozaba del prestigio de no haber perdido jamás un cliente. El sentido práctico y la buena suerte de Todd en las montañas y su relación de cooperación con Kami Noru se habían aunado para brindar a ambos un éxito notable en el Himalaya.

En la primavera de 1995, Todd había organizado una expedición comercial al Everest, llevando a sus clientes escaladores por la vertiente norte de la montaña, a la que se accede desde el Tíbet. La expedición había sido un éxito incuestionable. Ocho escaladores de su grupo habían alcanzado la cumbre en el curso del mismo día. Después de aquel éxito, Todd y Kami Noru se sintieron muy satisfechos, aunque no hasta el punto de caer en el exceso de confianza. De hecho, en marzo de 1996 ambos sentían cierta inquietud al pensar en la temporada que estaba a punto de

comenzar.

Kami Noru había señalado a Todd la presencia de la «estrella» errante, y Todd recuerda que a Kami esta presencia le perturbaba. Cuando Todd quiso saber qué significaba este hecho para él y para los otros sherpas, Kami respondió simplemente: «No lo sabemos. Pero no nos gusta».

«Hacia ya algún tiempo que se estaba viendo por allí el cometa», decía Todd, «y, según los sherpas, presagiaba que las cosas no iban a ir del todo bien». Una superstición, claro, pensaba Todd, pero era un asunto digno de preocupación, aunque sólo fuera porque inquietaba a la gente que mejor conocía aquellas montañas.

Al incierto significado de aquella irregularidad estelar, Todd podía añadir sus propios problemas. Siendo ya finales de marzo, las nieves invernales aún no se habían fundido lo suficiente como para permitir sin riesgos el paso de su caravana de yaks por el camino que llevaba hasta el Campo Base del Everest (5300 m). Por una estrecha huella en la nieve profunda estaban subiendo algunos porteadores sherpas, pero pocos más podrían hacerlo. Debido a que la gran cantidad de suministros y víveres que necesita una expedición requiere la capacidad de transporte que ofrecen las caravanas de yaks de porteo, el ritmo del proceso de traslado de cargas estaba viéndose considerablemente ralentizado. Era una contrariedad, aunque todavía no una pesadilla, pero podría acabar siéndolo si los caminos permanecían intransitables muchos más días. El período de buen tiempo para intentar la cumbre del Everest es breve, y concluye bruscamente con la llegada del monzón. Si una expedición no cuenta con todo lo necesario cuando llega el momento de atacar la cumbre, todo el viaje a la montaña habrá sido en vano.

Como cualquiera frente a la incertidumbre, Todd y Kami Noru comenzaron a tomar las medidas necesarias para anticipar o minimizar los problemas a los que cada uno de ellos se enfrentaba. En Katmandú, capital de Nepal (1400 m), quedaban por resolver numerosas cuestiones logísticas mientras esperaban que, más al norte, las nieves siguieran fundiéndose. Ahí Todd recibió varias cajas de whisky escocés J&B como regalo de uno de sus escaladores, esponsorizado en parte por esta destilería. Al dar cuidadosas instrucciones de embalaje a los sherpas encargados de transportar el licor hasta el Campo Base, Todd preveía ciertas noches en las que la libación serviría para relajar tiranteces. Kami Noru, que no bebía whisky, se preparaba a su manera para los acontecimientos que habían de venir.

El día 29 de marzo, en su casa de tejado de pizarra de la aldea de Pangboche (4000 m), extendida sobre un conjunto de terrazas por encima del sendero que serpentea hacia la base del Everest, Kami Noru celebraba una *puja*, ritual de agradecimiento a la montaña y plegaria de bendición. Al amanecer, en una amplia habitación del segundo piso, encima de una estancia que hacía las veces de granero, se sentaban en círculo cinco monjes budistas vestidos con túnicas de colores castaño y azafrán. A su alrededor se hallaban Kami Noru y otros sherpas de Pangboche que habían sido contratados para trabajar en el Everest. La única luz era un resplandor vacilante de color amarillo pálido, procedente de las lámparas de mantequilla de yak, y unos pocos rayos de sol extraviados del amanecer mellaban aquí y allá el entramado de rojos y azules de las alfombras tibetanas que cubrían los suelos de tarima serrada a mano. Espirales de humo se elevaban del fuego del hogar, dejando escapar el olor denso y dulce de las ramas de enebro que ardían a manera

de ofrenda.

Los cánticos de los monjes rebotaban en las paredes y volvían haciendo ecos a sus estribillos. Con cada redoble llegaban la calma y la paz, asegurando que, si los sherpas la honraban, la montaña les protegería y les devolvería a sus hogares. Al terminar la *puja*, los monjes entregaron a cada uno de los participantes un cordón rojo cerrado con un nudo, a manera de amuleto protector. Con callada reverencia y una agradecida inclinación de cabeza, los sherpas aceptaron el regalo y se colocaron al cuello los cordones rojos.

A los pocos días, en vista de que las nieves continuaban fundiéndose, Kami Noru y los otros sherpas partieron de sus hogares encaminándose hacia el Campo Base del Everest, donde se reunirían con la expedición que les había contratado. Trabajando a cambio de un jornal que fluctuaba entre 2.50 y 50 dólares al día, los sherpas ayudarían a instalar los campamentos, transportarían las cargas montaña arriba, cocinarían y servirían a los occidentales que llegaban al Everest en contingentes cada vez mayores.

A principios de los años ochenta, el número de escaladores y personal de soporte expedicionario que se reunía en el Campo Base del Everest durante la temporada de primavera podría haber cabido en un vagón del metro de París. En 1996, más de cuatrocientas personas llegaban cada temporada e instalaban allí sus tiendas, dando al lugar el aspecto de una acampada de oyentes de un concierto de rock. Un escalador describió el Campo Base de 1996 diciendo que tenía «el aspecto de un circo, pero con más payasos dentro de las tiendas». Por muchas razones, sí es cierto que había unos cuantos «títeres» en la montaña aquella temporada de 1996.

Una expedición taiwanesa dirigida por Makalu Gau constituía una fuente inagotable de chascarrillos, que velaban sutilmente una genuina preocupación acerca de la aptitud de aquel grupo y de su capacidad para descender vivos de aquella montaña. Un escalador comentó respecto a ellos: «Hubiera preferido estar en el Everest con un equipo jamaicano de patinaje en hielo». También estaba allí la expedición de *Sunday Times*, de Johannesburgo, que había recibido públicamente los parabienes de Nelson Mandela. Sobre el whisky escocés de Henry Todd circulaban chismes relativos a la inexperiencia de muchos de sus componentes e interrogantes acerca de la veracidad de Ian Woodall, el tenso y destemplado líder de esta expedición.

Al escalador americano y veterano del Everest Ed Viesturs se le había oído declarar: «Aquí arriba están muchos que no deberían estar». Viesturs, de treinta y siete años, trabajaba allí como guía y doblaba como estrella principal para la expedición IMAX/IWERKS de MacGillivray Freeman, dirigida por el escalador y cineasta americano David Breashears. La producción cinematográfica, dotada con uno de los mayores presupuestos jamás adjudicados a un documental sobre el Everest, debía convertirse en una película de gran formato que se estrenaría en 1998. Diseñada para proyectarse en salas equipadas con pantallas gigantes y sistemas de sonido de alta tecnología, esta película ofrecería el Everest virtual al alcance del sillón de cualquiera que deseara verlo.

A sus cuarenta y pocos años, Breashears se había convertido en una especie de leyenda en el Himalaya. Más que ningún otro escalador, excepto quizás Sir Edmund Hillary, primero en pisar con Tenzing Norgay la cumbre más alta del mundo en 1953, Breashears había conseguido hacer

del Everest una fuente continua de beneficios económicos, que constituían para él una parte sustancial de sus ingresos. En 1985 se distinguió por haber guiado hasta la cumbre al millonario y hombre de negocios Dick Bass, de Texas. A sus cincuenta y cinco años, Bass se convirtió así en el escalador más viejo que jamás había puesto pie en la cima del Everest. Este logro representó para muchos un punto de inflexión en la historia de las tentativas en la gran montaña. Los aventureros y los adinerados tomaron buena nota de aquel evento: si un tipo de cincuenta y cinco años provisto de motivación y dinero a discreción pudo hacerlo, ¡entonces cualquiera podría! Las compañías promotoras de expediciones comerciales se aprestaron a satisfacer la demanda así alentada y a dar servicio a aquellos clientes capaces de pagar grandes cifras por ascender grandes montañas^[2].

Ya durante la marcha de aproximación hacia el Campo base del Everest, Breashears y sus compañeros del equipo expedicionario IMAX/IWERKS causaron una cierta impresión. No lejos del hogar de Kami Noru en Pangboche, varios miembros de la expedición hicieron un alto en una casa de té y ocuparon varias mesas. Pidieron té, pero rechazaron la comida local, consumiendo a cambio golosinas que habían traído de los Estados Unidos en sus sacos de equipaje. Un veterano del Campo Base del Everest, que encontró a los componentes del grupo un poquitín demasiado repeinados y asépticos, les colocó el sobrenombre de «los chicos Gucci».

Cerca de la expedición IMAX/IWERKS en el Campo Base del Everest acampaba también el grupo de *Himalayan Guides* de Henry Todd y algunas otras expediciones comerciales que, como la de Todd, habían traído clientes de pago a la montaña. Entre aquellos «perros del dólar», como un cronista del Everest denominaba en privado a los miembros de las expediciones comerciales, se hallaba el grupo de *Adventure Consultants*, liderado por el neozelandés Rob Hall.

Hall, cuya imagen recordaba a la de Lincoln, con su barba negra y su presencia imponente, emanaba una intensidad y una sosegada reserva, que le hacían aparentar más de los treinta y cinco años que en realidad tenía. Desde 1990, año en que su empresa comenzó a llevar expediciones al Everest, Hall había acompañado hasta la cumbre a un total de treinta y nueve escaladores (entre clientes y personal expedicionario). Los anuncios de su compañía que se publicaban en las revistas internacionales de escalada eran grandes, atractivos y no inmodestos. Uno de ellos, publicado a principios de 1995, proclamaba: «¡100% de éxitos! Solicite gratis nuestro catálogo a todo color». Esto es, cien por cien de éxitos hasta mayo del 95, temporada en la que hizo darse la vuelta a todos sus clientes en la tentativa de cumbre, ya que la nieve profunda de las zonas altas había ralentizado en exceso su progresión. En aquella ocasión, nadie alcanzó la cumbre.

En 1996 Rob Hall estaba allí otra vez, dispuesto a probar suerte y a situarse de nuevo, si era posible, en las listas de éxitos. La presión crecía. Las victorias, y no las retiradas, era lo que atraía nuevos negocios, y en 1996 la situación presentaba un desafío adicional: un nuevo competidor había entrado en el juego.

Scott Fischer, procedente de Seattle, en Washington, estaba a punto de llegar a la montaña. Este alpinista de más de un metro noventa, rostro cincelado y simétrico y cabello rubio, largo y flotante, dirigía en Seattle su compañía de actividades de aventura llamada *Mountain Madness*, a modo de una extensión de su ambición personal: escalar montañas por todo el mundo y pasarlo en grande^[3].

Con su talento, buena presencia y encanto, era un perfecto «chico de póster» alpinístico. Poseía una personalidad carismática, con el poder de atracción de un imán industrial. Lograba atraer a sus clientes, motivarlos y conseguir que se comprometieran, que firmaran sus cheques de pago y que hicieran sus mochilas. Era un luchador, pero era nuevo en el negocio de guiar expediciones comerciales al Everest.

Sus motivos para convertirse en un «perro del dólar» eran, tal y como explicaba uno de sus socios, bastante simples: «Creo que contemplaba el éxito de Rob Hall y pensaba: “Si él puede, yo también”. Y no de un modo competitivo ni chulesco, sino sencillamente diciéndose: “¿Qué pasa? Soy un buen escalador. ¿Por qué no hacerlo?... Conseguiré clientes e iré para allá”». También él podía ir y ganar dinero...

La antigua gerente de *Mountain Madness*, Karen Dickinson, describió la decisión de la compañía de organizar expediciones al Everest como «una licenciatura superior en el montañismo de gran altitud. Había una demanda por parte de nuestros clientes y nosotros deseábamos ofrecerles este servicio, o bien perder clientela a favor de la competencia. Si funciona, puede ser muy lucrativo, así pues también existía una motivación económica. Por supuesto, estaba claro que del mismo modo podríamos perder hasta la camisa... Desde el punto de vista financiero, era un juego en el que había que apostar fuerte».

Fischer se fijaba especialmente en los fructíferos resultados que podrían derivarse de una expedición con éxito. Llevaba tiempo pensando en introducir algunos cambios en su vida. Como decía Karen Dickinson: «El año anterior, Scott había cumplido cuarenta años; sus negocios le habían llevado por fin al punto deseado... Había escalado el K2 (8611 m); había escalado el Everest; estaba considerado un guía de talento... Decía que tal vez no iba a volver otra vez a la cumbre del Everest, que contrataría a otros para que lo hicieran».

Estos planes estaban sólo someramente trazados, apenas había habido más que alguna conversación informal entre Fischer y Dickinson, pero quienes le conocían bien opinan que Fischer estaba planteándose el cambio seriamente. Su vida personal, su papel en la compañía, su personalidad pública, todo estaba a la espera de una revisión en el ecuador de su vida.

Fischer llevaba trabajando desde principios de los 80 para desarrollar el negocio de *Mountain Madness*, pero éste nunca le había proporcionado unos ingresos sustanciosos y estables. Su vida era la escalada: su trabajo se lo había permitido, pero él nunca había formado parte del círculo de alpinistas verdaderamente prestigiosos. Sabía, sin embargo, que un éxito comercial en el Everest podría cambiar notablemente las cosas. Si lograba atraer suficientes clientes a 65 000 dólares por cabeza (precio de Hall), y si era capaz de establecer un buen calendario de expediciones a grandes montañas, conseguiría resolver numerosos problemas y financiar muchos cambios.

Parte del reto implícito en esa búsqueda de una nueva dirección venía impuesto por su falta de relevancia internacional. Fischer carecía de la reputación de muchos de los protagonistas del montañismo de altitud, que adornaban las portadas y páginas de las revistas de escalada y de los catálogos de material técnico. Si es cierto que se había esforzado mucho para mejorar como jefe de expedición, su carrera personal como alpinista había quedado relegada a un segundo plano. Había llegado a sentir, como expresaba uno de sus amigos, «que no se le estaba haciendo justicia

en los medios informativos... La prensa no jugaba limpio con él, no se le consideraba con respeto; su nombre no estaba en candelerero; quería reconocimiento».

Las dificultades, en opinión de algunas personas de su círculo, derivaban de su imagen: un buen escalador, instructor, guía y fotógrafo, sí, pero también fanfarrón, despreocupado, amigo de juergas. Estas características le brindaban cierto tipo de notoriedad, pero no ofrecían la imagen que haría sentirse cómodo a un cliente opulento, o que lograra atraer a un espónsor realmente interesante. Para este tipo de personajes, Fischer resultaba demasiado «aleatorio». Una expedición con éxito al Everest, que fuera muy sonada, podría cambiar mucho las cosas...

A golpe de teléfono desde su oficina en West Seattle, Dickinson, Fischer y sus empleados repasaban sus listas de clientes para promocionar la expedición. Enviaban cientos de trípticos publicitarios, impresos a dos colores y con el mismo atractivo gráfico que desplegaría el manual de una cortacésped. *Mountain Madness* no alcanzaba los registros de esplendor que caracterizaban la publicidad de Rob Hall, pero lanzaba a la calle su mensaje: «Los escaladores que participen en la expedición de 1996 podrán probar suerte en la montaña más alta del mundo... Instalaremos una pirámide de campamentos, cada uno de los cuales se aprovisionará desde el inmediatamente inferior. Los guías y sherpas de altitud fijarán cuerdas, instalarán y aprovisionarán los campamentos y servirán de guía en todos los intentos a la cumbre. Los escaladores llevarán cargas ligeras, lo que les permitirá reservar sus energías para la cumbre».

Para los competidores de Fischer en el juego del Everest, no fue una buena noticia oír que *Mountain Madness* había decidido entrar en el mercado. El estilo relajado de Fischer y su oferta de expediciones a los destinos más lejanos de África, Asia y Sudamérica habían atraído a una multitud de clientes de todo el mundo, y su éxito, si se diera el caso, constituiría un problema especialmente para Rob Hall, que había conseguido unos resultados increíbles reclutando clientes americanos para sus expediciones al Everest.

En un esfuerzo por alcanzar mayor eco en la prensa, tanto para *Mountain Madness* como para el propio Fischer, él y sus colaboradores lanzaron sus anzuelos a los medios de comunicación con tanta energía como a sus clientes escaladores, y lo cierto es que pronto picó alguien que prometía ofrecer una oportunidad importante.

Outside, la revista de mayor tirada en los Estados Unidos en el campo del ocio y el aire libre, tenía la intención de sponsorizar al escritor y escalador Jon Krakauer, periodista de Seattle y autor de éxitos de venta, con la intención de que escribiera un artículo acerca del auge de las expediciones comerciales en el Everest. Deseaban comprar para Krakauer un puesto en el equipo de Fischer, pero querían llegar a un acuerdo favorable.

Muy interesado en la oportunidad de contar con un periodista tan competente entre sus filas, *Mountain Madness* negoció audazmente con los ejecutivos de *Outside*. Exploraron una amplia gama de acuerdos e intercambios que pudieran beneficiar a ambas compañías y echaron toda la

leña al fuego. Un socio de Fischer recuerda: «Karen [Dickinson] estaba todo el rato encendiéndoles hogueras debajo de los pies a los de *Outside*, diciéndoles: “¡Claro que sí!”».

Las negociaciones iban bien, y Fischer estaba muy entusiasmado ante las oportunidades que podrían derivarse de esta eventual relación. A cambio de un descuento para *Outside*, *Mountain Madness* presionaba por conseguir un espacio para publicidad y además un artículo, lleno de fotos en color, y que suponían iba a contener preciosos párrafos de inestimable valor promocional. También Krakauer mostraba su entusiasmo, llegando a comentar a uno de los socios de Fischer que le apetecía ir al Everest con Scott, porque su equipo contaba con mejores escaladores que otras compañías y porque Scott era un personaje local y un carácter interesante.

Fischer pensaba que esto podría ser el tipo de propaganda que necesitaba: difusión en la revista más vendida del ramo, cuyos adeptos incluían muchos montañeros y aventureros de alto poder adquisitivo, que podían pagar el precio de las grandes montañas. Recuerda Dickinson: «Durante un largo período estábamos seguros de que Jon iba a venirse con nosotros... Y nosotros le reservamos un puesto, pensando que iba a ser suyo, en tanto negociábamos intensamente con *Outside* las condiciones del pago..., una combinación de publicidad y talón bancario».

Pero, como recuerda un socio de *Mountain Madness*, «En realidad estaban regateando con Karen, y lo que querían, creo yo, era que *Mountain Madness* no les cobrara nada, que le llevaran gratis sólo por contar con alguien importante en la expedición... Por fin, en un momento dado, los de *Outside* fueron a ver a Rob [Hall] y le preguntaron: “Bueno, ¿en cuánto nos lo vas a dejar tú?” y Rob dijo: “En menos de lo que os cobran ellos”. ¡Bingo!». En el último momento, *Outside* compró el billete de Krakauer a *Adventure Consultants*.

Un portavoz de *Outside* dice, recordando la decisión de la revista de aceptar la oferta de Hall, que ellos no eligieron a *Adventure Consultants* únicamente por motivos económicos, sino que también tomaron en consideración el hecho de que Rob Hall «poseía mayor experiencia como guía en el Everest, mejor historial en materia de seguridad y, según Jon Krakauer, llevaban mejores aparatos de oxígeno».

Fischer se encolerizó ante la decisión de *Outside*, diciendo: «Dios mío, eso es típico de los medios de comunicación. Típicos cerdos». Uno de sus amigos recuerda así la indignación de Fischer: «Él opinaba que había sido una cochinado por parte de *Outside* aprovecharse de aquella idea y sacarle toda esa información a Karen [Dickinson, para luego, por una diferencia de tal vez mil dólares —no sé cuánto sería, pero probablemente no fuera una cantidad muy grande— marcharse con Rob».

Se pierde una oportunidad pero aparece otra, tal vez mejor. *Mountain Madness* consiguió fichar a Sandy Hill Pittman, de cuarenta años, editora colaboradora de *Allure* y de *Condé Nast Travelling*. Pittman había escalado ya la más alta montaña en seis de los siete continentes, pero el Everest se le estaba resistiendo. En sus dos intentos previos, uno de ellos guiado por David Breashears, del equipo de IMAX/IWERKS, Sandy se había tenido que dar la vuelta antes de lograr la cumbre.

Pittman era un buen fichaje. Poseía más experiencia en gran altitud que Krakauer, y había llegado a un acuerdo con *NBC Interactive Media* para transferir información diaria a una página

de la *World Wide Web* (www.nbc.com/everest)^[4], de modo que si Fischer lograba que subiera a la cumbre, obtendría por ello más publicidad de la que jamás podría comprar un Papa desde su púlpito. Pero tenía que conseguir llevarla a la cima, y Fischer lo sabía.

«Creo que al principio Scott la consideró alguien importante, una especie de chollo», comentaba un amigo de Fischer. «Si logra que suba a la cumbre, ¡cielos!... ella escribirá sobre él, hablará de él, le llevará consigo sobre la ola de buena fortuna que la transporta». Pero, si no consiguiera hacer cumbre, Scott podría sufrir un fracaso publicitario. Uno de sus socios decía imaginarse a Pittman exclamando: «Fue Scott Fischer, fue Scott Fischer. Fue él quien no me dejó escalar. Yo podría haber subido perfectamente».

Fischer se había asegurado los servicios de tres guías para que acompañaran a los clientes a la cumbre, y no dudó en promocionar ante los posibles interesados el alto grado de cualificación de sus profesionales. En sus folletos publicitarios identificaba así a los guías de la expedición: Nazir Sabir, de Pakistán, guía veterano y organizador de expediciones, con varias cumbres de más de ocho mil metros en su haber; Neil Beidleman, ingeniero aeroespacial, escalador y corredor de ultramaratón, procedente de Aspen, Colorado. Y además, Anatoli Bukreev.

Bukreev, de treinta y ocho años, de nacionalidad rusa y residente en Alma Ata, Kazajstán, estaba considerado como uno de los ochomilistas más destacados del mundo. En la primavera de 1996 había escalado siete de los ochomiles más difíciles del mundo (algunos de ellos más de una vez), y siempre sin utilizar equipos de oxígeno^[5].

Capítulo 2. La invitación al Everest

Scott Fischer y Anatoli Bukreev compartían algunas montañas en su historial alpinístico, pero jamás habían coincidido en ninguna ruta. Gracias a su común amigo, el respetado montañero ruso Vladimir Balyberdin, cada uno de ellos conocía de oídas al otro: Bukreev, al sociable e intrépido americano que en 1992 había escalado el K2, «la Montaña Salvaje», como miembro de una expedición ruso-americana. Y Fischer, por su parte, sabía de las andanzas de aquel escalador disidente que había eludido las filas de la guerra afgana para escalar montañas, y que se estaba convirtiendo rápidamente en una leyenda a causa de su insólita resistencia física y de la rapidez de sus ascensiones en el Himalaya. Finalmente, en mayo de 1994 se encontraron por vez primera uno frente al otro.

Coincidimos en una fiesta en un restaurante de Katmandú, donde Rob Hall celebraba el éxito de su última expedición al Everest. Éramos unos sesenta, entre escaladores, sherpas y amigos, y todos habíamos sido invitados para celebrar el final de la temporada primaveral de escalada en Nepal. El mundo de los ochomilistas es pequeño, y muchos de nosotros nos conocíamos ya de expediciones anteriores, pero aquella era la primera vez que yo coincidía con Scott y con Rob Hall.

Yo acababa de llegar de la primera expedición comercial al Makalu (8463 m), dirigida por mi amigo Thor Kaiser, de Colorado. No habíamos obtenido muy buenos resultados. Sólo habíamos hecho cumbre tres personas, entre los que nos contábamos yo mismo y Neal Beidleman, de Aspen, Colorado. Como nosotros, también Scott celebraba su propio éxito. Por fin, después de tres intentos, había alcanzado la cima del Everest, e inmediatamente la del Lhotse (8511 m), una montaña perteneciente al macizo del Everest. Para Scott había sido un gran logro, especialmente porque había ascendido al Everest sin utilizar oxígeno suplementario y porque había sido el primer americano en escalar el Lhotse.

Para mí, Scott correspondía a la idea clásica que un ruso tiene de un americano. Parecía como salido de una película, alto y guapo. Su sonrisa abierta y benévola arrastraba literalmente a la gente hacia él.

Creo que Scott tenía un gran potencial como ochomilista. He tenido la suerte de escalar con muchos de los mejores alpinistas del mundo, y él podría haberse alineado con los más competentes. Aunque no era tan famoso, yo sentía por Fischer tanto respeto como por otro americano, Ed Viesturs, a quien conocí en 1989. Ed, que ha ascendido nueve de los catorce ochomiles del planeta sin utilizar oxígeno, es para mí el mejor ochomilista de América.

* * *

La suerte quiso que Bukreev y Fischer se encontraran por segunda vez en octubre de 1995, y de nuevo en Katmandú. En aquella ocasión, Bukreev luchaba por asegurarse la continuidad de su carrera alpinística, y Fischer negociaba con el Ministerio de Turismo de Nepal para obtener un permiso de expedición al Everest.

A principios de aquel mismo año, un grupo de escaladores kazajos invitaron a Bukreev a que viajara a Nepal para unirse a su expedición al Manaslu (8162 m), programada para otoño de 1995. Dicha expedición quería ser un homenaje a varios montañeros kazajos que habían fallecido en 1990 en un intento a aquella misma montaña. Bukreev, que ambicionaba escalar los catorce ochomiles del mundo y aún no había ascendido el Manaslu, había aceptado inmediatamente el ofrecimiento y se había entrenado religiosamente para este objetivo.

Al igual que otros estados ex-miembros de la URSS, Kazajstán tiene grandes dificultades para

reunir fondos con los que financiar sus programas alpinísticos. Bukreev no se sorprendió mucho cuando Ervand Ilinskii, que iba a liderar la expedición, le anunció que el grupo no había conseguido suficiente dinero y que tendrían que postergar su tentativa al Manaslu hasta la primavera de 1996.

Justo antes de partir hacia Nepal me entero de que la expedición ha sido cancelada. Pienso, «¿Para qué voy a quedarme en Alma Ata?». Mis oportunidades como ochomilista estaban en el Himalaya, y necesitaba ir allá. Si me quedaba a esperar que la oportunidad fuera a buscarme a Kazajstán, mi carrera podría terminarse. Así pues, volé a Katmandú con la esperanza de encontrar un trabajo como guía o una expedición a un ochomil en la que pudiera enrolarme.

Cuando llegué a Katmandú no había disponible ningún trabajo como guía, pero sí me encontré a unos amigos de Georgia con los que había estado escalando en los macizos asiáticos de Pamir y Tien Shan.

A diferencia de los kazajos, los escaladores georgianos habían conseguido los fondos necesarios para financiarse una expedición al Dhaulagiri (8167 m), y reconociendo la experiencia de Bukreev y su potencial contribución al esfuerzo común en la montaña, le invitaron a adherirse al grupo a condición de que él pagara sus propios gastos y la parte proporcional del importe del permiso cobrado por el gobierno del Nepal. Las duras realidades que habían llegado con el desmoronamiento de la Unión Soviética iban alterando lentamente la tradición de generosidad propia de los días en que existía financiación estatal, y a pesar de sus limitados recursos personales, Bukreev aceptó el ofrecimiento.

Los georgianos pensaban que la presencia de Bukreev en la expedición podría ser mal interpretada y, tal vez, oscurecer la repercusión pública de un eventual éxito por parte del grupo, así pues se acordó que Bukreev escalaría con ellos hasta que llegara el momento de realizar el ataque final a la cumbre, momento a partir del cual seguirían rutas diferentes. Si conseguían llegar a la cima, los georgianos no querían dar la impresión de haber dependido de la experiencia de un ruso, y menos aún de un ruso de Kazajstán. El asunto en este caso no era tanto la competitividad entre escaladores (aspecto predominante en el montañismo himaláyico), como un problema político y de orgullo nacionalista.

El día 8 de octubre de 1995, en solitario y sin oxígeno, Bukreev coronó la cumbre del Dhaulagiri. Sin pretenderlo, había realizado la ascensión más rápida jamás efectuada en aquella montaña, en diecisiete horas y quince minutos.

El 20 de octubre, de vuelta en Katmandú, Bukreev se puso inmediatamente a trabajar, buscando oportunidades y planeando continuar sus conversaciones con Henry Todd, de *Himalayan Guides*, quien le había hecho una oferta verbal de trabajo. En mayo de 1995 había sido Bukreev quien guiara la afortunada expedición de Todd en la Cara Norte del Everest, mientras Todd permanecía en el Campo Base recuperándose de una lesión de espalda. Ante el éxito de Bukreev, Todd estaba deseoso de asegurarse los servicios de éste para la temporada de 1996, en la que proyectaba organizar una expedición al Everest desde su Cara Sur, siguiendo la ruta de la Arista

Sudeste, la más popular para acceder a la cumbre.

Acababa de desayunar y caminaba por una estrecha callejuela del barrio de Thamel, en la que el tráfico había quedado completamente bloqueado. En medio de la confusión de *rickshaws*, motocarros, coches y camiones, oí que alguien gritaba mi nombre, y desde uno de los coches vi brazos que se agitaban y me hacían señas. Al mirar con atención reconocí a algunos de mis amigos escaladores de Alma Ata, y me aproximé a su coche. Acababan de llegar del aeropuerto, y estaban radiantes de alegría. De algún modo la expedición al Manaslu se había adelantado; alguien había arañado el dinero necesario y el nuevo plan consistía en realizar la ascensión en diciembre de 1995, en lugar de esperar a la primavera del 96. Esto era fantástico por dos motivos: en primer lugar, ¡había expedición! En segundo, yo tendría así más flexibilidad para encontrar trabajo como guía para la próxima primavera. Sólo unos pocos días más tarde, encontré a Scott.

Bajaba por una calleja cuando le vi curioseando por las casetas del mercado cerca del Skala, la pensión regentada por un sherpa en la que yo me alojaba. Pensé que tal vez no se acordaría de mí, así pues le di un toqucito en el hombro y le pregunté qué tal iban las cosas en América. Inmediatamente me reconoció y esbozó una amplia sonrisa.

«¡Eh, Anatoli! ¿Cómo te va? ¿Tienes tiempo para tomar una cerveza?».

Entramos en un restaurante cerca del Ministerio de Turismo, donde él tenía una reunión aquella misma tarde, y nos pusimos mutuamente al día acerca de lo que cada uno había hecho desde la última vez que nos habíamos visto. Scott me dijo que había tenido buena suerte guiando una expedición al Broad Peak, en Pakistán (8047 m) y que ahora estaba tramitando un permiso para el Everest. La política de los permisos era increíble, me dijo, así como los precios que estaban pidiendo por ellos. «Cincuenta mil dólares para cinco escaladores, y diez mil dólares más por cada escalador adicional. Desorbitado». Me dijo que ya se habían apuntado unos cuantos clientes y que todo parecía indicar que irían, si es que finalmente conseguía el permiso.

Fischer estaba jugando al juego de la «cáscara del Everest». Había estado promocionando su expedición al Everest sin contar aún con un permiso en mano, práctica no infrecuente entre los organizadores de expediciones comerciales. Decía Karen Dickinson: «Sudábamos lo indecible. El año anterior habíamos querido enviar una expedición al Everest y no nos llegaba el permiso. Así pues decidimos suspender la salida. Y entonces, naturalmente, nos dieron el permiso, allá a finales de enero, y pensamos “Ahora ya es demasiado tarde”, y todos nuestros competidores habían mentido diciendo que tenían el permiso cuando no lo tenían, y sus expediciones salieron. Así que en el 96 decíamos “Oh, sí, tenemos un permiso”... pero no lo tuvimos en mano hasta febrero».

Scott me preguntó qué estaba haciendo en Katmandú, y le dije que acababa de llegar del Dhaulagiri y que lo había escalado por segunda vez. «¿Has estado guiando a alguien?», me preguntó. «No, ha sido sólo por gusto», le dije. «Tuve la oportunidad de enrolarme con una expedición georgiana y realizar una ascensión rápida». Creo que Scott se sorprendió. «¿No guiabas a ningún cliente de pago?» me preguntó riendo. En aquellos momentos mis bolsillos estaban ya prácticamente vacíos y su pregunta parecía razonable. Scott conocía la situación en la antigua Unión Soviética, en la que el apoyo financiero a los escaladores había desaparecido casi por completo. Ambos habíamos oído las noticias, nuestro común amigo Vladimir Balyberdlin había muerto en San Petersburgo mientras trabajaba con su automóvil particular como taxi pirata.

Yo no tenía muchas ganas de hablar sobre malos tiempos, así pues dije a Scott: «El mes que viene me voy al Manaslu con un grupo de Kazajstán. ¿Te quieres venir?». Al principio Scott permaneció en silencio, luego comprendió que yo hablaba en serio y comenzó a reír de nuevo, diciendo lo mucho que envidiaba mis aventuras extremas.

Scott sabía, como yo, que ningún americano había subido por entonces al Manaslu. «Podrías ser tú el primero», le dije. Se elevaron sus cejas y sus ojos refulgieron. «Oh, Anatoli, me gustaría muchísimo, pero estoy terriblemente ocupado. Tengo que organizar esta salida al Everest para mayo, y tengo que trabajar en el Kilimanjaro. Palabra que me encantaría, amigo, pero maldita sea, estoy demasiado ocupado».

La agenda de Fischer con *Mountain Madness* le llevaba por todo el mundo alejándole de la familia a quien amaba. Su casa en West Seattle era el lugar donde tenía su ropa en el armario y donde vivían Jeannie, su mujer, y sus dos hijos, pero cada vez con mayor frecuencia andaba por ahí con sus cosas en una maleta o en un petate de expedición, soportando discusiones con funcionarios de aduanas desprovistos de escrúpulos y de sentido del humor. Al decir de Karen Dickinson, solía encontrarse con problemas en los aeropuertos y hasta había tenido que desnudarse por completo en algún registro aduanero, porque él, claro, él iba con su coleta y su pendiente de oro, y su calendario de viajes parecía carente de sentido: hoy se iba a Tailandia, mañana a Nepal, después marchaba a África, así que el personal de las aduanas siempre andaba buscándole las vueltas: «Ah, claro, ¿y en qué negocios dices que andas?».

Traté de lograr que escapara de su agenda, que hiciera algo para sí mismo, que escalara. Le dije: «Estoy seguro de que tendremos éxito. Nuestro equipo es realmente fuerte, y tu presencia lo haría más fuerte aún. ¡Ven con nosotros!». Me daba cuenta de lo difícil que le resultaba rechazar mi invitación. Era evidente que su trabajo le llevaba en una dirección y su amor por las montañas en otra diferente. Me dijo: «Yo no tengo tanta libertad como tú. Tengo obligaciones, un negocio, compromisos familiares». Comprendí su dilema. Para un himalayista, resulta extraordinariamente difícil financiarse la actividad en las montañas sin caer de un modo u otro en tejemanejes comerciales. No obstante, me sentí decepcionado al escuchar su negativa.

Mientras charlaban, Fischer no cesaba de mirar su reloj, preocupado ante su inminente cita en el Ministerio de Turismo y deseoso de mostrarse puntual y debidamente respetuoso hacia las autoridades. Las buenas relaciones con los burócratas son indispensables: si no hay papeles, no hay escalada.

Cuando Scott se levantó para irse, me preguntó si podíamos vernos al día siguiente para desayunar juntos en el hotel Manang, donde se hospedaba. Tenía, me dijo, algunos asuntos de los que quería hablar conmigo.

Bukreev estaba impaciente por ver a Fischer de nuevo, porque sabía que el americano estaba expandiendo el ámbito de sus operaciones, buscando nuevos mercados, y Bukreev necesitaba oportunidades. Para él, los años posteriores al colapso de la Unión Soviética habían resultado más difíciles de lo que Scott nunca hubiera imaginado. El mundillo montañero soviético había quedado diezmado. Muchos de los escaladores de la generación de Bukreev, entre los que figuraban algunos de los montañeros más cualificados del mundo, eran ahora prácticamente indigentes. Quienes tenían familias por alimentar tuvieron que olvidarse de sus ambiciones y trabajar gestionando albergues de montaña o enseñando a esquiar a los hijos de jefes mafiosos, o cualquier otra cosa que les permitiera llevar el pan a casa.

Bukreev conoció la desesperanza y la humillación que llegaron como consecuencia de la falta de apoyo estatal. Después de su fructífera ascensión al Makalu en 1994, mientras Neal Beidleman y los otros americanos miembros de la expedición volaban hacia casa, él tuvo que meterse en el hotel más barato de Katmandú y vender su equipo de escalada para poder comprar un billete de vuelta a Alma Ata. Un día, al mirarse al espejo, se dio cuenta de que a pesar de los rigores y desafíos del Makalu había ganado peso gracias a la comida de la expedición, mucho mejor de la que podía adquirir en su país. Todos sus compañeros americanos habían perdido peso, algunos

cerca de diez kilos. Su carrera estuvo a punto de acabar por entonces, y ahora mismo no estaba muy lejos de la misma situación.

Estaba deseoso de hablar con Scott acerca del potencial alpinístico de las montañas de Kazajstán. Allí, las oportunidades estaban aguardando a que alguien fuera a aprovecharlas. Estas montañas, que durante mucho tiempo habían sido el terreno de entrenamiento de los escaladores de la antigua Unión Soviética, presentan muchos retos interesantes. Las infraestructuras eran escasas, había pocos hoteles, pero empezaba a haber dinero en el país, y en mi opinión, una persona tan capacitada como Scott quizás pudiera empezar a poner algunas cosas en marcha.

A la mañana siguiente, sobre la segunda y la tercera taza de café, Fischer y Bukreev estuvieron mirando mapas de Kazajstán y algunos folletos de Tien Shan y del Pamir, que Bukreev había traído consigo a la cita con Scott. Éste parecía intrigado, hizo bastantes preguntas bien dirigidas y repentinamente trasladó el tema de la conversación al Everest. Deseaba hablar de la experiencia que Bukreev había tenido. Como todos los himalayistas, permanentemente atentos a las noticias procedentes de las grandes montañas, Fischer quiso conocer los detalles del éxito de Bukreev el año anterior con *Himalayan Guides*, de Henry Todd. De los siete escaladores a los que Bukreev había guiado al Everest, tres habían realizado sendas primeras: la primera ascensión galesa, la primera danesa y la primera brasileña.

Scott habló largo y tendido acerca del Everest, y luego pasaron a comentar aspectos del montañismo guiado en grandes altitudes, y de cómo éste difería de las experiencias de ambos en cotas más moderadas. Dijo que le interesaban otras montañas aparte del Everest, que tenía muchos planes para el futuro, para todos los ochomiles. Estaba pensando seriamente en la posibilidad de una expedición comercial en el K2. A muchos americanos les interesaría algo así, decía. «Necesitaré unos cuantos buenos guías, tal vez seis; tal vez guías rusos que estén dispuestos a correr el riesgo, ya que no son muchos los americanos capacitados para hacerlo».

Aunque el K2 es «sólo» la segunda montaña del mundo por su altitud, suele contemplarse como la más peligrosa de todas las cumbres de más de ocho mil metros. Debido a su forma piramidal, la escalada más ardua corresponde a las zonas más altas de sus flancos y representa uno de los grandes retos del himalayismo. Fischer conocía bien la dificultad de sus rutas y las dramáticas historias —demasiadas de las cuales eran trágicas— de sus tentativas y ascensiones. De hecho, Fischer había tomado parte en una de las más dramáticas de estas historias, como supo Bukreev.

En agosto de 1992, después de haber coronado la cumbre del K2, Fischer descendía de la montaña de noche y en medio de una tormenta, agotado y con un hombro lesionado, y además descolgando consigo el peso muerto de otro escalador, que Fischer transportaba atado a su propio arnés. Este escalador era el neozelandés Gary Hall, socio de Rob y que, incapacitado por un edema pulmonar, no podía moverse por sí mismo. La heroica actuación de Fischer le salvó la vida^[6].

Dije a Scott: «Lo que sirve para el Everest sirve para el K2. Tú lo sabes. Has estado allí. No hay lugar para errores. Necesitas buen tiempo y muy buena suerte. Necesitas también guías muy cualificados, escaladores

profesionales con experiencia en grandes altitudes y que conozcan la montaña. ¿Y los clientes? Tendrás que seleccionarlos cuidadosamente; necesitas personas capaces de asumir las responsabilidades y los retos de la gran altitud. Esto no es el Mount Rainier^[7]. Escalar en cotas altas requiere un conjunto diferente de reglas. Tendrás que desarrollar la autoconfianza de tus clientes escaladores, porque no podrás llevarlos de la mano todo el tiempo. Es peligroso decir que se puede guiar a alguien hasta la cumbre del Everest del mismo modo que se haría en el McKinley^[8]». Scott escuchó atentamente, y luego me dio una sorpresa.

«Necesito un guía de escalada», me dijo, «alguien que tenga tanta experiencia como tú. Vente conmigo al Everest, y después del Everest estudiaremos la posibilidad de hacer el K2 con un equipo de guías rusos y también escalar en Tien Shan. ¿Qué me dices?».

No tuve más remedio que decir a Scott que había recibido ya una oferta por parte de Henry Todd, de *Himalayan Guides*, quien como él estaba proyectando realizar una expedición comercial al Everest desde su lado nepalí, siempre y cuando consiguiera un permiso y suficientes clientes. Le dije que en Rusia teníamos una expresión, «Nadie cambia de pony en un vado». Scott rio y me preguntó cuánto iba a pagarme Henry Todd. Cuando se lo dije, me respondió:

«Mira, tú eres un agente libre. No has firmado ningún contrato escrito». Y entonces se ofreció a pagarme casi el doble de lo que Henry me había ofrecido.

Para Bukreev era una invitación magnífica, y la oferta de proyectos posteriores también resultaba prometedora. Bukreev tenía mucha confianza en la capacidad de Fischer para capear los problemas impuestos por la organización de una expedición, e igualmente le apreciaba como escalador. Además, Beidleman era amigo suyo. En 1994, Bukreev le había apoyado en su tentativa de escalar el Makalu, primer ochomil de Beidleman, y sentía un gran respeto por la determinación que había mostrado aquel americano durante el largo y agotador esfuerzo. Bukreev había observado que poseía una resistencia extraordinaria, porque era corredor de ultramaratones. Sin embargo, las exigencias de la escalada en altas cotas resultan muy distintas de las que plantea la carrera de larga distancia, y Beidleman carecía de experiencia en el Everest.

Yo no quería decir que no, pero tampoco me parecía oportuno aceptar en aquel momento, así que opté, en cambio, por pedir a Scott cinco mil dólares más de lo que él acababa de ofrecerme. Pensé que, si él accedía, Henry estaría más dispuesto a comprender mi postura al aceptar semejante oferta. Scott dejó en la mesa su taza de café y me miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. «Ni pensarlo», respondió.

Le dije: «Está bien, no hay problema». Honradamente, creí que aquel iba a ser el final de nuestra conversación y que yo trabajaría para Henry Todd como lo había hecho el año anterior, pero entonces Scott me sugirió: «Piensa en lo que te estoy ofreciendo», y se levantó para marcharse a otra cita que tenía en el Ministerio de Turismo. Al salir, dijo: «Desayunemos juntos mañana en donde Mike. ¿A las nueve? Piénsatelo».

A la mañana siguiente Bukreev llegó antes de la hora prevista a Mike's Breakfast, un restaurante del barrio de Thamel muy frecuentado por los escaladores americanos y por los expatriados de Katmandú, debido a su café y a sus tortitas que representaban una especie de guiño a los deseos de consuelo gastronómico y a la nostalgia del hogar. Mientras buscaba una mesa, Bukreev ensayaba en inglés lo que había pensado decir a Fischer: que estaba dispuesto a aceptar las condiciones que Scott le había ofrecido el día anterior. No pensaba insistir sobre el pellizco adicional de dólares. La relación con *Mountain Madness*, pensaba él, podría ser productiva. Pero si no tenía un comienzo, jamás tendría futuro. Transcurrieron treinta minutos, transcurrió una hora. Bukreev pidió el desayuno, sospechando que Fischer había cambiado de opinión y que él había perdido su oportunidad.

Había terminado ya mi desayuno y acababa de pagar al camarero cuando vi a Scott que entraba al restaurante con su agente, P. B. Thapa, de la compañía *Him Treks* de Katmandú, que se encargaría de la logística de la expedición de *Mountain Madness* en Nepal. Scott se acercó a mi mesa, sonriendo como siempre, dijo «Buenos días», e inmediatamente, antes incluso de que yo pudiera responderle, interrogó: «¿Estás dispuesto a venirte al Everest conmigo?». Y yo le respondí, bromeando, «¿Estás dispuesto a pagarme lo que te pedí?». Sin dudarlo un momento dijo: «Sí».

Una vez tomada la decisión, P. B. Thapa, Fischer y Bukreev comenzaron a dirimir los detalles de planificación de la salida. Una de las preocupaciones más inmediatas para Fischer era la cantidad de oxígeno que tendría que encargarse para sus clientes. Había oído hablar de una nueva empresa rusa, Poisk, radicada en San Petersburgo, que ofrecía un envase de titanio de peso reducido, al menos medio kilo más ligero que el cilindro convencional de tres litros que suele utilizarse en las montañas. Fischer tenía interés en aligerar en lo posible las cargas de sus clientes. Bukreev tenía contactos en la fábrica de San Petersburgo, y acordaron que tan pronto regresara del Manaslu, Bukreev iniciaría inmediatamente las negociaciones con esa compañía.

Unos días más tarde me reuní con Scott en el hotel donde se alojaban mis amigos de Georgia, y le mostré algunas de las tiendas de altitud fabricadas en los Urales, que habían sido utilizadas en el Dhaulagiri. De buena calidad, y probadas bajo condiciones de fortísimos vientos a grandes alturas. Scott compró una de ellas y me encargó que consiguiera que los fabricantes nos hicieran otra siguiendo algunas especificaciones de Scott. Convinimos en que yo me cuidaría de este tema, así como del oxígeno.

Bukreev y Fischer se separaron, satisfechos uno y otro por los acuerdos alcanzados. Por primera vez en varios años, Bukreev veía un futuro con posibilidades reales, y este año no tendría que vender su piolet ni ninguna otra pieza de su equipo para poder volver a casa, ya que Fischer le había adelantado algún dinero a cuenta de su contrato. También Fischer estaba contento. Para bien de su expedición y de sus clientes había logrado asegurarse los servicios de uno de los escaladores más fuertes del Himalaya. Como más tarde explicó a sus amigos, había contratado a Bukreev por un motivo muy específico: «En el caso de que algo llegara a torcerse, Anatoli estará allí para sacarnos de la montaña».

Karen Dickinson recuerda lo entusiasmado que estaba Fischer por haber conseguido enrolar a Bukreev. «Oí decir a Scott: “No se puede pedir un escalador más fuerte que Anatoli para que esté en el Everest con nosotros. ¿Quién sabe lo que puede suceder allá arriba?”».

Capítulo 3. Las negociaciones

Me sentía agradecido por la invitación de Scott para unirme a su expedición al Everest, y estaba muy impaciente por desarrollar una estrecha relación de colaboración con él. Pensé en mis amigos, montañeros como yo, que nunca tendrían una oportunidad igual. Destruídos sus sueños bajo el peso de las realidades económicas que sucedieron a la desintegración de la Unión Soviética, muchos de ellos jamás volverán a las montañas. Pensé en los escaladores que habían muerto en sus tentativas de hacer avanzar el montañismo soviético, tentativas que eran ya auténticas leyendas en la historia del himalayismo. A mi modo de ver, resultaba insultante presenciar cómo la causa por la que muchos de ellos habían muerto estaba hoy, también ella, muriendo lentamente.

A principios de noviembre, Bukreev y los miembros del equipo kazajo continuaban sus preparativos para la ascensión del Manaslu. Todavía cansado, tanto psicológica como físicamente, después de la escalada al Dhaulagiri que había realizado poco más de un mes antes, Bukreev se sentía comprometido en la empresa común de los escaladores kazajos y se concentraba en el desafío que ésta presentaba.

Como todas las tentativas en alta montaña, ésta presentaba una serie de riesgos propios a los que había que añadir el hecho de tratarse de una ascensión invernal y que algunos de los miembros del grupo eran jóvenes y relativamente inexpertos. Estos elementos combinados —los caprichos de la climatología invernal y las personalidades aún no puestas a prueba— no contribuían a mejorar las probabilidades de éxito, pero Bukreev, alentado por la fortaleza de los escaladores de más edad, algunos de los cuales habían alcanzado con él la cumbre del Kangchenjunga (8586 m) en 1989, no se sentía en exceso preocupado. Más tarde, Bukreev diría al respecto: «El final de una carretera es sólo el comienzo de otra nueva, aún más larga y difícil». La carretera hacia el Manaslu estuvo a punto de resultar mortal.

Fischer, que había volado a Dinamarca después de contratar a Bukreev, empezando a andar por su propia carretera, reuniendo al equipo humano que había de acompañarle al Everest. Había acudido a Copenhague para pasar algún tiempo con Lene Gammelgaard, de treinta y cuatro años, abogada, terapeuta y aventurera, a quien había conocido en el Himalaya en 1991 y con la cual se carteaba desde entonces. En su correspondencia, ambos habían sido abiertos y sinceros, Fischer acerca de su carrera y ambiciones personales, Gammelgaard acerca de su vida, sus ambiciones y su interés por la escalada, y ambos acerca del futuro.

Gammelgaard recuerda: «Después de conocernos en 1991 continuamos escribiéndonos cartas, pensando que tal vez podríamos reunirnos para escalar en Europa, o bien yo podría ir a Alaska y realizar una ascensión allí. Finalmente, en 1995, todo pareció cuajar».

Fischer había animado a Gammelgaard para que se uniera a su expedición de 1995 al Broad Peak y escalara así su primer ochomil, pero en los años que habían transcurrido desde su primer encuentro, Gammelgaard había tomado una decisión. No iba a escalar más montañas grandes. Ahora tenía nuevas prioridades y las llevó consigo a Pakistán para comentarlas personalmente con Fischer.

«Fui allá sabiendo que acabaría dejando el montañismo», afirma Lene. «Yo deseaba tener una familia, quería tener niños, asentarme, mantener mi trayectoria, pero para hacer eso no podía

seguir por ahí escalando montañas».

Junto al resto del grupo expedicionario, Fischer y Gammelgaard realizaron la marcha de aproximación al Campo Base del Broad Peak, y Gammelgaard expuso claramente su decisión a Fischer. «Para mí fue una especie de punto de inflexión, en el que decidí: “Muy bien, ahora me voy a contentar con hacer sólo el trekking y veré si me siento bien así”. Fue, por tanto, una decisión muy consciente. “Bien, ahora ya soy adulta. Estoy tomando la decisión correcta”».

Gammelgaard estaba decidida, resuelta y firme en su propósito. «Entonces Scott me preguntó si quería ir al Everest en la primavera de 1996». Sin dudarlo, sin un momento de reflexión, Gammelgaard respondió inmediatamente: «¡Sí!». Ninguna mujer escandinava había alcanzado la cumbre del Everest, y éste había sido su sueño durante años. De modo que aún le quedaba una montaña por escalar.

«Volví a Dinamarca pensando: “Voy a tranquilizarme hasta ver si este tipo sobrevive al Broad Peak, porque de lo contrario no habrá expedición al Everest”. Así que, como si dijéramos, retuve el aliento un tiempo hasta que me llegó el mensaje de que había bajado sano y salvo. Entonces empecé a trabajar para conseguir financiación».

Fischer quería que Gammelgaard formara parte de la expedición y se había ofrecido para ayudarla a conseguir fondos. Gammelgaard recuerda: «Fue un trabajo muy duro, ocho o diez horas al día, continuamente llamando, escribiendo, promocionando, sirviéndome de la prensa para crearme cierta imagen pública y atraer algún patrocinador. Así que fue una especie de tarea estratégicamente planeada, con utilización de los medios de comunicación, para conseguir reunir el dinero».

En el pasado, también Fischer había tenido que reunir fondos de esta misma forma y fue de gran ayuda para Gammelgaard, pero no era el Scott de siempre. «Tenía prevista una gran expedición al Kilimanjaro para enero de 1996», recuerda ella. «Tenía un programa realmente apretado desde enero hasta la fecha de la expedición al Everest; me llamó la atención su estado de agotamiento. Estaba completamente extenuado. Siempre se encontraba cansado. Siempre estaba sintiéndose mal. Él era mi amigo, así que probé con todo cuanto se puede sugerir a un hombre adulto: tienes que descansar, realmente debes parar, tal vez tomarte un respiro de medio año, o tal vez de un año entero. Porque llevaba toda la vida obligándose a sí mismo, y hasta entonces había podido soportarlo, porque físicamente era un hombre muy fuerte».

Gammelgaard sabía que Fischer estaba luchando contra sus límites personales. Él le había escrito después de su éxito y su lesión en el K2 en 1992, reflexionando acerca de estos hechos y diciéndose a sí mismo que «tenía que volverse humilde, tenía que aprender a ser humilde, porque no quería morir en las montañas».

En opinión de Gammelgaard, uno de los problemas era la imagen que la gente tenía de él, y que Scott se sentía en la obligación de mantener. «En Pakistán, era realmente chocante ver cómo la gente que formaba parte del grupo de apoyo sólo veía en él la imagen de un héroe. Eran incapaces de apreciar al ser humano. Sencillamente, se mostraban ciegos por completo a la realidad. Tenían la imagen de lo que debe ser un héroe y se dirigían a él como si lo fuera, pero no lo veían, y yo pensaba “¿Es eso un síntoma americano? ¿Cómo pueden estar tan ciegos?” Y creo

que quizás la gente de *Mountain Madness*, sus compañeros de trabajo, tampoco trataban de sujetarle, de decirle: “Ahora tienes que calmarte y volver al suelo”. Ellos le necesitaban para generar dinero y también él jugaba al mismo juego, así pues la culpa era suya. A nadie más se podía culpar; Scott era un hombre adulto».

El 6 de diciembre los kazajos y yo, diez personas en total, habíamos ascendido hasta 6800 metros en el Manaslu, y allí pasamos una noche increíblemente fría. Las temperaturas exteriores descendieron a cuarenta grados bajo cero. Al día siguiente avanzamos hasta 7400 metros y, sobre una plataforma de nieve acumulada y endurecida, instalamos lo que sería nuestro campamento más alto, el Campo IV, lugar desde el cual planeábamos realizar el ataque a la cumbre. En cada una de las dos tiendas de cuatro plazas nos comprimimos cinco escaladores y así pasamos una noche en la que el viento alcanzó casi los 100 kilómetros por hora. Mirando periódicamente el termómetro, comprobé que la temperatura apenas subió de los veinte grados bajo cero.

A las 4:00 de la mañana siguiente, con intención de partir los dos al mismo tiempo, los diez escaladores iniciaron sus preparativos para el ataque final, pero en el reducido espacio de las tiendas resultaba imposible prepararse todos al mismo tiempo, así pues decidieron escalonar las salidas. A las 6:00 de la mañana los primeros escaladores comenzaron a ascender las graduales pendientes de hielo y nieve dura que llevaban a la arista cimera, cargada de cornisas. Entre las 10:00 y las 11:30 de la mañana, ocho de los diez escaladores hicieron cumbre. Otros dos, Michael Mikhaelov y Demetri Grekov, fatigados en etapas anteriores de la ascensión, volvieron atrás antes de alcanzar la cima.

Alrededor de las 2:00 de la tarde los ocho escaladores que habían coronado la cumbre estaban de vuelta en el Campo IV, donde esperaban Michael Mikhaelov y Demetri Grekov, que habían descendido previamente. Permanecimos allí un rato para entrar en calor y acto seguido iniciamos el descenso. Mientras bajábamos hacia el Campo III, observé que muchos de mis compañeros se movían con lentitud y lo estaban pasando mal debido a la prolongada exposición al frío y a la altitud. Sobre las 6:00 de la tarde, en medio de la oscuridad, ocho de nosotros habíamos llegado al Campo III, pero algo había sucedido a Mikhaelov y a Grekov. En el Campo IV parecían estar bien y dispuestos a descender con nosotros, pero ahora no se les veía por ningún sitio. Un mensaje de radio emitido desde el Campo Base nos proporcionó alguna información, pero ninguna respuesta.

Con los prismáticos y teleobjetivos se había podido localizar desde el Campo Base a los escaladores ausentes, que a poco de iniciar el descenso se habían sentado en la nieve en una fuerte pendiente al pie del Campo IV. Imaginé que habían calculado mal sus fuerzas y que ahora estaban agotados.

Recibido el mensaje acerca de los dos ausentes, el joven escalador Marhat Gataullin y yo empezamos a subir otra vez, sin haber tenido siquiera la oportunidad de calentarnos o de tomar una bebida caliente. Nuestra ascensión se vio dificultada por la oscuridad y por miedo a que las baterías de nuestras linternas frontales fallaran en un momento crítico; encendíamos las luces sólo cuando resultaba imprescindible. Por fin, tres horas más tarde, encontramos a nuestros compañeros tendidos sobre el hielo. A uno de ellos se le habían salido los crampones^[9] y no tuvo fuerzas para volver a abrochárselos sobre las botas. Les pusimos en pie y les aseguré a mi arnés de escalada, y con la asistencia de Gataullin descendimos, en medio de la niebla y con temperaturas casi tan bajas como las de la noche previa a nuestro ataque a la cumbre.

Justo antes de llegar al Campo III un par de escaladores kazajos, que habían visto las luces de los compañeros que descendían, se aproximaron al encuentro de Bukreev y los demás para ofrecerles té caliente. Mikhaelov y Grekov se relajaron al ver las tiendas iluminadas un poco más abajo del punto en que se encontraban, y comenzaron a beber ávidamente el té caliente. Uno de ellos, distraído por el té y por la proximidad de las abrigadas tiendas, perdió el equilibrio y resbaló en el hielo. Al caer, arrastró en pos de sí al otro escalador y a Bukreev, y los tres cayeron por un

muro de hielo de quince metros en dirección a las fuertes pendientes de aquella vertiente de la montaña.

Sentí un tirón que me arrancó de las manos el piolet con el que estaba asegurando a los dos compañeros. Resbalamos por la ladera y caímos más de veinte metros, hasta que al fin nos detuvo una cuerda que yo había fijado a un anclaje justo un instante antes de detenernos para beber el té. Ninguno había resultado herido, pero no sé cómo perdí mis guantes en la caída. En los quince minutos que tardamos en llegar a las tiendas del Campo III mis manos se habían congelado, pero afortunadamente la exposición al frío fue tan breve que no sufrí ninguna lesión duradera.

Bukreev diría más tarde: «En el mundo no hay tanta suerte para todos. Aquella noche, supongo que yo gasté la ración de algún otro».

De vuelta en Katmandú con el grupo kazajo, todos a salvo y sin congelaciones, Bukreev fue a ver a P. B. Thapa, de *Him-Treks*, el agente de Fischer. Durante las semanas que Bukreev había estado en el Manaslu habían llegado varios faxes a su nombre, procedentes de las oficinas de *Mountain Madness*. Fischer quería que Bukreev comenzara, tan pronto le fuera posible, las negociaciones con Poisk, en San Petersburgo, a fin de conseguir el oxígeno necesario para la expedición, y asimismo que encargara a la fábrica de los Urales la tienda de la que había hablado con Bukreev en Katmandú.

Desgastado después de haber ascendido a dos montañas de ocho mil metros en tan corto lapso de tiempo, y deseoso de ver a su madre, viuda desde hacía un año, Bukreev volvió a Kazajstán para descansar algunos días, y después de celebrar el Año Nuevo en compañía de algunos amigos, marchó a Rusia para realizar las necesarias diligencias.

Bukreev viajó a San Petersburgo un día helado y gris, con la misión de visitar la fábrica de equipos de oxígeno de Poisk. Por el camino, pensaba que había sido muy afortunado al recibir y aceptar la proposición de Fischer. Bukreev sabía que durante el invierno muchos kazajos, georgianos, ucranianos y otros «forasteros» pasaban el día vendiendo en la calle *shish kebabs*, de pie en las esquinas, mientras los rusos conseguían trabajo junto a los hornos de las fundiciones. A pesar de haber nacido en Rusia, Bukreev se identificaba fuertemente con los kazajos de su país de adopción, y como montañero himalayista solía decir en broma que merecía su minoritaria posición social. Estaba contento de no tener que estar de pie en la calle, alimentando un brasero.

Bukreev se esforzó cuanto pudo en las negociaciones, pero el 29 de enero todavía no habían llegado a un acuerdo con respecto al oxígeno. Habían surgido complicaciones y las tentativas de negociación habían alcanzado un punto muerto. A través de las conversaciones con los representantes del fabricante, Bukreev supo que Henry Todd, de *Himalayan Guides*, con quien había estado en el Everest en 1995, había monopolizado el mercado del oxígeno, realizando un acuerdo de compra por adelantado con la condición de ser el único proveedor para el Everest, lo que de hecho le convertía en distribuidor exclusivo de Poisk. Bukreev estaba perplejo, porque

había sido él mismo quien, un año antes, presentara a Todd a los fabricantes de Poisk.

Era un grave problema para Bukreev y Karen Dickinson, que llevaba los asuntos de *Mountain Madness* mientras Fischer estaba en África dirigiendo una ascensión en el Kilimanjaro. A finales de marzo partirían hacia Katmandú los clientes de la expedición al Everest, y para la primera semana de mayo muy bien pudieran estar a punto de realizar el ataque a la cumbre. Necesitarían oxígeno para escalar, y *Mountain Madness* todavía no tenía nada.

Agraviado por el intento de Todd de monopolizar la distribución del oxígeno de Poisk, Bukreev sugirió a Dickinson la posibilidad de probar suerte con Zvesda, otro proveedor radicado en Moscú, con el que Bukreev podría conseguir mejor precio que el que Todd les imponía.

En su apartamento de Edimburgo, Henry Todd recibió una llamada telefónica de Poisk. «Henry, ¿qué está pasando? Anatoli nos ha amenazado con acudir a Zvesda si no llega a un acuerdo con nosotros». Todd comenzó a rezongar, como el fuego de carbón que ardía en su sala de estar. «Soy muy malo con la gente que quiere jugar con ventaja. Me gusta ser yo quien lleve la delantera. No voy a disparar, pero me gusta llevar la delantera».

Bukreev entró en conversaciones con Zvesda pero continuó la negociación con Poisk. Si Poisk cedía y llegaba a un acuerdo con él, podría ahorrar a *Mountain Madness* casi una tercera parte del precio que estaba pidiéndoles Todd, y quizás incluso podría ganar una pequeña comisión para sí mismo. En West Seattle, Dickinson se apresuró a renovar su pasaporte, porque, como le dijo Bukreev, si *Mountain Madness* cerraba el trato con Poisk, éstos iban a pedir el dinero en metálico y por adelantado. Así que tendría que estar lista para volar a Rusia con una maleta llena de dólares.

Fischer había sido explícito en sus preferencias. Deseaba que los cartuchos de oxígeno pesaran lo menos posible. En altitud el peso cuenta mucho, y él quería que sus clientes tuvieran las mejores perspectivas posibles de hacer cumbre en el Everest. Así que *Mountain Madness* optó por una solución de compromiso: comprarían a Todd solamente los cartuchos que los clientes iban a utilizar en el tirón final hacia la cima. El resto del oxígeno, es decir, el que según sus cálculos emplearían los clientes a altitudes menores, así como el oxígeno para los sherpas, lo encargarían a Zvesda. Los cartuchos de Zvesda, que llevaban cuatro litros de oxígeno en lugar de los tres de las botellas de Poisk, eran además proporcionalmente más pesados.

La propuesta fue transmitida a Todd, que comentó al respecto: «Sabiedo lo indeciso que era Scott, yo no estaba muy seguro de que el trato fuera a funcionar». Los de Poisk volvieron a llamar, queriendo saber qué estaba pasando. «¿Has llegado a algún acuerdo con *Mountain Madness* o no habéis llegado a nada?». «No os preocupéis, todo va bien, hay un trato». Aparentemente, Todd estaba contra las cuerdas. Los de Poisk estaban nerviosos ante la perspectiva de perder el negocio y Bukreev continuaba jugando la carta de Zvesda. Todd se arriesgó a pasar a la línea dura. Llamó a Karen Dickinson y optó por presionarla.

«¿Qué tal?», le dije, y respondió “Bien, estamos tratando de...” “Mira”, le interrumpí. “Tengo un acuerdo con Poisk. Yo vendo Poisk. Ellos no van a vender a nadie más que a mí, no harán negocios con nadie más. El negocio es conmigo o con nadie, y hay unos juegos de máscaras y reguladores que van todos en el mismo trato. O lo tomáis todo, o... ¿sabes?, no me hace tanta

falta ese dinero. No hay trato y ya está”». Dickinson, cumpliendo su papel, paró el golpe: «Pero Anatoli dice que puede conseguirnos un acuerdo mejor». Todd, cada vez más impaciente, pero con la frialdad que le era característica en situaciones extremas, respondió: «Mira, ése es el trato. Lo tomáis o lo dejáis. Firma el fax que voy a enviarte... u olvídate. A mí me da igual».

Mountain Madness capituló. Se hizo el pedido. Se firmó el acuerdo. Dickinson canceló sus planes para volar a Rusia. «Anatoli hizo cuanto pudo, y sé que probó todo para conseguir la mejor opción para nosotros, pero creo que, simplemente, se nos echó el tiempo encima, y creo que Henry Todd nos manipuló. Ya se sabe, en la guerra y en el amor todo vale. Vamos, que esta vez nos ganó por la mano».

Aunque desquiciante para los participantes en el trato, en realidad nada hubo de particular en todo el asunto. Los negocios de las expediciones, los movimientos de dinero detrás de bastidores hasta lograr poner en la montaña a los clientes, no son más dramáticos que comprarse un coche de segunda mano en Trento, en Manchester o en Osaka. En todas las aguas nadan tiburones, todo el mundo quiere el mejor precio, la factura tiene la última palabra.

En una nota de confirmación enviada a Bukreev, Karen Dickinson resume así el pedido: «En relación al oxígeno, hemos comprado a Henry Todd los siguientes artículos: 55 cartuchos Poisk de 3 litros; 54 cartuchos Zvesda de 4 litros; 14 reguladores; 14 máscaras». Números en una hoja de papel, números que más tarde serían sometidos a un minucioso escrutinio, números acerca de los cuales surgirían, más tarde, infinitas y dolorosas preguntas.

De vuelta en su oficina de *Mountain Madness*, Fischer envió por fax el día 9 de febrero una nota personal a Bukreev. En ella volvía a expresar su satisfacción por el papel que Anatoli jugaría en la expedición, diciéndole: «Estoy entusiasmado ante la idea de que me acompañes como guía en el Everest. Tenemos potencial para hacer cosas fantásticas. Espero de verdad que nuestra expedición resulte todo un éxito. Y si las cosas no salen bien esta vez, podremos probar suerte en otras montañas. ¿Te parece?». Así empezaba su misiva, afable y solícita, pero unas pocas frases después se centraba en un asunto resbaladizo. «Puede que el rumor no sea cierto, pero a través de unos amigos de Dinamarca he oído que existe la posibilidad de que acompañes como guía a Michael Joergensen en el Lhotse. Estás contratado para toda la temporada del Everest. Si trabajas como guía en el Lhotse, lo harás para *Mountain Madness*».

Michael Joergensen había formado parte de la expedición de *Himalayan Guides* de Henry Todd en el Everest en el año 1995 —en la que Bukreev había participado como guía— y había llegado a la cumbre, convirtiéndose en el primer danés en ascender al Everest. Él y Bukreev habían hablado de la posibilidad de hacer juntos el Lhotse, pero no habían concertado plan alguno. Bukreev no tenía intención de comprometerse con Joergensen hasta aclarar las cosas con Fischer, pero como éste había estado de viaje, Anatoli no había tenido la oportunidad de tratar con él este tema. Sabiendo que Scott estaba planeando ascender el Manaslu inmediatamente después del Everest, en compañía de Rob Hall, Ed Viesturs y algunos escaladores más, Bukreev asumió que también él estaría libre, pero Fischer no lo veía así.

Fischer, que siempre procuraba que todo el mundo quedara satisfecho, propuso un trato a Bukreev. Sabía que algunos de los clientes con los que estaba en conversaciones para ir al Everest

podrían estar interesados en intentar también el Lhotse después de la expedición al Everest. «¿Qué te parece esta oferta?», preguntó a Bukreev por fax. «Tú guías al Lhotse a los clientes que nos han confirmado su interés, y nosotros te pagamos tu parte del coste de permiso y, además, otros tres mil dólares. Si Michael quiere que tú le guíes, tendrá que negociar directamente con *Mountain Madness*». Bukreev, que no tenía la menor intención de crear problemas, aceptó la oferta a vuelta de fax y envió a Fischer los nombres de los escaladores que quizás tuvieran interés en probar suerte en el Lhotse. Nuevo en las aguas del capitalismo, Anatoli tenía la sensación de estar nadando a contracorriente. Cuando llegara a las montañas, pensaba él, se encontraría en su medio: el hielo y la altitud. Allí, gozaba de la reputación de cometer pocos errores.

Capítulo 4. Los clientes

A finales de febrero de 1996, *Mountain Madness* había conseguido reunir ocho clientes escaladores. En una carta personal que Fischer envió a cada uno de ellos podía leerse: «Esto está empezando a ser un magnífico equipo y me siento realmente motivado. No sólo somos un grupo fuerte, sino que también las personalidades parecen compatibles».

Lene Gammelgaard mantenía su compromiso con la ascensión, a pesar de que todavía no había conseguido reunir la cantidad de dinero que Fischer le había indicado. Deseando de contar con Gammelgaard en la expedición, Fischer la tranquilizó, diciéndole que no se preocupara. «Quiero que vengas, así que ya lo arreglaremos de algún modo».

Ninguno de los clientes que firmaron con *Mountain Madness*, a excepción de Sandy Hill Pittman, había pagado la tarifa completa de 65 000 dólares, recuerda Dickinson. «Sandy pagó también para que su padre le acompañara durante la marcha de aproximación, y otras muchas cosas. Pagó algunos sherpas más para que transportaran su equipo y otros extras, de modo que finalmente su cuenta ascendió a bastante más de los sesenta y cinco mil dólares».

En cuanto a los otros seis participantes, pagaron cuotas tan diferentes como lo eran sus niveles de capacitación para la escalada a gran altitud. La lista de clientes era una compleja mezcla de talentos y experiencias.

Para Fischer, uno de los fichajes más satisfactorios era Pete Schoening, de Bothell, Washington. A sus sesenta y ocho años, si tenía suerte, Schoening sería la persona de más edad que alcanzara la cumbre del Everest. Pete Schoening, una celebridad en los anales del himalayismo, tenía para Scott Fischer la categoría de héroe.

El 10 de agosto de 1953, Schoening y otros siete escaladores americanos interrumpieron su ataque a la cumbre del K2, que por entonces aún no había sido ascendido. El intento había sido abandonado por el más honroso de los motivos, ya que se trataba de salvar la vida de un compañero a quien se le había formado un trombo en una pierna, por lo cual necesitaba tratamiento médico urgente e ineludible. Durante el descenso en plena tormenta de nieve, Schoening estaba asegurando a sus compañeros. Por debajo de él descendían seis de ellos, todos conectados a él por la misma cuerda. Uno de los escaladores, que padecía graves congelaciones en las manos, perdió el equilibrio y cayó. Uno a uno fueron arrastrados cuatro de los compañeros situados entre él y Schoening. Este último, que tenía su extremo de cuerda atado al piolet, y éste a su vez afianzado detrás de un bloque de roca, sintió cómo la cuerda corría sobre sus hombros. Gracias a la fricción así generada y a la habilidad con la que Schoening había anclado la cuerda, la caída de los cinco alpinistas quedó retenida y ellos quedaron colgando de la cuerda, uno de ellos a más de cuarenta metros por debajo de Schoening. Fue aquel un salvamento digno de libro de texto, uno de los rescates de montaña más fantásticos de todos los tiempos, y Fischer —que había experimentado en carne propia la crueldad y el peligro del K2— sentía por el veterano montañero el mayor de los respetos. Tal y como le describía Fischer, Schoening era «una persona increíblemente fuerte, un escalador muy fuerte... Así pues, confío de verdad en su capacidad para escalar el Everest».

Acompañando a Pete Schoening se había unido a la expedición Klev Schoening, su sobrino, de treinta y ocho años de edad y procedente de Seattle, Washington. Klev, que como alpinista no tenía ni mucho menos la experiencia de su tío, jamás había ascendido a un ochomil. Antiguo competidor nacional de esquí alpino, Klev mantenía su buena forma física escalando con frecuencia en las Cascades. «Un buen mozo, joven y fuerte», le catalogó Fischer.

Luego estaba el trío originario de Colorado: Martin Adams, Charlotte Fox y Tim Madsen, reclutados por Neal Beidleman, el escalador de Aspen que trabajaría como guía para la expedición de Fischer. Beidleman, según Dickinson, aún no había sido puesto a prueba y «no había escalado nunca como guía en el Everest ni en ninguna otra gran montaña», de modo que en lugar de salario, la compañía le pagaría todos sus gastos y una comisión por cada cliente que él incorporara al grupo expedicionario^[10].

Beidleman fue muy activo en su tarea de reclutar clientes, recuerda Martin Adams, a quien Neal había descrito varias veces la ascensión completa del Everest.

Adams, de cuarenta y siete años, retirado después de una brillante carrera como *broker* en Wall Street, había realizado algunas rutas clásicas en los Alpes y en las Montañas Rocosas, y había ascendido también al Aconcagua, al McKinley y al Kilimanjaro, pero jamás había escalado un ochomil. En mayo de 1993 había intentado el Broad Peak, abandonando su intento a 7000 metros de altitud. En 1994, en la misma expedición al Makalu en la que Beidleman había coincidido con Bukreev, Adams había alcanzado los 7400 metros antes de darse la vuelta.

Para intentar el Everest, Adams deseaba los mejores consejos que su dinero pudiera comprar. Cuando oyó que Bukreev era uno de los guías contratados por *Mountain Madness*, decidió participar y negoció para sí un puesto en la expedición al precio de 52 000 dólares. «Me gusta el modo de actuar de Toli. Nunca te importuna, si tiene que decirte algo, lo dice sin rodeos... Simplemente es él mismo; no va por ahí tratando de deslumbrar a todo el mundo». Adams sabía que el Everest no era una excursión. Conocía los peligros de la escalada en cotas altas y confiaba en el buen juicio y en la experiencia de Bukreev. «Fueron los valores por los que aposté cuando envié a la compañía mi talón de pago. Sabía que con Toli en el grupo, la probabilidad de que yo consiguiera ascender a la cumbre era infinitamente mayor».

Charlotte Fox, de treinta y nueve años, residente en Aspen y amiga de Beidleman, era para *Mountain Madness* un fichaje muy cualificado. En su historial contaba con la ascensión de dos ochomiles y había escalado los cincuenta y cuatro picos de cuatro mil metros del estado de Colorado. De carácter modesto y segura de sí misma, tenía también un buen espíritu de equipo y Fischer la veía como un valor seguro, alguien que funcionaría bien con un mínimo de mantenimiento. Charlotte sabía cómo cuidar de sí misma en una montaña.

Fox se había apuntado junto con su amigo. Tim Madsen, de treinta y tres años, que trabajaba, como ella, patrullando las pistas en la estación de Snowmass Ski Arca. Aunque carecía de experiencia en grandes altitudes, Madsen estaba en excelente condición física y tenía bastante experiencia como alpinista en montañas de menor altitud. Conscientes de la necesidad de una buena preparación para ir al Everest, Fox y Madsen habían entrenado mucho escalando en las Rocosas canadienses antes de partir.

El octavo cliente de la lista era Dale Kruse, de cuarenta y cinco años, dentista afincado en Craig, Colorado, y que, por haber sido el primero en apuntarse a la expedición, era quien había conseguido el mejor precio. Buen amigo de Fischer desde hacía más de veinte años, Kruse (a quien llamaban Cruiser^[11]), había sido el estímulo financiero que permitió a Fischer lanzarse a organizar la expedición de *Mountain Madness* al Everest. Según opina Karen Dickinson, «Dale Kruse fue lo que podría llamarse el “cliente semilla”... Pagó el importe íntegro de su plaza con unos dieciocho meses de antelación, y dijo: “Toma, aquí tienes este dinero; ve y haz lo que haya que hacer”. Y por eso obtuvo un buen descuento, ya que fue casi un compañero a la hora de sacar todo adelante».

Con ocho escaladores en la lista de clientes, Fischer y sus empleados habían hecho un buen trabajo para ser la primera vez que organizaban una expedición comercial al Everest, pero Fischer quería más. En su carta del 29 de febrero a sus clientes, les pedía: «Si alguno de vosotros conoce un candidato de última hora, por favor decidle que se ponga en contacto conmigo enseguida».

La decisión por parte de *Outside* de apuntar a Jon Krakauer en la expedición de Rob Hall había dejado un hueco y *Mountain Madness* trataba de cubrir esta vacante. Un fichaje de última hora, y a ser posible de los de tarifa completa, supondría para ellos 65 000 dólares más, un pellizco sustancial para los gastos generales de la expedición. Incluso podría significar la diferencia, en términos de rentabilización. A medida que se aproximaba la fecha de partida, las facturas se iban amontonando sobre la mesa de Karen Dickinson. Sólo la factura del oxígeno de Henry Todd ascendía a más de 30 000 dólares. Pero ni Fischer ni Dickinson se sentían demasiado optimistas. Sabían que era muy poco probable conseguir otro cliente a sólo un mes de la fecha de partida de la expedición, y la probabilidad de vender un billete de tarifa completa era ridículamente pequeña. Mejor harían estudiando el balance bancario de la compañía y apostando por si el sábado siguiente haría sol en West Seattle.

Entre los clientes había una sensación general de que el grupo era, en su conjunto, bastante bueno. Adams estaba impresionado. «La gente de este grupo estaba tan preparada y fuerte como cualquiera de los alpinistas de los otros dos equipos con los que yo había estado anteriormente en el Himalaya». Y Gammelgaard alabó con entusiasmo el trabajo de *Mountain Madness*, con una sola excepción. De hecho, se preguntaba si ella misma estaría a la altura de muchos de ellos. «Mi primera impresión: ¿Cómo saldré de ésta? Todos son tan fuertes y tienen tanta experiencia...».

La excepción al entusiasmo de Gammelgaard era Dale Kruse, que en opinión de Lene era un candidato cuestionable para el Everest. «Kruse había formado parte de la expedición de Fischer de 1995 al Broad Peak, y no logró hacer la cumbre. Yo sabía que Dale no funciona bien en altitud. Es un hombre muy fuerte, pero la altitud le sienta mal. Se pone enfermo muy pronto... Así que, si hubiese sido realmente sincero consigo mismo, no habría intentado escalar una montaña muy alta, porque por encima de los cuatro mil metros de altitud, está realmente enfermo todo el rato».

Reflexionando en torno a las razones por las que Fischer le había aceptado como cliente, y acerca de lo que ella hubiera hecho en su lugar, Gammelgaard dijo: «Era lógico tratándose de Scott Fischer, un tipo agradable que desea complacer a la gente y que además necesita el dinero... En su lugar, yo no le hubiera admitido. Yo, de verdad, me hubiera preocupado por él y le hubiera dicho: “Tú no irás al Everest. Arriesgo nuestra amistad para salvar tu vida”»^[12].

Según la perspectiva de Henry Todd, de *Himalayan Guides*, algunos líderes de expedición no están libres de la sospecha de alistar en sus filas a clientes «marginales», y de echarse al bolsillo su dinero y sus sueños cuando en realidad están casi convencidos de que no tienen posibilidad alguna de hacer la cumbre. Hablando de uno de sus archirrivaes, un empresario americano que organiza expediciones al Everest, Todd ha dicho: «Se trata, simplemente, de circulación de *stocks*. ¡En dos años no ha puesto ni un solo cliente en la cumbre!».

Pero respecto a la decisión de Fischer de aceptar el dinero de Kruse y de invitarle a participar en la expedición, Todd ha sido más generoso. «Lo que ocurre es lo siguiente: uno no puede saber a quién se le va a dar bien y a quién se le va a dar mal. Puede ocurrirte que los mejores escaladores no funcionen bien, y que por el contrario otras personas muy dudosas pero absolutamente empeñadas en su propósito acaben por tener éxito. Esto es algo que me ha ocurrido en un montón de ocasiones. He ido con algunas personas de las que yo pensaba, si alguno falla va a ser éste, y sin embargo luego han subido como si tal cosa. Y otros a los que apunté pensando “éste seguro que sube, pondría la mano en el fuego por él”, y luego no lo han conseguido. Una cosa así ocurrió en la expedición que hice con Anatoli en 1995. El escalador más fuerte que llevaba en el grupo no logró subir, mientras que otro que me pareció marginal, pero aceptable, llegó a la cumbre antes que Anatoli». Pero añade Todd: «Sin embargo, esas llamadas equivocadas que uno hace justo antes de partir... esas llamadas pueden matarte y matar a otros. Hay que acertar al hacer esas llamadas. Es imprescindible acertar. ¡Es imprescindible no equivocarse!».

Capítulo 5. Camino del Everest

El día 13 de marzo, Bukreev voló desde Alma Ata hasta Delhi y de ahí a Katmandú, adonde llegó el día 15. La llegada a Katmandú suponía para él una mezcla de sentimientos. Le inspiraba una grata emoción por tratarse del punto de partida para una expedición, pero a lo largo de los años Bukreev había presenciado cómo Katmandú dejaba de ser un lugar relativamente aislado para convertirse en una ciudad de medio millón de habitantes, y este crecimiento demográfico trajo consigo muchos problemas.

En Katmandú, el aire está contaminado la mayor parte del tiempo con partículas de metales pesados en suspensión, procedentes de los gases de escape de los motores diesel, y asimismo de los residuos humanos. Ello contribuye a irritar los pulmones y puede generar enfermedades respiratorias. Por añadidura, en algunos restaurantes y puestos callejeros proliferan bacterias susceptibles de producir problemas gastrointestinales. Cualquiera de estos trastornos puede afectar a los escaladores visitantes y menoscabar gravemente su capacidad física, de modo que para quienes vienen a Nepal a escalar el Everest, uno de los primeros retos consiste en salir de Katmandú con buena salud.

Poco después de su llegada a la capital de Nepal, Bukreev fue a ver a Henry Todd para gestionar la entrega del oxígeno que éste había de suministrar a la expedición de *Mountain Madness*, pero para disgusto de Todd esta entrega no pudo realizarse. Varias semanas antes se había cargado el pedido de oxígeno en un camión que debía transportarlo desde San Petersburgo hasta Ámsterdam y desde Ámsterdam llegaría a Katmandú a bordo de un reactor. Sin embargo, según Todd, «el camión fue detenido en Rusia porque un artículo que también viajaba en el camión, y que no tenía nada que ver con nosotros, no tenía en regla los documentos necesarios para pasar la aduana, y el caso es que en lugar de sacar del camión el artículo en cuestión lo dejaron todo en tierra».

Lo único que sabía Todd era que el oxígeno que él había pedido para Fischer y para algunas otras expediciones estaba probablemente aparcado junto a la carretera en algún paso fronterizo de Rusia. Dijo que le habían prometido que el envío llegaría algún día, cualquier día, pero no sabían cuándo. Bukreev no se compadeció del problema de Todd. El oxígeno no era algo que se pudiera conseguir en cualquier tienda de la esquina. El tema del oxígeno seguía dándoles quebraderos de cabeza. Y cada vez peores.

Todd trató de tranquilizar a Bukreev. Habían hecho un trato y él cumpliría. En el peor de los casos, si el oxígeno no llegaba, Todd les cedería la provisión de oxígeno de su propia expedición.

El 22 de marzo llegó Fischer a Katmandú para reunirse con Bukreev y con P. B. Thapa. Inmediatamente se enteró del asunto del oxígeno, pero se tranquilizó ante la promesa de Todd de sacar adelante su pedido. Después, también Bukreev tuvo que dar alguna mala noticia. La tienda

de altitud que había encargado hacer en los Urales a medida de sus indicaciones todavía estaba en Rusia, como el oxígeno. En principio, tendría que haber llegado en un vuelo *chárter* que traía a una expedición rusa, pero el *chárter* se había retrasado. ¡Y los clientes de *Mountain Madness* llegarían dentro de cuatro días!

Aquella noche Scott me invitó a cenar. Se reunieron con nosotros P. B. Thapa y dos de los sherpas contratados por Scott para la expedición, Ngima Kale y Lopsang Jangbu. Ngima sería nuestro *sirdar* del Campo Base y tendría bajo su responsabilidad a los porteadores, el personal de cocina, las provisiones y las operaciones generales. Lopsang había sido contratado como *sirdar* en la escalada, y se haría cargo de los sherpas de altitud, que trabajarían y escalarían con nosotros a lo largo de toda la ascensión hacia la cumbre.

A Bukreev le satisfacía la elección de Ngima por parte de Fischer. Ngima era un veterano que había participado en otras ocho expediciones al Everest. Con sólo veintiséis años, tenía un aspecto muy maduro para su edad y un sentido del humor que, en opinión de Bukreev, ayudaría a mantener las cosas en calma cuando llegaran los problemas logísticos que inevitablemente se producen en todas las expediciones. Con respecto a Lopsang, Bukreev se sentía menos seguro. Lopsang, de veintitrés años, había llegado con Fischer a la cumbre del Everest en su expedición de 1994 y también le había acompañado a la cima del Broad Peak al año siguiente^[13]. Era la juventud de Lopsang, y no su experiencia en cotas altas, lo que creaba resquicios de duda en la mente de Bukreev.

Comentando la elección de Lopsang por parte de Fischer, Henry Todd hacía las consideraciones siguientes: «Llegar a la posición de *sirdar* exige mucho tiempo y es preciso demostrar la propia valía una y otra vez, tanto guiando como escalando... Nadie cuestiona las cualidades de Lopsang como escalador, pero como guía, no lo conozco». Todd opinaba que un joven *sirdar* que no ha tenido suficiente experiencia como líder podría «cometer todo tipo de errores y liar alguna buena».

Durante la cena hablamos de los importantes problemas del oxígeno y de la tienda de altitud que nos faltaba, y nos dividimos las tareas necesarias para lograr que llegaran al Campo Base todas las provisiones necesarias. Yo tenía que comprar algo más de cuerda de polipropileno para escalar. P. B. Thapa quedó encargado de embalar el material y los víveres y de enviarlos al aeropuerto el día 25 de marzo, fecha en que Ngima y yo habíamos de volar junto con el equipo hasta Syangboche (3900 m), con el fin de ponernos en contacto con los porteadores y conductores de yaks que habrían de trasladar nuestro equipo hasta el Campamento Base del Everest.

Terminé rápidamente con las tareas que me habían sido asignadas, así que pude disponer de algún tiempo libre antes de partir. Pasé la mayor parte de estos días con mis amigos rusos: Vladimir Bashkirov, reconocido alpinista y Serguei Danilov, piloto de helicóptero contratado por Asian Airlines. Danilov es una persona amante de la diversión y un magnífico piloto. Creo que su trabajo, que le lleva a volar entre montañas casi a diario, es tan peligroso como ser guía en gran altitud y siento hacia él una gran admiración.

Para Bukreev, pasar algún tiempo con sus amigos rusos era una forma de permanecer en contacto con su hogar y con su idioma. Durante al menos dos meses, en el Campo Base del Everest y durante los reiterados trayectos de ascenso y descenso en la montaña, Anatoli viviría y trabajaría en la compañía casi exclusiva de americanos y sherpas, para quienes el inglés sería la lengua común. Durante los dos últimos años había practicado su inglés de modo casi religioso,

logrando grandes progresos respecto a los tiempos de sus primeras expediciones con alpinistas americanos y británicos, en que se limitaba casi exclusivamente a hablar por señas y a decir «sí» y «no». No obstante, aún se perdía algunas de las sutilezas propias de los chistes, cotilleos y charla general. Pero, como en cierta ocasión comentó a un amigo suyo, «no es tan importante que un guía sea un buen conversador como que sea un buen escalador». En el transcurso de la expedición, Bukreev podría comprobar la veracidad de tal precepto.

La noche del domingo antes de nuestra partida de Katmandú hacia el Everest volví a cenar con Scott, y esta vez se nos unió Lene Gammelgaard, que acababa de llegar de Dinamarca, unos días antes de la fecha en que el resto de los clientes partieran de los Estados Unidos. Cuando fuimos presentados, ella indicó que ya nos habíamos visto en el Campamento Base del Dhaulagiri en la primavera de 1991. Francamente, yo no me acordaba, porque habían sido varios los visitantes procedentes de Dinamarca que habían estado en nuestro Campo Base. Como no quería ofender, fingí que la recordaba. Scott, que escuchaba nuestra conversación, sabía que no estaba diciendo la verdad. Sonrió abiertamente y me dijo bajito: «Anatoli, eres increíble». Supongo que pensaba que resultaba imposible olvidar a alguien tan espectacular como Lene.

Después de excusarme y dejar que Scott y Lene prosiguieran su conversación, volví a mi hotel a fin de preparar todo lo necesario para partir al día siguiente, ya que Scott deseaba que yo saliera antes que él y los clientes, con objeto de supervisar a los sherpas en las tareas de instalación de nuestro Campo Base y en la coordinación de esfuerzos para el establecimiento de los campamentos superiores.

* * *

El día 25 de marzo, después del almuerzo y al mando de un helicóptero ruso de transporte, Serguei, el piloto amigo de Bukreev, despegó llevando consigo los suministros de *Mountain Madness*. Le acompañaban Anatoli y Ngima. No había té, café ni cócteles para los pasajeros, ni tampoco salidas de emergencia. Sólo un poco de algodón para los oídos, que les protegía contra el ruido ensordecedor de los rotores.

En menos de una hora, burlando las congregaciones de nubes y buscando el mejor camino a lo largo del valle del Khumbu, Serguei dio con el área de aterrizaje de Syangboche y tomó tierra en medio de una niebla que se espesaba progresivamente.

La niebla no permitió a Serguei retornar a Katmandú, de modo que decidió pernoctar en un *lodge* local mientras Ngima y yo descendíamos a Namche Bazar, donde yo había proyectado pasar la noche a fin de partir a la mañana siguiente en dirección al Campo Base del Everest. Pero el 26 de marzo estuvo lloviendo todo el día. Los empinados senderos que partían de Namche Bazar hacia Thyangboche (3860 m) estaban muy resbaladizos y eso constituía un grave problema para los portadores y las caravanas de yaks.

El camino que lleva al Campo Base del Everest presentaba aún otros problemas en sus tramos superiores. En muchos lugares quedaba todavía abundante nieve, que en algunos puntos alcanzaba un espesor de más de un metro. Los portadores y conductores de yaks que habían abandonado el camino, permanecían en los *lodges* y áreas de campamento esperando que las condiciones mejoraran.

Mi idea era recorrer en sólo cinco días la marcha de aproximación hasta el Campo Base del Everest, siempre y cuando el tiempo lo permitiera, porque aquella temporada me había preparado físicamente a conciencia. En Alma Ata había realizado en una semana dos ascensiones a montañas de más de cuatro mil metros de altitud, y el año anterior había pasado más de cinco meses en el Himalaya escalando tres ochomiles, incluyendo el Everest en 1995. Si no hubiera pasado tanto tiempo en cotas altas a lo largo de los últimos meses habría calculado para la aproximación un tiempo de diez a doce días, que era lo que Scott y yo habíamos planeado para nuestros clientes. Algunos de ellos procedían del nivel del mar y necesitarían al menos ese período para poder adaptarse gradualmente a la altitud.

Por fin, el día 27 de marzo, Bukreev pudo reanudar la marcha y partió de Namche Bazar, descendiendo al río Dudh Kosi (3250 m) y desde allí ascendiendo otra vez hasta Thyangboche. Para la mayor parte de los caminantes esta etapa resultaba sumamente dura y Bukreev llegó cansado, pero sin padecer ninguna consecuencia del incremento de altitud con respecto a Katmandú.

Al día siguiente, de nuevo en el sendero, me encontré con Ed Viesturs, David Breashears y su equipo del IMAX junto a una cascada en el Dudh Kosi, y tuve que retirarme de su vista panorámica para no estorbar la filmación. Aquella tarde llegué a Pangboche (4000 m), cerca del límite de las áreas arboladas, y en el *lodge* de Pangboche pude contemplar la puesta de Sol sobre el Everest y charlar un rato con Ed Viesturs y su guapa esposa.

El 29 de marzo gané mil metros de altitud, y mientras ascendía me topé aquí y allá con caravanas de yaks que se habían aventurado audazmente a través de la nieve y el barro, para frustración de los sherpas que los conducían. La marcha de estas caravanas era lenta y peligrosa, ya que con frecuencia los yaks se hundían en la costra de nieve y quedaban allí, incapaces de moverse, hasta que los sherpas los descargaban y arrastraban hacia terreno más firme.

Bukreev pasó la última noche de aproximación en Lobuche (4940 m), en una posada sherpa en la que coincidió con el equipo del IMAX. Los dormitorios colectivos sin calefacción, donde todos se acomodaban juntos sobre unas tarimas, no proporcionaban mucha intimidad pero sí refugio frente a las temperaturas por debajo de cero que aún prevalecían.

El día 30 de marzo, a eso de las 11 de la mañana, llegué al Campo Base del Everest. Había otros grupos que, como nosotros, se habían adelantado al grueso de sus equipos expedicionarios a fin de reservar sitio para sus respectivos campamentos, eligiendo sobre el rocoso terreno las parcelas donde se ubicarían las tiendas del grupo. Por el momento ya se habían montado algunas de ellas, destinadas a alojar a los sherpas que trabajaban instalando los campamentos y marcando los perímetros del territorio de cada expedición. Por lo general, las propias tiendas montadas bastan para establecer el área de un grupo determinado, pero este año uno de los equipos había ido un poco más lejos. Los trabajadores de la expedición de *Adventure Consultants*, de Rob Hall, habían señalado un enclave especialmente conveniente y bastante extenso pintando con un spray las letras NZ (de Nueva Zelanda) sobre unos grandes bloques de roca. Yo ya había oído comentar esta situación antes de salir de Katmandú, y también había escuchado bromas acerca de la reacción que tendría David Breashears, conocido por su preocupación ambientalista, cuando viera aquel estropicio. También Rob Hall era conocido por su actitud respetuosa hacia la naturaleza y las montañas, y todo el mundo estaba convencido de que la tropelía había sido obra de algún sherpa afectado de exceso de celo profesional, y sin consentimiento de Hall. Quienquiera que lo hubiera hecho, pensé yo, tendría que trabajar bastante para arreglar el desaguisado.

En el área del campamento de *Mountain Madness* llevaba trabajando casi una semana Tashi Sherpa, un joven de Pangboche y amigo de Ngima. Él y un pequeño equipo habían acudido con antelación, encargados de construir plataformas de grava y piedras sobre las que después se montarían las tiendas, a fin de evitar que se formaran debajo charcos de agua en los días más cálidos. Además, él y los otros sherpas habían levantado muros de piedra para lo que había de ser nuestra cocina, y también habían aplanado caminos de tienda a tienda para que nadie se rompiera un tobillo, como a veces ocurre.

Pasé aquella tarde realizando tareas físicas en compañía de los sherpas y seguí trabajando diariamente con ellos hasta que llegaron nuestros clientes. Me levantaba a las ocho de la mañana cuando el sol alcanzaba las tiendas, tomaba té caliente con leche e inmediatamente me ponía a trabajar. Alrededor de las diez de la mañana parábamos para desayunar chapatis con huevos, copos de avena cocidos o *tsampa*, que son gachas hechas con harina de cebada. Al anochecer tomábamos una comida fuerte: arroz, lentejas, sopa de ajo y cualquier tipo de verdura fresca traída por los porteadores los días anteriores. Para muchos occidentales ésta resultaría, probablemente, una dieta monótona, pero yo me había acostumbrado a ella a lo largo de muchas temporadas en el Himalaya y la prefería a los alimentos envasados y exóticos que muchas expediciones traían a las montañas. La dieta sherpa, rica en carbohidratos y acompañada siempre con muchos líquidos calientes, está perfectamente adaptada a las demandas

físicas del esfuerzo en cotas altas.

A aquella altitud estas tareas resultaban bastante duras, pero para mí el trabajo forma parte del proceso de aclimatación. Creo que es muy importante exigir esfuerzo al organismo y procurarle ejercicio y actividad, ya que todo ello favorece la aclimatación. Me gustaba el horario regular y mesurado y los ritmos del trabajo, y cada noche me sentía tan cansado físicamente que conciliaba el sueño con facilidad.

Capítulo 6. Los detalles

Mientras Bukreev y los sherpas preparaban el campamento base, Gaanelgaard, Fischer y Jane Bromet, agente publicitaria de *Mountain Madness*, esperaban en Katmandú la llegada del resto del equipo. Bromet, compañera de escalada y amiga cercana de Fischer, también de Seattle, le había acompañado hasta Katmandú y proyectaba recorrer la marcha de aproximación con él, con los clientes y con la doctora Ingrid Hunt^[14]. Durante los meses inmediatamente anteriores a su llegada a Katmandú, Bromet había trabajado activamente en asuntos de relaciones públicas en nombre de Fischer y había conseguido un acuerdo de trabajo como corresponsal para *Outside Online*, un proveedor de Seattle, especializado en noticias y publicidad destinadas a los usuarios de internet en el ámbito del ocio y aventura. Sin ser una división de la revista *Outside*, el espacio *Outside Online* sí mantenía con ella una relación de colaboración que le autorizaba a utilizar el logo de la revista y a publicar algunos de sus artículos.

Para Fischer y para Bromet, que deseaba introducirse en el mundo de la comunicación especializada en ocio y aventura, aquella afortunada negociación con *Outside Online* suponía tanto una oportunidad como un seguro. No estaba nada claro qué enfoque iba a dar Pittman a su cobertura de la expedición en la página de internet de la NBC, ni tampoco tenían ningún modo de controlar su contenido. Sí se podía contar en cambio con que Bromet, leal a los objetivos de Fischer, apoyara la línea de la compañía. Sólo había un pequeño problema: a duras penas podría Bromet trabajar sin los recursos técnicos de que disponía Pittman, que incluían entre otros un teléfono por satélite. En el momento en que saliera de Katmandú alejándose del teléfono de la habitación de su hotel, Bromet perdería la mayor parte de su capacidad de acción. Así pues, antes de partir de Seattle, Janet había negociado con Pittman un acuerdo de utilización de su equipo. «Según este acuerdo, se me permitiría utilizar el teléfono por satélite que la NIUC había facilitado a Sandy. Yo había hablado con Jane, su secretaria, diciendo “Necesito utilizar esos teléfonos, ¿hay algún problema en que lo haga?”».

Según afirma Bromet, se le aseguró que no habría inconveniente alguno en que hiciera uso de aquel equipo. Se trataba de un asunto de trabajo.

Uno de los primeros informes que Bromet envió desde Katmandú para *Outside Online* (<http://outside.starwave.com>) fue una entrevista *on line* con Fischer, en la que él describía a sus clientes y a sus guías de escalada, Beidleman y Bukreev^[15]. En sus respuestas a las cuestiones planteadas por Bromet, Fischer puso de relieve cómo el equipo de guías constituía una «buena combinación» en lo tocante a la seguridad de la actividad expedicionaria. Beidleman, según dijo, se sentía «ávido por ascender al techo del mundo», y en caso de que alguno de los clientes tuviera problemas en el día del intento de cumbre, él (Fischer) no tendría inconveniente alguno en descender acompañando a la persona o personas afectadas, en tanto Neal continuaría ascendiendo hacia la cumbre con el resto de los clientes. De este modo todo el mundo podría satisfacer sus aspiraciones personales.

En cuanto a Bukreev, Fischer le presentó como «guía jefe» y ensalzó sus logros en el Himalaya, con varios ochomiles sin oxígeno en su historial. Al hablar del papel de Bukreev en la

expedición, Fischer comentó «sé que Anatoli no utilizará oxígeno. Es un animal de las montañas, un monstruo, y eso es magnífico»^[16].

Después de estas presentaciones y antes de salir de Katmandú, Bromet envió varios comunicados en los que detallaba algunos de los retos con que se enfrentaba la expedición de Fischer, ente ellos la posibilidad de retrasos en la marcha de aproximación, como los que ya habían tenido Bukreev y el grupo de sherpas.

«En Katmandú se ha sabido que los yaks no pueden acceder al Campo Base del Everest. Todas las expediciones han sufrido retrasos. En este momento hay diez expediciones esperando poder llegar al Campo Base».

«Debido a esta situación, los porteadores han doblado sus tarifas, pasando de 150 a 300 rupias por la aproximación al Campo Base. Los porteadores han optado por pedir más dinero, porque bajo estas condiciones su trabajo es mucho más duro y necesitan más equipamiento, y también porque se ha incrementado la demanda de sus servicios».

Problemas como éste, el asunto del suministro del oxígeno y el envío de la tienda desaparecida, constituían el menú corriente de los días previos a la partida y, como indica Bromet, Fischer comenzó a trabajar en los detalles tan pronto como aterrizó su avión. «En el momento en que Scott llegó a Katmandú empezó a sonar su teléfono. La logística implicada en una operación como ésta supone un enorme esfuerzo mental».

Uno de los detalles con los que tuvo que vérselas Fischer resultó comprometido, tanto profesional como personalmente. Karen Dickinson le llamó desde West Seattle para decirle que, según sus libros de contabilidad, Gammelgaard todavía debía a *Mountain Madness* del orden de 20 000 dólares. «Envié el documento a Scott mientras se hallaba aún en Katmandú. Le dije: “o Lene firma esto, tal y como habíamos establecido, o no va a la expedición. No la dejes partir de Katmandú si no firma”»^[17].

Fischer detestaba los enfrentamientos, especialmente con sus amigos. Bromet decía de él: «Scott nunca quería molestar a la gente y deseaba que todo el mundo se sintiera cómodo y acogido... Odiaba las discusiones y optaba por evitarlas». En cambio, a decir de Bromet, el punto fuerte de Scott era el talento de que hacía gala al compartir con los clientes su experiencia y sus habilidades naturales para subsistir en la montaña, ayudándoles así a cumplir sus propias ambiciones. Algunas veces llegaba a alentar estas ambiciones por encima de las suyas propias. «Quería que los clientes tuvieran su gloria», decía Bromet. «Deseaba que vivieran la emoción y la sensación de fuerza interior y de energía al encontrarse en la cumbre del Everest y cumplir su objetivo. De un modo muy amistoso, encantador, casi tierno, él deseaba extender su entusiasmo por las montañas y por la escalada a esas personas, por estúpidas que fueran algunas de ellas. Para Scott, en realidad, el móvil que impulsaba a su cliente no tenía importancia. Él se veía a sí mismo como alguien que debe aportar toda la motivación posible, una motivación psíquica si se quiere. Era como un barco que va lanzado hacia delante a toda velocidad, dejando una estela, y sus clientes seguían esa estela de energía muy positiva y dinámica... Era capaz de difundir a su alrededor el entusiasmo por la escalada, incluso entre personas casi incapaces de atarse los cordones de sus zapatos... “Puedes conseguirlo. Podemos conseguirlo”, decía. Así era Scott

El programa preparado para los clientes de *Mountain Madness* procedentes de los Estados Unidos señalaba que partirían de Los Ángeles el 23 de marzo para pasar algunos días en Katmandú, y el 28 de marzo volarían hasta Lukla (2850 m). Era un calendario prudente y conservador, designado específicamente para evitar a los clientes problemas relacionados con el mal de altura^[18], trastorno que aparece al ascender demasiado deprisa, sin permitir que el organismo se adapte para compensar la gradual disminución en los niveles de oxígeno del aire.

Fischer había proyectado inicialmente comenzar en Lukla (2850 m) para respetar una consigna ampliamente aceptada: comenzar por debajo de 3000 metros y ganar altura a pie y de modo gradual. Esta máxima es la que recomiendan todos los expertos en altitud y se incorpora en la mayor parte las guías de escalada y *trekking* en el Himalaya^[19].

Pero en el último momento, Fischer anunció un cambio de planes. En lugar de transportar a los clientes en helicóptero hasta Lukla, decidió que volarían a Syangboche junto con el material de la expedición que Bukreev y Ngima Sherpa no habían podido llevar consigo cuando partieron el día 29 de marzo.

Syangboche (3900 m) era la misma aldea a la que habían viajado Bukreev y Ngima Sherpa cuatro días antes. Para ellos, el incremento de altitud con respecto a Katmandú no había supuesto problema alguno. Sin embargo, para los clientes, la rápida ascensión tuvo efectos casi inmediatos. En su informe para la página Web de la NBC Pittman señalaba lo siguiente: «Casi todos los componentes del grupo sienten los efectos del rápido incremento en la altitud. Quedamos sin aliento con sólo caminar por los alrededores». Además, según el informe, dos personas guardaban cama debido a trastornos gastrointestinales, posiblemente contraídos en Katmandú. Una de estas personas era Lene Gammelgaard, que había partido de Katmandú con el resto del grupo. Dickinson, en West Seattle, nunca consiguió que firmara su compromiso escrito.

Desde Syangboche, como hicieran Bukreev y Ngima, el grupo de *Mountain Madness* caminó hasta Namche Bazar, donde pasaron dos días descansando y dando cortos paseos con el fin de aclimatarse. Algunos de los clientes continuaron notando síntomas del mal de altura, lo cual es normal durante el primer día o dos, pero la persistencia de los síntomas suele indicar trastornos más serios.

Muchos de los componentes del grupo recurrieron a un fármaco llamado Diamox (acetazolamida), que mejora la metabolización del oxígeno. Utilizado por los montañeros desde hace más de veinte años, su eficacia parece bastante confirmada, pero la mayor parte de los médicos lo recomiendan únicamente para tratar los síntomas del mal de altura, y no como agente preventivo. La acetazolamida no previene el mal de altura, y así lo expone el prospecto del laboratorio que acompaña al fármaco: «Para tratar de evitar el mal de altura es fundamental que la ascensión sea gradual. Es preciso resaltar que el uso de este fármaco no elimina la necesidad de

descender rápidamente en caso de presentarse manifestaciones graves del mal de altura».

Gracias a Pittman, los navegantes de internet recibieron información casi diaria acerca de los progresos del grupo de *Mountain Madness* en su marcha hacia el Campo Base. Curiosamente, aquellos que habían estado siguiendo los informes de Bromet, observaron que su espacio en *Outside Online* permanecía silencioso desde poco después de la partida de Katmandú. Lo que no sabían era que en Lobuche hubo una discusión decisiva. «Así pues, llegamos a Lobuche, la axila de Nepal, y Sandy está muy, muy tensa conmigo... y entonces me dice, “No puedes utilizar más ese teléfono... La NBC es quien pone todo el dinero, y dicen que es demasiada competencia”».

Por la vía del Telégrafo del Khumbu (es decir, de boca en boca a través de los sherpas), Neal me había hecho saber que la expedición llegaría a Gorak Shep (5170 m) el 6 de abril, y yo estaba impaciente por reunirme con los clientes y averiguar qué tal había ido la marcha de aproximación. Después de comprobar que la mayor parte de los trabajos del Campo Base ya estaban hechos, caminé un par de horas por el glaciar del Khumbu, rodeando enormes lagos y afloramientos de hielo originados por la subida de las temperaturas. Durante mi recorrido encontré a algunos miembros de la expedición de Henry Todd, que me dijeron que nuestro suministro de oxígeno había llegado por fin a Katmandú y que ahora venía de camino con una caravana de yaks que debía estar en las afueras de Namche Bazar. Al llegar a Gorak Shep informé a Scott Fischer acerca del trabajo que se había realizado. Saludé con gran afecto a Neal, a quien conocí durante mi primera visita a los Estados Unidos en 1990, y a continuación Scott me presentó, en generosos términos, a todos los demás. Para mí esta experiencia fue importante, porque aunque ya sabía algo sobre el historial alpinístico de los clientes, suelo averiguar mucho más observando el aspecto físico y el comportamiento de la gente. Para mí, incluso en mi país, lo que cuenta no es tanto lo que la gente dice, sino cómo se conduce. Yo tenía muchas cosas que averiguar acerca de los clientes, quienes, por lo que sabía, habían entrenado duro para la ocasión.

Sabía que no era la primera vez que Sandy Pittman intentaba el Everest. Su apariencia saludable a esta altitud no me ofrecía dudas acerca de su buena condición.

Lene Gammelgaard tenía tan buen aspecto como en Katmandú, y yo sabía que estaba muy mentalizada para convertirse en la primera mujer danesa en escalar el Everest. Sin embargo me alarmé un poco cuando declaró sus intenciones de escalar sin oxígeno. En mi opinión, su falta de experiencia en altitud hacía que tal consideración no fuera demasiado prudente.

La tercera mujer alpinista de nuestra expedición, Charlotte Fox, había ascendido con éxito dos ochomiles: el Cho Oyu (8153 m) y el Gasherbrum II (8035 m), y asimismo contaba en su historial con las cumbres del Aconcagua y el McKinley. Su amigo Tim Madsen, un esquiador de montaña sumamente cualificado, no tenía experiencia en grandes altitudes pero sí un extenso historial en montañas más bajas en el oeste de los Estados Unidos.

Otro atleta con una amplia experiencia previa en el esquí de montaña era Klev Schoening, que también se había preparado en montañas más bajas como el Kilimanjaro y el Aconcagua. Su tío Pete Schoening me inspiraba un gran respeto como montañero. Simpatizaba con su deseo de convertirse en la persona de más edad en alcanzar la cumbre del Everest y admiraba su ambición, pero sus años me inducían a la cautela.

En cuanto a Dale Kruse, según tengo entendido, su mayor logro alpinístico ha sido escalar el Baruntse, un sietemil de Nepal. El Baruntse es una montaña de escasa dificultad, situada en las proximidades del Makalu, en la región del Everest, pero el nivel de complicación técnica del Baruntse es significativamente menor que el que nos esperaba en esta expedición, y tampoco su altitud puede compararse.

En cuanto al último de los participantes de esta expedición, Martin Adams, yo le conocía de nuestra expedición al Makalu, y sabía que este emprendedor alpinista estaba muy motivado para escalar el Everest. Le aseguré que le

brindaría toda la ayuda y el consejo que me fuera posible.

Después de mi encuentro con los miembros del grupo, volví aquel mismo día al Campamento Base. Por el camino analicé a todos los participantes. Los que más me preocupaban eran las personas que carecían de experiencia en altura: Tim Madsen, Klev Schoening, Lene Gammelgaard y Dale Kruse. La buena condición física que todos mostraban por encima de los 5000 metros era tranquilizadora. Tenían espíritu combativo y, a juzgar por su apariencia física, no parecían tener ningún problema físico de salud o de *samochuvstvie*^[20]. Sin embargo, yo sabía que sólo podría obtener una conclusión general acerca de la preparación física y mental de los participantes cuando pudiera observarlos en el Campamento Base y durante las ascensiones de aclimatación.

En cuanto al nivel general de capacidad y disposición del grupo, sentía una cierta preocupación. Sólo podía contar con la intuición profesional de Scott Fischer, para quien era muy importante tener éxito en su primera expedición comercial a gran escala en el Everest. Yo comprendía que él había trabajado mucho para conseguir lo que tenía y que se había esforzado por reunir un buen equipo para el Everest. En un tiempo tan breve es muy difícil encontrar guías cualificados y seleccionar un grupo fuerte y homogéneo de clientes. Pensé que Scott debía recibir lo que se merecía por sus sinceras aspiraciones.

La experiencia acumulada por mí, por Scott y por Lopsang en el Everest constituía en su conjunto una buena provisión de conocimientos a disposición de los clientes de esta expedición, que en su mayoría estaban en una razonable forma física. Pero a mi entender, en una expedición comercial siempre hay que realizar un ajuste de extrema importancia. Yo me había educado en la tradición de la Escuela Rusa de Montañismo de Altitud, donde el esfuerzo colectivo y el trabajo en equipo adquieren siempre el papel preponderante, en tanto las ambiciones personales quedan relegadas a un segundo plano. Nuestra práctica en la formación y preparación de los escaladores persigue una acumulación de experiencia y confianza por parte del alumno durante un largo período de tiempo, comenzando en las montañas bajas y progresando hasta los ochomiles una vez se ha alcanzado la preparación adecuada. Pero aquí, según mi entender y tal y como había sido el caso en otras expediciones comerciales, mi papel consistía en preparar la montaña para los clientes, y no al revés.

Capítulo 7. El Campo Base

El grupo de *Mountain Madness* continuaba en Gorak Shep cuando Bukreev volvió al Campo Base en la tarde del sábado 6 de abril. Esperaban que la caravana de yaks de la expedición pudiera completar los porteos de aprovisionamiento. Hasta aquel momento la mayor parte de los suministros necesarios para el Campo Base habían llegado a la espalda de los porteadores sherpas, y los esfuerzos de éstos habían bastado para cubrir las necesidades de Bukreev y de la avanzadilla de sherpas, pero los clientes no podrían trasladarse al Campo Base hasta que los yaks subieran con el resto de los víveres y equipo.

La progresión de todas las caravanas de yaks de las distintas expediciones había sido tremendamente lenta. El día antes de su llegada a Gorak Shep, los componentes del grupo de *Mountain Madness* habían salido de Lobuche después del almuerzo y al poco rato encontraron algunos de sus yaks hundidos en la nieve hasta el cuello, mientras sus conductores sherpas trabajaban furiosamente tratando de sacarlos.

Para matar el tiempo en Gorak Shep y con el fin de favorecer la aclimatación de los clientes, el grupo realizó una excursión en el día para ascender a Kala Pattar (5554 m), un collado subsidiario desde el cual los miembros de la expedición de Fischer disfrutaron de una vista espectacular y despejada de la cascada de hielo de Khumbu, primer obstáculo importante que encontrarían en su recorrido hacia la cumbre del Everest. En Kala Pattar, algunos de los escaladores experimentaron la transición entre el «ir hacia allí» y el «estar allí», y esa sensación de desfallecer y volar al mismo tiempo que muchos escaladores sienten al encontrarse por vez primera frente a la realidad física del objetivo que persiguen. Precisamente para eso habían pagado.

Por fin, el lunes 8 de abril, el grupo de Fischer salió hacia el Campo Base. Unos cientos de metros al Norte de los arenosos llanos de Gorak Shep, tomaron un camino que, atravesando un frente de morrena, les adentró en el glaciar del Khumbu. Tres horas después, siguiendo la huella abierta por los yaks y los porteadores que finalmente habían comenzado a moverse, el grupo llegó al Campo Base del Everest.

Recorrieron un paisaje lunar de rocas fragmentadas, pisando cuidadosamente de piedra en piedra para evitar lesionarse los tobillos, hasta que encontraron el campamento. Instalarse en lo que sería su hogar durante las próximas seis semanas se convirtió en prioridad para muchos de los clientes, y con la ayuda de los sherpas comenzaron a despejar los correspondientes lugares y a montar las tiendas.

Cuando llegaron los clientes, los sherpas que habían sido mis colaboradores experimentaron una transformación. Por la mañana, acudían a las tiendas de los clientes y les despertaban con una taza de té o café y un alegre «¡Buenos días!». En la tienda comedor había siempre termos con café instantáneo, bebidas deportivas, barritas energéticas y carne seca. Las comidas solían ser copiosas, cosas como pizzas y estofados. Por mi parte, prefería con mucha diferencia la comida sherpa, quizás más monótona pero también más fácil de digerir y en mi opinión más apropiada para cotas altas. Había ducha de agua caliente y servicio de correo. Incluso contábamos con una tienda de comunicaciones equipada con el material de Pittman: teléfonos por satélite, ordenadores y placas solares para la alimentación eléctrica de los aparatos. El Campamento Base tenía más servicios que muchos de los hoteles de Katmandú, y sin duda más que el Skala, donde a menudo solía alojarme.

A pesar de todo, las comodidades materiales no eran la panacea de todos los problemas. Varios clientes seguían luchando con sus problemas de adaptación a la altitud, y muchos de los componentes del grupo, especialmente aquellos que venían por primera vez al Everest, comenzaron a obsesionarse en exceso con sus funciones fisiológicas. Uno de los testigos del Campo Base lo recuerda así: «La gente se volvió reconcentrada en sí misma, controlando todos sus procesos fisiológicos: si orinaban o no, qué aspecto tenía su orina, si evacuaban el intestino cada día, si tenían náuseas, si les dolía o no la cabeza». No había nadie que se despreocupara de su estado de salud. Algo tan simple como un problema gastrointestinal o una infección respiratoria podía impedirles el acceso a la montaña, y ninguno de los clientes había venido hasta aquí para soportar algo tan indigno. Según lo expresó uno de los participantes, «hasta los hipocondríacos se ponían malos».

Neal Beidleman fue uno de los primeros que causó preocupación en el Campo Base. Al poco de su llegada se vio aquejado por la llamada «tos del Khumbu»^[21], y según uno de los residentes del Campo Base, «Neal echaba los pulmones por la boca de tanto toser. Tosía toda la noche, de modo que no podía dormir. La doctora Hunt le trató con todo tipo de cosas: esteroides para detener la inflamación, broncodilatadores para relajar los músculos. Sin resultado alguno». Aunque hubo otros participantes, como Pittman, que sufrieron dolencias análogas, el problema de Beidleman era más preocupante. Beidleman tenía la responsabilidad de acompañar a los clientes a la cumbre. Y la expedición contaba ya con un guía menos de lo que originalmente se había pretendido. Si Beidleman no se recuperaba, era dudoso que Fischer, Bukreev y los sherpas pudieran hacerse cargo de todo el trabajo.

Además de los problemas con los miembros del grupo, también había dificultades con el equipo, y una de las primeras preocupaciones que surgió fue la de los radiotransmisores traídos por Fischer para su uso durante la expedición. Un radiotransmisor es un elemento clave en toda expedición, al crear un vínculo entre el Campo Base y los escaladores que progresan hacia la cumbre y proporcionar una vía de comunicación para casos de dificultades, emergencias, necesidades de aprovisionamiento, información meteorológica y problemas médicos. Un escalador con experiencia no podría por menos de preocuparse por la calidad del dispositivo de comunicación en una expedición, y Martin Adams lo hizo.

«Hoy día existen magníficas radios muy pequeñas que no pesan prácticamente nada y que todos los escaladores deberían llevar, porque no estorban en absoluto. Son muy sencillas de usar: sólo tienen dos botones, así que es difícil equivocarse. Pero Scott ha traído unas cuantas radios antiguas de esas de diez canales, y yo le digo: “¿Son esas las radios que vamos a utilizar?” Y me dice: “Sí, son las únicas que tengo”. Opino que aquellas radios eran de chiste. Creo que Scott cometió un error al traer esos modelos tan anticuados».

Una de mis prioridades en el Campo Base fue formalizar una estrategia de aclimatación. Para aclimatarse adecuadamente, era importante que los miembros del grupo permanecieran en el Campamento Base durante unos cuantos días hasta que sus organismos se hubieran adaptado a aquella altitud. A continuación comenzaríamos una serie de excursiones que llevarían a nuestros clientes hacia cotas progresivamente más altas, ascendiendo desde el Campo Base hacia los campamentos superiores, previamente instalados por nuestros sherpas. Se trata de permitir que el cuerpo se habitúe gradualmente a permanecer en altitudes cada vez mayores, de modo que el día del ataque a la cumbre podamos ascender con rapidez hasta la cota más alta y a continuación descender a una altitud a la cual ya estemos aclimatados.

El plan que Scott y yo habíamos trazado incluía cuatro salidas de aclimatación. En la primera ascenderíamos hasta los 6100 metros, que es donde tendríamos nuestro campo I, pero en esta primera excursión no pernoctaríamos arriba. En esta salida, como en todas las demás, los clientes sólo llevarían consigo su equipo personal, a fin de ahorrar energías. Nuestros porteadores sherpas de altitud, trabajando a las órdenes de Lopsang Jangbu, transportarían la cuerda y el resto del equipo que pudiéramos necesitar.

Después de ascender hasta 6100 metros, volveríamos al Campo Base aquel mismo día, a fin de no forzar a los clientes. Después descansaríamos, tanto para que los participantes pudieran recuperarse como para tener nosotros la oportunidad de observar su condición física.

El plan para la segunda salida consistía en ascender de nuevo hasta el campo I, pasar allí la noche y al día siguiente realizar una jornada de aclimatación hasta la altitud de 6500 metros, donde nuestros sherpas estarían trabajando para instalar el Campo II, nuestro Campo Base avanzado. Este campamento sería una versión reducida del Campamento Base, y estaría completamente equipado con tienda comedor^[22], cocina y varias tiendas que los clientes compartirían cuando pernoctáramos allí. En esta salida no pasaríamos la noche en el Campo II, sino que descenderíamos y nos tomaríamos un nuevo descanso de varios días para que los clientes restauraran fuerzas y nosotros pudiéramos observarlos otra vez de cerca, para detectar cualquier problema incipiente y charlar con ellos acerca de su condición física y disposición.

Esperábamos que, después de aquel descanso, los clientes estarían listos para realizar una tercera excursión, que nos llevaría primero al campo I, donde pasaríamos la noche, y después al Campo II, donde pernoctaríamos por vez primera. Al tercer día trataríamos de alcanzar la cota 6800, altitud a la que estaríamos ya moviéndonos sobre la pared del Lhotse, sobre la cual estableceríamos nuestro Campo III a 7300 metros. Aquel mismo día se intentaría descender por el Campo II y volver al Campo Base.

Antes de la cuarta y última ascensión de aclimatación nos tomaríamos tres días de descanso. A continuación, trataríamos de subir de un tirón desde el Campo Base hasta el Campo II. Después de pernoctar allí y evaluar el *samo chuvsivie* de los clientes, continuaríamos hasta el Campo III y pasaríamos allí nuestra última noche, para intentar al día siguiente ganar unos pocos cientos de metros más antes de descender. Estábamos de acuerdo en que esta excursión sería obligatoria para todos los miembros del grupo, porque en ella alcanzaríamos nuestra máxima altitud antes de realizar el intento final hacia la cumbre, y era necesario que todos los clientes se adaptaran a aquella cota antes de enfrentarse al desafío final^[23].

Bukreev se tomaba muy en serio la disciplina de aclimatación y opinaba que las rutinas establecidas debían seguirse del modo más estricto. Comprendía que Fischer le había contratado para que hiciera valer su experiencia y que confiaba en él para ayudar a garantizar la seguridad de los clientes. Bukreev compartía con Fischer la idea de que aquella expedición tenía un buen potencial de éxito.

Le dije que si los clientes utilizaban oxígeno, y si teníamos la suerte de contar con una buena conjunción de circunstancias, nuestros clientes podrían alcanzar su objetivo, pero para ello era crítico que nos ciñéramos a nuestro plan de aclimatación y que concediéramos a los clientes la oportunidad de descansar todo lo necesario. Aquí ya no podíamos rectificar la falta de entrenamiento o de experiencia, pero sí maximizar las probabilidades de nuestros clientes si hacíamos todas esas cosas.

Nuestra tarea consiste en lograr que los clientes se aclimaten de modo óptimo con el menor número posible de noches en los campamentos de altitud. Mi experiencia me dice que la permanencia en cotas altas agota rápidamente las fuerzas y que éstas no se recuperan durante los breves intervalos de descanso en el Campamento Base. Algunas veces se sufren decepciones; uno empieza a tener menos problemas al ganar altura y se siente

relativamente bien, pero puede suceder que el día de cumbre no se tengan las fuerzas suficientes para realizar el asalto final. Así que yo mantenía la opinión de que después de nuestra excursión a 7300 metros deberíamos descender y descansar durante al menos una semana en una cota inferior a la del Campo Base, en algún punto de la zona de bosque en torno a los 3800 metros. Allí tendríamos más oxígeno y oportunidades de relajarnos y distraernos lejos de la rutina del Campamento Base, y todo ello podría ser psicológicamente muy positivo para nuestros clientes.

Fischer no opuso problema alguno al plan propuesto para las ascensiones de aclimatación, pero no se mostró receptivo ante la idea de Bukreev de realizar un buen descanso en cotas bajas antes del intento final. Bukreev no estaba seguro de las razones por las que Fischer se oponía, ya que se trata de una estrategia bastante corriente en las expediciones.

Capítulo 8. De Khumbu al Campo II

Antes de las primeras luces del día 11 de abril, los clientes de *Mountain Madness* salieron de sus tiendas y comenzaron a prepararse para ascender a la Cascada de Hielo del Khumbu. El día que Fischer había elegido para esta primera salida de su expedición era, según recuerda Bukreev, despejado y prometedor. Hubiera sido un día excelente para un intento de cumbre, porque el tiempo había permanecido muy estable durante varios días y los vientos habían sido moderados.

Era imposible adivinar las condiciones en las que estaría la montaña cuando los clientes de Fischer estuvieran por fin aclimatados. La meteorología de las montañas es algo imposible de predecir con un cierto grado de fiabilidad, como tampoco puede predecirse el estado de las personas que tratan de escalarlas. Cabía la posibilidad de que la montaña no estuviera a punto cuando los escaladores se encontraran preparados, y en ese caso nadie les devolvería el dinero. Tendrían que marcharse a casa sin haber realizado la ascensión.

La reacción de la mayoría de los clientes de *Mountain Madness* ante el ligero incremento de altitud entre Gorak Shep y el Campo Base no había sido demasiado notoria. El ritmo respiratorio en reposo de todos ellos había vuelto a la normalidad, aunque la mayoría experimentaba una rápida y desconcertante falta de aliento como consecuencia de cualquier ligero esfuerzo. Una de las participantes lo había expresado diciendo que en el Campo Base, donde sólo había la mitad de oxígeno que a nivel del mar, se sentía como si sólo le funcionara un pulmón y viviera en medio de una niebla de dos martinis.

Unos pocos clientes aún sufrían náuseas y dolor de cabeza, pero ninguno se quejaba demasiado, para aparentar que estaban bien. No querían «hablar del hecho de que se sentían espantosamente», tal y como describió la situación uno de los residentes en el Campo Base.

Fischer solía animar a sus clientes diciendo «es la actitud, no la altitud». Según la mayor parte de los componentes del grupo, Scott tenía un aspecto fuerte y no parecía experimentar problema alguno. Pero en opinión de Jane Bromet, había una diferencia considerable entre dichas percepciones y la realidad física de Fischer. «Se levantaba por la mañana y necesitaba cinco minutos para lograr ponerse en pie... Scott estaba agotado». También afirma que estaba tomando Diamox, 125 mg cada dos días, lo que sugiere que estaba tratando de acelerar su aclimatación^[24].

Para Beidleman y para todos los clientes con excepción de Sandy Hill Pittman, esta salida iba a ser su primera incursión a la Cascada de Hielo. Aunque todos trataban de parecer despreocupados y relajados, la mayoría de ellos conocía la historia del obstáculo que les esperaba. Desde que se había empezado a llevar la cuenta, en la Cascada de Hielo habían muerto diecinueve

personas.

La Cascada de Hielo del Khumbu es una masa azul, irregular y peligrosa, que se cierne sobre el Campo Base del Everest, en estado de transformación permanente. Esta enorme mole, perpetuamente sometida a la acción de la gravedad, fluye hacia abajo fracturándose y abriéndose, formando torres desgajadas de la masa principal que se conocen con el nombre de seracs, algunos de los cuales son más altos que un edificio de diez plantas. Entre los seracs se abre un entramado de fisuras o grietas, que pueden llegar a alcanzar más de cien metros de profundidad.

Cruzar la Cascada de Hielo para llegar al campo I, a 6100 metros de altitud, implica superar un desnivel de setecientos metros a lo largo de una distancia de más de un kilómetro y medio. Para facilitar el paso de los escaladores es preciso «abrir» la Cascada al inicio de cada temporada, tarea cuya realización se encarga a los equipos de trabajadores nativos. En marzo de 1996 los sherpas acondicionaron la ruta bajo la dirección de los británicos Henry Todd y Mal Duff, líderes de sendas expediciones comerciales.

El «Doctor de la Cascada de Hielo», como se denomina en el Campo Base al sherpa que coordina las operaciones, supervisa la extremadamente peligrosa tarea de instalar escaleras de aluminio (en 1996 fueron más de setenta) que permiten a los escaladores ascender tramos verticales o bien cruzar horizontalmente las grietas. A causa de la gran anchura de algunas grietas, en ocasiones se hace necesario empalmar entre sí tres o cuatro tramos de escalera, atándolos con cuerdas de escalada. La dificultad consiste en pasar por encima de las escaleras, unido cada escalador a las cuerdas fijas, una especie de pasamanos de cuerdas, que se instalan cada temporada. Para conectarse a ellas el escalador suele utilizar un mosquetón, unido a su vez a un corto tramo de cuerda que lleva fijo a su arnés de escalada. El mosquetón es una pieza de aleación de aluminio, cuyo diseño recuerda a un eslabón de cadena (oval o en forma de D), provisto de un cierre de resorte que permite al escalador abrirlo o cerrarlo para conectarse o desconectarse a voluntad en la cuerda fija. Con menor frecuencia, y sobre todo para remontar tramos verticales, pueden utilizarse unos aparatos de metal llamados *jumars* o bloqueadores mecánicos, que se llevan en la mano y están diseñados, como su nombre indica, para bloquearse sobre las cuerdas. Una vez instalado sobre la cuerda fija, el *jumar* puede avanzar por ella si lo empujamos con la mano a medida que ascendemos. Pero si tiramos del *jumar* hacia abajo o nos caemos hacia atrás, una leva comprime la cuerda impidiendo el retroceso del aparato, que nos sujetará o nos permitirá traccionar de él. Esta característica permite utilizarlo para ascender por las cuerdas, empujándolo hacia delante y traccionando sobre él sucesiva y alternativamente.

A lo largo del recorrido por la Cascada de Hielo el escalador oye los crujidos, quebramientos y gemidos de la masa glaciaria, porque el paisaje que atraviesa, al igual que el del Campo Base, está en perpetuo movimiento. A medida que avanza, el escalador desea con todo su corazón que ninguno de esos sonidos esté anunciando un movimiento catastrófico del hielo, que podría ensanchar súbitamente la grieta que está atravesando, o derribarle encima un bloque cristalino tan grande como un edificio de oficinas.

Fischer había dicho a sus clientes que para poder continuar hacia las secciones superiores de la montaña, era indispensable poder recorrer la Cascada de Hielo, desde abajo hasta arriba, en menos

de cuatro horas. La apuesta era fuerte y Klev Schoening había dicho: «¡Se acabaron los aperitivos, llegó la hora de la carne con patatas!».

Como recuerda uno de los clientes, las instrucciones recibidas por los participantes acerca de cómo transitar por la Cascada de Hielo fueron breves y concisas: «Más que “cuidado con esto y cuidado con aquello”, lo que se nos dijo fue, en realidad, “¡cuidado con vosotros mismos!” y eso fue todo».

Para la mayoría de los escaladores los peores momentos no eran cuando había que ascender impresionantes tramos verticales, sino cuando llegaba el momento de cruzar las grietas, caminando sobre los trozos de escalera empalmados entre sí. Al avanzar, pasando de un peldaño a otro, oyendo el entrechocar metálico de los crampones que a veces se enganchaban aquí y allá, los participantes de la expedición se veían a menudo balanceándose peligrosamente sobre las fauces de hielo de la grieta, que les tragaría de modo irremisible si cayeran sin estar correctamente asegurados a las cuerdas fijas. Suponiendo que se les pudiera encontrar y alcanzar después de una caída semejante, se imaginaban a sí mismos saliendo de la grieta como muñecos de trapo, cuerpos fríos e inertes colgando, sin vida, de un arnés de escalada.

Según recuerda Martin Adams, «algunas personas caminaban sobre las escaleras, otras gateaban. Y, para ser sinceros, Sandy y Lene cruzaban sobre las escaleras tan bien como cualquier otro o incluso mejor... Poseían un buen sentido del equilibrio y no tenían miedo». Charlotte Fox, según uno de los informes de Pittman en internet, descubrió que, en ocasiones, cruzar arrastrando el trasero por las escaleras era bastante menos terrorífico que titubear sobre los crampones contemplando de reojo el interior de una bóveda de hielo con la capacidad de un parking municipal. El día 10 de mayo Fox cumpliría cuarenta años y quería llegar viva a ese día.

Todos los escaladores cumplieron el objetivo en un tiempo inferior a las cuatro horas propuestas por Scott, de modo que en general me sentí satisfecho, aunque me sorprendió comprobar que muchos clientes no tenían suficiente confianza en sí mismos como para moverse sin tener que estar casi constantemente pendientes del guía. Yo me temía que algunos de ellos estaban convencidos de que el guía tenía la obligación de controlar todas las situaciones que ellos pudieran encontrarse. Me pregunté qué ocurriría cuando no tuvieran a nadie que les llevara de la mano.

Bukreev había comenzado a estudiar la ecuación planteada por la expedición de *Mountain Madness*. Éstos eran los factores: los guías, los clientes y los sherpas. Si todos seguían sanos y se aclimataban bien, si tomaban las decisiones adecuadas y sus esfuerzos se sumaban y multiplicaban correctamente y, finalmente, si el tiempo les acompañaba, él sabía que todo el mundo podría bajar vivo. Pero ¿hasta qué punto se podía confiar en la capacidad de los clientes para mirar por sí mismos y para tomar la decisión correcta en una situación crítica cuando no hubiera ningún guía junto a ellos?

Lo que Bukreev introdujo en sus cálculos fue su propia experiencia en altitud y su preparación, atributos por los que Henry Todd le había contratado el año anterior. «Cuando utilicé sus servicios en el año 95, fue todo perfecto. Bukreev fue absolutamente magnífico. Hizo exactamente lo que debía hacer. Yo le conocía y sabía de lo que era capaz... Si algo iba mal, yo quería una bala que subiera a resolver el problema. Un arpón». En opinión de Todd, Bukreev no era una niñera.

Contratarle con aquella idea equivalía, según Todd, a subestimar sus talentos del modo más burdo. «Él no está hecho para eso. Es como utilizar un coche de carreras para llevar a los niños al colegio».

Nuestro camino de vuelta a través de la Cascada de Hielo se realizó con normalidad y todos volvieron al Campo Base un poco más seguros y satisfechos por los buenos resultados obtenidos. Tal y como estaba previsto, los clientes tenían por delante dos días de descanso, mientras los sherpas instalaban las tiendas del campo I y lo aprovisionaban para nuestra próxima excursión, en la que los clientes pernoctarían allí por vez primera.

Durante este período de descanso, Bukreev comenzó a cuestionarse abiertamente la disposición de algunos de los clientes de la expedición. Aunque en general satisfecho por el rendimiento de los participantes, Bukreev tenía ciertas reservas acerca de Dale Kruse y de Pete Schoening, preocupándole las aptitudes de ambos con vistas al resto de la ascensión. Pero Fischer le tranquilizó, recuerda Bukreev, diciéndole: «Pete me hará caso. Tiene experiencia, no confunde la ambición con la realidad». Y en cuanto a Kruse: «Dale es un viejo amigo. Me resultará fácil conseguir que se dé la vuelta. Para él no será un problema muy grave. Comerá bien y beberá un poco de cerveza en el Campo Base. No habrá problema».

En privado, Fischer expresó a un miembro de su grupo de apoyo la preocupación y la frustración que estaba sintiendo respecto a Kruse. Tanto durante la marcha de aproximación como en los primeros días en el Campo Base, Kruse se estaba distanciando del grupo, volviéndose un poco «antisocial» y yendo «a su aire». Fischer sabía que Kruse estaba luchando, pero «desde muy pronto aquello estaba preocupando a Scott. Y Scott decía: “Tendrá que solucionarlo él solo”». Fischer pensaba que Kruse tendría que superar aquel problema. Según la perspectiva de uno de los observadores, «Creo que Dale sufría todo el tiempo... En su estado emocional, si se le consideraba como un jugador de un equipo, era indudable que constituía el eslabón más débil, aunque no en un sentido ofensivo. Estaba todo el tiempo muy, muy callado, y creo que le afectaba mucho la altitud... Me parece que sufría hipoxia desde los 4900 o 5000 metros, pero estaba siempre tan callado que resultaba verdaderamente difícil deducir algo acerca de él».

Del mismo modo que los clientes estaban adaptándose a la altitud, también tuvieron que adaptarse los unos a los otros.

«Mira, muchos de nosotros no nos conocíamos antes de llegar a Katmandú», dice uno de los participantes. «Fue algo así como una cita a ciegas. Al principio, lo único que todos teníamos en común era nuestro objetivo, esto es, la cumbre de la montaña. Así que transcurrió un período sin sentimientos, de conocerse unos a otros. En una gran montaña, uno debe saber con quién está escalando. Si las cosas se tuercen, no podrás llamar a un taxi y marcharte a casa... Sorprendentemente, y dada la aleatoriedad de la mezcla, éramos con pocas excepciones un grupo relativamente homogéneo».

En ciertos aspectos, Tim Madsen era callado, una especie de solitario. «Era tan callado como Dale», dice de él un miembro del equipo de *Mountain Madness*. «Como un libro cerrado, totalmente silencioso». Aunque Madsen y Kruse eran «tipos raros», se llevaban bien con todo el mundo. De hecho, como recuerda un miembro de la compañía, todo el mundo se llevaba

«perfectamente bien» excepto Sandy Pittman y Lene Gammelgaard.

«Lo que yo observé», dice uno de los residentes del Campo Base, «es que al cabo de un cierto tiempo Sandy y Lene mantenían una especie de competición. Lene veía a Sandy como una enorme presumida. Sandy era la típica multimillonaria que siempre tiene en la boca el nombre de algún famoso... siempre hablando de famosos y haciendo ostentación de lo que ella escribe y de lo que hace y de lo poderosa que es. Lene, por su parte, se las da de llevar una vida independiente y de no necesitar a nadie. Pienso que su impulso no procedía tanto de un gusto innato por escalar montañas como de un empeño de afianzar su identidad. A Neal le ponían enfermo aquellas dos; no es que estuviera tenso, era más bien como si tuviera que apretar los dientes para llevarse bien con esas dos personalidades femeninas... Empezó a volverse realmente malhumorado».

Según la misma fuente de información, las dificultades que Beidleman tenía con Pittman se agravaban aún más debido a los problemas que ella tenía con su equipo de comunicación. «Sandy no sabía manejar su material... Apuesto a que Beidleman invirtió más de veinticinco horas trabajando con aquel equipo, y yo le decía: “Neal, antes de echar más horas con estos trastos llama a la NBC, tío, y consigue que te paguen por horas”. Ellos no mandaron ningún técnico para ayudarla. “Cóbrales por ello”, le decía yo. Pero él contestaba “No, no...”. Yo pensaba: “¡Dios mío, mira que eres tonto!”».

En medio de todo esto, dice una de las personas de confianza de Fischer, «Scott trataba de mantener la cabeza fría. No quería involucrarse en absoluto en el tira y afloja de Pittman y Gammelgaard». En privado, Fischer admitía que quizás había cometido un error al traer a Pittman. «Parecía un fichaje muy interesante, pero si ella no consigue la cumbre, culpará de ello a Scott. Y si llega a la cima, ni siquiera mencionará su nombre... Ambos habíamos hablado mucho de este asunto».

Mi relación con los miembros del grupo fue formándose a medida que transcurría la expedición, y era diferente con cada uno de ellos. Antes de la expedición conocía bastante bien a Neal Beidleman y a Martin Adams, a raíz de nuestra expedición al Makalu en la primavera de 1994. Lene Gammelgaard me miraba con mucho respeto. Había oído hablar de mí a Michael Joergensen, el primer danés en alcanzar la cumbre del Everest, hecho que logró la primavera del pasado año cuando tomó parte en la expedición de Henry Todd. Lene, como yo, no era americana, y eso la hacía sumamente diferente al resto de los miembros de la expedición. Además no era especialmente adinerada y no había podido costearse por sí sola todos los gastos de la expedición. Todos estos factores la aislaban un poco, a mi entender, del resto de los componentes del grupo. También fue tomando forma mi relación con Charlotte Fox y Tim Madsen. Espiritualmente estábamos muy cerca debido a la común devoción que sentíamos por las montañas. Los otros miembros de la expedición actuaban con cautela en su relación conmigo. Pete Schoening y su sobrino Klev estaban siempre juntos, aislados de los demás. Para ellos no había mucha diferencia entre un montañero ruso contratado para la expedición y los porteadores sherpas de altitud. Puede que algunas de sus reacciones tuvieran su explicación en los recuerdos de la no tan lejana guerra fría. Por añadidura, mi dominio del inglés dejaba mucho que desear y no siempre podía responder con soltura a sus preguntas, y viceversa. No me era posible tomar la iniciativa y dar consejos prácticos como se supone que debe hacer un guía, y explicar lo importante que es seguir tales consejos.

* * *

El sábado 13 de abril los escaladores de *Mountain Madness* volvieron a la Cascada de Hielo y

la remontaron sin incidente en dirección al Cwm Occidental^[25], un panorama de tal extensión que resultaba imposible de abarcar con un objetivo gran angular, independientemente del punto donde se colocara el escalador con su cámara.

El Cwm Occidental es una oquedad glaciar, una ondulada rampa de nieve y hielo de cuatro kilómetros de longitud y pendientes cada vez más pronunciadas. En tres de sus costados está cerrada por las cumbres y aristas que conectan entre sí el Everest, el Lhotse y el Nuptse, principales cumbres del macizo del Everest. Desde ese punto privilegiado se disfruta de un panorama invisible desde el Campo Base: la amenazadora, magnífica e intimidante cumbre del Everest.

Gammelgaard, cuya personalidad voluntariosa y estilo estoico eran, según algunos, un poco pretenciosos, quedó sobrecogida por la belleza que se extendía frente a ella. «Me considero a mí misma bastante endurecida y pocas cosas me emocionan tan profundamente como esto». Al encontrarse frente a la enorme extensión, suavemente ascendente, del Cwm Occidental y frente a la montaña que había venido a escalar, Gammelgaard se apartó de los demás escaladores y lloró en silencio.

A media hora de distancia del término de la Cascada, sobre la nieve y el hielo del Cwm Occidental, situamos nuestro campo I en un lugar un poco más alto que el que normalmente hubiéramos elegido para poner las tiendas, ya que varias expediciones habían apiñado ya las suyas allí donde nosotros hubiéramos preferido. Sin embargo el nuevo emplazamiento era seguro y no le hubieran afectado de modo importante las avalanchas.

Conscientes de la necesidad de rehidratarse y entrar en calor tan pronto llegaron al Campo I, los escaladores de *Mountain Madness* comenzaron a fundir nieve en sus cocinas de altitud, colgadas en la bóveda de las tiendas. Pittman, que transmitió su experiencia en el Campo I al espacio de internet de la NBC, comentaba que la altitud le «ahuecaba» la mente de tal modo que el hecho de observar cómo se funde la nieve se convertía en una experiencia entretenida, algo así como ver la televisión. También expresaba su agradecimiento a Gammelgaard, que compartía con ella la tienda, y que a la hora de cenar rebuscó en su mochila y fue sacando exquisitos bocados, cortesía de uno de sus patrocinadores daneses. Mientras en las tiendas vecinas sus compañeros debían conformarse con sobres de preparados deshidratados, ellas dos se regalaban, sin ningún reparo, con frutos secos y nueces, y comían a cucharadas algo que Pittman definió como «un exótico plato nómada del Medio Oriente». El montañismo a gran altitud puede inhibir el apetito, pero este efecto no quedó documentado en el informe de Pittman para internet. Fueran cuales fueren las diferencias personales entre Gammelgaard y Pittman, lo cierto es que estaban luchando por un objetivo común. Amigas o no, estaban juntas en aquello hasta el cuello, y optaron por cooperar en aquel esfuerzo compartido.

A la mañana siguiente, Bukreev y algunos de los otros participantes continuaron por el Cwm Occidental hasta el punto en que estaría situado el Campo II (6500 m), en tanto el resto del grupo

descendía directamente hasta el Campo Base. No obstante, a la hora en que la cena salió a la mesa en la tienda comedor del Campamento Base, todo el mundo estaba de regreso sano y salvo.

Los días 15 y 16 de abril, los escaladores dejaron aparcados sus crampones y se recrearon en el descanso obligatorio. Pancakes, tortillas de queso de yak y café para el desayuno, ducha caliente y baño de sol, lectura del libro preferido o una película en el Watchman: tales fueron los retos de la rutina de aclimatación de *Mountain Madness*. El día 17 de abril, los miembros del grupo volvían a la tarea.

Todos los componentes del equipo excepto Sandy y Tim partieron temprano para realizar nuestro tercer recorrido por la Cascada de Hielo. Scott y yo pensábamos que los clientes eran capaces de atravesar ésta sin necesidad de una estrecha supervisión. Sandy se retrasó porque debía realizar algunas tareas en su tienda de comunicaciones. Tim, que sufría síntomas agudos de mal de altura, había descendido el día anterior hacia Pheriche junto con Ingrid, nuestra doctora, igualmente afectada... En ellos no me sorprendían demasiado estos problemas, ya que ninguno de los dos había estado previamente en cotas altas y el desafío era nuevo para sus organismos.

A pesar de las preocupaciones de Jane Bromet acerca del modo en que Pittman trataría a Fischer en los medios de comunicación, él continuaba participando en la página web de Pittman para la NBC. En la mañana de su tercera excursión pasó más de una hora con ella en su tienda de comunicaciones, tomando parte en una charla *on line* en internet, junto a Pittman y a Sir Edmund Hillary, que por aquellos días se hallaba en Katmandú. Hillary había aceptado tomar parte en la conversación aunque mantenía una bien conocida actitud crítica respecto a las expediciones comerciales en el Everest, en la convicción explícita de que resultan denigrantes para las montañas. Había ofrecido algunos sabios consejos: «En cualquier tipo de expedición debemos tratar la montaña con un tremendo respeto. Si eres deportista y te sientes afectado por la altitud, desciende hacia cotas más bajas y recupérate. En última instancia, el éxito en el Everest exige un cierto nivel de condición física».

Mientras Pittman se despedía y atendía otras tareas, Fischer y Bukreev abandonaron el Campo Base para hacer de «escobas», animando y ayudando a los rezagados.

Aquel día, Bukreev calculó que había más de cien escaladores en la Cascada de Hielo. Sherpas de diversas expediciones, cargados con petates y mochilas llenas de material y provisiones ascendían hacia las zonas superiores de la montaña para instalar los campamentos de altura. Como los clientes de Fischer, multitud de escaladores de otras expediciones estaban también en marcha, realizando ascensiones de aclimatación.

De camino hacia el campo I, Scott y yo observamos a los escaladores de otras expediciones comerciales. Estuvimos de acuerdo en que, comparativamente, nuestros escaladores parecían mucho mejores, aunque por mi parte también observé que el nivel general de aptitud y preparación de todos los clientes, incluyendo los nuestros, parecía inferior al de las personas que estaban escalando por el lado tibetano el año anterior.

Con un poco de suerte lo lograríamos, pensé. Scott, Neal y yo tendríamos que planificar nuestra ascensión de tal

modo que todos los miembros del grupo que estuvieran capacitados para la cumbre se encontraran en el Campo IV en el momento más adecuado para realizar un intento. Sin embargo, incluso aunque eso nos saliera bien, nuestro éxito seguiría dependiendo del tiempo. Para esto no disponíamos de seguro alguno. Ninguno de nosotros podría proteger a los clientes de los peligros de los vientos de altitud u otros cambios meteorológicos bruscos. Quizás, si teníamos mala suerte, podríamos descender y reconsiderar las oportunidades. Si había ganas, tiempo y fuerzas, tal vez podríamos aguardar una situación más favorable y volver a intentarlo. Pero para entonces, ¿cuál sería la condición física de los clientes y cómo estarían nuestras existencias de oxígeno? Yo dudaba que muchos de los clientes tuvieran fuerzas suficientes para permanecer en altitud hasta que la meteorología se volviera más favorable, y no sabía si, llegado el momento, tendríamos suficiente oxígeno para realizar un segundo intento. En definitiva, estaba seguro de que la montaña tomaría muchas decisiones por nosotros.

Si para Bukreev hubo un día de transición en la expedición, probablemente fue éste. Fischer se detuvo a esperar a Pittman, que venía escalando detrás de ellos, y Bukreev se quedó solo, pensando en su propia decisión de trabajar para la expedición de *Mountain Madness*. Jamás había visto una cosa así: todo aquel fastidioso despliegue electrónico, los trapicheos publicitarios, las lisonjas y el politiqueo.

Al reflexionar acerca de mis experiencias pasadas y de la variabilidad del tiempo por encima de los ocho mil metros, barajé nuestras posibilidades. Traté de pensar qué ocurriría si nos encontráramos en una situación crítica a gran altitud. ¿Bastarían mis fuerzas y las de Scott, Neal y los sherpas para controlar cualquier situación que pudiera desarrollarse?

Con gran sensatez, nuestros clientes habían partido hacia el campo I a primera hora de la mañana, porque a medida que avanzaba el día el tiempo comenzó a deteriorarse, y al anochecer la nieve comenzó a caer en grandes copos. Sólo Sandy estaba aún de camino para entonces, pero a causa de su experiencia en el Everest, en ningún momento pensé que pudiera verse en peligro.

* * *

El 18 de abril al amanecer había más de quince centímetros de nieve en el campamento de *Mountain Madness*. Había estado nevando mientras los escaladores dormían, pero la precipitación cesó al salir el Sol y el grupo decidió continuar hacia el Campo II para pernoctar allí. Bukreev examinó con detenimiento a los clientes y concluyó que todos ellos, a sus ojos, estaban en buena forma.

Los guías, llevando cada uno una pequeña carga, nos movíamos con los clientes a un ritmo constante sobre la nieve recién caída. Charlotte y Lene caminaban más lentas aquel día que los otros participantes, pero Sandy tenía un aspecto robusto y alegre. Su único problema era la continua tos, que, como en el caso de Neal, se agravaba a consecuencia del aire seco de la montaña.

Después de adelantar a la hilera de clientes que avanzaban, Bukreev llegó, en sólo tres horas, hasta el lugar donde los sherpas de *Mountain Madness* habían depositado los suministros necesarios para instalar el Campo II. Resguardados en la base de la ladera, montaron el campamento sobre un llano recubierto de piedrecillas, fragmentadas por la acción del hielo. Las tiendas del campamento quedaron bastante protegidas en un lugar en el que recibirían la tibieza del sol por la mañana, pero haría demasiado calor por la tarde.

Cuando el aire está en calma y hace sol, el emplazamiento del Campo II se satura de radiación solar, y el calor

de mediodía puede llegar a ser muy intenso provocando deshidratación y somnolencia. Así pues, cuando llegué al Campo II empecé a ayudar a los sherpas, que todavía no habían levantado la tienda comedor. Mientras trabajaba, comenzaron a llegar los clientes, los primeros formando un grupo y luego el resto, siguiéndoles los pasos a unos trescientos metros de distancia.

Mientras iban llegando los clientes, Bukreev siguió trabajando con los sherpas, y cuando la tienda comedor quedó instalada, los sherpas se dispersaron a fin de ayudar a algunos de los clientes a montar las suyas. Después de haber pasado varios días trabajando con los mismos sherpas en el Campamento Base, Bukreev quedó sorprendido al ver el entusiasmo con que éstos se lanzaban a la tarea, deseando demostrar que «trabajaban bien» y buscando el favor de los clientes, que cuando quedaban contentos con sus servicios solían repartir propinas al concluir la expedición.

Bukreev no deseaba parecer «un competidor que les disputa el pan a los sherpas», y como además se sentía cansado por su rápida ascensión a lo largo de la columna de escaladores, optó por servirse un poco de té caliente y se sentó en una roca a descansar.

Capítulo 9. El Campo II

Cuando el sol se puso detrás del Everest y las temperaturas descendieron rápidamente en las últimas horas del día, los escaladores reclusos en los estrechos confines de sus tiendas sacaron de las mochilas su ropa de altitud. Horas antes la temperatura les había permitido estar en mangas de camisa; ahora los clientes y guías de *Mountain Madness* se retorcían como acróbatas de circo, envolviéndose en pluma de oca y goretex y preparándose para salir al frío de la noche, salvar rápidamente la distancia que les separaba de la tienda comedor y pasar su primera noche en el Campo II.

A partir de aquel momento no volverían a pernoctar en el campo I. La mayor parte de las tiendas de este campamento habían sido retiradas, quedando sólo unas pocas para el almacenamiento de material y provisiones, a modo de depósito que utilizarían los sherpas en sus ascensiones de aprovisionamiento hacia los campamentos superiores. Pero en adelante, estas tiendas sólo se ocuparían en caso de emergencia.

Al anochecer, mientras los sherpas preparaban el arroz y el dalda para la cena en la cercana tienda de cocina, Neal y yo y todos los clientes excepto Pete Schoening, que había descendido al Campo Base junto con Scott Fischer, nos reunimos en torno a la mesa de la tienda comedor, hambrientos y satisfechos con la ascensión de aquella jornada. Todos tenían un aspecto «ártico» vestidos con sus voluminosas indumentarias de altura. Martin Adams, con quien me sentía cómodo bromeando, porque nos conocíamos desde hacía más tiempo, vino a sentarse a la mesa con su nuevo traje de escalada de color verde, y yo le saludé diciéndole «¡Hola, cocodrilo!». Como mi inglés seguía sin ser muy bueno, esperé que aquello no le ofendiera, y Martin y algunos de los demás se rieron con buen humor.

Al ver que todos estaban muy animados y que se sentían bien, me volví hacia Neal y le pregunté: «¿Cuál es el plan para mañana?» y sugerí que después de desayunar temprano podríamos tratar de alcanzar los 6800 metros, hasta la pared del Lhotse, donde comenzaba una tirada de cuerdas fijas.

Beidleman y Bukreev comentaron la idea con los clientes, y entre todos planearon que saldrían temprano a la mañana siguiente, para poder volver al Campo II con tiempo suficiente para almorzar, descansar y luego partir de vuelta para estar en el Campo Base antes que anocheciera.

Aprobado dicho plan, Bukreev hizo a Beidleman otra sugerencia. «Mientras veníamos ayer hacia el Campo II, vi a los sherpas montando cuerdas fijas hacia el Campo III. ¿Por qué no subimos tú y yo un poquito más y les llevamos unas cuantas cuerdas?». Beidleman estuvo de acuerdo, y afirmó que se sentía lo suficientemente fuerte como para subir hasta el Campo IV si fuera necesario.

Volvimos a hablar con los clientes acerca de la necesidad de realizar una aclimatación adecuada, y les recordamos que debían controlar cuidadosamente el estado de su organismo y permanecer siempre conscientes de que en cotas altas sus sensaciones y reacciones podrían no resultarles muy familiares. Nosotros podríamos realizar nuestro trabajo como guías y observarles, pero sólo ellos conocerían la verdad de su interior. Debíamos ser sinceros entre nosotros y comunicarnos. Los primeros síntomas del edema cerebral y del edema pulmonar pueden resultar confusos incluso para el más experimentado de los montañeros, y un fallo de interpretación podría ser fatal. Insistimos en la importancia de mantener siempre una reserva de energía y de no agotarse nunca, prestando atención para recordar que «no puedo» suele significar exactamente eso: que no podemos y además no debemos. Es fundamental detenerse, dar media vuelta y salvar la vida.

Después de la cena conectamos por radio con Fischer, que seguía en el Campo Base con Pete Schoening, a fin

de comentar y aprobar el plan para el día siguiente.

Pittman dictó por radio a Fischer su «artículo» para la NBC, y éste lo transmitió por el teléfono vía satélite a las oficinas de la NBC en Nueva York, donde la voz de Pittman resultaba «casi inaudible» en tanto la de Fischer se recibía «alto y claro». En Nueva York el mensaje fue tecleado, digitalizado y transmitido a la página web de la NBC. Instantáneamente, miles de fans electrónicos del Everest pudieron enterarse de las últimas noticias: «Estamos instalados aquí arriba con alimentos y material y con nuestros leales empleados sherpas». Un *bwana* no lo hubiera dicho mejor.

A la mañana siguiente la mayor parte de los clientes no mostraban el mismo entusiasmo que el día anterior, y durante el desayuno en la tienda comedor las conversaciones carecían de la animación y las bromas de la noche anterior. El incremento en la altitud desde el campo I hasta el II estaba pasando factura, pero Neal y yo no vimos en la somnolencia de los clientes otra cosa que no fuera la lucha normal del organismo para acomodarse a la altitud. De modo que decidimos que estaban preparados para iniciar la ascensión del día.

Bukreev y Beidleman se echaron a la mochila sendas madejas de cuerda y, junto con los clientes, iniciaron el camino. Bukreev iba delante llevando un ritmo lento y prestando mucha atención a las estrechas grietas que jalonaban la ruta, algunas de las cuales apenas se distinguían a causa de la ligera capa de nieve que había caído la noche anterior. Al cabo de unas dos horas la huella empezaba a seguir un terreno con mayor pendiente, y Bukreev se desvió hacia la izquierda del camino marcado, eligiendo una ladera suave a lo largo de la que podrían ganar los trescientos metros que les separaban del inicio de las cuerdas fijas en la pared del Lhotse.

Después de recorrer unos treinta metros por aquel nuevo itinerario observé algo extraño ante mí, un objeto oscuro que sobresalía de la nieve. Al principio pensé que sería alguna pieza de equipo caída de un campamento alto en el transcurso de una expedición anterior, pero al acercarme vi un par de crampones unidos a unas botas, y tras las botas la mitad inferior de un cuerpo humano. Inmediatamente surgieron dos cuestiones: ¿Quién era esta persona? ¿Qué tragedia le había sucedido? Supuse que se trataba del mismo escalador que años atrás había sufrido una mortal caída en el Lhotse, y cuyo cuerpo, arrastrado por la gravedad a lo largo de un tortuoso itinerario, había quedado destrozado viniendo finalmente a parar a este lugar.

Bukreev se quitó la mochila y permaneció en pie, silencioso, contemplando el cuerpo mientras los demás escaladores, que todavía no se habían apercebido del descubrimiento, avanzaban hacia él.

La eternidad y el poder de las montañas ahondaron en mí. Recordé una historia oída en el colegio acerca de una costumbre de los antiguos romanos. Después de una batalla victoriosa, celebraban un banquete con ricos manjares y música ininterrumpida, pero en el cénit del banquete, en lo mejor de la fiesta, las puertas del salón de celebraciones se abrían de súbito, y los cuerpos de los camaradas muertos eran traídos y depositados en medio de los festejantes. En aquel tétrico momento todos comprendían el precio de la batalla que habían ganado.

Aquellos que venían detrás de mí, ¿estaban valorando honestamente su aptitud para la ascensión que se avecinaba? Sólo unas pocas horas antes, gracias a los sherpas que habían portado las cargas hasta el Campo II, todos nosotros habíamos estado disfrutando de un nivel de bienestar que mucha gente de este planeta consideraría lujoso. Comoquiera que hubiéramos llegado hasta allí, éramos unos privilegiados, pero sin embargo no estábamos a salvo. Unas pocas semanas más adelante, si todo iba bien, volveríamos a pasar por este punto, de camino hacia la cumbre. Cuando uno está escalando por encima de los ocho mil metros, donde cualquier error tiende a amplificarse

en el aire enrarecido, donde un sorbo de té caliente de un termo representa la diferencia entre la vida y la muerte, ninguna cantidad de dinero puede garantizar a nadie el éxito.

Naturalmente, cada uno de nosotros tenía la ambición de alcanzar la cumbre, de superar los obstáculos y de hacer algo que muchos consideran imposible. Pero quizás, en mi opinión, el precio de escalar el Everest se está calculando hoy en día de una manera diferente. Cada vez hay más gente dispuesta a pagar un precio en dinero para tener una oportunidad, pero no pagan el necesario precio físico de la preparación: el gradual desarrollo del espíritu y de las condiciones físicas, desarrollo que se alcanza escalando montañas más bajas, pasando de lo sencillo a lo complicado y finalmente a los ochomiles. Me pregunto si acaso no existe sentimiento de logro en un proceso semejante, o si es que la escalada en altitud ha cambiado para siempre debido al uso del oxígeno, a los adelantos tecnológicos y a la proliferación de servicios que permiten escalar cada vez más alto a gentes insuficientemente preparadas.

Beidleman y los clientes avanzaron hasta toparse con el cuerpo, y Bukreev recuerda: «Se habló muy poco. Cada uno lo tomó a su manera. El silencio me pareció respetuoso, tal vez instructivo».

Bukreev, como guía de la expedición de *Mountain Madness*, era un jugador en este juego que él se cuestionaba cada vez con más frecuencia. Se encontraba en compañía de escaladores bastante menos cualificados que él, y comprendía que la seguridad de éstos era su responsabilidad primordial, pero había cosas que escapaban a su control. Le preocupaba Pete Schoening y su estado físico. Sus problemas con la altitud se manifestaban ya con el simple esfuerzo de vestirse. La salud de Schoening podía estar seriamente comprometida, en opinión de Bukreev, y además estaba la cuestión del oxígeno. Al comienzo de la expedición, *Mountain Madness* contaba con lo que en opinión de Bukreev era una provisión suficiente de oxígeno, e incluso una reserva extra para circunstancias imprevistas, pero Pete Schoening había empezado a dormir con oxígeno en el campo base, circunstancia que no es frecuente. Si continuaba utilizándolo, el margen de seguridad de la expedición quedaría reducido. El más viejo de los Schoening era estoico, y estaba sumamente decidido y motivado, pensaba Bukreev, que seguía manteniendo un gran respeto ante el esfuerzo del veterano alpinista. Sin embargo, no podía dejar de preocuparse por la salud de Schoening. Anatoli tenía la esperanza de que su obligado descenso fuera un argumento suficiente para persuadir a Fischer de que debía sugerir a Schoening que no volviera a intentar la ascensión.

Cincuenta o cien metros más arriba del lugar donde habíamos hallado el cuerpo se encontraba el arranque de las cuerdas fijas, a partir de donde la ruta ganaba verticalidad, ascendiendo sobre la helada pared del Lhotse. Neal sugirió que dejáramos allí las cuerdas y volviéramos al Campo II, porque los clientes no llevaban consigo crampones ni piolet y no podían ascender con seguridad por las cuerdas. Pero yo miré el reloj y dije que prefería continuar por la línea fija y trabajar un poco equipando la ruta que habría de llevarnos al Campo III.

Saqué de mi mochila los crampones, un arnés de escalada y un *jumar*, y a continuación tomé la cuerda que llevaba Neal. Instalé el *jumar* sobre la cuerda fija mientras Neal volvía para escoltar a los clientes en el camino de descenso. Todos ellos tenían un aspecto más animado después del letargo de la mañana, y me sentí tranquilo sabiendo que estarían a salvo con Neal, ya que hacía buen tiempo y la huella estaba claramente marcada. Me dio un poco de envidia pensar en el almuerzo del Campo II, pero también me alegraba tener la oportunidad de sobrecargar un poco a mi organismo trabajando a una altitud ligeramente mayor. Según mi experiencia, cuanto más intensamente trabajo en una nueva cota antes de bajar a descansar, mejor adaptado estoy a esa altitud cuando vuelvo a ella.

En algo menos de una hora Bukreev escaló hasta aproximadamente 6900 metros, punto en el que habían interrumpido su trabajo los sherpas que habían subido anteriormente. Allí se detuvo y sacó una cuerda de su mochila. Durante la siguiente hora y media, trabajando a un ritmo regular,

Bukreev continuó preparando la ruta, instalando las dos cuerdas que él y Beidleman habían subido y tendiendo más de doscientos metros de línea hasta la cota 7100. Alrededor de las 4:00 de la tarde, todavía con fuerzas pero deseoso de descender la Cascada de Hielo del Khumbu antes que oscureciera, Bukreev inició el descenso, contento por los avances conseguidos en la ruta. En sólo unos pocos días, después de haber descansado de su primera excursión al Campo II, los clientes estarían en marcha hacia las cuerdas fijas y el Campo III, y Bukreev no quería retrasarse respecto al calendario previsto. El paréntesis de buen tiempo para el asalto a la cima podría durar, cuando llegara, un día o una semana, pero un paréntesis de buen tiempo no tendría valor alguno si en ese momento los clientes no estaban preparados para escalar hasta la cumbre. Debían, por tanto, mantener su calendario de aclimatación, y para avanzar necesitaban las cuerdas fijas.

Descender me resultó fácil y en aproximadamente una hora cubrí la distancia entre las cotas 7100 y 6500. Como ya suponía, Neal y los clientes habían partido ya, pero aún había actividad en torno a las tiendas mientras los sherpas continuaban sus tareas consolidando el campamento. Gyalzen, nuestro cocinero, me saludó ofreciéndome comida y té caliente, y después de descansar unos minutos continué mi descenso y llegué al Campo Base antes del anochecer. Me reuní con el resto de los miembros de la expedición en la tienda comedor, cambié unas palabras con Scott y Neal y luego me fui a mi tienda, porque después de un día entero de trabajo en altitud me sentía muy fatigado y necesitaba los días de descanso que se avecinaban.

Aquella misma tarde Sandy Hill Pittman transmitió su informe del 19 de abril para la NBC. Al comentar el hallazgo del cuerpo por Bukreev, subrayaba: «El descubrimiento fue un final macabro para una ascensión que de otro modo hubiera sido un éxito».

En la mañana del día 20 de abril, Bukreev no tuvo «ningún deseo particular» de salir de su saco de dormir cuando el sol tocó su tienda a eso de las 8:00 de la mañana. Incluso después de tomarse una taza de café que le trajo a la tienda uno de los sherpas, siguió un rato remoloneando, saboreando la oportunidad de descansar después de la excursión y del trabajo del día anterior. Por fin, en un arrebato de acción, salió de su saco, se vistió y se encaminó a la tienda comedor.

La mayoría de los miembros del grupo habían desayunado ya y estaban sentados en sus sillas fuera de la tienda comedor, unos tomando el sol y otros conversando. Después de un rápido desayuno yo también salí a calentarme al sol, y entonces vi que Scott se estaba preparando para salir con Pete Schoening, que quería volver a subir al Campo II e intentar pernoctar. Scott parecía cansado, y yo sabía que no podía entusiasmarle la idea de tener que subir, porque me daba la impresión de que estaba agotado por todos los problemas logísticos que había tenido que capear, y porque no había descansado suficiente después de su anterior salida de aclimatación.

Scott se acercó a mí y me saludó de un modo amigable, y a continuación me sorprendió por completo al decir: «Anatoli, no hiciste muy bien tu trabajo durante la última excursión».

Bukreev quedó desconcertado, totalmente cogido por sorpresa, porque él se sentía satisfecho de sus esfuerzos y resultados de los últimos días, así que preguntó a Fischer «¿Qué pasa con mi trabajo?».

Fischer respondió de manera amistosa pero firme: «Me han dicho que no has sido demasiado atento con los clientes. No les ayudaste a montar sus tiendas en el Campo II». Totalmente inconsciente de que aquello hubiera podido resultar un problema, Bukreev explicó a Fischer que al llegar al Campo II, antes de que aparecieran los clientes, él se había puesto a ayudar a los sherpas

que estaban instalando la tienda comedor. Estuvo ocupado trabajando en esto y después se sentó a descansar. Es cierto que no había ayudado a los clientes, porque no parecían necesitar ayuda y porque él pensaba que trabajar un poco en altitud les vendría bien para aclimatarse. Fischer no lo veía así.

Comencé a comprender que había una diferencia en el entendimiento de las razones por las que yo había sido contratado, o bien que las expectativas respecto a mí habían cambiado. Yo había interpretado que el interés primordial que Scott sentía por mí radicaba en mi experiencia y en lo que yo podría aportar para garantizar la seguridad de los clientes y su éxito el día de la cumbre. Por lo tanto había trabajado con esta idea en la cabeza, concentrándome especialmente en los detalles que en mi opinión contribuirían al éxito y tratando de anticipar los problemas que pudieran obstaculizar nuestro intento de cumbre. Ahora, ya no estaba seguro de que para él no fuera igual de importante, o incluso más, que yo charlara con los clientes y los tuviera contentos, ocupándome de su felicidad personal. Yo conocía a varios guías en América, mucho mejor cualificados para ese cometido, aunque tal vez con menor experiencia en altitud.

Bukreev, que se sentía muy orgulloso de sus capacidades como escalador, estaba en un dilema. ¿En qué debía centrarse? ¿Podría razonablemente cumplir con lo que en su opinión se esperaba de él y además satisfacer las expectativas de Scott? Habló con Beidleman para solicitar su opinión.

Compartí este problema con Neal y le expliqué mi preocupación ante las palabras de Scott. Cuando le pregunté por su parecer, Neal me dijo: «Anatoli, para muchos de nuestros clientes ésta es su primera experiencia en altitud, y no comprenden muchas cosas muy simples. Quieren que les llevemos de la mano por todas partes». Le contesté que aquello era una posición absurda. Volví a expresarle mi idea de que nosotros deberíamos alentar su confianza en ellos mismos, y de que nuestra contribución a la instalación de cuerdas y preparación de la ruta tenía idéntica importancia. Neal no estuvo de acuerdo en esto último, alegando que teníamos suficientes sherpas para estas tareas. Dije a Neal que, en mi opinión y a juzgar por la actual situación, íbamos a retrasarnos en la instalación de los campamentos de altura, y nuestras rutinas de aclimatación podrían quedar comprometidas.

Neal, que casi siempre tenía una disposición reposada y pacífica, me tranquilizó: «Anatoli, todo irá bien. Durante la última excursión nos sentimos perfectamente, y eso es lo más importante. La mitad de los clientes no tienen ninguna oportunidad de éxito. Para muchos, la ascensión terminará en el Collado Sur (7900 m). No tengo la menor duda de que en los momentos cruciales, por encima de los ocho mil metros, saldrá a la luz tu trabajo y todo el mundo lo comprenderá y apreciará».

Capítulo 10. Los primeros retrasos

En nuestro segundo día de descanso, el 21 de abril, recibimos una llamada de radio de Scott, que había pasado la noche anterior con Pete Schoening en el Campo II. Nos dijo que el viento había estado soplando impetuosamente durante la noche, con una fuerza a veces superior a los 100 km por hora. Con la ayuda de los sherpas, retiraron algunas de las tiendas para evitar que el viento las destruyera y arrancara de su sitio. La tormenta debió de ser violenta en toda la montaña, ya que mi tienda del Campo Base se vio sacudida por las ráfagas durante toda la noche.

Durante este período de descanso la médica de la expedición, Ingrid Hunt, se sirvió de un oxímetro de pulso para someter a algunos guías y clientes, como había hecho en otras ocasiones, a una prueba de saturación con el fin de determinar la cantidad máxima de oxígeno que podría transportar la sangre bajo las condiciones ambientales predominantes. Bukreev, como siempre, dio un resultado de algo más de 90, índice que a nivel del mar se hubiera considerado normal. Este resultado, compartido por Fischer, significaba según la doctora Hunt que ambos tenían una capacidad excepcional para adaptarse a la altitud. En contraste, la propia Ingrid Hunt, que también se sometió a la prueba, puntuó en torno a 75, y uno de los clientes, acerca del cual estaba especialmente preocupada, dio un resultado de poco más de 60, cifra que ella consideró «excesivamente baja, incluso a esta altitud»^[26].

Bukreev, que había recibido formación científica en la Universidad, recuerda que aquella prueba no le había convencido mucho. «Estos resultados significan poco para mí. No creo demasiado en el procedimiento. Se puede obtener mucha más información simplemente observando el aspecto externo de los clientes». Como quiera que llegaran a sus respectivas lecturas de la situación, Bukreev e Ingrid Hunt compartían una preocupación común: algunos de los clientes correrían un riesgo muy grave si intentaban llegar a la cumbre.

Mientras los clientes descansaban, hablamos largamente acerca de nuestro calendario de aclimatación y fijamos una excursión hasta el Campo III para el día 23 de abril, fecha para la cual, según los planes, los sherpas deberían haber instalado y aprovisionado el campamento. Esta ascensión sería obligatoria en el plan de aclimatación. Insistí a los clientes acerca de la importancia de pasar cierto tiempo a esta altitud y sugerí que después de pasar una noche en el Campo III deberían tratar de ganar otros doscientos o trescientos metros antes de descender, explicándoles cómo, según mi experiencia, el éxito en este proceso —así como una recuperación adecuada— aumentaría sus probabilidades de rendir bien por encima de los ocho mil metros.

El objetivo, según recalcó Anatoli, no consistía sólo en lograr una buena aclimatación, sino también en mantener una cierta reserva de energía. Bukreev recordó a los clientes que a medida que fueran cumpliendo el plan de aclimatación también perderían fuerzas, que no lograrían recuperar por completo ni siquiera durante los estipulados períodos de descanso, ya que debido a la altitud «no se produce una compensación completa ni aún después de un largo descanso en el Campo Base». En opinión de Bukreev, la clave del mensaje era no sobrepasar el límite. «Muchos de los clientes no prestaban una atención adecuada a su descanso y recuperación. Sólo comprendían la aclimatación como una ganancia de altitud de una ascensión con respecto a la anterior». Una excepción era, creía Bukreev, Martin Adams.

Uno de los días de descanso, después de la cena, Martin y yo mantuvimos una conversación, y me preguntó si

en mi opinión él tenía alguna oportunidad de completar con éxito la expedición. Me dijo: «La última vez, cuando estuvimos en el Makalu, no tuve problemas con la altitud, pero después de la noche que pasé en el Makalu, y la del descenso al Campo Base, mis fuerzas se habían evaporado. Incluso después de un descanso me sentía vacío, sin ningún deseo de intentar la cumbre».

Recordando la experiencia del Makalu, Bukreev le hizo notar que él, Adams, había realizado varias ascensiones de aclimatación en rápida sucesión, y que según el criterio de Bukreev no había descansado adecuadamente entre cada una y la siguiente.

Le expliqué: «Tu objetivo ha de ser conseguir una óptima aclimatación con un número mínimo de noches en altitud... Durante el período de descanso previo al intento de cumbre es fundamental descansar, comer bien y relajarse por completo. Para que la recuperación sea aún mejor te recomiendo que descendas a una altitud menor que el Campo Base, a la zona de bosque, donde hay mucho más oxígeno... Los procesos de recuperación del organismo son mucho más completos y rápidos cuando hay mucho oxígeno en el aire. Además, la marcha de ida y vuelta favorece el tono muscular. Un descanso activo es mucho más beneficioso que estar tumbado en el Campo Base».

Martin Adams recuerda que, al oír aquel consejo pensó: «La verdad es que no me apetece ir, porque es mucho esfuerzo bajar todo ese valle para después volver a subir».

Si los clientes albergaban todavía alguna duda acerca de los peligros del mal de altura, un trágico suceso vino a clavar en la pared el cartel de la amenaza. El lunes 22 de abril, la altitud se cobró su primera víctima en la expedición de Fischer. Un grupo de sherpas ascendía desde el Campo I al Campo II, portando material destinado a equipar la ruta, y entre ellos se encontraba Ngawang Topche, tío de Lopsang Jangbu. Ya finalizada la rabiosa tormenta y vueltas a instalar las tiendas, Fischer se encontró al bajar con Ngawang Topche, que parecía confuso y no tenía buen aspecto. Fischer, conocido por su solicitud y consideración hacia los sherpas, le dijo que descendiera. Confiando en que Ngawang cumpliría su orden, Fischer siguió bajando, deseoso de descansar después de su trabajo a destajo en el Campo II. Pero Ngawang Topche no le obedeció. Por alguna razón desconocida —pundonor personal, falta de entendimiento de la orden de Fischer o confusión provocada por su estado— el sherpa continuó ascendiendo por la montaña.

Un mensaje de radio desde el Campo II al Campo Base alertó a los miembros de la expedición de los sucesos que se estaban desarrollando más arriba. Como un marinero borracho en busca de su barco, Ngawang Topche había recorrido un trecho de la ruta y fue hallado, desorientado y tosiendo, expulsando espuma de sangre y esputo. A la vista de aquellos síntomas, el diagnóstico no ofrecía duda: edema pulmonar de altitud. Aunque el tratamiento farmacológico de esta grave afección aún no está bien establecido, sí se sabe que un descenso de 600 a 1200 metros resulta imprescindible para salvar la vida de las víctimas. Sin embargo, desde el Campo II al campo I sólo había 400 metros de desnivel. Para poder instalar a Ngawang Topche en una cota adecuada para su recuperación, tendrían que bajarle hasta la Cascada de Hielo del Khumbu.

Coordinando el rescate desde el Campo II se encontraban Klev Schoening y Tim Madsen, que habían subido a este campamento para mejorar su aclimatación. La tarea les cayó encima porque no había ningún guía de *Mountain Madness* en el Campo II. Fischer había salido del Campo II aquella mañana, y Bukreev y Beidleman se hallaban en el Campamento Base descansando de su

última salida de aclimatación. Bukreev sabía que la primera actuación en caso de rescate es muchas veces la más importante, y les recomendó: «Bajadle lo antes posible y dadle oxígeno»^[27].

Lo que más me sorprendió en esta situación fue que los sherpas que estaban en el Campo Base no acudieron inmediatamente en auxilio de Ngawang Topche. En parte esperaba esto, porque al igual que Lopsang Jangbu y muchos otros de nuestros sherpas, Ngawang procedía del valle de Rolwaling. Lo cierto es que sus compañeros, por las razones que fueran, no salieron hasta bastante más tarde. No estoy seguro del motivo exacto, pero el hecho me llevó a plantearme qué era lo que podíamos esperar de nuestros sherpas en caso de emergencia. Tengo en la más alta estima la capacidad de los sherpas para el trabajo físicamente duro, pero no hay que asumir automáticamente que en una situación crítica se vayan a comportar a la medida de nuestras expectativas. No es porque no sean capaces, ni mucho menos, y lo demuestra la bien conocida historia de sus trabajos para las expediciones y el cúmulo de ocasiones en que han ofrecido consejo, ayuda y orientación a los himalayistas. Se trata más bien del asunto del riesgo, de lo que puede ocurrir cuando se les pide que hagan algo peligroso que queda fuera de las tareas que tienen asignadas y de las responsabilidades por cuyo cumplimiento se les paga.

En vista de que Ngawang Topche no respondía al tratamiento, Klev Schoening y Tim Madsen construyeron un trineo improvisado para descender al infortunado porteador. Mientras descendían, Neal Beidleman y algunos sherpas de *Mountain Madness* salían del Campo Base y ascendían por la Cascada de Hielo para encontrarse con los escaladores que bajaban. Justo antes del anochecer, Beidleman y los sherpas relevaron a Madsen y a Klev Schoening, que se quedaron en la montaña para proseguir con su tarea de aclimatación.

En la mañana del día 23 de abril se decidió mantener la excursión de aclimatación prevista para ese día. Según recuerda Bukreev, acordaron que Beidleman, fatigado por los arduos esfuerzos que realizó la noche anterior mientras descendía a Ngawang Topche por la Cascada de Hielo, retrasaría su partida hasta aquella tarde o quizás al día siguiente, dependiendo de cómo se hubiera recuperado.

Aquella mañana, antes del desayuno, Fischer comenzó a trabajar en la tienda que albergaba el material de comunicaciones de Pittman. Además de mantenerse en contacto con la oficina de *Mountain Madness* en Seattle, Fischer realizaba llamadas telefónicas regulares a Jane Bromet, su agente publicitario, que seguía ejerciendo como corresponsal para *Outside Online*^[28] a pesar de que había abandonado el Campo Base del Everest y había vuelto a su casa de Capitol Hill, cerca de Seattle.

Cuando no estaba enviando a Bromet las noticias publicables, Fischer le narraba sus impresiones privadas, aquello que el alpinista de sillón de Milwaukee, que se enchufaba a Internet en las pausas publicitarias de la televisión, nunca vería reflejado en el monitor de su ordenador personal. Uno de los temas recurrentes de Fischer era el dinero y el modo en que éste se evaporaba con la altitud.

Uno de los socios de Fischer comenta lo siguiente: «Creo que este tema le causaba una gran preocupación, especialmente después de lo de Ngawang... y él pensaba: “Dios mío, este tipo va a estar dos años en coma en el hospital, ¿y quién va a pagar la factura de esos gastos?”. Así que... ya lo creo, todo el asunto del dinero era un gran quebradero de cabeza. Pienso que él trataba de quitárselo de la mente, pero lo cierto es que se convirtió en un problema de primer orden para él... Pensaba “Eh, voy a subir a esta montaña y voy a volver a casa con diez mil dólares si es que tengo

suerte, y no debería ser así”».

Según Karen Dickinson, Lene Gammelgaard todavía debía a *Mountain Madness* más de 20 000 dólares; la provisión de oxígeno iba menguando sin cesar, ya que Pete Schoening y algunos otros clientes estaban vaciándose las botellas a razón de 325 dólares cada una; Fischer se enfrentaba a la posibilidad de tener que evacuar a Ngawang Topche en helicóptero hasta Katmandú (lo que suponía un gasto ingente); se encontraba físicamente cansado, más de lo razonable para aquella altitud; su médico de expedición y organizadora del Campo Base, Ingrid Hunt, padecía mal de altura recurrente; aún no habían instalado el Campo III, ni tampoco las cuerdas fijas entre los Campamentos III y IV. Iba con retraso según el calendario previsto, los esfuerzos físicos le estaban desgastando y se preguntaba cómo iba a arreglárselas para salir del paso. Estaba bailando al borde de un precipicio tan precario como cualquiera de los de la Cascada de Hielo del Khumbu. Pero, como casi siempre, avanzaba, sonriente y positivo.

La mayor parte de los clientes, sin ningún guía, partieron hacia la Cascada de Hielo a eso de las 6:00 de la mañana, con idea de evitar en lo posible el calor del día y el cegador resplandor del hielo que, al absorber el calor del sol, se volvía más amenazador e inestable. Antes de partir, Scott y yo habíamos acordado seguirles a cierta distancia, como habíamos hecho otras veces. Nuestra continua práctica de dejar moverse solos a los clientes en ciertas situaciones atrajo la atención de los guías y clientes de otras expediciones, que no aprobaban nuestras tácticas. Pero Scott y yo estábamos completamente de acuerdo.

Personalmente, encuentro preocupantes esas expediciones rígidamente reglamentadas en las que los clientes son dirigidos como soldados de hojalata. Tal y como me indica mi experiencia como entrenador y preparador físico de esquí nórdico y montañismo, creo que es muy importante estimular la actuación independiente de las personas.

No era sólo el modo de guiar de *Mountain Madness* lo que resultaba chocante a muchos participantes de las otras expediciones. También les sorprendía uno de sus guías, Bukreev. Subiendo y bajando por la montaña, durante sus recorridos con los clientes o trabajando por encima del Campo Base, se le había visto a menudo calzado con unas zapatillas de atletismo con clavos. Éstas eran para Bukreev la «indumentaria corriente» cuando se hallaba en las zonas bajas de la montaña. Algunos de aquellos que consideraron el calzado de Anatoli un motivo de preocupación comenzaron a llamarle «Sneakers» a sus espaldas, apodo que en un principio él entendió como «Snickers»^[29]. Bukreev no lograba comprender cuál era su posible relación con las barritas de caramelo que había visto tomar a los clientes en la tienda comedor. Cuando finalmente comprendió su error, se sintió ofendido por lo que a sus ojos era una pedantería y pensó: «No estoy dispuesto a arrastrar por la montaña cuatro kilos que no necesito. La energía que ahorro con este calzado ligero me vendrá bien por encima de ocho mil metros, y allí ya no valdrán las bromas».

Bukreev, fiel a sus propias fórmulas, poseía el sentido de la disciplina de un atleta olímpico y la capacidad de concentración de un piloto de pruebas. Mantenía su atención en el panel de mandos de su cuerpo, pero también en lo que ocurría fuera de la cabina. Se concentraba en lo que para él era importante, en las cosas que hacen falta para poder sobrevivir. Independiente para algunos; introvertido y distante para otros, Bukreev se encontraba a sus anchas en su ambiente preferido, en el Himalaya, un lugar que para Lene Gammelgaard no era un mal sitio para vivir.

«Me hubiera gustado estar en una expedición consólo *Anatolis*, pero no hay más que un Anatoli en el mundo entero, y luego están los *Scotts*».

Al llegar al campo I vi a muchos de nuestros clientes descansando al sol, relajándose después de superar el tramo de la Cascada de Hielo. Debido al suceso acaecido a Ngawang Topche el día anterior y a que varios de los sherpas estaban bajándole, el día 23 de abril estábamos faltos de personal y todavía quedaba mucho material por acarrear desde el campo I al Campo II, donde quedaría almacenado esperando el momento de instalar el Campo III. Llené mi mochila con varios sacos de dormir de la expedición y partí inmediatamente hacia el Campo II, y a lo largo de la ruta pasé a cuatro de nuestros sherpas que también porteaban cargas. Pensaban, como yo, pasar la noche en el Campo II para subir al día siguiente hasta el Campo III con los suministros necesarios para equiparlo.

El día estaba despejado y en calma, y Bukreev ascendía agradeciendo la suave temperatura. Más arriba, ya no podrían escalar vestidos sólo con forro polar. El frío que les esperaba en las zonas altas calaría hasta los huesos.

Llegué en el preciso momento en que los sherpas servían el almuerzo para los clientes que venían detrás de mí, y comí algo rápidamente antes de meterme en mi tienda. Cansado por el porteo y arrullado por el calor y la quietud, me dormí casi al instante.

Uno de los que compartían la tienda de Bukreev en el campo II era Martin Adams, que estaba cada vez más consternado por el modo en que se estaba dirigiendo aquella expedición, en la que transmitir partes diarios parecía más importante que preocuparse por la logística. Adams quería llegar a la cumbre, y nunca lo conseguiría al ritmo que iban las cosas. Estaba especialmente molesto porque el Campo III todavía no estaba instalado y él no podría avanzar para pernoctar a mayor altitud al día siguiente, tal y como señalaba su calendario de aclimatación.

Martin, como yo, durmió unas horas antes del almuerzo, y cuando empezaba a oscurecer se puso su traje de «cocodrilo», y yo el mío de pluma. En la tienda comedor hubo largas discusiones acerca de nuestros progresos en la ruta. Y como aún había que instalar el Campo III, trazamos un plan de compromiso según el cual los clientes avanzarían hasta las cuerdas fijas para escalar hasta la cota 7000, lugar que yo conocía por haber equipado la ruta hasta dicho punto. Después, Scott y yo ascenderíamos hasta 7300 metros, y allí elegiríamos un lugar adecuado para el Campo III y supervisaríamos la preparación e instalación de nuestro campamento.

Aquella noche llegó una tormenta acompañada de una espesa nubosidad y algo de nieve, pero afortunadamente no trajo consigo el fuerte viento que había tenido que soportar Fischer algunas noches atrás. A la mañana siguiente, antes del amanecer, partió hacia el Campo III un grupo de sherpas cargados con suministros y material, dejando tras de sí un carril de huellas de bota que seguirían más tarde los clientes de camino hacia las cuerdas fijas. Después del desayuno, Fischer decidió volver al Campo base con Tim Madsen, que no se había recuperado correctamente después del rescate de Ngawang Topche. Ante la necesidad de instalar el Campo III, Fischer encargó a Bukreev que alcanzara a los sherpas que habían partido a primera hora y que ascendiera hasta 7300 metros tal y como habían planeado, en tanto los clientes escalaban a su ritmo por las cuerdas fijas hasta los 7000 metros y volvían al Campo II para la hora del almuerzo.

Salí despacio, llevando en la mochila mi ropa de altitud y una tienda. Cuando llegué a la cota 6800 sobre la pared del Lhotse y me aseguré a las cuerdas fijas, empezó a estropearse el tiempo, que a primera hora del día había

estado nuboso pero no parecía amenazante. Se levantó viento; comenzó a caer algo de nieve y se cerró la niebla en torno a las cuerdas fijas mientras yo continuaba ascendiendo. Al poco comprendí que aquella mañana había cometido un error por no haberme calzado unas botas en lugar de mis «Snickers», y me sentí molesto por aquella equivocación. No estaba en situación peligrosa porque me hallaba anclado a las cuerdas fijas, pero el terreno no era sencillo. Los clavos de mis zapatillas no ejercían suficiente tracción sobre el hielo duro recubierto de nieve recién caída, y tenía que prestar atención cada vez que apoyaba un pie.

A veces la visibilidad no pasaba de un metro o dos, pero la fuerza del viento lograba en ocasiones abrir un claro en el manto de nubes. En uno de aquellos claros, justo por debajo del lugar en el que se había decidido instalar el Campo III, Bukreev vio a los sherpas de *Mountain Madness* que descendían. Sorprendido al verles bajar, les preguntó si habían preparado el campamento e instalado las tiendas. Ellos contestaron negativamente a ambas preguntas, diciendo que hacía demasiado viento y que el tiempo no era bueno.

Me sentí contrariado ante el incumplimiento del trabajo en el Campo III por parte de los sherpas, debido a que ya estábamos retrasados respecto al calendario estipulado de aclimatación y debíamos pernoctar en este campamento, pero no estaba en mi mano ordenarles que permanecieran aquí. Sólo Scott, que había descendido, o Lopsang, que había acompañado al Campo Base a su tío enfermo, podían dar a los sherpas una orden de este tipo. Frustrado por este contratiempo seguí remontando las cuerdas fijas hasta el final, y —como si quisiera confirmar las palabras de los sherpas— el tiempo empeoró aún más. Comenzó a nevar persistentemente, las ráfagas de viento se volvieron amenazadoras y la visibilidad se redujo casi a cero. Saqué la tienda de altitud de mi mochila y la apilé junto al resto de las cargas de los portadores, allí donde terminaban las cuerdas fijas. Tiritando debido a la rápida caída de la temperatura y tanteando el terreno a causa de mi error con las botas, descendí de la pared del Lhotse. En menos de una hora llegué a las tiendas, donde me reuní con los restantes miembros de la expedición, que estaban cenando.

Haciendo gala de prudencia, y a pesar de no haber alcanzado la marca de altitud que constituía el objetivo de aquella excursión, los clientes habían vuelto a las tiendas al ver el rápido cambio de tiempo.

Aquella noche (24 de abril) hablé por radio con Scott, que junto con Neal permanecía aún en el Campo Base, y comentamos los problemas. El Campo III todavía no estaba instalado, y nuestros sherpas se encontraban al borde del agotamiento después de haber trabajado varios días seguidos. Sugerí que al día siguiente cuatro de nuestros sherpas podrían ascender al emplazamiento del Campo III e instalar las tiendas, y a continuación bajar hasta el Campo Base para tomarse un muy necesitado descanso. Enviarlos hacia abajo significaba que el día 26 de abril no podrían trabajar, y eso iba a complicar nuestra situación.

Fischer, Rob Hall de *Adventure Consultants*, Todd Burleson de *Alpine Ascents*, Ian Woodall de la expedición *Sunday Times* de Johannesburgo y Makalu Gau, de la Expedición Nacional Taiwanesa, llegaron a un acuerdo de cooperación para instalar las cuerdas entre los campamentos III y IV el día 26 de abril. Tal y como lo habían planeado, *Mountain Madness* no tendría que enviar ningún guía para este trabajo, sino sólo algunos sherpas. Pero Bukreev y Fischer tenían un problema: si el día 25 enviaban a sus sherpas a instalar el campo III y el día 26 los mandaban a descansar al Campo Base, no contarían con ningún hombre que pudiera participar en el trabajo colectivo. De modo que decidieron que acudiría Bukreev en lugar de los sherpas.

Podríamos haber rechazado el acuerdo de colaboración, pero entonces habiéramos perdido la oportunidad de ser una de las primeras expediciones en intentar la cumbre. Se hablaba del día 10 de mayo como fecha propuesta para

dicho intento, y no estábamos dispuestos a perder nuestra posición.

Equipar la ruta entre los Campos III y IV es una de las tareas más laboriosas y lentas a que obliga la ascensión en estilo pesado de la arista sureste del Everest, y Bukreev se alegró de poder colaborar en esta tarea. Deseaba cerciorarse de que la ruta estaba a punto y reunía las condiciones apropiadas de seguridad antes de iniciar la tentativa de cumbre. Pero antes necesitaba tomarse una jornada de descanso, así pues se acordó que pasaría el día siguiente en el Campo II, descansando y reuniendo el material necesario a partir de las aportaciones realizadas por cada una de las expediciones que participarían en el trabajo.

Entretanto, algunos clientes se inquietaban cada vez más, frustrados por los retrasos y por la aparente falta de concentración de sus guías. Uno de los participantes, que ha deseado permanecer en el anonimato, dijo que en diversas ocasiones había comentado la situación con otros dos clientes de *Mountain Madness*, «señalando el hecho de que Neal, Scott y Anatoli no parecían prestar mucha atención a los detalles. Neal y Scott pasaban adelantando a unos y a otros a toda velocidad, como si estuvieran echando carreras entre ellos, o se rezagaban haciendo fotografías u otras cosas». Los «ayudantes de alquiler», como uno de los clientes llamaba a los guías, no estaban causando una impresión muy favorable.

Capítulo 11. Preparando el intento de cumbre

El día 25 de abril se estabilizó el tiempo, y siguiendo el plan previamente establecido, nuestros clientes comenzaron la ascensión que les llevaría hacia las cuerdas fijas. Tal y como Scott y yo habíamos acordado, permanecí en el Campo II descansando para el día siguiente, y también recogería el material necesario para instalar cuerdas fijas entre los campamentos III y IV y me reuniría con Ang Dorje Sherpa, el sirdar de Rob Hall, para establecer cómo nos dividiríamos el trabajo al día siguiente.

Como Fischer estaba en el Campo Base y Beidleman debía subir aún hasta el Campo II, los clientes tuvieron que ascender solos hasta las cuerdas fijas. Algunos alcanzaron la cota 7000, pero otros no. Gracias al buen hacer de ciertos vendedores callejeros de Katmandú, como ha dicho uno de los escaladores, los únicos que en aquellos momentos estaban «altos» se hallaban en el Campo Base^[30].

A la mañana siguiente, a eso de las 4:00 de la madrugada, partí del Campo II, apenas despierto y no de muy buen humor. ¡Ni siquiera un café cargado sirve de mucho a esas horas! El cielo repleto de estrellas sugería buen tiempo y la nieve compacta crujía bajo mis pies. A ciento cincuenta o doscientos metros por delante de mí veía las lucecitas frontales de los sherpas de la expedición de Hall, y más o menos a la misma distancia me seguían, oscilantes, las luces de los sherpas de los taiwaneses. Avanzando como un tándem a un ritmo regular ascendimos, en unas tres horas y media, hasta el Campo III, al que llegamos en torno a las 7:30 de la mañana, cuando los primeros rayos del sol avanzaban ya hacia las dos tiendas que los sherpas habían instalado el día anterior.

El Campo III, situado al final de las cuerdas fijas, en el punto en que Bukreev había dejado su carga dos días antes, estaba excavado en la pendiente que configura la pared del Lhotse. Debido al ángulo de la pendiente, similar al de una escalera de mano apoyada en la ventana de un segundo piso, habían tenido que acondicionar sendas plataformas para las dos tiendas aprovechando un rellano natural en el hielo, pero aún debían tallar otra repisa para una tercera tienda sobre la oblicua superficie helada, así pues Bukreev y los sherpas se pusieron a la tarea empleando el pico y la pala de sus piolets para cortar y extraer pedazos de hielo, manejando sus herramientas a base de pequeños golpes de muñeca.

Dejé en las tiendas parte de mi equipo y seguí avanzando por encima del Campo III, donde Ang Dorje y otros sherpas de la expedición de Rob Hall trabajaban ya fijando cuerdas.

Después de que instalaran un largo entero me turné con Ang Dorje y durante el resto del día trabajé en cabeza, asegurado por Ang Dorje, mientras los demás sherpas nos traían las cuerdas. Proseguimos de este modo durante casi cinco horas, trabajando a un ritmo regular, hasta llegar a los 7550 metros, justo por debajo de la Banda Amarilla^[31].

Terminada la jornada, Bukreev decidió descender hasta el Campo III para pasar la noche y mejorar así su aclimatación, en tanto Ang Dorje y los otros sherpas volvían al Campo II. Mientras descendía por las cuerdas fijas, Bukreev miró en dirección al campamento esperando ver alguna actividad en torno a las tiendas, o bien a alguno de los escaladores de *Mountain Madness* subiendo por las cuerdas en dirección al campamento, pero no vio a nadie.

En el Campo II los clientes de *Mountain Madness* habían pasado la mayor parte del día descansando en las tiendas, relegados a la inactividad por culpa del mal tiempo. A fin de

«rellenar» su informe del día para la NBC, Pittman se centró en los «aspectos humanos» y dedicó la mayor parte de su artículo a la música que los clientes de *Mountain Madness* gustaban de oír, bien en los altavoces del Campo Base o en sus equipos personales de música. Beidleman, según Pittman, prefería «Lollipop, Lollipop», de los Chipmunks. A Lene Gammelgaard le gustaba «Murder Ballads», de Nick Cave. Eran diferentes. Tanto para la música como para la montaña.

Beidleman, de hablar suave, solícito y comedido, era un alto pino del bosque para la relampagueante personalidad de Gammelgaard. Voluntariosa, con criterios claros, decidida a escalar aquella montaña por sus propios medios y atraída por cuanto requiere audacia, Lene presentía que la limitada experiencia de Beidleman en grandes altitudes le apremiaba a probarse a sí mismo, y que necesitaba ser «admirado» y «respetado» como guía. «Cosa que no lograba de mí en absoluto... “No necesito guía, y especialmente no te necesito a ti”... Y como eso no lo consigue, trata de buscar otro camino, que tampoco funciona... así que, “Vamos, crece de una vez... no te acerques a mí o te mataré”... En fin, creo que le he hecho pasar un mal rato al pobre».

Como Bukreev y Fischer, Beidleman tenía algunos críticos entre los clientes, pero sabía mantener un trato profesional y muy raramente tenía enfrentamientos con nadie.

Aquella noche tenía las tiendas del Campo III para mí solo y disfruté de la soledad y la quietud de la pared del Lhotse, tan lejos de la actividad del Campo Base. Usé uno de los hornillos especiales de altitud para prepararme té y algo de comida. Muchas veces en altura se pierde el apetito, pero debido al trabajo del día me sentía particularmente hambriento y devoré mi cena. Más tarde, cuando descendió la temperatura y comencé a tener frío, hice una llamada por radio al Campo Base pidiendo más cuerdas para el día siguiente, e inmediatamente me sumergí en el saco y me quedé dormido casi al instante.

La primera noche de Bukreev por encima de siete mil metros fue más irregular que las que había pasado en el Campo II y despertó sintiendo cierto letargo, no infrecuente a medida que se gana altura durante el proceso de aclimatación. Entre las 7:00 y las 8:00 de la mañana, mientras descansaba aun disfrutando de la calidez del saco de dormir, pasaron junto a su tienda varios sherpas que conversaban, transportando una carga de cuerdas hacia la Banda Amarilla. Aún no completamente recuperado de la jornada de trabajo del día anterior, Bukreev luchó durante media hora con el deseo de permanecer en el saco, hasta que finalmente salió de la tienda y se aseguró a la cuerda fija, que estaba a poco más de una zancada de la puerta.

A medida que avanzaba por la línea fija fui revisando el trabajo efectuado el día anterior, comprobando que los anclajes no se movían y que los nudos estaban bien hechos. También fui retirando algunos tramos de cuerdas viejas que seguían atadas a los anclajes que estábamos usando, con intención de evitar que algún escalador se asegurase por error a una cuerda vieja que estuviera mal anclada o deteriorada. Vi a Ang Dorje que trabajaba en cabeza, y juntos seguimos equipando la vía hasta salir por encima de la Banda Amarilla. Después, paramos para almorzar y tomarnos un descanso.

Mientras bebía té caliente de su termo, Bukreev observó a los sherpas que extraían de la nieve antiguas cuerdas fijas cuyo estado examinaban. De entre ellas, elegían las que parecían seguras y continuaban ascendiendo, fijando a los anclajes nuevas cuerdas a medida que avanzaban. Después de un breve descanso Bukreev les siguió, examinando los *tronos* recién instalados según iba ascendiendo, rumbo al Collado Sur.

A unos 7800 metros, en un lugar donde se suaviza la pendiente que lleva al Collado Sur, vi que los sherpas que me precedían estaban descendiendo. Les pregunté cómo iba todo y me dijeron que bien, pero que deseaban volver al Campo II antes que oscureciera. Yo planeaba pasar otra noche en el Campo III y por lo tanto no tenía que recorrer un camino tan largo como ellos, así que continué buscando un lugar donde instalar nuestro Campo IV y dejar la tienda que había traído hasta aquí. Al aproximarme al Collado Sur, el viento era alto y continuo, pero durante el día no había observado ningún signo amenazador de cambio de tiempo ni parecía haber posibilidad inmediata de tormenta, así pues dediqué bastante tiempo a encontrar un buen lugar desde el cual emprenderíamos nuestro intento de cumbre.

Al volver al Campo III después de localizar un buen emplazamiento para el Campo IV de *Mountain Madness*, Bukreev se sintió aliviado al comprobar que cinco de los ocho clientes de Fischer (Lene Gammelgaard, Klev Schoening, Martin Adams, Sandy Hill Pittman y Dale Kruse) habían llegado durante su ausencia. Bukreev encontró que los miembros del grupo tenían buen aspecto y que parecían fuertes después de la ascensión del Campo II hasta el Campo III, pero recordó su primera noche aquí y consideró el modo en que las cosas cambian con la altitud.

A la mañana siguiente (28 de abril) nos despertamos alrededor de las 8:00 de la mañana, cuando el sol comenzó a calentar nuestras tiendas. Se nos informó por radio de que Scott y Neal habían ascendido hasta el Campo II y pensaban subir aquella noche al III para aclimatarse. Aunque me sentía aún cansado, mi condición física había mejorado mucho, creo que por haber estado trabajando, y todos los clientes excepto Lene y Dale parecían estar adaptándose bien. Lene tenía los ojos enrojecidos e inflamados y se sentía letárgica. Como yo el día anterior, probablemente estaba experimentando un trastorno ligero pero no preocupante. Lo de Dale Kruse era un tema totalmente distinto.

Preocupado por Kruse, Bukreev le vigilaba de cerca y observó que, a diferencia de los demás clientes, parecía «apático, aislado y distante». Para el ojo experto de Bukreev, Kruse estaba teniendo problemas. En torno a las 10:00 de la mañana, Martin Adams, que por fin había pasado la noche en el Campo III como tanto deseaba, comenzó a recoger sus cosas y dijo que iba a descender tan pronto como pudiera. Bukreev, particularmente interesado en que Kruse volviera a una cota más baja, animó a todos los demás clientes a seguir el ejemplo de Adams.

Para alguien que ha ascendido a esta altitud por primera vez en su vida, con una noche basta, pensé yo, y traté de quitar de la cabeza a Lene y a Sandy la idea de pasar una segunda noche en el Campo III. Me pareció que su ambición estaba fuera de lugar y que necesitaban descansar, así que les propuse escalar aquel día hasta los 7500 o 7600 metros y a continuación descender hasta el Campo II, pero ninguna de las dos parecía tener deseos de subir más arriba.

Mientras hablaba con los clientes, observé que el estado de Dale parecía empeorar y le insté a que se preparase para el descenso, uniéndose a mi empeño otros clientes que también estaban empezando a preocuparse por la situación de Dale Kruse.

Por fin lograron convencer a Kruse, que comenzó a guardar sus cosas y a prepararse para bajar. Bukreev le observaba moverse y su preocupación acabó convirtiéndose en alarma al ver que Kruse titubeaba y tenía problemas para permanecer en pie. Ahora, pensó Anatoli, tenía ante sí un desastre en potencia. Kruse era un tipo alto, mucho más grande que él, y había perdido en parte el control de sus movimientos. Si Kruse se cayera, Bukreev no estaba totalmente seguro de poder ponerle en pie y llevarle sano y salvo hasta el Campo II.

Con ciertas dificultades aseguré a Dale a las cuerdas fijas. No sé si fue su estado o es que yo no me hacía entender bien, pero me costó mucho explicarle cómo debía moverse junto a mí para descender. Afortunadamente, cuando iniciábamos el descenso aparecieron Scott y Neal, y al ver el estado en que Dale se encontraba, Scott empezó inmediatamente a ayudarme.

Decidimos que ambos bajaríamos con Dale, en tanto Neal se quedaba en el Campo III para aclimatarse.

Scott inició el descenso, asegurando a Kruse con una cuerda unida a su arnés. Bukreev descendía tras ellos, asegurando a su vez a Scott. Lene venía detrás del trío, pero Sandy Hill Pittman decidió quedarse en el campamento superior, pese a todos los consejos de Bukreev.

En torno a los 6900 metros Kruse comenzó a reanimarse, volvió a su ser y fue ganando control sobre sus movimientos. Por fin, alrededor de las 5:00 de la tarde, cuando llegamos al final de las pendientes del Lhotse y entramos en el Cwm Occidental que nos llevaría al Campo II, Kruse tenía ya un aspecto totalmente normal y nos desencordamos para movernos de modo autónomo.

Fischer y Bukreev descendían por el glaciar en pos de Kruse, comentando entre sí los acontecimientos de los últimos días: Bukreev, los progresos realizados en el equipamiento de la ruta, y Fischer, los problemas que había estado teniendo en el Campo Base.

Scott me puso al día de la situación de Ngawang Topche, diciéndome que Lopsang Jangbu había volado a Katmandú con su tío y con Ingrid y que los costes del rescate ascenderían probablemente a unos diez mil dólares. Scott se sentía sumamente preocupado por este gasto, por el estado de Ngawang Topche, por el uso que éste había tenido que hacer de nuestra menguante provisión de oxígeno y por el hecho de que nuestros sherpas todavía no habían instalado el Campo IV ni habían llevado hasta allí las cargas de oxígeno. Ante la franqueza que me demostraba, hablé con él acerca de nuestro equipo de sherpas, comentándole cómo en mi opinión no habían sido demasiado fuertes en ningún momento y también que, comparados con el grupo de Hall a las órdenes de Ang Dorje, nuestros sherpas no eran tan fuertes ni estaban tan bien dirigidos. En este sentido acordamos que al final de la expedición evaluaríamos el rendimiento de cada uno y decidiríamos con quienes de entre ellos contaríamos para futuras expediciones.

Cuando oscurecía, ya a salvo en el Campo II, Fischer habló por radio con el Campo Base y con el Campo III, y aunque los informes sobre el estado de Ngawang Topche no eran muy optimistas, tampoco había ningún problema que exigiera la atención inmediata de Scott, de modo que decidió ascender al día siguiente al Campo III acompañando a Pete Schoening, con la esperanza de que éste lograra aclimatarse un poco más y continuar su tentativa hacia la cumbre.

En la mañana del día 29 de abril, Scott y Pete comenzaron su ascensión hacia el Campo III y yo continué bajando hacia el Campo Base, junto con Dale y Lene. Durante buena parte del camino estuve asegurando a Dale y vigilando sus movimientos, ya que, aunque había mejorado mucho respecto al día anterior, me preocupaba que pudiera cometer algún error, especialmente en la Cascada de Hielo, y deseaba evitar a toda costa los problemas en este lugar. Llegar al Campo Base fue un alivio, y la agradable temperatura me resultó sumamente placentera. Después de seis noches seguidas por encima del Campo Base y después de haber estado trabajando en las cuerdas fijas, me hacía mucha falta un descanso.

El 30 de abril aproveché la tranquilidad y el buen tiempo que reinaban en el Campo Base y disfruté de los placeres simples: una ducha y tiempo para leer un libro al sol. Mi cuerpo me decía que me estaba aclimatando bien, y decidí descender hasta la zona del bosque para permitirme un buen descanso, animando otra vez a Martin Adams para que hiciera lo mismo.

Los miembros del grupo estábamos ahora dispersos por toda la montaña, desde Pheriche, a donde habían bajado Tim y Charlotte a fin de recuperarse de sus síntomas de mal de altura, hasta el Campo III, donde Scott y Pete

habían pasado la noche anterior. Aquella dispersión en el espacio no me preocupaba en exceso, ya que el arte de la aclimatación no es algo que pueda someterse a un calendario rígido, dado que depende de múltiples acontecimientos, circunstancias y particularidades fisiológicas. Lo que sí me preocupaba era la diferencia de disposición entre los miembros del grupo. Alguien que me inquietaba cada vez más era Scott, cuya rutina de aclimatación se había visto una y otra vez interrumpida por diversas tareas que le tenían subiendo y bajando constantemente por la montaña.

Para el 1 de mayo, todos los guías y clientes, excepto Charlotte Fox y Tim Madsen, estaban de vuelta en el Campo Base. Fischer, que estaba deseando descansar, decidió darse una ducha antes del almuerzo. Bukreev, que se encontraba en su tienda, oyó a Lene Gammelgaard que llamaba a Fischer cuando éste salía de la ducha.

Comenzaron a hablar acerca de los planes que había para el día de cumbre, y Scott dijo a Lene que dentro de unos pocos días todos ascenderíamos hasta el Campo III, y a partir de aquel punto todos los clientes empezarían a usar oxígeno y realizarían su intento de cumbre con oxígeno. Este plan fastidió a Lene, que seguía empeñada en escalar sin oxígeno, de modo que la conversación subió de tono y los ánimos se alteraron.

Gammelgaard había contado con tener más días para aclimatarse, ya que los retrasos en la instalación de los campamentos de altura no le habían permitido pasar suficiente tiempo en cotas altas como para poner a prueba su condición física. Ahora, Fischer le anunciaba que todo el mundo escalaría con oxígeno, y ella montó en cólera. «Le dije: “No he tenido la oportunidad de aclimatarme lo suficiente como para escalar sin oxígeno... Durante medio año has estado apoyándome en esto, sabiendo cuáles serían las condiciones de tu expedición... He estado creándome mis propias expectativas, entrenándome para esto... Tú no estás en tus cabales”».

Fischer dijo a Gammelgaard que no tenía ninguna probabilidad de escalar el Everest sin oxígeno, y que como todos los demás, se pondría en la fila y respiraría de su botella. Obstinándose en su posición, Gammelgaard continuó arengando a Fischer por querer obligarla a adaptarse al plan general. «Me puso furiosa. No era ése el modo de reforzar mi respeto por un jefe de expedición adulto... Me puso terriblemente furiosa».

Fischer y Gammelgaard dieron por finalizada su conversación, sin haber resuelto el problema. Bukreev, presintiendo que podría ayudarles a resolver sus diferencias, salió de la tienda y alcanzó a Fischer cuando éste se dirigía hacia la tranquilidad y la intimidad de la suya.

Teníamos que ponernos al día sobre bastantes cosas, y le pregunté cómo le había ido con Pete Schoening. Scott me dijo que bastante bien, pero que Pete seguía sin poder dormir sin oxígeno. Con respecto a Dale, dijo que le parecía que éste había tenido mucha suerte, y que si hubiera tardado un poco más en bajar del Campo III podría haber sufrido un edema cerebral. Pero tanto en el caso de Dale como en el de Pete Schoening, Scott no se sentía preparado para decirles que no podían continuar. Prefería, en cambio, tenerles en observación, de modo que cuando hiciéramos el «intento final» podríamos hacerles volverse desde el Campo II o el III si demostraban no estar físicamente preparados.

A Bukreev le inquietaba la decisión de Fischer, y también Martin Adams se sentía preocupado, a pesar de no estar en posición de poder intervenir directamente. «Scott permite subir a todo el mundo. Deja que suba Dale, deja que suba Pete Schoening... Es evidente que estas personas están enfermas, y que no pueden hacerlo, pero por alguna razón desean subir, y Scott les dice que

adelante... Creo que Scott quería desesperadamente que la gente subiera a la cumbre, por motivos publicitarios. Le dije a Neal en el Campo Base: “Mira, no tiene ningún sentido que esos tipos suban allá arriba. Si alguien muere vais a tener más publicidad que si lográis que suba a la cumbre, así que es mejor que consideréis lo que vale una vida antes de llevarlos allá arriba”».

Scott estaba completamente frustrado por el asunto de Lene. Cuando le pregunté a Scott por su pretensión de escalar sin oxígeno, levantó las manos y sacudió la cabeza expresivamente. Así pues me ofrecí a intervenir y a hablar con Lene, porque, como Scott, también yo pensaba que para ella sería peligroso escalar sin oxígeno, ya que carecía de la experiencia necesaria para valorar su estado físico y tampoco estaba suficientemente aclimatada.

Justo antes de la cena fui a la tienda de Lene y le pregunté si podíamos hablar acerca de sus intenciones, y ella aprobó mi presencia y mis opiniones. Le expliqué que cuando ascendí por primera vez el Everest sin oxígeno, en 1991, había llegado al extremo de pasar una noche en el Collado Sur antes de descender al Campo Base, con el fin de favorecer al máximo el proceso de aclimatación. Dado que ella no había pasado de los 7300 metros en esta expedición, y que carecía de la experiencia que le ayudara a calcular su probabilidad de éxito, le sugerí que abandonara la idea, prometiéndole que si conseguía llegar a la cumbre con oxígeno, yo repetiría la ascensión con ella y le ayudaría a intentarlo de nuevo sin oxígeno. He de confesar que yo sabía que, llegado el caso, era muy improbable que a Lene le quedaran fuerzas para volver a subir, pero mi ofrecimiento iba en serio y hubiera realizado el esfuerzo si ella me lo hubiera pedido.

Aquella noche, en la tienda comedor, Fischer se dirigió a los clientes de *Mountain Madness* con la excepción de Charlotte Fox y Tim Madsen, que aún no habían regresado, y de Martin Adams, que había decidido descender hasta el bosque. Les dijo que el día 5 de mayo, después de un descanso prolongado y si el tiempo lo permitía, la expedición iniciaría su tentativa de cumbre. Con respecto a la decisión de Bukreev y Adams de descender por debajo del Campo Base para recuperarse antes del tirón final, expresó bromeando cómo, según sus sospechas, la principal motivación de aquellos dos era ver mujeres excursionistas y beber cerveza.

Al hilo de la broma, Lene entró en la tienda comedor y se acercó por detrás de mí, poniéndome los brazos en torno al cuello y besándome en la mejilla. Con una voz que todo el mundo pudo oír, dijo «Muchas gracias, Anatoli», y luego se sentó a la mesa en una silla vacía. Todos los que estaban en la tienda nos miraron de hito en hito a Lene y a mí, entre risitas y sin comprender el motivo de aquellas palabras. Pero Scott sí había comprendido. Sabía que el problema del oxígeno estaba resuelto.

Capítulo 12. La cuenta atrás

Aquella noche me despedí de todos, encendí mi linterna frontal y comencé el descenso, pero al cabo de una hora la noche quedó magníficamente iluminada cuando la luna casi llena salió inundando de luz el glaciar del Khumbu. A mi derecha, la silueta del Pumori fue durante un rato mi compañera, y cuando quedó atrás me quedé solo en el camino, pensando en la riqueza del aire y en la tibieza del mundo al que descendía. Sentía mi cuerpo bien aclimatado y sano, pero debido a la actividad de las últimas semanas tenía bajas las reservas de energía y necesitaba reponer fuerzas.

Durante varias horas Bukreev continuó descendiendo. Al pasar por Lobuche, escenario de la discusión entre Bromet y Pittman por el asunto del teléfono por satélite, tomó el ramal izquierdo de una bifurcación, que había de llevarle a Dingboche (4350 m), lugar en el que esperaba poder conectar con Martin Adams. A la una de la madrugada, a media hora de distancia de la aldea, Bukreev vivaqueó bajo las estrellas.

A la mañana siguiente me dirigí al *lodge* en el que pensaba se encontraría Martin Adams, pero la sherpaní encargada del establecimiento me dijo que el día anterior no había llegado nadie, así que desayuné y luego continué mi recorrido, llegando a Pheriche (4280 m) en menos de una hora. Allí no encontré a Martin sino a Ingrid, nuestra médico de expedición, que acababa de llegar de Katmandú.

La doctora Hunt no traía buenas noticias. Ngawang Topche, quien hacía seis días había sido transportado en helicóptero desde Pheriche hasta Katmandú, estaba en coma y parecía haber sufrido una lesión cerebral. Si sobrevivía, Ngawang Topche iba a necesitar probablemente una prolongada atención médica, tal y como Fischer había sospechado.

Después de informarme sobre el estado de nuestro sherpa y de ver a Ingrid y a algunos de mis conocidos de *Himalayan Guides*, que habían descendido desde el Campo Base para descansar, continué mi camino y por fin llegué, más o menos a la hora de cenar, al Ama Dablam Garden Lodge, en Deboche (3770 m), una pequeña aldea situada en la última mancha de bosque de la ruta que asciende hacia el Campo Base del Everest.

En Deboche, durante dos días, Bukreev siguió una rutina simple: descanso y ejercicio moderado, disfrutando de «la fatiga del organismo» y de la «saturación del aire».

Estaba seguro de que mi programa de descanso y recuperación me permitiría recobrar fuerzas y me aportaría las reservas necesarias para acompañar a nuestros clientes a la cumbre, y me dediqué a cuidar y a fortalecer mi organismo para este cometido. Lamenté que Scott no hubiera secundado este plan tanto para él y Neal como para los clientes, y deseé que el descanso en el Campo Base les resultara suficiente.

A las 4:00 de la tarde del 4 de mayo, sintiéndose «en buena forma» y «recuperado», Bukreev partió camino del Campo Base. Sólo se detuvo brevemente en una casa de té de Pheriche para tomar té y unas patatas fritas, y caminando a paso regular llegó al Campo Base en torno a la medianoche. Al pasar entre las tiendas de las diversas expediciones oyó aquí y allá los sonidos erráticos de conversaciones nocturnas y vio a la luz de la luna alguna figura moviéndose por los alrededores, pero en el entorno del puñado de tiendas de *Mountain Madness* todo estaba en calma. Todas las luces estaban apagadas, incluso la tienda de comunicaciones de Sandy Hill Pittman

estaba a oscuras. En la tienda comedor Bukreev encontró un termo de té caliente y se sirvió una taza. Desde Deboche al Campo Base del Everest, las temperaturas habían descendido al menos cuarenta grados.

Al despertar por la mañana el día 5 de mayo, Bukreev podía oír las voces familiares de los clientes que se movían por el campamento, pero entre ellas se echaba a faltar la voz inconfundible y la tos de Sandy Hill Pittman, que como Bukreev descubriría más tarde, había descendido mientras él estaba en Deboche.

El sábado 4 de mayo, un correo sherpa trajo al Campamento Base la noticia de que tres amigos de Pittman habían llegado a Pheriche y deseaban verla, así pues ella y tres sherpas, uno de los cuales transportaba el teléfono por satélite, descendieron a su encuentro.

Me sorprendió que alguien con su experiencia hubiera actuado de aquella manera. Sandy era una montañera experta, sí, pero en mi opinión aquella rápida excursión no había sido demasiado inteligente justo antes de iniciar una tentativa de cumbre. Un descanso prolongado sí hubiera sido beneficioso, pero aquel descenso y ascenso tan rápidos sólo reportarían, sospeché yo, un gasto excesivo de energía.

Excepto Pittman, todos los clientes estaban en el Campamento Base aquella mañana del día 5 de mayo. Ella no había vuelto aún porque, antes de su partida, Fischer había anunciado que el intento de cumbre de la expedición comenzaría el día 6. Adams, que había descendido hasta Pheriche pero no consiguió encontrarse con Bukreev, parecía fuerte y recuperado. Fox y Madsen también tenían un aspecto razonablemente bueno después de haber descansado, pero Bukreev seguía muy preocupado acerca de su aclimatación. Sólo se desvelaría su verdadera situación cuando ganaran altura en la montaña. Los otros clientes no estaban ni mejor ni peor de lo que él hubiera esperado, pero en lo tocante a Fischer, Bukreev supo que estaba teniendo ciertos problemas.

Oí que durante el período de descanso, Scott había ido con Neal hacia el Pumori para hacer fotografías. Aquello había sido un dispendio de energía, sobre todo teniendo en cuenta el ritmo de actividad que Scott había estado manteniendo, y que me parecía poco tranquilizador. Además, también oí que Scott no se había sentido muy bien y que estaba tomando antibióticos. Aunque, que yo sepa, no se ha comprobado que los antibióticos resulten particularmente peligrosos antes de una actividad en grandes altitudes, siempre he sentido reparo a tomarlos —o a tomar cualquier tipo de fármaco— antes de un esfuerzo de este tipo. Me gusta saber en qué estado está mi organismo, y no deseo que ninguna de sus reacciones pueda quedar camuflada por el efecto de un fármaco.

Pittman había vuelto al Campo Base la noche anterior, y el lunes día 6, a las 5:00 de la madrugada, ya estaba trabajando. En la tienda de comunicaciones realizaba una conexión por satélite con la NBC, detallando para el universo de navegantes de Internet los acontecimientos que había vivido durante su escapada de los últimos días. Su texto era dinámico, entusiasta, un poco fuera de onda.

«Tomamos un enorme bistec de yak y patatas fritas en mi restaurante favorito. Sólo tenía un día para estar con mis amigos, y el domingo subimos a Lobuche, donde almorzamos. El domingo por la noche salí corriendo hacia el Campamento Base».

Si en el reportaje de un accidente de aviación el corresponsal se hubiera dedicado a describir la

ropa que vestían las víctimas, el resultado no hubiera sido menos chocante para cualquiera que supiera lo que Pittman tenía por delante, a lo que estaba a punto de enfrentarse. En menos de dos horas partiría para intentar la cumbre del Everest. Como más tarde diría Lene Gammelgaard, «no conseguía encajar su historial alpinístico con el modo en que Sandy se comportaba en las montañas».

Mientras Pittman dictaba sus aventuras, el resto de los escaladores de *Mountain Madness* se dirigía a la tienda comedor para tomar el último de sus desayunos en mesa grande. La charla y las bromas versaban sobre temas prácticos: equipo y material, qué llevar, qué dejar, pero no todo eran cosas concretas; había también asuntos tremendamente serios.

Martin Adams recuerda que al entrar en la tienda comedor vio a Scott Fischer y a la doctora Ingrid Hunt enfrascados en una conversación que él calificó de «tensa y difícil». Sea el que fuera el tema de su conversación, al parecer no deseaban compartirlo con los demás. Adams sospechó que pudiera tener algo que ver con la conversación que él había mantenido el día anterior con la doctora Hunt, en el curso de la cual ella expresó su preocupación acerca del estado de salud de algunos miembros del grupo y acerca de su grado de preparación para realizar una tentativa de cumbre. Al ver su inquietud, Adams le recomendó que pidiera a Fischer que le hiciera un documento de descarga de responsabilidades, que la absolviera a ella de todo compromiso.

La doctora Hunt nunca consiguió tal documento. A primera hora de la mañana del día 6 todos los clientes junto con Beidleman se alejaron del Campamento Base, con rumbo al Campo II.

Mientras Bukreev desayunaba sentado a la mesa de la tienda comedor, los escaladores se adentraban en la Cascada de Hielo para realizar lo que esperaban sería su penúltimo recorrido sobre aquellos fracturados peligros. Si tenían suerte, harían su último recorrido en medio de un ambiente de celebración y agradecimiento. Habrían subido a la cumbre y pondrían rumbo a casa.

Me reuní con Scott después de desayunar porque él se había quedado el último para enviar a todo el mundo montaña arriba, y le pregunté si era necesario que yo acompañara a los clientes, porque en caso contrario prefería ahorrar energías y ascender a mi propio ritmo hasta el Campo II. Scott me preguntó a qué hora pensaba salir, y le dije que deseaba darme una ducha, descansar un rato y partir un poco más tarde, aquella misma mañana. Él estuvo de acuerdo con el plan y poco después salió del campamento.

Las tiendas de *Mountain Madness* en el Campo Base habían quedado vacías. En silencio, sin las distracciones impuestas por las rutinas y operaciones cotidianas, Bukreev dispuso de algún tiempo para poner en orden sus impresiones sobre el estado de los miembros de la expedición, tal y como él los había visto antes de la partida. Para alivio suyo, la severa tos de Beidleman había cesado y Neal parecía fuerte y preparado, pero Bukreev seguía preocupado por Fox y por Madsen.

Scott había permitido subir a Charlotte Fox y a Tim Madsen, incluso a pesar de que habían roto su programa de aclimatación y de que todavía no habían pasado una sola noche en el Campo III. Sólo esperaba que Scott les observara más de cerca en el Campo II, a ellos y al resto de los miembros del grupo. En un ataque a la cumbre, a la altura del Campamento es frecuente que los escaladores experimenten algún tipo de síntoma —tos, dolor de cabeza, problemas intestinales, etc.— pero dado que se trata del tirón final, la gente no siempre es suficientemente objetiva. Si alguien esconde un problema, puede estar poniendo en peligro su vida y la de sus compañeros.

Bukreev no sabía que también a Madsen y a Fox les preocupaba estar realizando esta tentativa sin una aclimatación adecuada. Unos días antes de la partida, confiaron a otro miembro de la expedición sus inquietudes acerca de la fecha prevista para la cumbre, el 10 de mayo. «Nos sentamos y hablamos acerca de las previsiones de fechas. Yo les dije: “Tenéis que decir a Scott que no queréis ir ahora, que deseáis esperar y realizar vuestro intento cuando os sintáis mejor aclimatados”. Y eso hicieron. Y Scott les dijo: “Bueno, no estáis preparados para realizar dos intentos. Sólo haremos un intento”. ¡Lo cual fue una gran sorpresa para todo el mundo, porque habíamos pagado mucho dinero y sólo disponíamos de una oportunidad!... No era eso lo que decía en su anuncio^[32]».

Poco después de las 11 de la mañana Bukreev se acercó a la tienda comedor para almorzar. Calculó que le llevaría unas cuatro horas llegar al campo II, que llegaría con tiempo de sobra antes del anochecer y que de camino podría «recoger» a quienquiera que se hubiera retrasado. Después de almorzar, cuando estaba a punto de partir del Campo Base en dirección a la Cascada de Hielo, aparecieron tres mujeres que dijeron ser amigas de Pittman, las mismas con las que Sandy había pasado el último fin de semana. Aunque en su estado de concentración no se sentía muy inclinado a conversar, Anatoli cruzó educadamente algunas frases con ellas mientras volvía a acordarse de la juerga de patatas fritas de Pittman: «No, no fue muy inteligente».

Impaciente y deseoso de partir, Bukreev se excusó y emprendió su camino hacia la Cascada de Hielo. Se había entretenido demasiado. Por encima de él, en el Campamento I, Martin Adams había presenciado una escena preocupante.

«Encontré a Kruse, que se hallaba en una de las tiendas del Campo I. Se supone que no había que parar en el campo I, así que le dije: “¿Qué te pasa? ¿Algo va mal?” Dijo que se sentía bastante mal y que iba a descansar allí, e incluso pasar la noche para alcanzarnos mañana. “El plan no es ése”, pensé yo. Justo detrás de mí venían Tim y Charlotte y les dije: “Eh, id a ver a Kruse. Me parece que no tiene muy buen aspecto”. Así que entraron en la tienda y hablaron con él, y también ellos pensaron que estaba un poco ausente. Cuando llegué al Campo II, Scott y Neal estaban tomando té. Les indiqué que Kruse no estaba bien. También ellos dijeron que en su opinión no tenía buen aspecto, y Scott decidió “Está bien, tendrá que bajar de aquí”. Yo dije: “Esperad que lleguen Tim y Charlotte, para que también ellos nos cuenten cómo le han visto”. Tim y Charlotte refirieron haber tenido la misma impresión que había sentido yo. De nuevo que Scott y Neal bajaron para decir a Kruse que tenía que descender».

Fischer no sabía a qué altura de la ruta estaba Bukreev, ni tampoco podía comunicarse con él por carecer éste de radio, así que se vio obligado a descender, muy contrariado. ¡Otro viaje hacia abajo! Con toda la distancia que había tenido que recorrer durante las últimas semanas, Scott podría haber escalado el Everest tres veces.

Al salir de la Cascada de Hielo, cuando ascendía hacia el plató del Cwm Occidental, distinguí a Scott y a Dale Kruse que venían hacia mí. [Beidleman había vuelto al Campo II], y Dale no tenía muy buen aspecto. Scott parecía tenso y molesto. Al verle estresado, y pensando que Scott debería estar con el resto del grupo, me ofrecí a acompañar a Kruse al Campamento Base, pero él dijo que prefería hacerlo él mismo.

Durante su breve encuentro, Bukreev estudió el estado de Fischer. Cualquiera que fuera la razón por la que había estado tomando antibióticos, el trastorno parecía haber remitido y aparentemente Scott no estaba en mal momento. Cuando se separaron, encaminándose en sentidos opuestos, Bukreev alzó la vista hacia el Cwm Occidental y observó que el cielo había cambiado espectacularmente y ahora ardía en tonos rojos y púrpuras, un posible signo de tiempo inestable. Temió una repetición de la anterior experiencia de Scott en el Campo II: vientos de altitud con fuerza suficiente para destruir el Campamento Base avanzado. Ello significaría que tendrían que retirarse al Campo Base y esperar hasta que los sherpas pudieran reconstruir el Campo II, lo que supondría un nuevo retraso.

Sobre las cinco y media de la tarde Bukreev llegó al Campamento II, donde ya los otros escaladores daban cuenta de la cena. Entretanto, y sin incidente alguno, Fischer había llegado al Campamento Base en compañía de Kruse. Según Pete Schoening, que había renunciado a participar en el intento de cumbre, Fischer «estaba bromeando, se tomó una cerveza, instó a Dale para que se tomara otra». \$ La doctora Hunt no apreció nada que te hiciera sentir preocupación por el estado de salud de Scott: —«Tenía su aspecto de siempre. No vi indicio alguno de que estuviera enfermo».\$

Para sorpresa y alivio de Bukreev, el día 7 de mayo amaneció con buen tiempo y sin viento, y la temperatura —que había alcanzado los quince grados bajo cero durante la noche— comenzó a elevarse gradualmente, calentando las tiendas de los escaladores. Mientras ellos disfrutaban del calorillo, Fischer estaba otra vez subiendo por la Cascada de Hielo. Cualquiera que hubiera sido su estado el día anterior en el Campo Base, lo cierto es que ahora, según un observador, su salud parecía en declive.

Cerca del término de la Cascada de Hielo Scott se encontró en las cuerdas fijas con Henry Todd, de *Himalayan Guides*. Diez años más viejo que Fischer y mucho más lento, tal y como él mismo admite, Todd quedó sorprendido al constatar que ambos avanzaban moviéndose a la misma velocidad. «Lo normal es que Scott hubiera pasado volando por aquellos lugares».

«Maldita sea», dijo Todd a Fischer, «¿Qué haces aquí abajo? Tu gente está subiendo al Campo III. ¿Tú no subes al Campo III?». Dice Todd que Fischer no respondió inmediatamente, sino que empezó a toser, «a toser de forma preocupante».

«Dijo que había tenido que acompañar abajo a Dale [Kruse]. Yo le dije: “Pero Dale ya estaba enfermo. ¿Por qué no enviaste a otra persona para que le acompañara?”. Y él me respondió: “Al pobre Dale se le saltaban las lágrimas, y yo no podía enviarle con otra persona; no quería mandar a Anatoli o a Neal o a uno de los sherpas. Dale es mi amigo”».

Todd recuerda: «Fischer se estaba quemando. Yo sabía que no estaba bien». Observar aquello fue ya bastante inquietante para Todd, pero lo que más le perturbó fue un comentario que realizó Fischer en el momento de partir: «Estoy preocupado por esa gente. Estoy preocupado por la

situación».

Aquella noche Scott se reunió con nosotros, y en la tienda comedor expresó el alivio que sentía, ahora que Dale había descendido sano y salvo. Para Dale, dijo, la ascensión había terminado. Aquel problema estaba resuelto, pero Scott tenía aún otros quebraderos de cabeza en relación con nuestra provisión de oxígeno y con algún otro cliente, así que pasamos algún tiempo hablando de aquellos temas. Le pregunté si se había hecho lo necesario para que yo pudiera escalar con oxígeno si así lo decidiera, y él dijo que yo parecía estar muy bien y que probablemente no iba a necesitarlo. No queriendo comprometerme hasta el día de la cumbre, cuando estuviera en condiciones de leer claramente en mi organismo, expliqué que no estaba seguro de ello al cien por cien y que quería la misma cantidad de oxígeno que se iba a facilitar a los clientes.

Respecto a Sandy, Scott se sentía ahora más optimista de lo que había estado en etapas anteriores de la expedición. Pensaba que ella tenía posibilidades de hacer la cumbre. Yo estuve de acuerdo con él, pero me seguía preocupando el modo en que Sandy había pasado el fin de semana en Pheriche, en lugar de descansar. Ambos sentíamos cierta inquietud por Charlotte y Tim, pero Scott pensaba que las experiencias positivas de Charlotte en sus dos ochomiles anteriores y la constitución atlética de Tim acabarían por prevalecer.

Como yo, tampoco Scott sabía a ciencia cierta si iba a escalar con o sin oxígeno. Dijo que ya había subido al Everest sin él, y que tomaría su decisión en función de cómo se sintiera el día de cumbre. En cuanto a Neal, Scott tenía sus dudas y sugirió que probablemente debería utilizarlo, aunque la decisión correspondía al propio Neal.

A la mañana siguiente, después de un breve retraso debido a los vientos de altitud, la expedición de *Mountain Madness* partió hacia el Campo III. Dado que el tiempo estaba despejado y la ruta del Campo II al III estaba continuamente a la vista, Bukreev y Fischer decidieron salir después que los clientes, en tanto Beidleman ascendía junto con el grupo de cabeza. Ambos continuaban su conversación de la noche anterior mientras progresaban por las cuerdas fijas, y una vez más pasaban revista a los clientes y discutían el tema del oxígeno. Fischer estaba satisfecho de que Bukreev hubiera convencido a Lene para que escalara con oxígeno. De un modo u otro, allí donde Fischer había llegado a un punto muerto, Bukreev había conseguido resultados positivos. Sin embargo, estaban de acuerdo en que Lene era una incógnita incluso con oxígeno. Era una deportista en buena forma física, pero la altitud constituía un factor nivelador, que podría hacerla venirse abajo en cualquier momento. Y lo mismo valía para el caso de Klev Schoening, que había sido vehemente en sus esfuerzos, tal vez demasiado. Bukreev solía decir a los clientes: «debéis marcaros un ritmo moderado. Lo importante no es quién llegue antes, lo importante es llegar». Pero, en opinión de Bukreev, esta lección es dura de aprender para un atleta de carácter competitivo, acostumbrado a destacar e ir en cabeza. No estaba seguro de que Klev Schoening le hubiera comprendido cuando él le decía: «Sálvate»^[33].

Martin Adams recuerda que Bukreev le daba a él idéntico consejo cuando ambos estaban en el Makalu. «Toli me decía “Martin, sálvate, sálvate”, porque yo trataba de seguir su ritmo. Y yo nunca logré comprender lo que quería decirme, hasta más tarde. Yo creí que me decía: “no te caigas a una grieta, no la fastidies”. Pero lo que me estaba diciendo era: “Reserva tu energía”».

Aunque habíamos salido tarde, Scott y yo fuimos adelantando por el camino a casi todos los clientes de Rob Hall, y Scott observó que estos escaladores no eran, ni de lejos, tan fuertes como nuestros clientes. En general, nuestro grupo era más joven y funcionaba, en todos los aspectos, mejor que el grupo de Rob. Yo compartía esta opinión, pero allí donde Scott veía una ventaja, yo veía un problema en potencia.

Fischer había anunciado previamente a su grupo que él y Rob Hall habían decidido aunar sus

esfuerzos el día de la cumbre, y Bukreev había expresado su inquietud en este sentido. Los clientes de Hall podrían retrasarlos, había dicho a Fischer. Ahora, en este tramo de la ruta, que no era tan difícil ni tan peligroso como el terreno que encontrarían el día de la cumbre por encima del campo IV, habían tenido las pruebas —esto es, los traseros del grupo de Hall— ante sus ojos.

Otros miembros de la expedición de *Mountain Madness* compartían esa misma inquietud de Bukreev con respecto al grupo de Hall. Decía uno de ellos: «Nos preguntábamos: “¿Para qué tenemos que ir con esa gente? No son tan fuertes como nosotros, ¿en qué vamos a beneficiarnos?”. Pero yo creo que Fischer iba siguiéndole los pasos a Rob Hall. Scott fue a Nepal y dijo: “Voy a hacerlo igual que lo hace Rob Hall”. Esa es la impresión que a mí me daba».

Fischer quedó atrás y Bukreev continuó adelantando escaladores, camino del campo III. Entonces vio algunas personas que venían hacia él descendiendo por las cuerdas fijas. Al detenerse y retirar su autoseguro de las cuerdas a fin de dejar paso a los que bajaban, Bukreev reconoció entre aquellos escaladores a un antiguo conocido, Ed Viesturs, perteneciente al equipo de IMAX/IWERKS. Viesturs tenía el aspecto tranquilo que le caracterizaba. Bukreev, apoyado en el bastón de esquí que utilizaba para equilibrarse sobre el hielo y la nieve, habló con Viesturs acerca de las condiciones que reinaban más arriba.

«Estamos descendiendo», me dijo Ed. Decía que no les gustaba el tiempo porque parecía demasiado cambiante, y habían decidido replegarse unos días con la esperanza de que se estabilizara.

Viesturs recuerda así aquel encuentro y los acontecimientos que habían llevado al equipo de IMAX/IWERKS a decidirse por el descenso. «Para nuestra filmación deseábamos que la arista cimera estuviera solitaria, y por motivos de seguridad tampoco queríamos coincidir con otras cuarenta personas en dicha arista, así pues decidimos subir un día antes que ellos».

Mientras los grupos de Fischer y de Hall dormían la noche del 7 de mayo en el Campo II, el equipo de IMAX/IWERKS estaba en el Campo III, preparándose para intentar la cumbre el día 9 de mayo, pero Viesturs dice que al despertar habían cambiado de idea. «Habíamos pasado una noche terriblemente ventosa en el Campo III, y a la hora de levantarnos seguía haciendo mucho viento en altitud... Tanto David [Breashears] como yo sabíamos que éste no era el claro de buen tiempo que estábamos esperando... Así que, dijimos, “¡Qué demonios! Bajaremos; tenemos tiempo, tenemos paciencia; dejemos subir a esos tíos del campamento de más abajo y volvamos cuando el tiempo haya mejorado y sea más estable”».

Al encontrar a Bukreev, Viesturs recuerda que él y algunos de sus compañeros de expedición se sintieron un poco desconcertados. «Nos saludamos con un apretón de manos y les deseamos suerte; fue un encuentro muy cordial... Nos sentimos un poco avergonzados por estar bajando. Todo el mundo subía, y nosotros pensamos: “Dios mío, ¿será ésta una decisión adecuada?”. Pero en fin, nos dijimos: “Bueno, es nuestra decisión”. Y todo ese grupo que subía, con las caras sonrientes y felices, y nosotros bajábamos, después de decidir que aún no había llegado nuestro momento de hacer cumbre».

Hacía buen tiempo mientras Viesturs y Bukreev charlaban. Viesturs deseó buena suerte a Bukreev, pasó junto a él por la cuerda fija y prosiguió su descenso. Mientras seguía con la vista a

los escaladores de IMAX/IWERKS, Bukreev veía cómo los equipos de Hall y de Fischer continuaban en movimiento, rumbo a la cumbre, ahora a dos días de distancia.

Capítulo 13. En la Zona de la Muerte

Como a Viesturs, tampoco a mí me gustaban las condiciones que reinaban en la montaña. Después de más de veinte años escalando había terminado por desarrollar una cierta intuición, y presentía que las cosas no estaban como debieran. Durante varios días el tiempo había permanecido inestable, y en altitud habían soplado vientos muy fuertes. Estaba deseoso de que se tuvieran en cuenta mis presentimientos, pero cada vez veía con más claridad que Scott no prestaba a mis opiniones tanta atención como a las de Rob Hall. Pensé en mis intentos de convencer a Scott para bajar a descansar con nuestros clientes hasta la zona del bosque antes de probar suerte en la cumbre, y recordé su escasa disposición a considerar la propuesta. Él no daba tanto crédito a mi voz como yo hubiera deseado, de modo que opté por no discutir y sacar el mejor partido posible a mis intuiciones.

En el Campo III, en las repisas de hielo que Bukreev y los sherpas habían tallado sobre la pared del Lhotse, se instalaron guías y clientes, repartidos en tres tiendas. Fox, Madsen y Klev Schoening ocupaban una de ellas; Fischer, Beidleman y Pittman compartían la segunda, y en la última estaban Bukreev, Gammelgaard y Adams. Según Anatoli, todos los escaladores parecían sentirse bien y de hecho se mostraban joviales y de buen humor.

Pittman, que deseaba poder mandar informes desde los campamentos III y IV, y también desde la cumbre si es que conseguía llegar a ella, había hecho cargar con su teléfono por satélite a uno de los siete escaladores sherpas que les acompañaban. Después de cenar macarrones con queso junto a Fischer y Beidleman, dictó por teléfono su despacho para la NBC. Casi incapaz de hablar debido a su continua tos, mandó un informe breve, en el que explicaba a todo aquel que le interesara que se hallaba fundiendo nieve y comiendo regaliz rojo, y que la expedición IMAX/IWERKS se había vuelto al Campo Base, sin conseguir la cumbre. Si ella o alguno de los otros escaladores de su tienda sentían alguna preocupación ante el hecho de que Ed Viesturs y David Breashears, dos de los más reconocidos veteranos del Everest, hubieran juzgado prudente descender y esperar otro período de buen tiempo, Pittman jamás lo mencionó.

A la mañana siguiente, 9 de mayo, nos despertó la conversación de varios sherpas que transportaban cartuchos de oxígeno desde el Campo II hasta el IV, desde el cual iniciaríamos nuestro ataque a la cumbre. Mientras preparábamos el desayuno en los hornillos de altitud, algunos de nuestros sherpas se acercaron a las tiendas y nos relataron muy preocupados que uno de los miembros de la expedición taiwanesa había salido aquella mañana de la tienda para ir al baño, y como no llevaba crampones se había resbalado y caído a una grieta. Iban, nos dijeron, a prestar ayuda a los sherpas que acompañaban a los taiwaneses con el fin de rescatar al escalador, Chen Yu-Nan.

Mientras nuestros sherpas ayudaban a sus paisanos, Fischer y sus guías apremiaban a los clientes, deseosos de enviarlos tan pronto fuera posible a las cuerdas fijas que llevaban al Campo IV, donde podrían descansar y prepararse para la tentativa del día siguiente. La mayor parte de los participantes llevaban ahora trajes completos de pluma para protegerse del intenso frío que les esperaba en el Campo IV. Todos llevaban un cartucho Poisk lleno en sus mochilas y se habían colocado las máscaras y los tubos de conexión sobre los hombros, preparándose para empezar a usar oxígeno en cuanto salieran del campamento.

Según Henry Todd, el Campo III es el punto en el que la mayor parte de los expedicionarios que van a usar oxígeno empiezan a hacerlo. «Desde el Campo III al IV es necesario escalar un poco para superar la Banda Amarilla. Es la primera vez que uno se ve obligado a hacer esfuerzos así de intensos. Y como nadie quiere agotarse, quien lleva oxígeno lo usa».

Bukreev fue uno de los últimos escaladores que abandonaron el Campo III. Por delante de él

ascendían los miembros del grupo de *Mountain Madness* y los de otras dos expediciones que también habían pasado la noche en el campo III: *Adventure Consultants* de Rob Hall y la Expedición Comercial Americana Pumori/Lhotse, dirigida por los norteamericanos Daniel Mazur y Jonathan Pratt. Con más de cincuenta personas por delante en las cuerdas fijas, Bukreev vio ralentizada su progresión al tener que maniobrar para sobrepasar a cada uno de ellos. A unos 7500 metros encontró a Fischer, que escalaba, como él, sin oxígeno.

Le dije que había pensado desplazarme hasta la cabeza del grupo para llegar antes que los clientes al Collado Sur, emplazamiento del Campo IV, a fin de comprobar que todo estaba a punto para ellos. Scott estuvo de acuerdo y dijo que se quedaría atrás para hacer de «escoba» en pos de los clientes. Entonces nos preguntamos dónde estaba Neal. Scott dijo que no estaba por delante de nosotros, y dado que yo había adelantado a bastantes personas con el rostro cubierto con máscaras de oxígeno, no sabía con certeza si él se encontraba en aquella línea de escaladores. Pensamos que probablemente avanzaba despacio, tal vez ajustándose a las exigencias de la altitud.

Ascendiendo a un ritmo regular, Bukreev adelantó a la mayor parte de los miembros de las expediciones de Rob Hall y de Mazur y Pratt, y un poco antes del término de la Banda Amarilla sobrepasó al último de los clientes de *Mountain Madness*, Klev Schoening, que ascendía a buen ritmo.

Su paso era bastante rápido, casi como el mío, y tuve que esforzarme un poco para mantenerme en cabeza. Eso me puso en guardia, al saber que a la mañana siguiente yo tendría que mantener al menos el mismo paso que el más rápido de nuestros clientes. De modo que mantuve abierta la cuestión del oxígeno, pensando en retrasar mi decisión hasta el mismo momento de iniciar el ataque a la cumbre.

Cuando en torno a las dos de la tarde llegó Bukreev al Collado Sur, se encontró con algo semejante a un infierno refrigerado. El viento soplaba a más de cien kilómetros por hora, atormentando el expuesto plató trapezoidal del Collado. A la bajísima temperatura reinante y en medio de los cientos de cartuchos vacíos de oxígeno desechados por las expediciones anteriores, los sherpas de *Mountain Madness* habían levantado ya una tienda y forcejeaban para instalar la segunda. Agarrando sus bordes con los guantes puestos, los sherpas trataban de inmovilizar contra el suelo y anclar al terreno la aleteante y fugitiva construcción. Para Bukreev, no era un espectáculo muy alentador.

Para mí, uno de los peores obstáculos para una ascensión al Everest son las ráfagas que tratan de arrancarte de la montaña. El viento es uno de mis mayores enemigos en altitud. Si pudiera elegir, preferiría casi siempre un tiempo malo pero en calma, en lugar de un día de viento feroz como el que soplaba aquella tarde en el Collado Sur.

Temeroso de llegar a perder la tienda en medio de la batalla, Bukreev se quitó la mochila y agarrando una esquina libre trató de obligarla a permanecer en el suelo. Había visto más de una expedición chasqueada al perder una tienda de altitud y verse obligados sus participantes a descender en busca de la seguridad de un campamento más bajo. No deseaba tener esa historia entre sus memorias. Mientras Bukreev inmovilizaba el habitáculo a base de fuerza bruta, los sherpas colocaban las varillas, poniendo todo su peso en el esfuerzo. En plena lucha contra el viento llegó Klev Schoening, que venía detrás de Bukreev, y ofreció su ayuda, que éste aceptó

pidiéndole que se introdujera en el interior de la tienda en tanto él y los sherpas terminaban de fijarla.

Pensé que era preferible que Klev descansara y se preparara para la cumbre. La fuerza que le proporcionaba el oxígeno podría inducirle engañosamente a creerse en posesión de una energía ilimitada.

El plan inicial consistía en instalar tres tiendas para los clientes y los guías, pero como el viento no amainaba y de hecho ganaba fuerza, Bukreev pensó que sería más inteligente repartirse en sólo dos. De ese modo lograrían retener más calor corporal para la fría noche que les esperaba, y si sucedía lo peor y perdían una tienda, tendrían aún otra de reserva en la que los escaladores podrían protegerse.

Ligeramente encorvado y de espaldas al viento que amenazaba con arrancarle de la superficie del suelo, Bukreev informó de ello primero a un sherpa y luego al otro, hablando a gritos y a pocos centímetros de sus oídos. En medio del estruendo del viento se pusieron de acuerdo, y la tercera tienda quedó guardada en su funda.

Sin cesar de trabajar reforzando la sujeción de las frágiles construcciones y protegiéndolas de la furia de las ráfagas, Bukreev vio llegar a Gammelgaard y a Adams, con aspecto cansado pero sin problemas graves, y los hizo entrar en la tienda junto a Schoening. Cuando llegó Beidleman, se refugió en la otra. Según Bukreev, «parecía estar sintiendo los efectos de la altitud», lo que hizo pensar a Anatoli que la decisión de Neal de escalar con oxígeno había sido correcta.

El viento siguió bramando durante toda la tarde y las preocupaciones de Bukreev crecieron exponencialmente. La variable meteorológica en la ecuación del Everest estaba amenazando la tentativa de cumbre, y algunos de los factores vinculados a *Mountain Madness* todavía no habían salido a la luz ni figurado en los cálculos. Según Bukreev, a las cinco de la tarde todavía faltaban Fischer y Pittman por llegar al Campo IV.

Preguntándome cuál sería el mejor modo de proceder, decidí ir a hablar con Rob Hall, a quien había visto supervisando la construcción de su campamento, y cuando me aproximé a él tuvimos que gritar para oírnos a través del constante rugido del viento. «¿Qué vamos a hacer? Creo que el tiempo, claramente, no es lo bastante bueno para permitir una escapada hacia la cumbre». A lo que Rob Hall respondió: «Según mi experiencia, a menudo el tiempo queda en calma después de un vendaval como éste, y si esta noche despeja, nosotros saldremos mañana hacia la cumbre. Si a medianoche el tiempo no ha cambiado, mi grupo esperará otras veinticuatro horas. Si para el segundo día sigue haciendo mal tiempo, entonces bajaremos».

Por alguna razón que no soy capaz de explicar, no compartí el optimismo de Rob Hall y me pareció sumamente improbable que el tiempo se estabilizara. Mis intuiciones continuaban importunándome, y estaba completamente seguro de que no escalaríamos al día siguiente.

Terminada la conversación con Hall, y preocupado porque Fischer todavía no había llegado al campamento, Bukreev salió del Campo IV y comenzó a desandar camino en dirección al Campo III. A unos cuarenta metros de las tiendas, a través de la ventisca que había empezado a soplar, distinguió a Fischer que se acercaba, trayendo a remolque a unos cuantos escaladores más, entre los cuales reconoció a Sandy Hill Pittman.

Gritando para hacerse oír, Scott me preguntó de cuántas tiendas disponíamos, y le expliqué que habíamos

instalado sólo dos en lugar de tres. Cuando sugirió que montáramos la tercera, le expliqué las circunstancias y las razones de mi decisión, y él estuvo de acuerdo. Luego hablamos acerca del tiempo, y le dije, como a Rob: «Creo que las condiciones no son muy buenas, y pienso que deberíamos plantearnos el descenso». Luego comenté a Scott que había estado hablando con Rob acerca de las condiciones meteorológicas, y le expliqué la intención que Rob tenía de esperar por si cesaba la tormenta. Después de la conversación, comprendí que Scott estaba de acuerdo con Rob. Si el tiempo mejoraba, escalaríamos.

En torno las 5:30 de la tarde, Bukreev se reunió en la tienda con Gammelgaard, Adams y Schoening. Fischer se instaló en la otra con Beidleman, Pittman, Fox y Madsen. El viento persistía, y todo el mundo se preguntaba qué les depararían las próximas horas.

Según el plan original acordado en el Campo Base antes de iniciar el tirón final, los escaladores de *Mountain Madness* deberían partir del Campo IV sobre la medianoche del 9 de mayo en dirección a la cumbre. Pero en la tienda de Bukreev, tal y como recuerda Martín Adams, el sentir general era que la fecha mágica no iba a brindarles la oportunidad de escalar. «El viento soplaba con tanta fuerza que no parecía tener sentido pensar en la ascensión. Y teníamos la impresión general de que habíamos perdido la partida». También Gammelgaard se sentía preocupada. «La noche que llegamos al Collado Sur hacía mucho viento y nevaba, y la tormenta no amainó... Y yo tenía muchas dudas, y en la tienda había otros que también hablaban de ello: “¿Lo intentaremos o no?”. Personalmente, no me parecía prudente iniciar una ascensión después de una gran tormenta, porque no es una buena señal».\$

En otra tienda del Campo IV las dudas y conversaciones eran muy similares. Lou Kasischke, de cincuenta y tres años, abogado de Bloomfield Hills, Michigan, y cliente de la expedición de Rob Hall, compartía tienda con otros tres escaladores: Andy Harris, Beck Weathers y Doug Hansen. Con la excepción de Andy Harris, guía de Rob Hall, todos los demás pensaban que no era buena idea intentar la cumbre al día siguiente.

Kasischke recuerda así aquellas horas: «En el campamento de altitud se desataba una furiosa tormenta, y en nuestra tienda discutíamos el asunto... y tres contra uno opinábamos que se debía esperar. Nos preocupaba el hecho de que no habíamos tenido ni un solo día completo de buen tiempo, ni siquiera veinticuatro horas seguidas, así que pensábamos que sería inteligente esperar un día. Lo cierto es que si continuaba así, dentro de veinticuatro horas íbamos a tener problemas incluso para bajar».

Dos tiendas. Dos expediciones diferentes. Ocho escaladores. Seis votos: la idea no era buena.

Bukreev sabía que la situación no estaba en sus manos. Era Fischer quien decidiría, y si se tomaba la decisión de ir, él tendría que estar descansado. Con la intención de calentarse un poco, él y Martín Adams buscaron una cacerola para fundir algo de nieve en el hornillo de altitud que tenían en la tienda. Pero, como recuerda Adams, no había cacerola alguna. «Era, simplemente, uno más de los muchos errores, pero yo ya me había resignado al hecho de que las cosas estaban torcidas, y estaba decidido a hacer lo que pudiera y a machacar los ánimos lo menos posible».

Afortunadamente, los sherpas se acordaron de los escaladores de la tienda de Bukreev y les trajeron a todos té caliente, pero Adams no recuerda que comieran nada. «Lene tenía algo de comida, pero no teníamos cacerola en la que cocinarla».

Después de tomar el té caliente decidí que el mejor modo de esperar era dormir, así que me cerré el saco y casi inmediatamente quedé dormido.

Mientras Bukreev dormía, Gammelgaard y Adams también lo intentaron, pero tuvieron un pequeño problema: ¡Klev Schoening amenazaba con salir de la tienda e irse a dormir fuera en medio de la tormenta! Recuerda Adams: «Cuando estábamos tratando de dormimos, Klev —que tal vez sufría síntomas de mal de altura— empezó a gritar a todo el mundo que se echara a un lado, lo que resultaba un poco extraño porque Lene, Toli y yo estábamos ya apretujados en la mitad de la tienda, mientras Klev ocupaba la otra mitad junto con las mochilas». Gammelgaard y Adams cruzaron sonrisas y miradas divertidas, pero no respondieron, porque, como explicó Adams, «Klev es una persona agradable. No lo tomamos como algo personal: era la altitud, no su actitud».

Para Schoening fue una noche saltarina y caprichosa. Bukreev, sin embargo, durmió como un tronco y sólo le despertó, en torno a las diez de la noche, algo que al principio le dejó perplejo: la ausencia del furioso viento.

Las paredes de la tienda habían dejado de sacudirse; el viento había amainado por completo. Lo único que oía a mi alrededor eran los sonidos que producían los sherpas encendiendo los hornillos de altitud; los fragmentos de sus conversaciones y los repiqueteos metálicos del material. Comprendí que nos disponíamos a salir hacia la cumbre, y no tenía el menor deseo de hacerlo. Por algún motivo, mi voz interna permanecía silenciosa, y no sentía la euforia habitual que en mí precede al asalto final, cuando todos los músculos están preparados y a punto para cumplir órdenes.

También en la tienda de Fischer empezó la actividad a eso de las diez de la noche, tal y como recuerda Beidleman. «Exactamente a las diez oí a los primeros sherpas que se atareaban por los alrededores, y aproximadamente al cabo de quince minutos nos trajeron un pote de té. Pasamos la siguiente hora y cuarto preparándonos, y aproximadamente a las once y media nos reuníamos en el exterior de las tiendas».\$

Cuando los guías y demás miembros salieron y miraron hacia el cielo nocturno, vieron una bóveda de laca negra repleta de estrellas. El furor de la tormenta había quedado reducido al susurro de una brisa. Bukreev decía: «Era como si la montaña nos hiciera señas con el dedo y nos dijera bajito: “Venid, venid”».

Fuera de las tiendas había suficiente luz de luna para iluminar sus movimientos, y Bukreev y Beidleman comprobaron que los clientes llevaban correctamente ajustadas las correas de los crampones e hicieron una rápida revisión general del equipo y condiciones de los escaladores. Entretanto, según Bukreev, Fischer comenzó a distribuir oxígeno a los clientes. Adams recuerda que Bukreev le dio dos cartuchos y le recordó que comprobara la presión de los mismos, para asegurarse de que estaban completamente llenos.

En total, los escaladores de *Mountain Madness* tenían en el Campo IV sesenta y dos cilindros de oxígeno: nueve del tipo Zvesda y cincuenta y tres de Poisk, más ligeros. Un cincuenta y uno por ciento en volumen del oxígeno de Henry Todd estaba destinado al intento de cumbre. La mayor parte del resto había sido ya consumido (en su mayor proporción por Pete Schoening y por

Ngawang Topche Sherpa); una pequeña cantidad había quedado en el Campo Base para el caso de una eventual emergencia médica.

Teniendo en cuenta el modo en que pretendían utilizarlo, la cantidad de oxígeno disponible en el Campo IV para la expedición de *Mountain Madness* era mínima. Los nueve cartuchos Zvesda, por ser más pesados, habían sido reservados para dormir la noche antes del tirón final. Los cincuenta y tres cilindros de Poisk habían estado apartados para la ascensión del día 10 de mayo.

De los seis sherpas que iban a escalar junto a los restantes expedicionarios, cinco querían emplear oxígeno, en tanto el *sirdar* Lopsang Jangbu no iba a utilizarlo. Lopsang Jangbu transportaba un cartucho para el caso de una emergencia; los cinco sherpas restantes llevaban cada uno dos botellas para uso personal y otros dos para los clientes y los guías. De modo que, en total, los sherpas sacaron del campo I veintiún cartuchos que llevarían consigo en la ascensión.

Los seis clientes, Fischer y Beidleman llevaban dos cargas de oxígeno cada uno, y Bukreev llevaba uno. Así que entre guías y clientes transportaban diecisiete botellas.

Por lo tanto el conjunto de los miembros de la expedición llevaban en total treinta y ocho botellas de Poisk, quedando en el Campo IV quince cartuchos de Poisk llenos, más el poco de oxígeno de Zvesda que había sobrado de la noche anterior. El margen de seguridad era escaso, y ciertamente no permitiría a los escaladores pasar una segunda noche si por azar tenían complicaciones en su intento de cumbre y deseaban volver a intentarlo el día 11 de mayo. Tendría que ser el 10 de mayo o nunca, lo cual no era una sorpresa para Fox y Madsen, que ya habían sido informados de que sólo habría una oportunidad.

Las estimaciones de uso y consumo que habían servido a Fischer para realizar su plan de utilización de oxígeno estaban basadas en parte en las instrucciones que le había dado su proveedor, Henry Todd. Todd calculaba que cada cartucho Poisk duraría seis horas si se utilizaba según la tasa recomendada de consumo de oxígeno, a razón de dos a dos litros y medio por minuto. «Dos cartuchos duran doce horas, y en esas doce horas hay tiempo de subir hasta la cumbre [desde el Campo IV] y volver hasta la Cumbre Sur para recoger una tercera botella». Sobre el papel, el plan parecía a toda prueba.

Era razonable suponer que los escaladores de *Mountain Madness* que partían a medianoche podrían tardar unas diez u once horas en llegar a la cumbre, siempre y cuando el tiempo se mantuviera y no se produjeran complicaciones. Si respetaban la tasa de consumo de oxígeno recomendada por Todd, cuando llegaran a la cumbre del Everest aún tendrían un margen de una o dos horas de oxígeno en las botellas que transportaban. Desde la cumbre, siempre suponiendo que el tiempo fuera favorable y no hubiera sorpresas, los escaladores tardarían entre cuarenta y cinco minutos y una hora en descender hasta la Cumbre Sur. Allí, según los planes, cada escalador tomaría su tercer cilindro de un depósito que los sherpas habrían reunido en aquel punto. Teniendo en cuenta que ello suponía otras seis horas de oxígeno, y siempre suponiendo que todo fuera bien,

cada escalador tendría que poder volver al Campo IV con aquella botella.

Mientras los escaladores cargaban sus dos cargas de oxígeno en la mochila, Fischer preguntó: «¿Alguno de vosotros está listo? Porque Lopsang lo está, y si hay alguien preparado debe partir con él». Pittman dio un paso adelante. Lopsang Jangbu se acercó a Pittman y utilizando un corto cabo de cuerda la rodeó con lo que alguien describió como un nudo de alondra y unió el otro extremo a su arnés de escalada por medio de un mosquetón. En torno a la medianoche, Lopsang Jangbu partió en dirección a la cumbre, con Pittman a la zaga. A poca distancia de ellos, y apremiada por Beidleman, Charlotte Fox salió del Campo IV, a los diez minutos de estrenar el día de su 40 cumpleaños.

En el Collado Sur la temperatura era extremadamente baja y había algo de nieve recién caída. Por mi parte, después de haber dormido, sentía una nueva oleada de energía, pero aún no había decidido si escalaría con oxígeno o sin él. De modo que introduje en la mochila una botella y una máscara, por si me hacían falta. Salí del campamento en la retaguardia del grupo, junto con Martín Adams.

El último en dejar el Campo IV fue Fischer, que según lo acordado actuaría como «escoba». Justo delante de él iba Lene Gammelgaard. Al observar que no la seguía de cerca, Gammelgaard se volvió a mirarle. «Me alegré al ver que estaba utilizando oxígeno, porque había tratado por todos los medios de convencerle de que usara oxígeno o de que permaneciera en el campamento y dirigiera la expedición desde allí, que es lo que debería haber hecho. Pero en fin, al menos estaba usando oxígeno, y me alegré mucho por ello. Después me distancié para unirme al resto del grupo... Cuando partí del Collado Sur tenía muy, muy claro que de ningún modo quería estar sola el día de la cumbre. Me había movido sola con bastante frecuencia en la Cascada de Hielo y sitios así. Pero ahora sentía con toda claridad la fuerza psicológica que me llegaba, sólo por formar parte de un grupo».

Capítulo 14. Hacia la cumbre sur

Los miembros de *Mountain Madness* que avanzaban alejándose del Campo IV veían ante sí la ondulante línea de luces formada por las linternas frontales de los escaladores de Rob Hall, que habían partido del campamento treinta minutos antes que ellos. Con Hall estaban subiendo hacia la cumbre otras catorce personas más: dos guías, ocho clientes y cuatro sherpas, entre ellos Ang Dorje, su *sirdar*, con quien Bukreev había trabajado instalando cuerdas fijas.

A Gammelgaard no le agradaba nada ir siguiendo a la expedición de Rob Hall. «Formaban un grupo muy bueno, pero eran mayores e iban lentos. Eran todo lo fuertes que se puede ser a los cuarenta y cinco o cincuenta años, pero eso equivale a ir muy, muy despacio». Otro de los componentes de *Mountain Madness* decía: «En mi opinión, el haber salido detrás de Rob Hall y el haber coincidido con su grupo en las cuerdas fijas probablemente costó a nuestro equipo un par de horas durante la ascensión».

A las dos o tres horas de la partida desde el Collado Sur, los escaladores de *Mountain Madness* comenzaron a adelantar a los miembros del grupo de Rob Hall, y a eso de las cuatro de la madrugada estaban completamente entremezclados: el equipo de Fischer con el de Hall, y unos y otros con tres miembros de la Expedición Nacional Taiwanesea: Makalu Gau, jefe de la expedición, y dos de sus sherpas. Para sorpresa de Hall y de Fischer, los taiwaneses habían decidido pegarse a ellos en el tirón hacia la cumbre, probablemente con la intención de «chupar rueda», escalando detrás de personas más fuertes que abrían huella y montaban cuerdas fijas.

Durante un par de horas Bukreev avanzó junto a Adams y luego comenzó a quedarse atrás después de haber adelantado a varios escaladores, algunos de Rob Hall y otros de su propio grupo. Adams recuerda haber dicho a Bukreev al salir del Campo IV que se sentía algo letárgico y falto de energía, pero a medida que ascendía fue encontrando su ritmo. La adecuada aclimatación y el oxígeno estaban alimentándole en aquella jornada, que para él representaba «un gran día».

Dirigiendo la danza de la serpiente de luces iban alternándose, en las horas previas al amanecer, tres escaladores de la expedición de Rob Hall: Ang Dorje, Mike Groom, guía de Hall, y también Jon Krakauer, el cliente periodista y escalador que había comprado su puesto en la expedición de Hall en el mes de febrero, después que *Outside* decidiera no firmar con *Mountain Madness*. En varios lugares a lo largo de la ruta, según Krakauer, los tres escaladores se habían detenido por completo, no debido a dificultades o problemas sino porque Hall había indicado a sus escaladores que, «durante la primera mitad del día de cumbre» no se separaran entre sí más de un centenar de metros, hasta que alcanzaran el Balcón, una brecha en la base de la arista sureste, situada a unos 8500 metros de altitud. Krakauer, acostumbrado como escalador a tener independencia de acción, decía haberse sentido frustrado al tener que vincular sus decisiones a los mínimos denominadores comunes del grupo, y sentía que su posición como cliente le había «obligado» a limitar su apuesta personal en favor de la autonomía y también su capacidad de decisión, convirtiéndole en un soldado de hojalata.

Las diferencias que Hall y Fischer mantenían en torno al mejor modo de guiar una expedición, reflejaban el debate existente entre los distintos actores de la industria del turismo de aventura. Los dos bandos de fe corresponden, aproximadamente, a los «situacionalistas» y a los «legalistas». Los situacionalistas argumentan que a la hora de liderar una aventura sujeta a riesgos, no existe sistema alguno de normas capaz de cubrir adecuadamente cualquier situación que pueda surgir, y defienden que las reglas deben subordinarse en ciertos casos a las demandas que con carácter único pudieran presentarse. Los legalistas, convencidos de que las normas son capaces de reducir sustancialmente la posibilidad de tomar decisiones erróneas, exigen que las libertades personales pasen a un segundo plano.

Quienes critican la filosofía legalista arguyen que las posiciones omniscientes y reglamentaristas que restringen la acción personal nacen mayoritariamente del miedo a la publicidad negativa o a los procesos legales que pudieran derivarse de la falta demostrable de «responsabilidad». Estos críticos encuentran muy contradictorio que una industria que pretende enfatizar los valores de la libertad y la iniciativa personales postule una filosofía que restringe la búsqueda de esos mismos valores.

Según Krakauer, a las 5:30 de la madrugada él y Ang Dorje, tras una progresión entrecortada que les costó más de una hora, alcanzaron los 8500 metros del Balcón y se detuvieron allí, sentados sobre sus mochilas, sin avanzar más.

A unos 8400 metros de altitud comencé a encontrar nieve profunda, pero la progresión no era tan lenta como podría haber sido, porque varios miembros de la expedición de Rob Hall habían abierto huella por delante de mí. Llegué al Balcón en torno a las 6:00 de la madrugada, justo cuando el cielo estaba empezando a iluminarse con colores bellos y fantásticos. Al contemplar el cielo y la cumbre del Lhotse, situada exactamente a nuestra altura, no me pareció que hubiera riesgos meteorológicos inmediatos por los que preocuparnos.

En el Balcón empezaron a aglomerarse los miembros de las tres expediciones que estaban ascendiendo. En este punto natural de reposo, que tiene un tamaño no mayor que el de la habitación de un motel, los escaladores suelen aprovechar la pausa para cambiar a su segundo cartucho de oxígeno, beber algún líquido para rehidratarse, y —si tienen suficiente energía y coordinación— para hacer algunas fotos. Adams decía que para él y para los demás escaladores, aquella altitud significaba pasar «de un lugar donde cuesta mucho pensar a otro en el cual ya no se puede pensar en absoluto». Se encontraban en la «Zona de la Muerte», esa banda de altitud entre el Campo IV y la cumbre del Everest, en la que la exposición prolongada al frío y la escasez de oxígeno conspiran para arrancar la vida humana. Permanecer por encima del Campo IV tiene tantas posibilidades de disfrute como ir de picnic a un campo de minas.

Los clientes de *Mountain Madness* pensaban que las cuerdas fijas necesarias para progresar desde el Campo IV hasta la cumbre estarían ya instaladas cuando ellos llegaran al Balcón. Pittman recuerda: «Yo había oído que nuestro sherpa y el de Rob Hall colocarían todas las cuerdas antes de que llegáramos, y para ello partirían a las diez, mientras que nosotros saldríamos a medianoche». \$ Klev Schoening corrobora: «También yo creía que las cosas iban a hacerse así». \$ Y Gammelgaard coincide con ellos; «Concretamente, oí decir a Scott que las cuerdas se fijarían con antelación para que los escaladores no tuvieran que esperar en ningún punto». \$

La mayoría de los miembros de ambas expediciones están de acuerdo en lo que se supone debió haber sucedido. Se les había dicho que Ang Dorje, el *sirdar* de Hall, y Lopsang Jangbu, el *sirdar* de Fischer, iban a salir del Campo IV bastante antes que los clientes para fijar las cuerdas, de modo que el resto de los miembros del grupo no tuvieran que esperar. Pero no había sido así, y ni Lopsang Jangbu ni Ang Dorje ni ningún otro sherpa había partido temprano aquella noche.

En la reunión de cierre de expedición, que tuvo lugar una vez finalizada la ascensión, Lopsang Jangbu dijo que un miembro de un equipo montenegrino, que el día 9 de mayo había realizado una fallida tentativa de cumbre, le había dicho lo siguiente: «Ya hay cuerdas fijas, no necesitáis nada». \$ Jon Krakauer escribió posteriormente informes sobre la ascensión en los que levantaba sospechas acerca de tal explicación, diciendo que los guías de Fischer y Hall tendrían que haber sido informados acerca del cambio de planes pero no lo fueron, y que Lopsang Jangbu y Ang Dorje salieron del Campo IV al mismo tiempo que el resto de los miembros de sus expediciones llevando en sus mochilas cien metros de cuerda, acción para la que según Krakauer «no hubiera existido razón alguna» si las cuerdas fijas estaban ya instaladas.

Las «pruebas» de Krakauer despertaron la inquietud de algunas personas, para quienes tales pruebas resultaban circunstanciales. Fischer no llegó al Campo IV hasta las cinco y media de la tarde del 9 de mayo, y por distintos motivos se encontraba, como mínimo, extremadamente fatigado. En medio del vendaval, preocupado por la seguridad del campamento y de sus escaladores y por su propio estado, parece completamente razonable que, al oír la información de Lopsang, Fischer hubiera pensado que eso significaba un problema menos del cual preocuparse. No tomar en consideración este estado de cosas —y una situación semejante para el caso de Rob Hall— equivale a sugerir la posibilidad de que tanto Fischer como Hall tomaran a propósito la decisión de retrasar a sus sherpas, o de no informar a sus guías acerca de un eventual fallo de los sherpas. Cualquiera de esas dos acciones habría comprometido gravemente a los guías y a los clientes y podría haber contribuido a su muerte. Al margen de sus diferencias filosóficas y de sus estilos personales, ninguno de los dos hubiera actuado jamás de ese modo.

En cuanto a las cuerdas transportadas por Lopsang Jangbu y Ang Dorje, muchos expertos himalayistas consultados acerca de esta cuestión se han preguntado, «¿Y por qué no?». En una ascensión, el *sirdar* lleva cuerda por la misma razón que nosotros guardamos un par de cordones de zapatos en algún cajón. Pueden pasar muchas cosas. Una tormenta puede enterrar las cuerdas

fijas. O puede que éstas no estén bien ancladas, o que sea necesario equipar un tramo alternativo. También puede ocurrir que, debido a un accidente, necesitemos más cuerdas. O que la información con que contamos no sea cien por cien exacta.

A 8600 metros de altitud, el Everest obsequia al visitante con una sucesión de resaltes rocosos más convenientes para míticas criaturas con garras que para mortales vestidos con voluminosos trajes de pluma, y las cuerdas fijas resultan muy útiles desde ese punto hasta la Cumbre Sur, a 8748 metros. Después de esperar más de una hora, Beidleman comunicó a Bukreev su intención de adelantarse a los demás para supervisar la instalación de las cuerdas fijas en los tramos superiores.

Estuve de acuerdo con Neal. Le dije que me parecía una decisión razonable y le ofrecí el cartucho de oxígeno que yo llevaba. Me sentía bien aclimatado y fuerte, y sabía que no tendría problemas más arriba. Mi intención original había sido dejar allí el oxígeno y recogerlo durante el descenso, pero al considerar que se nos estaba haciendo un poco tarde y que Neal iba a tener que realizar un trabajo duro, se lo ofrecí y él aceptó.

Seguido por Klev Schoening, Beidleman ascendió tras los pasos de Lopsang y Ang Dorje superando un resalte y atravesando un tramo de nieve recién caída, hasta llegar a una terraza donde encontró a Lopsang inclinado, vomitando. Comprendiendo que Lopsang no estaba en condiciones de trabajar, Beidleman tomó las cuerdas de su mochila y con la ayuda de Ang Dorje comenzó a equipar la ruta en dirección a la Cumbre Sur. En algunos lugares encontraron viejas cuerdas fijas en aceptables condiciones de uso; en otros tuvieron que instalar cuerdas nuevas, lo que suponía un arduo esfuerzo. Mientras Beidleman y Ang Dorje avanzaban, Bukreev comenzó a motivar a los clientes para que se pusieran en pie.

Comencé a apremiarles para que reanudaran la ascensión, porque ya llevábamos más de una hora en el Balcón y empezábamos a salirnos del horario establecido. En las cuerdas fijas me detuve para que pasaran unos cuantos clientes y traté de retrasarme con la esperanza de ver a Scott, pero no le vi. Deseaba hablar con él acerca de los clientes, porque desde que partimos del Campo IV no habíamos hablado y había detalles que yo no tenía muy claros. Sí comprendía el plan general, pero las cosas estaban cambiando. ¿Debía subir o quedarme atrás? ¿Debía avanzar sin más dilación hacia la cumbre, o bien prestar ayuda?

Después de esperar un rato seguía sin verle, así que finalmente opté por continuar la marcha, pensando que como Scott había dormido con oxígeno y también lo estaba usando durante la ascensión, me alcanzaría pronto y podríamos hablar. Subiendo, pude comprobar que los clientes estaban en buenas condiciones físicas, aunque no subían con demasiada alegría.

A las 9:58 de la mañana llegó Beidleman a la Cumbre Sur, y treinta minutos más tarde según él, se le reunía Martin Adams. Beidleman recuerda haber pensado que se les estaba haciendo tarde y dice: «Me sentía bastante agobiado».\$ Durante una hora y media o dos horas, recuerda Adams, él y Beidleman estuvieron solos en la Cumbre Sur. «Fundamentalmente, el problema consistía en que todos los que venían detrás de nosotros estaban atascados en las cuerdas fijas. Supongo que algunos de los clientes de Rob Hall, más lentos, se habían colocado delante de los escaladores de nuestro grupo, y éstos no podían pasar».\$

Uno de los participantes de la expedición de Hall, Frank Fishbeck, de cincuenta y tres años, editor en Hong Kong, se había vuelto al Campo IV a las pocas horas de haber partido, de modo que fue el primer cliente que descendió, de entre las personas que habían partido hacia la cumbre el día 10 de mayo. A eso de las 10:30 de la mañana, los otros siete clientes de Hall estaban distribuidos escalonadamente entre el Balcón y la Cumbre Sur, entremezclados con los de Fischer (a excepción de Martin Adams) y con los escaladores taiwaneses. Suponiendo que cada uno de estos escaladores hubiera estado utilizando el oxígeno al ritmo de consumo recomendado por Henry Todd, todos estarían ya con su segunda botella y le quedaría a cada uno una hora o dos de oxígeno. Su tercer y último cartucho (otras seis horas de oxígeno al ritmo de consumo recomendado) todavía no había llegado a la Cumbre Sur. Al igual que los clientes, los sherpas que transportaban el oxígeno se encontraban dispersos entre la Cumbre Sur y el Balcón. «Un absoluto desmadre», como dijo uno de los componentes del grupo de Fischer.

Tres de los clientes de Hall, John Taske, de cincuenta y seis años, Lou Kasischke y Stuart Hutchison, de treinta y cuatro, se hallaban cerca de la cola del atasco, ascendiendo por las cuerdas que Beidleman y Ang Dorje habían fijado hacia la Cumbre Sur y escalando detrás de los taiwaneses, que se movían con lentitud y obstaculizaban su avance. Progresando por separado, cada uno de ellos analizaba a su hipóxica manera los acontecimientos que estaban desarrollándose en torno suyo. Los tres habían comenzado a plantearse la posibilidad de darse la vuelta.

Lou Kasischke recordaba así los hechos: «Adelanté a John y entonces vi cómo Stu, que iba por delante de mí, empezaba a dar marcha atrás. Stu y yo mantuvimos una conversación. Lo único que de ella recuerdo es que Stu estaba convencido de dos cosas. Una era que Rob iba a mandarnos a todos para abajo, porque era demasiado tarde. Dijo que, en vista de aquel atasco... no veía el modo de que pudiéramos estar empezando a bajar a la una. La hora fijada para empezar a bajar era la una. Y Stu estaba seguro de aquello. Y lo que recuerdo de mi conversación con Stu era que, en fin, yo por entonces aún no estaba dispuesto a volverme. Recuerdo haber dicho eso y haber comenzado a moverme, pero no llegué muy lejos.

»Eran como las once y media y me encontraba cerca de la cola del atasco. Llevo muchos años haciendo esto y aguanto bien el cansancio y las penalidades. He tenido que aprender a hacerlo: soy corredor de larga distancia, y me considero un atleta resistente. Había desconectado mi existencia del resto de las cosas, limitándome a seguir adelante. Lo cual no es necesariamente un elogio, porque es peligroso hacer eso... Me limito a moverme hacia delante, un paso detrás de otro. Y entonces me encuentro con el atasco —recuerdo que era justo debajo de la Cumbre Sur— y caigo de rodillas y me fijo a la cuerda, para descansar un poco. Estaba muy, muy deshidratado, y me quité uno de los guantes para coger un poco de nieve, lo cual no es precisamente muy sensato, pero era lo único que podía hacer. Mi botella de agua era un bloque de hielo dentro de la mochila. Me di cuenta de que todos mis dedos estaban congelados. Y me quité el otro guante: lo mismo. Aunque en realidad aquello no me sorprendió. Ya lo sabía. Pero supongo que no me importaba, porque llegar a la cumbre del Everest era tan importante para mí, que estaba dispuesto a subir pasara lo que pasara. Pero mientras esperaba, sentí un sobresalto. Como si alguien me despertara, en cierto sentido. Y empecé a pensar entonces en lo que realmente me estaba sucediendo. Y

mientras estaba ahí arrodillado, empecé a mirar en mi interior y a ver realmente mi estado de cansancio. Además, esas vistas tan impresionantes que podíamos divisar desde el Balcón —el panorama más impresionante que he contemplado jamás— ya no se distinguían. Si mirabas hacia atrás, hacia la parte inferior de la montaña, había muy poca visibilidad. No quiero decir que hiciera un tiempo horroroso. No era un tiempo horroroso. Pero estaba cambiando. Y cuando pregunté a Lhakpa, uno de nuestros sherpas, que si quedaba mucho —yo sabía que estaba bastante cerca— me dijo que dos horas. Le pregunté dónde creía que estábamos, y me dijo que a ocho mil setecientos metros. Ni siquiera fui capaz, mi cerebro no fue capaz —siempre pienso las alturas en pies—. En aquellos momentos ni siquiera pude convertir la cifra en pies, y eso indica cómo estaba funcionando mi cerebro. Pero cuando me dijo que quedaban dos horas, creo que el corazón se me cayó a los pies. Creo que en ese momento fue como si me alcanzara un rayo. Supe que tenía un problema. Y la cuestión no era si podía aguantar otras dos horas, no era esa la cuestión. Y podría haber llegado a la cumbre. Pero empecé a tener serias dudas acerca de si podría bajar. Y pensé que iba a morir bajando... o bajaría de algún modo. Quiero decir, he estado muchas veces en situaciones duras y siempre he podido con ellas, pero... Y había dos voces que me hablaban. Sí, todavía lo recuerdo, probablemente no olvidaré jamás esos momentos. Tenía aquellas dos voces luchando en mi interior, una que me decía que siguiera adelante: “Hazlo, puedes conseguirlo, ¿dónde está el problema? Sólo son dos horas más”. Pero la otra voz decía: “Lou, vas a morir en la bajada, o incluso si la resistes vas a perder los dedos”. Hoy, todavía me parece sorprendente haberme dado la vuelta. Dije a Lhakpa, “Lhakpa, ve y di a Rob que he decidido dar la vuelta”. Pero eso sucedió en unos cuatro o cinco minutos.

»Sospecho que también influyeron en mí, de modo más inconsciente, los comentarios de Stu. Pero recuerdo que cuando tomé la decisión, me basé simplemente en mí y en mi incapacidad en aquella situación para subir y volver vivo. O al menos entero.

»Podría resumirlo diciendo simplemente que no creía poder subir y volver vivo, o en el mejor de los casos sin perder unos cuantos dedos. Y otra cosa es que, también, mi caso era un poco diferente al de las otras personas porque en realidad no estaba sujeto a las mismas presiones. Quiero decir, yo deseaba subir a la cumbre del Everest. Dios mío, de lo contrario no hubiera estado allí arriba atormentándome el cerebro. Pero vivo en Detroit; iba a volver a Detroit y diría: “He escalado el Everest”. La gente de allí me miraría y diría: “Ah, bien, ¿y has oído hablar de los Detroit Redwings?” Quiero decir, aquí a nadie le importa, o incluso no saben siquiera dónde está el Everest. “Ah, sí, ¿es la montaña más alta del mundo, no?”. De hecho, algunas personas dijeron: “Yo creía que tú ya habías escalado eso”. De modo que para mí, según mi perspectiva de las cosas, aquello no era una cuestión de vida o muerte, no era la cosa más importante del mundo, y los periódicos no iban a escribir historias sobre mí. Y la prensa, la fama y el dinero, las marcas mundiales, y todas esas cosas, que eran como los premios de la carrera para algunos de los otros miembros de nuestra expedición. Sí, todo aquello significaba mucho para mí, no quiero decir que no fuera así. Pero mi ambición por llegar no sofocaba cualquier otro pensamiento que pasara por mi mente».

En torno a las 11:40 de la mañana, Lou Kasischke movió pieza y se encaminó hacia abajo, y

también Stuart Hutchison y John Taske se dieron la vuelta. Para ellos, el Everest había acabado. En torno a mediodía, recuerda Kasischke, se encontró con Scott Fischer.

«Mantuvimos una breve conversación, y le dije a Scott: “Scott, me parece prudente darme la vuelta”. Y una de las cosas irónicas de mi experiencia es que, en ese momento no pensé mucho en ello, pero Scott me miró de frente y me dijo: “Buena decisión, Lou”.

»Era el mismo Scott de siempre: sus ojos brillantes, la nieve en el pelo... ese aspecto tan suyo, tan americano, ese cabello rubio con la nieve por encima... Permanecimos allí, juntos, quizás treinta segundos, y luego él continuó avanzando en una dirección y yo en otra».

Capítulo 15. Los cien últimos

En la Cumbre Sur, cien metros por debajo de la cumbre del Everest, Martin Adams encontró a un Beidleman no demasiado contento. «No sé por qué, pero apenas hablaba, parecía estar de mal humor. Me senté, me quité la mochila y saqué la botella de agua porque tenía sed, y ofrecí de beber a Neal, que la aceptó porque la suya estaba completamente congelada».

Durante un rato, tal vez veinte minutos según recuerda Adams, permanecieron allí casi sin hablarse, y entonces Beidleman se levantó y descendió a una especie de sala natural, justo debajo de la Cumbre Sur, que ofrecía algo más de protección frente al viento. Adams le siguió, y según él, una vez sentados, Beidleman preguntó a Adams: «¿Cuánto oxígeno te queda?». Adams se quitó la mochila, porque su medidor de presión iba instalado, como el de todos los demás equipos de oxígeno, sobre la parte superior del cartucho. «“En mi medidor pone cinco libras”, y entonces yo le pregunté: “¿Cuánto tienes tú?” y él me dijo: “También tengo cinco libras, pero Toli me ha dado su botella llena”».

La impaciencia de Adams ante el cariz de la ascensión comenzó a sumarse a su inclinación natural a la acción.

No era de los que se quedan sentados sin más. Incluso en su estado levemente hipóxico comprendía con claridad que estaba respirando el último oxígeno de su segunda botella.

«Así que, aunque sabía que eso pudiera ser estirar demasiado mi suerte, le dije a Neal: “¡Vámonos! Dame esa botella llena y vámonos”. Pero él dijo: “No, no voy a darte esa botella”. Así que insistí: “Bueno, yo tengo cinco libras, dame tus cinco libras y vámonos de aquí”. Y él accedió a eso, pero no nos fuimos a ningún sitio».

Adams empezó a sentir una sana preocupación. Miraba sin cesar hacia atrás, tratando de ver a alguno de los sherpas de *Mountain Madness* que debían llegar con los nuevos cartuchos de oxígeno, y recuerda que prácticamente sólo pensaba una cosa: «¿Cuándo van a empezar a funcionar bien las cosas?». Aún faltaba bastante tiempo para ello.

Justo antes de llegar a la Cumbre Sur dejé que Tim Madsen pasara delante en las cuerdas fijas, y me alentó ver que se movía con rapidez, vigorizado por el oxígeno. Cuando llegué a la Cumbre Sur encontré allí a Martin, Neal, Ang Dorje, Tim y algunos otros, pero nadie se movía. Parecía que no tenían ganas de seguir adelante. Estaba despejado y hacía sol, y aunque empezaba a levantarse viento, todos estábamos entrando en calor en el interior de nuestros trajes de pluma. Debido al largo tiempo que llevábamos moviéndonos, nuestras energías estaban empezando a disminuir y nadie parecía tener prisa.

Al cabo de más de una hora de haber llegado a la Cumbre Sur, Adams reconoció al primero de los sherpas de *Mountain Madness* y se dirigió a su encuentro para pedirle su tercera y última botella. Tiró su cartucho casi vacío y el que le había dado Beidleman, conectó el tubo a la botella llena y comenzó a respirar con más facilidad. Tenía al menos otras seis horas de oxígeno: más que suficiente, pensó él, para hacer la cumbre y volver al Campo IV. Adams, un tipo generalmente sagaz, asumió como válida aquella suposición que había basado literalmente en la nada. Estaba equivocado.

Mirando a mi alrededor mientras descansaba, observé que Ang Dorje parecía cansado. Tampoco los otros sherpas parecían muy dispuestos a seguir adelante, aunque yo tenía entendido, ya desde antes del tirón final, que serían los sherpas quienes fijaran las cuerdas en el Escalón Hillary.

Allí en la Cumbre Sur comencé también a preguntarme dónde estaba Scott. Quizás fuera necesario enviar de vuelta a algunos clientes desde este punto, pero Scott no estaba aquí para hacerlo. Y yo no me sentía con derecho a tomar una decisión como esa. Los clientes habían pagado mucho dinero y era Scott, y no yo, la persona autorizada por ellos.

Adams, quien probablemente conocía a Bukreev mejor que ningún otro cliente, ha dicho que tal vez éste no hubiera podido enviar de vuelta a los escaladores, pero piensa que Beidleman sí podría haberlo hecho. «Desde luego, hubiera sido una tarea desagradable, pero creo que si él hubiera ejercido como líder, ellos se hubieran dado la vuelta... Claro, que es concebible que alguien no hubiera accedido a obedecerle».

Y probablemente así habría sitio. Gammelgaard ha dicho que el día de cumbre su estado mental la hubiera hecho desobedecer cualquier intento de hacerla descender. «Sabes, estar ahí arriba es un juego muy aventurado. Cuando decides intentar la cumbre, sabes que te arriesgas a morir. Es una parte de la ascensión tremendamente peligrosa... pero te gusta el riesgo, eres un aventurero, estás loco o algo así, de lo contrario no lo harías». Sin embargo, añade Gammelgaard, si hubieran existido unas normas impuestas con antelación, ella las habría respetado. «Está claro, somos una expedición. Si hubiéramos aceptado unas reglas, yo me hubiera guiado por ellas, no importa cuáles fueran». Sin embargo, dice Gammelgaard, «Nunca oí a nadie hablar de una hora límite para iniciar el retorno. La única vez que se dijo que había un punto de retorno fue el primer día que ascendimos por la Cascada de Hielo, y todo el mundo se guio por aquella regla».

En un artículo sobre Scott Fischer que apareció en el *Seattle Weekly* seis semanas después del día de cumbre, el periodista Bruce Barcott comentaba la filosofía de Fischer acerca de la instauración de horas límite. «Todo escalador tiene una lista de normas personales que acostumbra a seguir, a modo de reglas de supervivencia. Una de las normas de Fischer era la Regla de las Dos en Punto. Si no estás en la cumbre a las dos, date la vuelta. La oscuridad no es una buena amiga».

Fischer nunca estableció una hora límite para el día de cumbre. Nunca dijo: «Si no estáis en el lugar X a la hora que sea en punto, debéis iniciar el retorno». En lugar de ello, había ideado junto con Beidleman y Bukreev una sencilla estrategia, adaptada de la táctica que había estado utilizando a lo largo de toda la expedición. Su *sirdar*, Lopsang Jangbu, y sus guías Bukreev y Beidleman, se turnarían a la cabeza del grupo. Él iría en la retaguardia, e instaría a descender a aquellos clientes que fueran quedándose rezagados. Si surgía algún problema, Scott establecería contacto con Lopsang Jangbu, quien se suponía iba a mantenerse siempre en la cabeza del grupo o en sus proximidades. Ni Beidleman ni Bukreev llevaban radio.

Hall, por su parte, había evadido la cuestión de establecer una hora límite específica. Algunos de sus escaladores habían entendido que ésta sería la una; otros pensaban que las dos; algunos más

creían que podría ser la una o las dos, y que la decisión final se tomaría en marcha.

Después de esperar casi una hora en la Cumbre Sur empecé a comprender que nadie iba a iniciar acción alguna, así que hablé con Neal y decidimos que entre los dos fijaríamos las cuerdas necesarias hasta la cumbre. De nuevo en la arista, desenterré de la nieve varios tramos de cuerdas antiguas, pero con el fin de agilizar la ascensión decidí seguir hasta el Escalón Hillary y dejar que los guías y sherpas que venían detrás equiparan aquella sección de la ruta.

El Escalón Hillary es un resalte de la arista sureste, una torre de roca de unos diez metros de altura y tan conspicua que algunos de los clientes de *Mountain Madness* la habían divisado desde Thyangboche con la ayuda de un teleobjetivo. Ofrece un formidable reto físico y psicológico a los escaladores que llegan a su base, después de doce horas de ascensión, agotados y respirando tres o cuatro veces por cada paso. Su inmediata presencia resulta intimidante y desalentadora, y no es raro que muchas personas abandonen la ascensión en este punto.

Este obstáculo me resultaba familiar porque cuando en 1991 subí al Everest por esta misma ruta hube de ascender el Escalón Hillary solo y sin cuerdas fijas. De todos modos la escalada de este tramo exige bastante destreza, y era necesario asegurar a nuestros clientes. Neal permaneció abajo desplegando la cuerda que le había dado uno de los sherpas, y en tanto él me aseguraba yo iba fijándola a los anclajes instalados allí por expediciones anteriores.

Llegué a la parte superior del Escalón Hillary y fijé la cuerda, y al poco subió Neal seguido por Andy Harris, uno de los guías de Rob Hall, y por uno de los clientes más fuertes, Jon Krakauer.

Apremiado por la necesidad de seguir avanzando para acondicionar las secciones superiores del itinerario que llevaba a la cumbre, Bukreev había dejado sin equipar un tramo de la ruta por debajo del Escalón Hillary, en el entendimiento de que se ocuparían de ello los guías que venían detrás. Sin embargo Harris y Krakauer habían pasado de largo sin instalar cuerda alguna, por lo que aquel punto se transformó en «la parte más expuesta de la ruta, en la que los escaladores se veían obligados a realizar sin protección alguna una travesía bastante precaria donde un resbalón podría resultar fatal», tal y como más tarde lo describiría Martin Adams.

En lo alto del Escalón Hillary, Krakauer sacó un rollo de cuerda que Ang Dorje le había entregado en la Cumbre Sur, y discutieron el modo en que habían de actuar. Por encima del Escalón Hillary, la arista sureste obliga a los escaladores a seguir una pendiente de nieve suavemente ondulada, y como el viento era cada vez más fuerte a medida que pasaba el tiempo, decidieron fijar una cuerda más. Al ver muchas manos dispuestas a realizar este trabajo, Bukreev decidió adelantarse y seguir abriendo huella a lo largo de las pendientes superiores.

Partió Bukreev, y Krakauer, cada vez más preocupado por su reserva de oxígeno, explicó su «problema» a Beidleman y le preguntó si habría algún inconveniente en que él, Krakauer, prosiguiera su camino hacia la cumbre dejando a Beidleman la tarea de fijar la cuerda. Beidleman accedió. «Le dije, de acuerdo, márchate, y deslié la cuerda... Martin [Adams] estaba un poco más abajo, y le pregunté si podía ayudarme dándome cuerda y fijando el extremo a un anclaje, y él aceptó. Ascendí seis u ocho metros, hasta que la cuerda se enredó en las rocas... Finalmente, Martin me ayudó a desatascar la cuerda de entre las piedras. Continué hasta llegar a una estaca de nieve, en la que fijé la cuerda. Luego continué otros catorce o quince metros, buscando un nuevo

anclaje. No encontré ninguno».\$

Beidleman no pudo encontrar ningún otro punto adecuado para fijar la cuerda. Para no dejarla extendida sobre la nieve, con el consiguiente peligro de que algún escalador se conectara a ella creyendo erróneamente que estaba fija, Beidleman lanzó la cuerda sobrante hacia el lado de Tíbet.

La longitud del tramo de cuerdas fijas que inicialmente se habían propuesto instalar había quedado, en última instancia, reducido a menos de la mitad.

A la 1:07 de la tarde, Bukreev alcanzó la cumbre del Everest, con más sensación de alivio que de júbilo. El objetivo marcado era llegar a la cumbre lo antes posible para que los clientes pudieran retornar al Campo IV aún con oxígeno, y a pesar de que ya era bastante más tarde de lo que hubieran deseado, Bukreev creía que todavía podrían conseguir su objetivo, siempre que el resto de los participantes no tardaran mucho en llegar. El margen de tiempo era bastante estrecho, pero aún resultaba factible. E incluso si alguno de ellos se quedaba sin oxígeno poco antes de llegar al Campo IV, las consecuencias no tendrían por qué ser desastrosas, porque una vez en la ruta de descenso es posible moverse durante bastante tiempo incluso sin oxígeno. Aunque es imposible predecir durante cuánto tiempo.

A la 1:12 de la tarde, siguiendo la huella abierta por Bukreev, Krakauer pisó la cumbre, y al poco le siguió Harris. Beidleman, en pos de Harris, «se movía bastante despacio», según Adams. «Me pidió que abriera un poco más el flujo de su botella de oxígeno, y así lo hice, y ambos continuamos nuestro camino hacia la cumbre. Cuando estábamos casi llegando, me pidió que lo abriera otro poco, de modo que lo abrí del todo».

En torno a la 1:25 de la tarde llegaron a la cumbre Beidleman y Adams, después de haberse cruzado con Krakauer y Harris que descendían. Preocupado por su reserva de oxígeno, Krakauer había decidido bajar rápidamente. A diferencia de Beidleman, todavía estaba respirando de su segunda botella, por lo cual aún podría estirar su reserva y su suerte.

A eso de la 1:45 de la tarde Klev Schoening apareció sobre la última pendiente antes de la cima, y Bukreev le hizo una foto. Levantando los brazos en actitud jubilosa, se aproximó al trípode de aluminio que señala el punto más alto y minutos más tarde su rostro estaba bañado en lágrimas.

Después de la llegada de Schoening cesó el movimiento de escaladores en dirección a la cúspide. A las dos de la tarde no había aparecido ninguna otra cabeza sobre la última parte de la arista cimera, y Bukreev comenzó a sentirse inquieto.

Todas las personas de mi grupo que vi en la cumbre tenían buen aspecto y parecían estar fuera de peligro, no causándome preocupación alguna. Pero empecé a preguntarme: «¿Dónde están los demás clientes?». Habían transcurrido más de quince minutos desde la llegada de Klev y seguía sin venir nadie.

Pero se hallaban de camino, y allá abajo en el Campo II, donde varias expediciones esperaban turno para realizar su propia tentativa, comenzaba a cundir una cierta preocupación. Ed Viesturs, de la expedición IMAX/IWERKS, y algunas otras personas, habían estado siguiendo la ascensión de los escaladores con ayuda de un telescopio, barriendo la ruta desde la Cumbre Sur hasta el

Escalón Hillary, y veían cómo a las dos de la tarde todavía había personas ascendiendo. «Les veíamos allí, parados o moviéndose muy despacio... y también veíamos nubes de viento que pasaban a toda velocidad sobre la cumbre, y yo dije: “Dios mío, se les está haciendo muy tarde... se la están jugando”. No sólo era tarde, sino que además... sólo tenían dieciocho horas de oxígeno. Asumiendo que se tardan doce horas en llegar a la cumbre, y otras seis en descender, me pareció que iban a quedarse sin oxígeno. No sólo se iban a quedar sin luz, también se les iba a acabar todo el oxígeno».

También Henry Todd, de *Himalayan Guides*, observaba desde el Campo II la progresión de los escaladores por encima de la Cumbre Sur, como asimismo lo hacían Mat Duff, uno de sus colaboradores, y diversas personas más, quizás más de veinte, según recuerda Todd. Mientras observaban, y del mismo modo que Ed Viesturs se inquietaba por lo avanzado de la hora, los sherpas empezaron a ponerse nerviosos, según Henry, «impresionados a causa de la estrella». Al principio Todd no sabía de lo que estaban hablando, hasta que finalmente se la señalaron: una estrella en pleno día, por encima de la Cumbre Sur. «Y no estoy loco. La vi^[34]».

«Esto no es bueno. Esto no es bueno», repetían una y otra vez los sherpas, y también Todd convino en ello. Buscó una radio y llamó al Campo Base de Rob Hall, preguntando: «¿Cuál es vuestra hora límite de retorno?». Le respondieron: «La hora límite eran las dos de la tarde». Las dos de la tarde habían pasado ya.

Todd, con su experiencia en la organización de expediciones, podía imaginar las causas psicológicas que habían conducido a aquella situación: «Te sientes absolutamente agotado... Dejas de pensar con lógica... Simplemente, crees que vas a lograrlo».

Adams, como Krakauer, era consciente de estar respirando aire prestado y no se entretuvo en la cumbre. «Que yo recuerde, permanecí unos diez o quince minutos sentado en la cumbre. Tomé algunas fotos con la cámara de Toli, y Neal nos hizo otra a los dos, con la bandera nacional de Kazajstán desplegada entre ambos. Y entonces les dije: “Eh, chicos, yo me largo”. E inmediatamente me levanté y empecé a bajar». Al poco tiempo le siguieron primero Bukreev, y después Schoening.

Había permanecido más o menos una hora en la cumbre. Ni Neal ni yo teníamos radio, de modo que ninguno de los dos sabíamos lo que estaba sucediendo allá abajo. Sospeché que tal vez hubiera algún problema en el Escalón Hillary, y comprendí que debía bajar. A eso de las dos, o un poco más tarde, empecé a descender de la cumbre, y me agaché a coger unas piedrecitas como recuerdo. Al hacerlo vi algo que captó mi atención: una moneda india de cinco rupias, y la guardé en mi bolsillo pensando «Para la buena suerte».

Capítulo 16. Decisión y descenso

Cuando Adams descendía hacia la parte superior del Escalón Hillary se cruzó con una hilera de escaladores, algunos de ellos de Hall y el resto de *Mountain Madness* —Charlotte Fox, Lene Gammelgaard, Sandy Hill Pittman, Tim Madsen, así como cuatro de los sherpas de *Mountain Madness*, entre ellos Lopsang Jangbu—. Recuerda Adams que ninguno habló mucho durante el encuentro. Los escaladores ascendían de manera automática, a sólo algunos minutos de la cumbre.

«Cuando llevaba unos minutos descendiendo vi un grupo de personas que subían hacia la cumbre formando una apretada fila. Un poco más lejos venían otras dos, entre las cuales creí reconocer a Scott. Ansioso por comprender nuestra situación y por llegar a un acuerdo acerca del modo de proceder de ahí en adelante, me acerqué a él y comencé a hablarle, y entonces descubrí que me había equivocado y que estaba hablando con Rob Hall, que se dirigía a la cumbre con uno de sus clientes. Le pregunté si se encontraban bien y si necesitaba alguna ayuda, ya que me disponía a bajar, y respondió que todo el mundo estaba bien, que nadie necesitaba ayuda y me dio las gracias por mi trabajo con las cuerdas fijas».

»Cuando me separé de Rob vi a nuestros clientes que venían en un grupo apretado, pero mi alivio al verlos quedó ensombrecido al constatar que la mayor parte de ellos llevaban ahora catorce horas escalando, cuando su provisión de oxígeno era de sólo dieciocho horas. Suponiendo que lo hubieran estado utilizando correctamente, sólo les quedaban cuatro horas. Todavía se hallaban a treinta minutos de la cumbre, y comprendí que no tendrían suficiente oxígeno para descender hasta el Campo IV».

A unos cuatro o cinco metros de la parte superior del Escalón Hillary, Adams alcanzó a Harris y a Krakauer «resoplando, riendo, como divirtiéndose, como si nada le preocupase en exceso», pero Adams no se detuvo junto a ellos. «No me apetecía demasiado, así que continué hasta el arranque de las cuerdas fijas del Escalón Hillary». Adams pensaba en descender, sólo en descender. A lo largo del día había sufrido un retraso tras otro, luchando por avanzar entre otros escaladores más lentos. Ahora tenía la oportunidad de tomar la delantera en el descenso, y estaba dispuesto a hacerlo.

Se ancló a las cuerdas fijas y mientras se preparaba para rapelar el Escalón Hillary miró hacia abajo para ver si el tramo estaba libre. «Miré hacia abajo», dice Adams, «y vi subir a tres personas, y pensé: “¡Oh, no, más retrasos!”», y entonces traté de distinguir quiénes eran los que subían: el primero era un sherpa, después venía Makalu Gau y por último Scott Fischer, y la verdad es que me sentí muy sorprendido. No había pensado en Scott ni en su paradero durante todo el día, y ahora le veía allí y no daba crédito a mis ojos. Pensé que aquello era un problema. Él no debería estar allí».

Mientras Adams miraba hacia abajo, Fischer dirigió la vista hacia arriba al tiempo que deslizaba su jumar por la cuerda fija. Al ver a Adams le gritó: «Eh, Martin, ¿crees que podrás subir al Everest?». Adams tuvo la impresión de que Fischer creía que él aún no había llegado a la

cumbre, que «estaba dándome ánimos, tratando de alentarme, como diciendo “Vamos, amigo, subamos juntos”». Adams replicó: «¡Ya he subido!».

Al ver que el sherpa y Makalu Gau avanzaban con lentitud, Adams animó a Fischer para que tratase de pasarles escalando por un espolón de roca que ascendía paralelo a la cuerda fija. «Eran unos movimientos un poco técnicos, pero yo pensé que él podría hacerlo y ganar así algún tiempo».

Fischer se movió hacia el espolón para estudiar la alternativa que Adams estaba proponiéndole, pero según recuerda éste, Fischer volvió a ocupar su puesto en la fila. «Tal vez pensó que era demasiado expuesto. No lo sé. Por la razón que fuera, permaneció donde estaba. Probablemente hizo lo correcto».

En tanto Adams trataba de persuadir a Fischer para que se apresurara, Bukreev descendió pasando junto a Harris y Krakauer y se sentó en una roca inmediatamente por encima de Adams, y mientras esperaba inspeccionó el cielo, buscando algún indicio de cómo iba a evolucionar el tiempo. Observó que se estaban acumulando algunas nubes y que se había levantado un viento frío, pero ninguno de estos signos parecía amenazador.

En tanto Bukreev y Adams esperaban a Fischer en el Escalón Hillary, Beidleman estaba en la cumbre sintiéndose «muy nervioso y lleno de ansiedad». «En realidad», dice, «me hubiera gustado iniciar el descenso mucho antes, tal vez con Martin o Klev, pero cada vez que me disponía a ponerme en pie y marcharme aparecía por la arista otra persona u otro grupo de personas, y con ellos alguno de los nuestros. Me sorprendía ver que continuaba llegando gente. Creía que se habrían dado la vuelta, solos o con otros escaladores. No me parecía bien marcharme en aquel momento, mientras no hubieran llegado todos a la cumbre, y estando ya tan cerca».\$

Entre las dos y cuarto y las dos y media llegaron a la cima los cuatro clientes de *Mountain Madness* con quienes Adams y Bukreev se habían cruzado bajando —Madsen, Fox, Gammelgaard y Pittman— así como Lopsang Jangbu. Para Pittman, los últimos metros fueron los más duros de la jornada: enfilando directamente el trípode de aluminio que señala la cúspide, con la tercera botella de oxígeno que había recogido en la Cumbre Sur prácticamente agotada. Probablemente lo había estado consumiendo a un ritmo más alto del recomendado. Por fortuna, Lopsang Jangbu observó sus dificultades, sacó la botella nueva que había transportado en su mochila desde el Campo IV y conectó a Pittman a este cartucho nuevo.

Fischer no había tenido oportunidad de enviar de vuelta al Campo IV a ningún cliente, dado que no había alcanzado a ninguno de ellos desde el momento en que Gammelgaard se separara de él al principio de la jornada. En torno a las dos y media, todos los clientes que iniciaron la ascensión habían alcanzado el techo del mundo. Ya no había más escaladores a quienes esperar ni ningún motivo para permanecer allí. Pero nadie se movió de la cumbre hasta las tres y diez. Fueron cuarenta minutos de júbilo, fotografías, lágrimas, felicitaciones y golpecitos amigables en

la espalda... y cuarenta minutos menos de oxígeno, cuarenta minutos menos de luz diurna.

Cuando Fischer llegó al fin a la parte superior del Escalón Hillary, recuerda Adams, lo único que él deseaba era agarrar las cuerdas fijas y descender. Pero como Harris y Krakauer habían llegado antes, les preguntó si deseaban bajar ellos primero. «Dando las gracias, se anclaron a las cuerdas y comenzaron a bajar», dice Martin.

Un poco después de las dos y media, mientras Adams observaba el descenso de Harris y Krakauer, aguardando ansiosamente su turno, Bukreev sostuvo una conversación con Fischer.

Hablé con Scott mientras él se recuperaba un poco después de subir el Escalón Hillary. Cuando le pregunté cómo se sentía, dijo que estaba cansado y que la ascensión le estaba resultando difícil.

Cuando encontré a Scott, mi intuición me decía que lo mejor que yo podía hacer era descender al Campo IV con la mayor rapidez posible y disponerme a entrar en acción si se daba el caso de que nuestros escaladores necesitaran oxígeno para el descenso, y asimismo preparar té y bebidas calientes^[35]. Confiaba en mis propias fuerzas y sabía que si descendía rápidamente podría hacer aquello en caso necesario. Desde el Campo IV tendría una buena perspectiva de la ruta hasta el Collado Sur, y podría observar el desarrollo de cualquier eventual problema.

Expresé a Scott mi opinión y él escuchó mis razonamientos. También él veía así nuestra situación, y acordamos que yo bajaría. Volví a examinar el cielo para apreciar la evolución del tiempo y no observé nada que pudiera indicar una causa inmediata de preocupación.

Tampoco se preocuparon mucho por el tiempo los escaladores de *Mountain Madness* que se rezagaban en la cumbre. Klev Schoening recuerda: «Cuando estuve en la cima hacía mucho viento. No me pareció que estuviera ganando intensidad, ni tampoco vi que nevara ni indicio alguno de que el tiempo estuviera empeorando». Tampoco Sandy Hill Pittman sintió preocupación alguna por la meteorología, pero sí por la hora. «No me pareció que estuviera estropeándose el tiempo. Sí sentía que era tarde cuando estábamos en la cumbre, no porque tuviéramos una hora límite de vuelta, sino porque era consciente... por los relatos de otros escaladores, sabía cuándo hay que llegar a la cumbre y cuándo hay que marcharse de ella. Y si allá arriba sentía cierta ansiedad, es porque íbamos con retraso, no porque viniera mal tiempo».

Lene Gammelgaard, sin embargo, sí vio algo que la inquietó. «Antes de decidirme a subir al Escalón Hillary, observé que ascendía la niebla desde los valles, y vi que se levantaba viento en la cumbre». \$ Gammelgaard había presenciado las etapas iniciales de la formación de la tormenta que, en el curso de unas horas, les sorprendería a ella y a sus compañeros, en situación vulnerable y expuesta, durante la fase más peligrosa de la ascensión al Everest, es decir, durante el descenso.

En la base del Escalón Hillary, Adams reanudó el descenso a lo largo de la cornisa de la arista sureste, y justo antes de llegar a la Cumbre Sur distinguió a una persona tumbada en la nieve.

«Estoy en la travesía... y veo a Krakauer tendido, agarrado a su piolet, como si se estuviera autoasegurando. Tiene el mango del piolet hundido en la nieve y agarra la cabeza de éste, y me pregunto qué voy a hacer por él, porque ninguno estamos asegurados a una cuerda fija^[36]».

Krakauer, como le había sucedido más arriba a Pittman, se había quedado sin oxígeno.

Inmediatamente detrás de Adams venía Bukreev. Mientras se acercaba, Bukreev apremió a Adams, diciendo «Sigue, sigue, sigue». Bukreev no quería que Adams se entretuviera. Klev Schoening, que se acercó unos momentos más tarde, recuerda: «Cuando estaba bajando desde el Escalón Hillary hacia la Cumbre Sur encontré a Jon Krakauer en apuros, y eso me hizo detenerme. En realidad no podía hacer nada para ayudarlo. Creo que no tenía los recursos necesarios, pero quise permanecer allí hasta asegurarme que se iniciaba algún tipo de acción, ya que había un guía de Hall por encima y otro por debajo de él».\$

Afortunadamente para Krakauer, como le había sucedido a Pittman, alguien de su expedición apareció para resolverle el problema. Mike Groom, que había llegado a la cumbre más o menos al mismo tiempo que los cuatro clientes de *Mountain Madness* que subían detrás de Adams, Beidleman y Klev Schoening, cedió generosamente su botella a Krakauer. Al observar que a Groom «no le preocupaba demasiado estar sin oxígeno», Krakauer aceptó el ofrecimiento y en pocos minutos llegó a la Cumbre Sur, donde los sherpas de Hall —como los de Fischer— habían hecho un depósito de oxígeno. Allí, Krakauer «tomó un nuevo cartucho de oxígeno, lo conectó a su regulador y prosiguió su descenso^[37]».

Mientras Krakauer colocaba en su mochila su tercera botella de oxígeno, Beidleman y los clientes a su cargo habían iniciado el descenso, y Beidleman recuerda que uno de los clientes había empezado a mostrar señales de hallarse en dificultades. «Llegamos al Escalón Hillary, y yo me hallaba justo detrás de Sandy. En aquellos momentos parecía la más ausente de todos. Detrás de mí venían Charlotte, Tim y por último Lene. Cuando llegamos al Escalón Hillary había un auténtico embrollo de cuerdas viejas y trozos de cordino deshilachado. A Sandy le resultó muy difícil incluso descifrar cuál era la cuerda a la que debía anclarse y por dónde pisar. Tratamos de hacerla rapelar, pero las cuerdas estaban demasiado enredadas por el viento así pues tuvimos que desenredarlas y por fin rapeló con alguna ayuda. Descendió hacia la arista y yo lancé una mirada atrás, comprobando que los demás parecían ir bastante bien, así pues me despreocupé un poco de ellos».\$

Cuando Beidleman, Fox, Madsen, Pittman y Gammelgaard se acercaron a la Cumbre Sur encontraron a Klev Schoening, «allí sentado».\$ Schoening, que estaba probando cartuchos viejos de oxígeno para ver si había alguno que aún resultara aprovechable, recuerda que Beidleman le miró y dijo: «¿Qué diablos estás haciendo? Lárgate para abajo».

«Fue entonces», recuerda Schoening, «cuando Neal... cayó en la cuenta de que era muy tarde, y tal vez de que se aproximaba la tormenta, y en aquel momento también yo me alarmé. Y creo

que partí justo cuando Neal llegaba».\$

Diez eran los cartuchos de oxígeno que los sherpas habían llevado a la Cumbre Sur para el equipo de Fischer. Uno para cada uno de los seis clientes, más otros dos que Beidleman y Fischer respectivamente recogerían a su descenso. Los dos restantes constituían, presumiblemente, la reserva que Bukreev había solicitado para sí, y a la que Fischer había dado su visto bueno.

Como se habían retrasado subiendo, todos excepto Neal habían optado por llevarse su tercera botella hacia la cumbre. La tercera botella que usó Beidleman fue la que le dio Bukreev en el Balcón, bastantes horas antes, y que éste había subido desde el Campo IV.

Por tanto, cuando Beidleman y los clientes llegaron a la Cumbre Sur, su depósito de oxígeno debería haber contenido tres cartuchos llenos^[38], junto con varios más parcialmente llenos que los escaladores habían dejado allí al efectuar el cambio de botellas cuando ascendían hacia la cumbre. Pero Beidleman recuerda que no encontró lo que esperaba. «No quedaba ya mucho oxígeno. Había uno lleno, o prácticamente lleno», y unos pocos que todavía tenían algo. «Creo recordar que la botella llena la tomó Lene».\$

Beidleman tomó uno de los cartuchos parcialmente llenos que había encontrado, pero no está claro si los demás también lo hicieron. Por lo menos dos de los clientes, Charlotte Fox y Martin Adams, dijeron que no habían tomado cartucho alguno.

Adams recuerda: «Llegué a la Cumbre Sur antes que los clientes que habían hecho cumbre después que yo, y seguí la arista para descender a la pequeña oquedad en la que Neal y yo habíamos estado aguardando por la mañana. Andy Harris estaba allí rebuscando en un montón de cilindros de oxígeno, quizás unos veinte, para ver si podía encontrar algo. Yo pasé de largo. No encontré ninguna botella con mi nombre, así pues seguí bajando».

Justo después de partir de la Cumbre Sur, según Adams, le pasó Bukreev que descendía a paso rápido. «Estoy descendiendo por la arista, sintiéndome bastante bien, y Anatoli llega, me observa, comprueba que voy bien y continúa su camino. Me pareció lo normal, Anatoli adelantándose como lo había hecho tantas otras veces, y por mi parte no hubo ningún problema».

»Unos quince minutos después de salir de la Cumbre Sur, cuando eran aproximadamente las cuatro menos veinte, llegué a las cuerdas fijas, y la visibilidad comenzó a disminuir un poco. El viento traía algo de nieve, pero todavía no había problema alguno y se distinguía claramente el Campo IV.

»Cuando llegué al Balcón me sorprendió encontrar allí a un escalador que me preguntó por Rob Hall. Inquirí si se encontraba bien. Y él dijo: “Sí, pero ¿dónde está Rob Hall?”. Aquel hombre estaba helado de frío, y le costó mucho hablar conmigo. Yo le dije que había visto a Rob Hall en la cumbre, y que tal vez tardara una hora o dos en llegar. Me sentía inquieto por él y también por mis clientes, así que levanté la vista hacia la arista sureste, y en las rocas que hay a unos 8650 metros divisé entre las nubes a alguien que bajaba, y pensé: “Está bien, todo está bien”. Pensé que aquél

podría ser Andy Harris, uno de los guías de Rob Hall, que bajaría y ayudaría a su cliente^[39]».

Bukreev continuó su descenso, vigilando constantemente la evolución del tiempo. Era, según dijo, «lo normal en el Everest; en aquellos momentos no podía decirse que hubiera ningún problema importante, porque aún podía ver la ruta con bastante claridad».

Capítulo 17. Ciego en la nieve

La doctora Hunt, que permanecía en el Campo base y había estado recibiendo periódicas llamadas por radio desde la montaña a partir de las seis de la madrugada, habló con Fischer cuando él estaba en la cumbre (aproximadamente a las 3:45 de la tarde) y él la informó que todos los clientes habían llegado a la cumbre. Después de felicitarle le preguntó cómo se sentía, y le oyó decir: «Estoy muy cansado». Al comprender que era muy tarde para estar aún en la cumbre y preocupada por las palabras de Fischer, Hunt oprimió el botón de transmisión de su radio y dijo: «Baja de esa montaña».\$

Inquieta por la salud de Fischer, Hunt habló también con Lopsang, y ambos acordaron contactar de nuevo a las seis de la tarde, pero menos de una hora después de aquella llamada de radio, las cosas comenzaron a cambiar de modo dramático. «A las cuatro y media de aquella tarde», constata la doctora Hunt, «vinieron algunas personas del campamento de Rob Hall y me dijeron: “Tenemos que enviar oxígeno allá arriba. Creemos que uno de los miembros de vuestro equipo ha sufrido un desvanecimiento en el Escalón Hillary y Rob Hall está con él”... Rob Hall estaba enviando [a su Campo Base] mensajes diciendo: “Estoy con esta persona, que se ha desvanecido encima del Escalón Hillary”».

Inmediatamente la doctora Hunt hizo un esfuerzo para responder a la emergencia. «Hicimos todo cuanto pudimos para tratar de enviarles oxígeno desde el Campo IV. Una de las cosas que hicimos fue hablar con Pemba para que tratara de localizar a Lopsang o a algún otro que estuviera por encima del Campo IV, y también preguntamos a Pemba si él mismo podía subir, pero dijo que el tiempo era demasiado malo y que no quería ir^[40]».

Beidleman podría haber respondido a la llamada de radio y atendido la emergencia que se había desarrollado por encima del lugar en que se encontraba, pero como no tenía radio continuó bajando. «Justo encima de la Cumbre Sur y por debajo de las cuerdas fijas vi a Charlotte en pie junto a Sandy, con una gran sonrisa en el rostro. Tenía en la mano una jeringuilla, y la agitaba para que yo la viera... me aproximé desde abajo, y Charlotte me dijo que acababa de poner a Sandy una inyección de dexametasona y que ahora Sandy parecía estar mucho mejor».\$

La dexametasona es un esteroide que reduce la inflamación de los tejidos del cerebro contribuyendo a revertir los efectos del edema cerebral. La doctora Hunt había entregado a cada miembro de la expedición de *Mountain Madness* un *kit* médico que contenía una jeringuilla cargada con una dosis inyectable de este fármaco, y Fox le estaba mostrando a Beidleman la jeringuilla vacía.

Neal llegó junto a ellas, según dijo, «intentando determinar el modo de lograr que Pittman se pusiera de nuevo en marcha», \$ y al comprobar su medidor de presión descubrió que apenas le quedaba suficiente reserva de oxígeno para una hora. Al ver a Gammelgaard que venía tras él recordó que ella había tomado una botella llena en la Cumbre Sur, y le pidió que cambiara este cartucho por el de Pittman.

Gammelgaard cedió su cartucho, aunque no sin ciertas reservas. «Sabía que a estas alturas las cosas se habían puesto endiabladamente serias. No era ninguna broma, aquello era serio de verdad.

Lo peor estaba ocurriendo. Sabía que yo era... la más fuerte, así pues le di mi oxígeno, lo que en el fondo era algo muy estúpido, porque sólo servía para que fuéramos dos las personas sin oxígeno. Pero si yo tengo más que tú, y somos un equipo y tú estás en apuros... así han de ser las cosas».

Gammelgaard opina que, en aquellos momentos, el grupo estaba funcionando del mejor modo posible, «haciendo cuanto podíamos por ayudarnos mutuamente y actuar de modo responsable... Neal está haciendo lo adecuado, está tomando las mejores decisiones posibles. Está haciendo lo que yo hago, lo que haría Klev, lo que haría Tim. Tal y como lo veía Lene Gammelgaard, funcionaban como un equipo, no dirigidos, sino cooperando en sus esfuerzos individuales por sobrevivir».

Después de conectar la máscara de Pittman al nuevo cartucho —el quinto que ella utilizaba aquel día— Beidleman abrió el regulador para suministrarle un flujo de tres o tres litros y medio, porque, según él, «deseaba que se animara todo lo posible». \$ El torrente de oxígeno y los efectos de la dexametasona, que puede producir una ligera euforia, consiguieron estimular a Pittman, y como ella misma recuerda, «a los quince minutos me sentía bastante activa otra vez. Me sentía renovada».\$

De nuevo en marcha, Beidleman se situó delante de Pittman en la cuerda fija, y junto con Gammelgaard, Fox y Madsen continuaron descendiendo.

Un poco más abajo, Adams había retirado ya su bloqueador de las cuerdas a las que Beidleman y los demás acababan de fijarse. Se hallaba a medio camino entre la Cumbre Sur y el Balcón, y estaba en apuros. «He llegado a la altura de la niebla y no veo ninguna línea de huellas, y mis gafas de glaciador están empezando a empañarse, así que opto por quitarme la máscara de oxígeno para que mis gafas se desempañen un poco. Pero al cabo de un rato vuelvo a ponérmela, descendiendo un poco más y entonces me doy cuenta de que mi oxígeno se ha terminado».

Adams había agotado su tercera botella y no tenía ninguna más. Había honrado la regla de «tres es el límite», y no encontraría más oxígeno hasta llegar al Campo IV, seiscientos metros más abajo.

«Abandoné el cartucho y continué el descenso, tratando de encontrar la próxima línea de cuerdas fijas, y me desorienté un poco. No sabía exactamente si debía rodear por la derecha o por la izquierda una grieta que, en mi hipóxico estado, no recordaba haber visto en la ruta de ascenso. De modo que me senté, con la esperanza de que mejorase un poco la visibilidad para situarme de nuevo. No sé cuánto rato estuve allí; si fueron cinco minutos, o treinta minutos, o una hora, no sabría decirlo. Sencillamente, estuve allí sentado».

Adams había descendido hasta llegar por debajo del Balcón, y por encima de él bajaba también Jon Krakauer, y algo más atrás Mike Groom —uno de los guías de Rob Hall— y Yasuko Namba. Namba, cliente de *Adventure Consultants*, había hecho cumbre justo detrás del último de los participantes de *Mountain Madness*.

«Así que cuando vi a toda aquella gente que bajaba me dije “¡Estupendo! Bajaré con ellos”, y Krakauer pasa junto a mí y me levanto y pregunto a Groom hacia dónde debo ir. Él me señala en la dirección correcta, yo camino junto a él varios minutos, vuelvo a preguntarle por dónde debo

bajar, y me señala en dirección a un corredor^[41]. Y Krakauer, que va justo delante de mí, sin dudarlo apenas comienza a ramasear^[42] sobre la nieve suelta. Entonces pienso que es una buena idea; le doy diez o doce metros de ventaja y comienzo también yo a ramasear en pos de él^[43]».

Adams trataba de ganar tiempo, y de este modo avanzaba más deprisa. Según Adams, descendió de este modo cerca de cien metros, o tal vez más.

La hora exacta en que Adams terminó su recorrido *en ramasse* no es fácil de calcular. Adams dice que no llevaba reloj el día de cumbre. Más abajo, recuerda Adams, la tormenta iba cediendo y se distinguía con claridad la ruta hacia el Campo IV.

Bukreev calcula que llegó al Campo IV en torno a las cinco de la tarde. Al aproximarse al grupo de tiendas de la expedición de *Mountain Madness* vio algunos sherpas, entre ellos Lhakpa Chiri, porteador de altitud de Rob Hall, que había descendido poco antes con los tres clientes de éste que se habían dado la vuelta antes de la Cumbre Sur. Lhakpa y Bukreev se saludaron y después Pemba vino al encuentro de Anatoli trayéndole té caliente. Bukreev pensó que Pemba había salido aquel día hacia la cumbre y que por alguna razón había vuelto atrás retornando al campamento. Bukreev ignoraba que Pemba había permanecido todo el día sin moverse del Campo IV^[44].

Pensando que pronto llegarían otros escaladores, Bukreev pidió a Pemba que hiciera más té y a continuación se dirigió a la tienda en la que él, Adams, Gammelgaard y Schoening habían pernoctado la noche anterior, casi exactamente veinticuatro horas antes. Curiosamente, Pemba no dijo nada acerca de la llamada que hizo Ingrid Hunt en torno a las cuatro y media de la tarde, solicitándole que subiera hasta el Escalón Hillary con botellas de oxígeno. Fue pasando la tarde y nadie comentó a Bukreev la posibilidad de una situación de emergencia por encima del Escalón Hillary.

La comunicación por radio entre la doctora Hunt en el Campo Base, y Fischer y Lopsang en la montaña, se iba volviendo más y más difícil, y a medida que aumentaba la gravedad de la situación, Ingrid Hunt se asustaba cada vez más. Como relata Hunt, «tenía que decir el mensaje a Ngima [el *sirdar* del Campo Base] para que él lo transmitiera en nepalí a Gyalzen en el Campo III y éste a Pemba [en el Campo IV], y del mismo modo, cuando Pemba quería decirme algo, o cuando alguien transmitía algo desde la montaña, el mensaje pasaba a Gyalzen, luego a Ngima, y por fin a mí».\$

Durante todo el día de cumbre, la doctora Hunt había tenido la sensación de no estar recibiendo información precisa ni completa por parte de Ngima, y de que los mensajes estaban siendo «inflados» del modo que resultasen más favorecedores. Para colmo de males, la

comunicación con Pemba resultaba esporádica. «No sé por qué...».\$

Frustrada por la deficiente calidad y cantidad de la información que obtenía a partir de los sherpas, la doctora Hunt iba y venía sin cesar entre el campamento de Rob Hall y el de *Mountain Madness*, ya que según ella «el campamento de Hall tenía mejor comunicación, así que allí conseguía más información; aun así estaba constantemente llamando por mi radio a Ngima, preguntándole: “¿Hay noticias?, ¿hay noticias?”».

Alrededor de las seis menos diez, o muy poco más tarde, me encaminé a mi tienda, me quité los crampones, la mochila y los cubrebotas y me introduje en su interior. La puerta estaba orientada de tal modo que hubiera podido ver la Cumbre Sur, a 8748 metros, sin embargo ahora no había visibilidad alguna por encima de 8300 metros debido a la nube de tormenta que se había inmovilizado a aquella altura. A pesar de ello aún no me sentía preocupado, porque tales condiciones meteorológicas no son infrecuentes a esa hora del día, y muchas veces las nubes desaparecen más tarde de la montaña.

Bukreev llevaba en la tienda alrededor de media hora o cuarenta y cinco minutos, tratando de entrar en calor, observando la evolución del tiempo y considerando sus opciones, cuando llegó Pemba con un tazón de té caliente.

Estaba deseando no tener que volver a subir, porque como es natural iba a resultar un esfuerzo muy duro después de la ascensión hasta la cumbre, pero cabía la posibilidad de que la situación no mejorase y además continuaba sin llegar ningún escalador, de manera que pedí a Pemba que me preparara un termo de té caliente y que me trajera tres botellas de oxígeno.

Al cabo de unos minutos Pemba me trajo el té caliente y el oxígeno y lo dejó en la puerta. Yo introduje estas cosas y mi mochila en el interior de la tienda, guardé todo y me preparé para salir.

* * *

A las 5:45 de la tarde, según la doctora Hunt, ella «oyó que Lopsang y Scott estaban debajo de la Cumbre Sur; se habían quedado sin oxígeno y Scott estaba muy débil». Con aquella noticia, el panorama cambiaba de modo dramático. Previamente, los compañeros de Rob Hall le habían dicho que un miembro de *Mountain Madness* se hallaba en dificultades más arriba del Escalón Hillary. De hecho, la persona con problemas resultó ser Doug Hansen, uno de los clientes de Rob Hall, el último escalador que se acercó aquel día a la cumbre.

Hansen había formado parte de la expedición de 1995 de Rob Hall al Everest y quedó muy decepcionado cuando Hall obligó a todos sus clientes a abandonar la tentativa a la altura de la Cumbre Sur. En 1996 había vuelto a la montaña alentado por Hall, que quería que Hansen tuviera otra oportunidad.

Antes del amanecer del día de cumbre, Hansen había estado ascendiendo delante de Lou Kasischke, que recuerda haber llegado a su altura cuando aquél «se apartó de la huella». Hansen dijo a Kasischke que «tenía frío e iba a volverse atrás». Pero obviamente algo le había espoleado a seguir, ya que poco después de las 4:00 de la tarde, cuando Fischer abandonaba la cumbre, Hansen avanzaba tambaleándose hacia los brazos de Rob Hall, que le acompañó hasta aquel objetivo que él mismo le había animado a conseguir. Kasischke siempre se ha preguntado por qué Hansen había

continuado ascendiendo durante diez horas más después de haber estado aparentemente tan resuelto a darse la vuelta. «El caso es que Doug cambió de idea. Ahora bien, ¿por qué cambió de idea? No lo sé. He... imaginado que tal vez Rob le persuadió para que continuara».

La situación que estaba perfilándose, y cuyos participantes sólo percibían de modo fragmentado, era una pesadilla. A las 5:00 de la tarde Rob Hall estaba encima del Escalón Hillary con un cliente que se había quedado sin oxígeno. Lopsang se había entretenido por detrás de Fischer, comprobando que Hansen estaba seguro, bajo la atención de Hall. Después volvió a alcanzar a Fischer justo encima del Balcón, y según Lopsang, Fischer estaba teniendo graves dificultades y decía: «Estoy muy mal, Lopsang... Estoy muerto».\$

Ignorante de los problemas que Fischer y Hansen estaban sufriendo en las zonas superiores de la montaña, Bukreev comprendió que los clientes de *Mountain Madness*, ninguno de los cuales había aparecido aún, iban a quedarse muy pronto sin oxígeno.

Alrededor de las 6:00 de la tarde decidí que tenía que subir, por lo tanto empecé a prepararme y a las seis y media estaba fuera de la tienda poniéndome los crampones. Por encima del Collado Sur el tiempo estaba estropeándose, pero a la altura del campamento todavía estaba despejado, aunque el viento arreciaba, pero había visibilidad.

Bukreev se cargó la mochila en la que llevaba tres cartuchos de oxígeno, una máscara y un regulador, y con un piolet en una mano y un bastón de esquí en la otra empezó a ascender por el mismo camino que había traído para venir hasta el Campo IV, en dirección al punto en el que comenzaban las cuerdas fijas, a 8200 metros de altitud. A diez o quince minutos del campamento, las nubes que habían permanecido hasta entonces a cierta altura cayeron sobre el Collado Sur. Casi al mismo tiempo la nieve, impulsada por un viento de al menos setenta u ochenta kilómetros por hora, empezó a fustigar a Bukreev, y el color del cielo pasó del gris grafito al blanco de una sábana.

Comprendí que mis reservas físicas pudieran resultar insuficientes para hacer frente a la situación que previsiblemente me esperaba, así pues me conecté al sistema de oxígeno. Al mirar hacia atrás para tratar de mantener un rumbo con respecto al Campo IV, vi que allá abajo alguien hacía señales luminosas para intentar guiar a los escaladores que estaban por llegar, así que me pareció adecuado continuar la búsqueda. Llegué a una zona de hielo con pendiente bastante acusada que intuitivamente me pareció en la buena dirección hacia las cuerdas fijas, pero debido a la escasa visibilidad continuaba sin distinguirlas. Me movía con cuidado sirviéndome del piolet, sabiendo que si accidentalmente me había desviado de la ruta podría resbalar y tal vez caer por la pared del Lhotse, y eso sería el fin.

Mientras Bukreev continuaba buscando las cuerdas fijas que habían de guiarle hasta los clientes que, suponía él, se encontraban más arriba, sus problemas de visibilidad se complicaron cuando las gafas de glaciador se le empezaron a empañar, como le había sucedido a Adams durante el descenso. Cada vez que Bukreev exhalaba aire, parte de su aliento escapaba por los resquicios en los que la máscara no ajustaba bien sobre su rostro, y este aliento relativamente más caliente se condensaba sobre sus gafas congelándose al instante. Literalmente, se encontró escalando a ciegas. Por fin, con objeto de recuperar la escasa visibilidad existente, Bukreev terminó por quitarse la máscara de oxígeno y prosiguió así la búsqueda. A veces, un solo paso hacia arriba le

hacía perder contacto visual con las luces del Campo IV, y se veía obligado a reanudarlo descendiendo otro paso. Su vida pendía de un rayo de luz. Comprendió que seguir ascendiendo o seguir buscando resultaba absurdo. Muerto, ya no podría ayudar a nadie; en el Campo IV quizás estuvieran ya de vuelta los escaladores; quién sabe si en un claro entre la niebla no habrían pasado cerca de él y estarían ya sanos y salvos en el campamento. Si no era así, él podría recuperar fuerzas y hacer otro intento.

Cuando volvía, y a sólo treinta metros de las tiendas, las fuerzas me abandonaron casi por completo. Me quité la mochila y me senté sobre ella con la cabeza entre las manos, tratando de pensar, tratando de descansar. Intentaba entender la situación de los escaladores. «¿Dónde están, cómo se encuentran?», pensaba. El viento lanzaba furiosamente nieve contra mi espalda, pero yo apenas podía moverme. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí. Empecé a perder conciencia del tiempo transcurrido, porque me encontraba tan cansado, tan agotado.

Mientras estaba allí sentado, un desconocido se acercó a mí procedente de la oscuridad y me habló como si fuera un amigo, pero no le reconocí. Supuse que pertenecería a la expedición de Rob Hall o a la expedición taiwanesa, pero no estaba seguro. Me preguntó: «¿Necesitas ayuda?». Y yo respondí: «No, estoy bien». Entonces me dijo que debía seguir haciendo señales luminosas, y le respondí que podría llegar solo a mi campamento. Después de algún tiempo, no sé cuánto, encontré la tienda, me quité la mochila y los crampones, sacudí la nieve de mis botas y, agotado, me introduje en el interior, pero estaba vacía. No había llegado nadie. Nadie.

Bukreev se encontró solo en su tienda. A un tiro de piedra de distancia se hallaba otro escalador, Lou Kasischke, de la expedición de Rob Hall, y también estaba solo. Sus compañeros de tienda, Andy Harris, Beck Weathers y Doug Hansen, tampoco habían llegado.

«Llegué al campamento entre las cuatro y media y las cinco», dijo Kasischke, «y me desplomé en mi saco de dormir, exhausto... Creo que no me quedaba una sola molécula de energía. Más tarde desperté y recuperé la conciencia... y fue para mí una experiencia aterradora. De hecho, me despertó el viento. Me estaba empujando desde fuera de la tienda. Se introducía por debajo del suelo, me levantaba dentro del saco y me arrojaba contra el suelo, empujándome de un lado para otro, ¡y entonces me di cuenta de que no veía!... Probablemente, fue el peor momento de mi vida, porque me hallaba muy confuso. En realidad apenas lograba entender dónde estaba, qué hora era, qué día era, por qué estaba solo y por qué no veía, y probablemente tardé un par de minutos en tomar conciencia clara de todo ello. Alto, espera un minuto, estás en el campamento superior, te ha cegado la oftalmia de las nieves y la tormenta ha alcanzado toda su violencia. Y no sabía qué hora era. Intenté recordar algunas cosas y también puedo decir lo que pasó después, pero supuse que eran las ocho o las nueve. ¿Y mis compañeros? No hay nadie... Así transcurrieron horas. Conseguí controlar mi ansiedad lo suficiente para comprender que debía quedarme dentro del saco, que moriría si intentaba hacer algo o ir a alguna parte... No lograba entender por qué estaba solo. Gritaba pidiendo auxilio, pero pronto comprendí que nadie me oía. Era como si estuvieran pasándome por encima cien trenes de mercancías, y yo gritaba con todas mis fuerzas, pero alguien a dos metros de distancia no habría podido oírme».

Capítulo 18. Camina o arrástrate!

Después de deslizarse ramaseando por la nieve detrás de Krakauer, Adams había descendido a lo largo del último tramo de cuerdas fijas que había por debajo del Balcón, a unos 8350 metros de altitud. Cuando Martin llegó a la base de dicha línea, en la cota 8200, hacía poco tiempo que Bukreev había vuelto de su primera incursión en medio de la tormenta. Sin embargo, durante aquella parte del descenso Adams no había vuelto a ver a Krakauer por delante de él.

«Comencé a atravesar por el Collado Sur y descendía bastante bien, hasta que se me hundió un pie en una estrecha grieta. Salí de ella y reanudé la marcha, pero a poca distancia caí en otra grieta, y ésta era peor. Mi pierna y brazo derechos se hundieron en ella quedando en el aire, y pensé que ahí había acabado todo, y quedé inmóvil sin atreverme a moverme. Al estudiar mi situación distinguí a mi derecha una mancha de sólido hielo azul situada justo encima del nivel de mis ojos, y entonces blandí el piolet que tenía en la mano derecha y clavé el pico, notando que agarraba en el hielo. De algún modo logré salir, me repuse un poco y continué descendiendo».

Al salir de aquella segunda grieta, el rostro de Adams estaba incrustado de hielo y nieve y sus labios habían adquirido un mortecino color azulado.

«Apenas había reanudado la marcha», recuerda Adams, «cuando vi la luz de un frontal y tropecé con alguien que estaba allí sentado, a menos de cien metros de distancia del Campo IV. Me pregunté: “¿Quién será este tipo?” y pensé que quizás él conociera la ubicación del campamento, de modo que le pregunté: “¿Dónde están las tiendas?”».

Adams había vuelto a encontrarse con Jon Krakauer, pero ninguno de los dos reconoció al otro en la oscuridad, debido a sus debilitadas facultades. Martin recuerda que como respuesta a su pregunta, «el tipo» —es decir, Krakauer— señaló hacia su derecha, y Adams respondió: «Ah, sí, es lo que había pensado». Luego preguntó: «¿Qué estás haciendo aquí?».

Martín pensaba que se había encontrado con un miembro de alguna de las expediciones que esperaban para intentar la cumbre, que había salido del campamento y vagaba por los alrededores. Así que quedó muy confuso cuando, según Adams, «el tipo» dijo: «Cuidado. Está más empinado de lo que parece. Ve a las tiendas y tráete una cuerda y unos tornillos^[45]».

«En aquellos momentos», dice Adams, «pensé: he estado a punto de matarme bajando de esta montaña; y ahora este tipo que ha estado todo el día en el campamento sin hacer nada, viene, se sube aquí, ¡y tiene la cara de decirme que baje, que consiga una cuerda y que vuelva aquí a resolverle su problema! ¡Debe estar bromeando!». Adams había estado descendiendo sin oxígeno, guiándose sólo por su instinto y su experiencia. Luchando por sobrevivir.

Inspeccionó la pendiente de hielo hacia la que el individuo le había prevenido, pero no la vio especialmente peligrosa. «Se podía bajar perfectamente de cara al valle», dijo. «Había que prestar atención, pero no era nada del otro mundo, no más que cualquier pendiente fuerte de cualquier paso de montaña en Colorado. Se distinguía bien la parte inferior, donde perdía inclinación. No era un pasaje expuesto».

Adams dio dos o tres pasos en dirección a la pendiente, tropezó, cayó de bruces sobre el hielo y resbaló hasta el llano de nieve y esquistos del Collado Sur. «Fueron unos treinta metros»,

recuerda Adams. «Después me levanté, miré hacia atrás, saludé con la mano al “tipo” y me puse en marcha hacia donde pensaba estaban las tiendas, que para entonces habían desaparecido de mi vista».

Más arriba del punto en que Krakauer y Adams se habían encontrado, Madsen, Pittman, Beidleman y Fox llegaron a la cota 8350, en el arranque del último tramo de cuerdas fijas. Klev Schoening y Lene Gammelgaard, que se habían separado un poco del grupo, descendían ligeramente por delante. En su descenso, Beidleman distinguió algo que bloqueaba el camino: «Había alguien sentado junto a la cuerda, mirando hacia el valle, sin moverse o moviéndose muy despacio».

Pensando en un principio que debía tratarse de Klev o de Lene, con quienes no siempre mantenía contacto visual, Neal avanzó hacia la encogida figura, y al mirar más de cerca creyó que era Lene. Comenzó a gritar, tratando de que se pusiera en pie y prosiguiera, pero no se movía, así que le dio unos golpecitos en la máscara de oxígeno, para ver si así obtenía respuesta. Entonces se dio cuenta de que no era Lene Gammelgaard, sino Yasuko Namba, de la expedición de Rob Hall.

«No se movía en absoluto», dijo Beidleman. «Probablemente se le había acabado el oxígeno. Traté de mostrarle cómo debía hacer para bajar más rápido por la cuerda. Después de intentarlo durante unos minutos, llegué a la conclusión de que no entendía el inglés o de que era incapaz de hacer lo que yo le decía que hiciera. Así pues, la agarré por el arnés y comencé a descender con ella a remolque, en pie, resbalando o rodando, dependiendo del terreno. Varias veces me alcanzó con los pies y los crampones en la espalda, a través del traje de pluma. Parecía capaz de entender lo que estaba pasando, pero físicamente incapaz de colaborar mucho en el proceso...

»Por fin llegamos al final de las cuerdas fijas, después de caer varias veces en algunas de las grietas sobre las que pasaban las cuerdas. Nos costó mucho conseguir que la japonesa se decidiera a cruzar las grietas. Estaba un poco asustada. Creo que Tim me ayudó varias veces, empujándola, pasándola, tirando de ella... sobre aquellas grietas».\$

En algún momento Namba se había separado de Mike Groom, junto a quien había estado descendiendo tiempo atrás. Como Bukreev, Adams y Krakauer, Groom se encontró en el Balcón con Beck Weathers, que todavía estaba esperando ayuda, casi literalmente congelado en el mismo lugar en que Hall le había ordenado que aguardara a alguien que le asistiera en el descenso.

Al observar el estado en que se encontraba Weathers, Groom le ató a su propio arnés y le instó a ponerse en movimiento. Pese a la lentitud de la marcha de ambos en aquellas condiciones, Namba no había sido capaz de seguirlos y se había quedado atrás.

A 8200 metros de altitud, y cuando aún faltaban unos ochocientos metros de recorrido hasta el

Campo IV, la situación, recuerda Beidleman, comenzó a volverse infernal. «Cuando llegamos al final de las cuerdas, la tormenta había adquirido mucha más violencia. El viento soplaba con mucha fuerza. De cuando en cuando se distinguía una luz allá en el Campo IV. Lancé una última mirada en aquella dirección, y después se acabó. Fue la última vez que vi el Campo IV».\$

También Charlotte Fox recuerda que las luces y las tiendas del Campo IV eran aún visibles cuando el grupo alcanzó el final de las cuerdas fijas. Ella y los otros escaladores que habían hecho cumbre entre las 14:14 y las 14:30 habían permanecido en la cima cuarenta o cuarenta y cinco minutos antes de iniciar el descenso. Ahora, aquellos minutos hubieran sido la clave de su seguridad.

«Había oscurecido», dice Beidleman. «Hacía mucho viento. Y nevaba mucho. Era difícil hablar, sólo podíamos comunicarnos a gritos, y aun así sólo a favor del viento. Si alguien hablaba con el viento en contra no se le oía. Recuerdo que ni siquiera podía girar la cabeza para tratar de hablar pendiente arriba. Mi linterna frontal seguía en mi mochila. No podía sacarla porque llevaba a la japonesa [Yasuko Namba] agarrada por el brazo..., y caminábamos tomados del brazo. Por entonces se nos habían unido dos sherpas, y creo que Klev y Lene se habían separado de nosotros, dirigiéndose en la dirección que ellos creían correcta hacia el Campo IV».

Gammelgaard dijo que había seguido a Klev Schoening porque confiaba en él y porque ambos compartían «un mismo modo de estar en las montañas... Y ahora descendíamos tan rápido como podíamos. Yo me estaba quedando sin oxígeno, y en un determinado momento Klev me detiene y me obliga a aceptar su oxígeno, y yo intento rechazarlo diciendo “¡No! No lo necesito”, pero él veía el tono azul de mi rostro debido a la falta de oxígeno».

Al final de las cuerdas fijas, según Gammelgaard, ella y Klev se habían encaminado hacia la derecha, «como conviniendo: “Sí, el campamento debe estar en esa dirección”... Pero entonces vimos un gran enjambre de luces a nuestra izquierda y pensamos: “Está bien, si hay tanta gente allí nos uniremos a ellos en lugar de seguir por nuestra cuenta”. Y más tarde comprendimos que había sido una decisión equivocada».

Se estaba formando lo que más tarde llamaría Beidleman «el montón de perros»^[46]. Gammelgaard recuerda que en él se agrupaban «en su momento álgido..., Beck Weathers, Yasuko Namba, Tim, Charlotte, Sandy, Neal, Klev y yo, así como dos o tres sherpas». \$ Beidleman recuerda que también Mike Groom formaba parte del grupo, pero que a pesar de la presencia de dos guías no parecía existir un líder definido.

«En aquellos momentos no estaba claro quién era el líder y quiénes los seguidores», dice Beidleman, «porque el viento nos zarandeaba de acá para allá y cada uno se limitaba a seguir a quienquiera que le precediera llevando una linterna frontal. Traté de explicar a gritos varias veces que necesitábamos un líder y que todos teníamos que seguir al mismo frontal, de lo contrario no haríamos más que vagar sin rumbo. Mi intención no era caminar en línea recta hacia el Campo IV, a pesar de que durante unos momentos, desde el final de las cuerdas fijas, había podido distinguir en qué dirección se hallaba éste... Había observado el terreno desde arriba, antes que llegara la tormenta, y había decidido que en caso de cerrarse ésta, lo mejor sería alejarnos todo lo posible de la pared del Lhotse y de aquel precipicio».\$

Cuando pudo actuar como cabeza del grupo, Beidleman desvió la trayectoria respecto a aquella que anteriormente habían seguido Krakauer, Adams y Bukreev en su descenso y tomó una línea más hacia el este del Collado Sur. Por allí el terreno no era tan pendiente, y los escaladores evitaban el riesgo de llegar a caer por la pared del Lhotse.

«Continué caminando, con la escaladora japonesa agarrada a mi brazo», dice Beidleman, «y creo que Sandy, Charlotte y Tim venían detrás. Mike Groom y Beck avanzaban un poco por delante de nosotros. Las dos personas más rápidas eran los dos sherpas, que caminaban como flechas delante de nosotros en lo que parecían muchas direcciones diferentes, o tal vez es que iban cambiando de dirección. Yo trataba de concentrarme en los pies, para mantener una línea de media ladera, no una media ladera fuerte, sino sólo una ligera media ladera, que nos pondría en el centro del Collado Sur, cerca de un punto característico, en donde una evidente banda de roca cruza el Collado. Y yo sabía que cuando encontráramos esas rocas, si girábamos a la derecha y descendíamos un poco por entre ellas, nos toparíamos con el campamento... o con toda la basura que lo rodea. Aquella era la estrategia o la línea que a mi entender funcionaría mejor en aquellas circunstancias. Debido al viento que empujaba a la gente de acá para allá, y también a causa de que, llevando a Yasuko Namba, yo no lograba marchar a la cabeza del grupo y todavía no había podido sacar mi linterna, tengo la impresión de que seguimos durante demasiado rato a media ladera... Cuando ésta se acabó, personalmente perdí toda referencia respecto a la dirección que estábamos siguiendo. No había nada por lo que guiarse.

»Vagamos agrupados durante un rato. No sé cuánto tiempo. Creo que bastante. Avanzábamos despacio. Distintas personas se ponían a la cabeza y luego pasaban atrás, y no dejábamos de gritar, para permanecer en un grupo unido. Yo tenía la impresión de que si uno de nosotros abandonaba el grupo o trataba de encontrar el campamento por sí solo, probablemente acabaría perdido sin remedio. En algún momento de nuestro vagabundeo, seguramente nos pasamos hacia el lado tibetano del Collado Sur. Aunque eso es algo que no pude comprender en aquel momento, porque me había quedado sin oxígeno hacía mucho tiempo, todo el mundo se tambaleaba de acá para allá y, sencillamente, era demasiado difícil pensar y tratar de encontrar sentido a lo que veíamos, a la dirección del viento, qué sé yo. Era como estar en el interior de una botella de leche. Hacía mucho viento. He preguntado a la gente, tratando de calcular; no sé, como poco sesenta kilómetros por hora con ráfagas de ciento veinte o más. Suficiente para tirarnos al suelo muchas veces. Llegó un momento, tal vez al cabo de una hora o así de caminar de este modo, que la gente se estaba enfriando alarmantemente, y todos los rostros estaban cubiertos de hielo. Se apagó algún otro frontal, no recuerdo... nos encontrábamos en un terreno muy difícil, de hielo con rocas que sobresalían. Ante nosotros se hundía el terreno; me acerqué al borde para iluminarlo con el frontal y mirar al otro lado, y no sé si vi algo o lo presentí, pero supe que era absolutamente peligroso. Nunca habíamos estado cerca de un lugar como aquel en el Collado Sur; tuve mucho miedo y volví al grupo. Recuerdo, y también lo recuerdan Klev y Tim, que gritaba y chillaba a la gente que por encima de todo debíamos permanecer juntos, y sugerí o grité o ladré u ordené o lo que fuera aquello, que nos acurrucáramos todos juntos y aguardáramos. Recordaba de la noche anterior cómo, poco antes de la hora prevista para la partida del campamento, había remitido una fuerte

tormenta similar a ésta, dando paso a unas horas de gran calma. Yo contaba con el hecho de que, si la tormenta cedía durante sólo un minuto, o si lográbamos ver algunas estrellas o las montañas, podríamos orientarnos y al menos discernir la dirección que debíamos tomar. No tenía idea de si estábamos mirando hacia la cara del Kangshung o hacia la pared del Lhotse o hacia algún otro lugar.

»Decidimos apiñarnos para darnos calor. Formamos una especie de gran “montón de perros” dando la espalda al viento. Unos se acurrucaban en el regazo de los otros. Nos gritábamos unos a otros. Palmeábamos las espaldas de los demás. Nos vigilábamos entre nosotros. Todo el mundo participaba de modo realmente heroico en un intento común de mantenerse caliente y de tratar de mantener a los demás despiertos y calientes. Esto continuó así durante cierto tiempo, no sé cuánto. Mi noción del tiempo está distorsionada, pero debió ser bastante porque al cabo de un rato tenía mucho frío. Nos vigilábamos los dedos. Vigilábamos el estado de conciencia de los demás. Tratábamos de movernos constantemente. Fue una experiencia que jamás había tenido antes, sintiéndome tan próximo a quedarme dormido y no volver a despertarme. Sentía cómo el calor de mi cuerpo subía y bajaba; no sé si era la hipotermia o era la hipoxia o una combinación de las dos. Recuerdo estar gritando al viento, todos nosotros gritando, moviéndonos, golpeando el suelo con los pies, tratando de mantenernos vivos. Una y otra vez miraba el reloj... esperando un claro en la tormenta.

»En algún momento de la noche, aunque el viento no remitía, dejó de nevar, en un par de ocasiones. Una vez miré hacia arriba y recuerdo haber distinguido vagamente algunas estrellas, que enseguida volvieron a esconderse. Eso me hizo concebir esperanzas y recuerdo haber dicho a Tim y a Klev que había estrellas y que podíamos tratar de descifrar lo que nos había sucedido. Y todos empezamos a pensar en esos términos, a concentrar nuestra atención en lo que podríamos ganar si veíamos las estrellas o las montañas. Después, en otro momento, volvió a despejar, suficiente para poder ver algo allá arriba. El viento seguía aullando, pero recuerdo estar gritándome a mí mismo que ahí estaba la Osa Mayor y la Estrella Polar. No sé si fue Klev o Tim quien dijo: “Sí, y ahí está el Everest”. Recuerdo que lo miré y quedé perplejo: no logré reconocer si era el Everest o el Lhotse».\$

El grupo se había inmovilizado a menos de veinte metros de la cara del Kangshung, y a unos cuatrocientos metros de distancia del Campo IV. Con visibilidad, hubieran podido llegar al campamento en diez o quince minutos, pero estaban completamente perdidos, y la tormenta no remitía.

No sé cuánto tiempo estuve en la tienda después de mi primer intento de encontrar a nuestros compañeros, y alternando entre tratar de recuperarme, recorrer el perímetro del campamento y salir para observar la situación. Finalmente oí ruidos, abrí la cremallera de la puerta, y era Martin^[47]. Su rostro estaba cubierto de hielo. No hablaba, sólo gemía, y le pregunté: «Martin, ¿estás bien?». No dijo nada. Le quité los crampones y le pregunté «¿Dónde están los demás?», pero no lograba responder con claridad. Creo que quizás tenía el rostro congelado, y le ayudé a entrar en la tienda y a meterse en un saco; acto seguido saqué una de las botellas de oxígeno y le puse una máscara en la cara.

Recuerdo que entonces vino Pemba trayendo té, porque seguramente vio llegar a Martin. Martin bebió un poco y le pregunté por la situación, pero no pudo ayudarme mucho, así que interrogué a Pemba, quien me dijo que había

visto unas luces que se acercaban al campamento, y que estaba seguro de que pronto llegaría alguien. Así que después de descansar quince minutos después del té, traté de salir otra vez, pero hacía un viento muy fuerte que sacudía las tiendas, mucho peor que la noche anterior antes de partir hacia la cumbre. En el exterior no vi a nadie. A cierta distancia había alguien más que esperaba y buscaba, creo que era de la expedición de Rob Hall. Estaba ya muy oscuro y soplaban una auténtica ventisca. Encendí mi frontal pero no sirvió de nada, así que volví a la tienda y descubrí que Martin había quedado profundamente dormido, exhausto.

Entre los escaladores del «montón de perros», las esperanzas de ser rescatados se iban desvaneciendo. Lene Gammelgaard recuerda que ella, Klev Schoening, Beidleman y Madsen comenzaron a plantearse la conveniencia de salir a buscar el Campo IV, pero no conseguían ponerse de acuerdo acerca de la dirección que debían tomar. A medida que transcurría el tiempo tendía a confiar más en Schoening para salir de allí, porque intuía que Beidleman estaba totalmente perdido. «Creo que Neal no hubiera llegado nunca al campamento si Klev no hubiera estado allí... Se hubiera quedado inmóvil con los clientes, porque no tenía la menor idea de dónde estaba».

De hecho, durante un breve claro en la tormenta, fue Schoening quien logró orientarse y empezó a repetir que sabía la dirección en que se hallaba el campamento. Recuerda Beidleman: «Creo que Klev tomó la iniciativa y fue absolutamente positivo: lo tenía en la mente, sabía en qué dirección estaba el campamento. Lo había descifrado... De algún modo, decidimos... no recuerdo el proceso... fue como ponernos en pie en masa. Tratamos de que todo el mundo se pusiera en pie. La japonesa seguía colgada de mi brazo, lo recuerdo. Me resultaba muy difícil moverme o mirar a mi alrededor. Traté de poner en pie a todos cuantos tenía cerca. La única persona a quien reconocía era Sandy, debido al inequívoco color de su chaqueta. Todos los demás eran sólo cuerpos y voces. Cuando nos levantamos, empezamos a movernos. Había una linterna frontal —no recuerdo quién la llevaba— que parecía moverse hacia delante. Traté de continuar, con la mujer japonesa y alguien más debajo o detrás de mi brazo derecho, no recuerdo quién era. Una y otra vez preguntaba a Klev: “¿Estás seguro? ¿Estás seguro?”. Y él se mostraba muy positivo. Parecía completamente orientado, sabiendo qué montaña era cada cual y en qué dirección debíamos caminar. Era justo la opuesta a la que habíamos traído. Era cuesta arriba, y de repente también para mí cobró sentido. En algún punto del trayecto pareció que el avance del grupo se dividía. Había gente que podía moverse y gente que no podía. En aquel momento había que decidir entre quedarse allí o hacer una escapada y, con suerte, encontrar el campamento».\$

Según Gammelgaard, Klev Schoening no era como los demás que, comprensiblemente, se encontraban atenazados por un «pánico apenas controlable». Su actitud ante la situación era juiciosa y realista, dice Gammelgaard. La actitud de quien piensa: «Está bien, no tengamos miedo, no pasa nada. ¿Qué podemos hacer en estas circunstancias?».

Como sucedió en el rescate de Ngawang Topche, Schoening se había puesto a la altura de las circunstancias, y su modo de actuar fue determinante para mantener el orden y la calma entre los componentes del grupo.

«Conseguimos que todo el mundo se pusiera en pie», recuerda Schoening, «y que tratara de caminar en el sitio, o lo que quiera que fuera, para reanimarse. Había algunas personas... que no

podían levantarse... nos pusimos en pie y procuramos que cada cual empezara a mover las piernas, para tratar de ponernos en marcha. Y resultó evidente que Charlotte y la mujer japonesa tenían muchas dificultades para moverse. Podían permanecer en pie, pero caminar sin ayuda les resultaba imposible. Así pues unos sujetábamos en nuestros brazos a otros. Recuerdo que en un principio yo llevaba a Charlotte y a la japonesa, y rápidamente comprendí que aquello no tenía sentido porque me pasaba la mayor parte del tiempo de rodillas en el suelo, tratando de volver a levantarlas...

»Recuerdo que estuvimos tratando de buscar diferentes combinaciones para que las cosas funcionaran. Tuve que dejar a la escaladora japonesa, y creo que Tim se hizo cargo de Charlotte».\$

Mientras Schoening trataba de conseguir que Fox y Namba caminaran, Beidleman forcejeaba con Pittman, intentando rodearla con un brazo para que se pusiera en pie, pero ella no cesaba de protestar diciendo que no podía andar. Frustrado, Beidleman acabó por gritarle: «¡Está bien, si no puedes caminar, arrástrate!».

Pittman lo recuerda de modo similar. «Él [Beidleman] dijo: “Ahora tenemos que marcharnos. Es nuestra única posibilidad. Hay un ligero claro en la tormenta, así que si no puedes caminar, gatea”. Y eso hice... me pareció una buena idea, porque podía avanzar a gatas, pero no caminar. El viento me tiraba al suelo constantemente».\$

Pittman gateó siguiendo a Beidleman y a los demás hasta que coronaron una pequeña elevación y entonces perdió de vista la luz del frontal que llevaba uno de ellos. Recuerda: «Comprendí que mi única esperanza consistía en permanecer cerca de alguien, y entonces vi otra linterna y grité “¡Eh, hola, hola!” , y era Tim».\$

Aunque Madsen se encontraba tan fuerte y capaz como los otros escaladores que habían decidido hacer una escapada para buscar el campamento, decidió generosamente quedarse acompañando a Charlotte Fox. «Sujetaba a Charlotte sobre el brazo, la espalda, la cabeza, todo, y no veía por dónde andaba. Y tampoco tenía fuerza suficiente para arrastrarla o llevarla en brazos hasta el campamento. Se negaba a andar. Así que... nos sentamos un momento, y entonces oí un gemido a unos metros de distancia, y era la chica japonesa. De modo que volví, la agarré y la traje hasta donde se encontraba Charlotte. También Mike Groom seguía encordado con Weathers. A Beck le costaba mucho andar. Así que, pensando que Mike aún estaba funcional, le dije que también él debía partir hacia el campamento y... buscar ayuda... El plan se reducía a sentarnos y esperar que alguien pudiera venir a ayudarnos. Cuando llegó Sandy éramos cinco: Sandy, yo, Charlotte, la mujer japonesa y Beck. Tratamos de hacer lo mismo que antes habíamos hecho en el grupo grande: apiñarnos, permanecer despiertos y tratar de calentarnos unos a otros. No tengo ni idea de la hora que era».

Capítulo 19. Transcripción del rescate

Gammelgaard recuerda que, en un principio, ella y Schoening encabezaron el intento de búsqueda del campamento. «Klev y yo no nos separábamos. Neal caminaba un poquito hacia allá, otro poquito hacia acá, y después acabó por pegarse también a nosotros... yo entonces no sabía donde estaba el campamento, pero pensaba: “Bueno, por qué no fiarme de Klev... es una posibilidad tan buena como cualquier otra”. De pronto vi una luz, y entonces me hice cargo y dije a Klev “Eso es la luz del campamento. Tenemos que doblar hacia la izquierda. ¡Está ahí!”. Y fuimos hacia allá y resultó ser la linterna de Anatoli».

Como todos los escaladores que llegaban de vuelta, Gammelgaard estaba al borde del agotamiento total, y sólo la mantenía en pie la euforia de haber sobrevivido. «Bukreev me miró, y no tuvimos que hablar nada. Él supo en seguida que el asunto era grave, y se agachó a quitarme los crampones».

A continuación se transcriben los acontecimientos que se desarrollaron a partir de aquel momento, tal y como Bukreev los dictó a su coautor Weston DeWalt algunos días después de su llegada a los Estados Unidos procedente de Nepal. Con el objeto de transmitir su voz y la noción de inmediatez de los hechos tal y como él los vivió, se ha preferido presentar al lector las palabras textuales de Bukreev según su modo de expresarse en inglés y sin mediar el concurso de un intérprete de su idioma natal. Los textos de la entrevista se interrumpen únicamente para aclarar algunas de las explicaciones.

P: *¿Qué hiciste al ver que llegaba gente?*

R: Vi exactamente llegar esas luces y vi llegar a Lene y a Klev. Y les vi con muchísimo hielo en sus caras, era imposible ver sus máscaras [de oxígeno] porque todo era hielo. Quité a Lene los crampones y los puse fuera de la tienda. Vi que no eran capaces de hacer nada, y yo les quité los crampones, todo, y ayudé a Lene y a Klev a entrar en la tienda, gateando. Y vi que lo que estaba ocurriendo era muy grave. Ellos decían...

P: *¿Les diste oxígeno?*

R: Sí, les di oxígeno del que yo tenía, de las tres botellas, una para Martin, otra para Klev, otra para Lene. De la tienda. Y se lo di, y vi la situación. Comprendí que debía prepararme. Comencé a buscar mi calzado, pero no era fácil. Traté de encontrarlos, los encontré, me puse mi calzado, el calzado grande. Antes, no llevaba este calzado. Y entonces me dispuse a partir.

De las tres botellas que Bukreev recibiera de Pemba, una la tenía Martin Adams y las otras dos fueron para Schoening y Gammelgaard, respectivamente. El calzado que Bukreev buscaba eran sus cubrebotas, que necesitaba para enfrentarse otra vez a las duras condiciones de la tormenta.

P: *¿Así pues, te calzaste otra vez las botas?*

R: Sí. Probablemente... no sé calcular a qué hora llegó la gente. Ahora es difícil decirlo. Ellos dicen...

P: *¿Entre las doce y las doce y media?*

R: Me calzo mis botas y me dispongo a partir. A la una. Creo que la gente llegó tal vez a las once y media, o a las once. Tardé mucho tiempo, porque estuve con Klev Schoening, hablé con ellos, les di té, les di oxígeno, les di el saco de dormir, todo. Pasó mucho tiempo, probablemente el último cliente llegó a las once y media, creo, porque ahora he tratado de comprender por mí mismo. Creo que las once o las doce. Pero me puse en marcha exactamente alrededor de la una.

P: *¿Qué supiste del estado de los clientes?*

R: Lene dijo: Sandy está muriéndose, quizás Charlotte también está muriéndose. Y pensé: «Sí, esa gente este congelándose, tienes que darte prisa, tal vez...».

P: *¿Ella dijo que Sandy y Charlotte estaban muriéndose?*

R: Que estaban a punto, algo como «Sandy esta a punto de morir. Tal vez si la encuentras, esté ya muerta. Y tienes que darte prisa». También Klev comprende: tienes que saber la dirección, no subir, sólo ir, sólo cruzar este gran cuadrado del Collado Sur, y encontrarás a la gente en su extremo, cerca de la cara del Kangshung. No subir. Yo pregunté: «¿Cuánto tiempo?». Probablemente quince minutos. Yo digo, «Oh, está muy cerca, si para ellos es quince minutos, para mí quizás cinco o diez minutos». Y pregunto: «¿Para vosotros o para mí?». «Oh, para ti serán tal vez quince minutos». Muy bien, para mí quince minutos.

Bukreev trataba de obtener de Schoening y Gammelgaard la información necesaria para llegar hasta los escaladores que habían quedado atrás. Sin tener puntos de referencia ni lugar visible alguno al cual encaminarse, era algo así como tratar de guiar a un piloto ciego.

P: *¿Pediste a Neal que te ayudara?*

R: Neal se introdujo en la tienda con los crampones puestos. Yo le quité los crampones, porque dije «Oh, él va a romper la tienda». Y le quité los crampones. E inmediatamente cayó dormido.

P: *¿Neal estaba ya en su tienda en aquellos momentos?*

R: La mitad del cuerpo dentro de la tienda, la mitad fuera. Y cuando hablé con Lene, dije «¿Qué tal Neal?». Y ella dijo: «Neal quizás tiene problemas». Lene era la que más hablaba en aquella situación. Klev no sé cómo estaba, pero sólo hablaba Lene. Tal vez Klev tenía algún problema con su cabeza. Y voy a la tienda para tratar de hablar con Neal Beidleman, pero él tenía mucho frío: era imposible. No se podía hablar con él, y yo lo comprendí. Comenzó a utilizar oxígeno dentro de la tienda.

Cuando Bukreev fue a hablar con Beidleman le encontró con medio cuerpo a la intemperie y los crampones todavía puestos. Preocupado porque los crampones pudieran rasgar el tejido de la tienda, con lo que Neal quedaría expuesto al frío viento que a veces tenía una fuerza huracanada, Bukreev le quitó los crampones de los pies y le ayudó a meterse al interior. Beidleman se hallaba

en una situación tal que apenas podía hablar.

P: *¿Y qué pasó después?*

R: Volví a mi tienda. Lene y Klev ya estaban en sus sacos de dormir, y yo volví a preguntar para asegurarme de que no tenía que subir. Lene y Klev me dijeron: «No tienes que subir. Sólo tienes que cruzar el terreno llano». Lene dijo: «No tienes que subir». Pemba entra y dice: «Lopsang dice que tienes que subir». ¿Por qué, dónde, tengo que subir o no tengo que subir? Y soy responsable de sus vidas. Eso es lo que creo: antes, yo esperaba que todo estaría bien, esta gente tiene guías, tiene sherpas, probablemente tiene algo de oxígeno, todo está bien, sólo no hay visibilidad. Ahora llega esta situación, la gente viene, tal vez hay gente congelada, y todas las noticias llegan demasiado aprisa para mí. Muy rápido me vuelvo inquieto. Saco fuerza de la inquietud.

P: *¿Adrenalina?*

R: Sí, esa es la palabra.

Klev Schoening había indicado a Bukreev que no debía «subir» para encontrar a los demás compañeros, sino más bien «atravesar» el Collado Sur. Como la dirección indicada implicaba que los escaladores extraviados se hallaban bastante lejos de la ruta habitual de descenso, Bukreev quiso comprobar si había entendido bien la indicación. Mientras Anatoli hablaba con Schoening y Gammelgaard, tratando de recibir la máxima información posible, Pemba vino hasta la tienda de Bukreev y dijo que Lopsang había vuelto al Campo IV con la noticia de que, varias horas antes, se había visto obligado a dejar a Scott Fischer justo debajo del Balcón. Sin oxígeno, delirando y al parecer afectado de edema cerebral, Fischer era incapaz de moverse sin la ayuda de Lopsang. A pesar de sus heroicos esfuerzos, Lopsang no había logrado bajar a Fischer. Desesperado por conseguir ayuda para su amigo, Lopsang quería que Bukreev subiera en busca de Scott para llevarle oxígeno y té caliente. Anatoli estaba completamente confundido ante los contradictorios fragmentos de información que le llegaban a través de la hipóxica neblina que velaba el juicio de los escaladores. ¿Estaba Fischer con los demás clientes? ¿Estaban todos en el mismo lugar? ¿A qué parte del Collado Sur debía dirigirse? ¿Tenía que subir, bajar o atravesar? Bukreev trataba de entender algo en aquella confusión.

P: *¿Hablaste con Lopsang?*

R: Pemba dijo que Lopsang venía a hablar con nosotros, y yo salgo de la tienda preguntando ¿dónde está Lopsang? No lo sé. Voy a la tienda donde se encuentra Neal. Neal se ha quedado dormido. Le ayudo un poco, y después oigo fuera de la tienda las voces de Lopsang. Decía: «Anatoli, tienes que subir».

P: *¿No le veías? ¿Le llamaba desde su tienda?*

R: Sí, sí. Solamente: «Anatoli, tienes que subir». Y comprendí que Scott estaba en una situación difícil.

P: *¿Y entonces qué hiciste?*

R: Vuelvo otra vez a la tienda y digo otra vez: «Lene, Klev, ¿tengo que subir o sólo tengo que cruzar esta parte plana?». Ellos dijeron: «Sólo tienes que cruzar la parte plana». «¿Scott está ahí?», pregunté yo. «No», dijeron, «Scott no». Así que ahora sí, ahora ya empiezo a comprender. Scott está arriba, en la montaña. Los clientes están abajo, en un lugar diferente.

P: *¿Y después de aquello es cuando fuiste a la tienda de los sherpas a buscar oxígeno?*

R: Fui donde Lopsang y dije: «Lopsang, tienes que venir arriba conmigo, algunos de nuestros clientes quizás han muerto, tenemos que traer a nuestros clientes». Y yo no le veía. Dijo otra vez: «Anatoli, tienes que subir. Scott dice que te espera, él te respeta, espera que tú le ayudes así, y tú tienes que llevarle oxígeno y bebida caliente».

P: *¿Pero tú no le ves mientras tenéis esta conversación?*

R: Sólo estoy en el ábside de la tienda, sólo oigo su voz. Creo que él tiene que comprender la situación. «Lopsang, tenemos que traer algunos clientes, quizás unos quince minutos de distancia. ¿Puedes hacerlo?». Él vuelve a decirme: «Anatoli, tienes que subir».

P: *¿Él no responde, sólo habla?*

R: Sólo dice directamente esa idea que tiene dentro de su cabeza, él no comprende lo que yo digo, él sólo oye mi voz y me dice exactamente... lo mismo, simplemente repite. Y yo tengo que ayudar a cinco personas, y yo sólo soy uno. Entro en su tienda, en la tienda de los sherpas. Pido oxígeno a Pemba. Y de la segunda conversación con Lene entiendo que también están Beck Weathers y Yasuko Namba. Y yo pido: «Pemba, tienes que buscar oxígeno. Voy a otra tienda, a la tienda de Rob Hall, tal vez alguien pueda ayudarme». Y voy fuera, quizás en otro campamento. De la expedición de Rob Hall, abro una puerta. Y pruebo: «¿Eh, puede ayudarme alguien?». No hay respuesta. Digo: «Yasuko Namba y Beck Weathers necesitan ayuda. ¿Alguien puede ayudarme?». No hay respuesta. Otra tienda, lo mismo. Otra tienda, lo mismo. Luego voy fuera, veo la tienda de unos sherpas de Rob Hall. Abro y alguien me habla. Y yo digo: «Yasuko Namba y Beck Weathers necesitan ayuda. Alguien de vuestra expedición debe venir conmigo para ayudar a nuestros clientes». Y digo: «Está bien, debéis prepararos». Y luego voy a las tiendas de los escaladores de Taiwán. Nadie. No hay respuesta.

Lopsang había hecho una promesa a Scott Fischer cuando tuvo que dejarle para pedir ayuda. Le dijo: «Está bien, por favor, quédate aquí... Te dejo aquí. Quédate aquí. Te enviaré unos sherpas con oxígeno y té». \$ Gimiendo de dolor, Fischer había dicho a Lopsang: «Baja tú. Baja tú». \$ Al dejar a Fischer, Lopsang le tranquilizó de nuevo, diciéndole: «Por favor, Scott, no te muevas de aquí, quédate aquí. Yo enviaré a unos sherpas y a Anatoli. Yo te enviaré oxígeno y té».\$

Como Bukreev, Lopsang veía que los sherpas de *Mountain Madness* no podían o no querían subir. Lopsang contaba con Bukreev, pero éste sabía que abajo había cinco clientes, tres de ellos pertenecientes a *Mountain Madness*. Él sólo no podía hacerlo todo, necesitaba ayuda, así pues se

dio una vuelta rápida por las tiendas de las expediciones cercanas: las tiendas de los clientes de Rob Hall, las tiendas de los sherpas de Hall y finalmente las de los taiwaneses.

Los miembros de la expedición de Rob Hall estaban dormidos, o no podían o no querían colaborar con Bukreev. Uno de ellos, Lou Kasischke, estaba completamente incapacitado, todavía ciego, todavía solo en su tienda. A la una de la madrugada todavía no habían vuelto al Campo IV sus compañeros de tienda, Andy Harris, Beck Weathers y Doug Hansen.

Bukreev no logró conseguir ayuda por parte de los miembros de la expedición de Rob Hall, y esa fue la segunda ocasión en esa noche en que una súplica de ayuda caía en vacío. Mike Groom, que había partido en busca de auxilio dejando atrás a Beck Weathers y a Yasuko Namba para volver al campamento con los clientes de *Mountain Madness*, Schoening, Gammelgaard y Beidleman, estuvo pidiendo a varios miembros del grupo de *Adventure Consultants* que le ayudaran a rescatar a sus compañeros. Había sido sólo una hora antes, y Groom no había tenido más suerte que Bukreev.

De la misma manera, tampoco los taiwaneses brindaron apoyo alguno. Nadie quería o podía ayudar.

P: *¿Qué hiciste, al no recibir ayuda alguna?*

R: Volví a buscar a Pemba. «Pemba, ¿tienes bebida caliente?». «Sí, tengo bebida caliente». «¿Y dónde está el oxígeno?». Él dijo: «No encuentro oxígeno». «¿Cómo que no encuentras? Necesito oxígeno, varias botellas, los clientes necesitan oxígeno». Él dijo: «Todas las botellas están vacías». Esta vez, también yo trato de encontrar el oxígeno. Aprisa. Sé que alguien podría morir, y voy aprisa, aprisa, buscando botellas de oxígeno, y no encuentro. Vuelvo a las tiendas de nuestros sherpas. Todo en silencio. Ellos habían comprendido: quizás Anatoli quiere que nosotros vayamos también, pero es peligroso: Todo en silencio, silencio. Y yo digo: «Lopsang, alguien tiene que...».

P: *¿Levantas la voz?*

R: Sí, fuera hace mucho viento, mucho frío, hay muchos problemas, y yo estoy enfadado con él en esta situación.

P: *¿Qué le dices?*

R: Nadie responde. Todo en silencio, como si todos hubieran caído dormidos después de un duro trabajo. Yo comprendo que esto es muy difícil.

Al descubrir que Pemba no iba a darle oxígeno, Bukreev se sintió incrédulo, enfadado, impaciente y desesperado por llegar hasta los clientes extraviados. En el momento de iniciar la tentativa de cumbre había quince cartuchos Poisk en el Campo IV. Un rato antes, él había tomado tres cilindros. En algún lugar, razonó él, debía haber más, pero Pemba decía «No hay oxígeno».

P: *Así pues, ¿no había nada de oxígeno para llevarte?*

R: Lene me dijo, quizás Sandy está en muy malas condiciones, tienes que darte prisa. Ahora

estoy perdiendo mucho tiempo tratando de encontrar a alguien que pueda ayudarme. Y ahora no tengo oxígeno, sólo tengo mi máscara y mi regulador. Y en la tienda de los sherpas de *Mountain Madness* nadie habla conmigo. Y veo a Lopsang, y veo que está utilizando oxígeno. Y yo me enfado un poco, al ver que él usa oxígeno y que él ha dicho muchas veces «Yo no necesito oxígeno», así que le quito la máscara y cojo su botella de oxígeno. Y le digo «Necesito este oxígeno», y me lo llevo.

P: *¿Le quitaste su oxígeno?*

R: Si, todo, y lo puse en mi mochila.

P: *¿Trató él de recuperarlo?*

R: No, no respondió. Sólo estaba muy callado. No le gustó. Yo dije: «Alguien necesita ayuda, y tenemos que traer a algunas personas». Yo tenía mucha prisa, mucha prisa. Tengo oxígeno, sé que tengo algo de oxígeno, tengo té, y también la máscara, el reductor. No he... Ya sé, tengo que partir, y creo que tengo que darme mucha prisa, quince minutos, trataré de encontrar a Sandy, qué está pasando con Sandy. Tomo estas cosas y comprendo si probaré otra vez a encontrar ayuda. Y salgo corriendo. Hace mucho viento, no hay visibilidad. Comienzo a mantener la dirección y salgo andando.

P: *Así que llevas el oxígeno de Lopsang, llevas el té que te ha dado Pemba y sales andando. ¿Cómo decides qué camino tomar?*

R: Me han dicho, no hay que subir. He comprendido esto, y recuerdo cómo es... cómo es el Collado Sur, el plano del Collado Sur. Y no llevo los crampones, porque tenía mucha prisa y me han dicho que no hay que subir. Salgo del campamento, sólo andar un poco, y sigo la dirección del viento. Mantengo esa dirección y cruzo el Collado Sur, y no veo... no puedo ver nada, sólo un poco de luz de mi linterna a través de lo blanco. Y han pasado... no sé, tal vez ya han pasado quince minutos.

Miro el reloj, y empecé como a la una y cuarto o la una y veinte. Ahora empiezo justo y veo el reloj porque empiezo a trabajar, empiezo a correr. Y veo quince minutos, acabo de reconocer esa roca grande. Después de esa roca grande hay una parte pequeña a la derecha y baja hacia la cara del Kangshung. Y quizás treinta metros antes, desde esta roca grande, rocas pequeñas, y no veo nada. Y no veo a nadie. Trato de subir, pero es imposible sin crampones. Creo que quizás tengo que subir un poco. Y creo que quizás esas personas se equivocaron. Y volví al campamento.

Caminando con el viento a la espalda, Bukreev siguió la dirección en la que, a su juicio, debían hallarse los escaladores extraviados, según las instrucciones recibidas de Gammelgaard y Schoening, pero una vez transcurrido el período de tiempo que se le había indicado, no encontró a nadie. Pensando que Gammelgaard y Schoening se habían equivocado al describirle la dirección, Bukreev tomó una trayectoria diferente que pronto se volvió ascendente. El terreno era demasiado pendiente como para poder subir sin crampones, y Bukreev volvió al campamento, enfrentándose ahora directamente al viento.

P: *¿Volviste a preguntar a Lene y a Klev?*

R: Sí, me asomé a la tienda, hablé con Lene y con Klev. Dije: «No he encontrado a nadie. ¿Por dónde están? Quizás tengo que subir». Ellos dijeron, no. Pero yo dije, caminé atravesando... nadie, sólo terminan las rocas. Y ellos dijeron que probablemente debía bajar un poco. Bien, dije, «Quizás es un pequeño error, quizás debo bajar un poco», dije. «Bien, probaré».

P: *¿Volviste a la tienda de los sherpas?*

R: A todo esto eran ya probablemente algo menos de las dos, antes de las dos. Y salgo de mi tienda y voy a la tienda de Neal y hablo con él. Neal comienza a hablar un poco. Y también me habló de la cara del Kangshung y cómo él descendió. Pero cuando vi a Neal, no le pedí que viniera conmigo. Para mí, era como si... tampoco pregunté a Klev porque Klev viene y no es posible, pero vi a Neal y vi su cara. Lo había pasado terriblemente y estaba helado, temblando, y dentro de la tienda parecía muy pobre.

P: *¿Te preguntó por Scott, o le preguntaste tú por Scott?*

R: No hablaba. No habló nada acerca de Scott. Yo entendía la situación, ya entendía. Yo trataba de encontrar a varias personas: dónde está Sandy, cómo está. Y luego vuelvo otra vez a la tienda de los sherpas. Y todo está en silencio. Los sherpas están dormidos, como los clientes. Todos los sherpas están dentro. Y vuelvo a salir hacia otra tienda, de la expedición de Rob Hall.

P: *¿Así que miraste en la tienda de los sherpas, y todos estaban durmiendo?*

R: Durmiendo. No era posible. Yo veía la situación. Voy otra vez a la tienda de los sherpas de Rob Hall y pregunto si alguien puede ayudarme. Digo: «Tenéis que venir conmigo». Este sherpa dijo que tal vez vendría conmigo, y vio el tiempo y dijo «Está bien». Vi que sacaba su mochila, y yo le dije: «Está bien, voy a mi tienda y allí te espero». En cinco minutos tal vez estaría listo. Y entonces vuelvo a mi tienda con Lene y con Klev y me refugio un poco del viento y espero cinco minutos... nadie viene. Abro mi tienda y trato de salir, y veo venir al sherpa. Y me dice: «En realidad, no quiero salir contigo debido a esta situación, ningún otro sherpa viene conmigo, y no me gusta la situación». Le digo: «¿Por qué no te gusta?». Él dice: «Ningún otro sherpa viene. ¿Por qué tengo que arriesgarme? Sólo yo, y nadie más está dispuesto a venir conmigo». No sé quien era ese sherpa de Rob Hall, pero algún sherpa. Y al oír esto, comprendo. Vuelvo a salir corriendo, tomo mi oxígeno, y trato de salir para encontrar a esa gente.

P: *¿Trataste de buscar más oxígeno o seguías teniendo únicamente la botella que tomaste a Lopsang?*

R: No. Esta es la situación. Tenía mucha prisa. La segunda vez que me acerqué al mismo lugar, pienso, vi una luz; tal vez Tim encendió aquella luz. Y vi a alguien que hacía una señal con la lámpara frontal. Quizás eran más de las dos. Y encontré a la gente. Todos estaban muy juntos. Llegué y dije: «¿Cómo estáis?», y la gente iba muy lenta, no podía, tenían la voz congelada, muy lentos, alguien como Tim, muy lento. Charlotte, no podía hablar.

Bukreev volvió a la misma zona en la que había buscado anteriormente, esta vez sin salir del «llano», y al escudriñar los alrededores descubrió la luz de Tim Madsen a unos treinta metros de distancia del punto en el cual, en su anterior intento, se había desviado en dirección ascendente.

Bukreev encontró a Madsen, a Pittman y a Fox acurrucados en un grupo compacto; Yasuko Namba yacía en el suelo, aparentemente inconsciente, y Beck Weathers no se encontraba a la vista. Tim Madsen dijo que en algún momento Weathers se había alejado del grupo.

P: *¿Estaban en pie, o...?*

R: No, como sentados. Nadie, como...

P: *¿Sentados en el suelo?*

R: Sí, sentados. La gente tenía mochilas y se habían sentado encima. Y esta situación... Al ver esta situación, saqué el oxígeno, primero abrí el té...

P: *¿Tenías un cartucho?*

R: Tenía un solo cartucho de oxígeno. Tenía un termo de té. Y les di té, unas tazas. A Charlotte, Sandy y Tim. Y ellos bebieron el té. Entonces vi la situación. Sólo soy una persona y ellos son tres personas, y vi a Yasuko muy cerca, tal vez a dos metros de los otros. Y puse la máscara a Sandy.

P: *¿Sandy hablaba algo?*

R: No, nada.

P: *¿Cómo se comportaba?*

R: Sólo un poco, sólo estaba helada. Sólo Tim podía hablar un poco.

P: *¿Hacía algún sonido, Sandy?*

R: Podía hablar un poco, Sandy. Para mí, era muy difícil hablar. Hace mucho viento y estoy muy cansado. No recuerdo exactamente. Pero ellos, sólo Tim decía: «¿Dónde están los demás?». Yo dije: «Estoy yo solo. Nadie puede ayudar». Y sólo tengo una botella de oxígeno. Y alguien no podrá venir conmigo. Sandy no podía decir nada. Charlotte, nada. La gente helada, muy helada, muy pocas fuerzas. Y Tim, muy lento; puede hablar muy poco. Comprendo. Y comprendo que esa gente no podrá sin ayuda. Digo: «¿Hay alguien que esté listo para venir conmigo?». Y Charlotte dice: «Sí, yo quiero ir». Digo a Tim y a Sandy: «Está bien. Sólo hay una botella de oxígeno. Compartid este oxígeno. Y, Charlotte, ven conmigo». Un minuto después vuelvo a ponerme la mochila, sostengo a Charlotte y comenzamos a caminar. Ahora sí llevo crampones, y un viento muy fuerte sopla directamente en nuestros rostros. Imposible ver nada. Sólo intento ayudar a Charlotte a mantenerse en pie.

P: *¿Charlotte tenía dificultades para permanecer en pie?*

R: Si. Sólo podía andar un poquito, pero sin ayuda, imposible. También para mí es muy difícil.

Todo el tiempo tengo que ayudarla en el balance.

P: *¿Equilibrio?*

R: El equilibrio. Mantener el equilibrio. Pero hace mucho viento. Y comprendo, sin mis manos ella caería en seguida al suelo.

P: *¿La sostienes con el brazo derecho en torno a su cuerpo?*

R: Sí. Ella lleva su mano izquierda en mi hombro.

P: *¿Ella camina en tu lado derecho?*

R: Si, y yo me sujeto con la mano izquierda y caminamos. Y hace mucho viento para mí. En realidad yo estoy helado, ella está helada, ella no podía hablar mucho, pero muy despacio, paso a paso avanzamos. Pero son cuatrocientos metros, paso a paso. A veces paramos, si me parece un buen lugar para hacer un descanso, porque en otro sitio, si veo una roca, coloco encima a Charlotte, sentada. Porque desde el suelo es muy difícil ayudarla a ponerse en pie, pero desde las rocas es posible. Y un poco, tal vez tres, cuatro veces, hacemos estas paradas. Luego empiezo a reconocer este lugar, algunas basuras...

P: *¿Cartuchos vacíos de oxígeno?*

R: Sí, botellas muy viejas. Mi crampon golpea con metal, lo noto, y comprendo que el campamento está muy cerca, probablemente doscientos metros.

P: *¿Charlotte ha intentado hablar algo durante todo ese tiempo?*

R: No, no. Sólo habla poco, sólo dice «muy difícil» o algo así. Muy duro para ella. Tardamos mucho, más que yo en el camino de ida, tal vez cuarenta y cinco minutos. Ella es un robot, camina como un robot, yo creo. Yo también. Cruzamos el Collado Sur y veo algunas luces dentro de las tiendas, probablemente Pemba...

P: *¿No os hacen señales de luz?*

R: No. Son ya probablemente las tres. Y cuando llego al campamento, tal vez son las tres. Le quito [a Charlotte Fox] los crampones, el arnés, todo, y ella entra en la tienda de Neal. Y pregunto a Neal: él está mucho mejor, vi la situación. Él usó oxígeno, y empezó a reponerse. Y Neal, le dije: «Tienes que ayudar a Charlotte». Y le quito la máscara de la cara y se la pongo a Charlotte, porque trabajo igual que un robot. Y ahora otra vez en esta situación, voy a la tienda de los sherpas. Esta vez vuelvo a preguntar en varias tiendas pidiendo ayuda. Dije que vi a Yasuko Namba...

P: *¿Volviste a las tiendas de Rob Hall y de los taiwaneses?*

R: Sí, y pregunté otra vez. Voy, necesito relajarme, trabajo muy duro y no utilizo mi tiempo para relajarme, para descansar, sólo recorro una tienda y otra tienda, y vuelvo a intentar que alguien me ayude. Porque la primera vez tenía mucha prisa. Y ahora pregunto a algunos sherpas

de Rob Hall, hablo de Yasuko Namba, y vuelvo. Vuelvo a probar con nuestros sherpas, con Pemba, con nuestros sherpas, mucho silencio, como gente dormida, no decían nada. Y voy dentro de la tienda, también enfrente de mi tienda hay tiendas taiwanesas. Abro algunas y pregunto: no, silencio. Y entonces voy dentro de la tienda. Estaba muy cansado. Son las tres. Y también digo a Pemba que dé un poco de té a Charlotte, y espero a que traiga té y Pemba trae té para Charlotte y Neal, y luego me trae un poco a mí.

P: *¿Lene y Klev están dormidos?*

R: Lene también bebió un poco de té y le hablo de Charlotte y le digo: «Ahora, Sandy tiene oxígeno, y yo tengo ahora un gran problema con Yasuko Namba. Alguien, nadie me ayuda. Y es muy difícil para todos. Además no tengo oxígeno. Y ahora ellos tienen una botella de oxígeno. Pemba no podía encontrarlo, no lo encontró, y yo no encontré el oxígeno».

P: *¿Volviste a hablar con Pemba acerca del oxígeno?*

R: Esta es la situación, esperé sólo un poco de tiempo, por si alguien podía ayudarme. Recorrí todas las tiendas de Rob Hall y esperé. Estaba muy cansado y también comprendo que nadie puede ser responsable de ayudarme. Salgo otra vez y entro en las tiendas de los sherpas; le quité a otro sherpa la máscara y la botella, las puse en mi mochila y corrí en busca de mis clientes. Y cuando llegué, eran probablemente las cuatro. Quizás las cuatro y cuarto, las cuatro y diez. Comenzaba a amanecer. Porque a las cinco empieza a haber luz. A las cinco ya se puede ver, un poco.

Y volví y encontré a esa gente, Tim y Sandy, y llevaban ya una hora utilizando oxígeno, quizás una hora. Y hablaron conmigo. Sandy empezó a hablar conmigo. Y yo le pregunté: «¿Cómo estás?» y la gente dijo «Bien». Y Sandy empezó a hablarme y yo entendía. Ahora, ella estaba mucho mejor.

P: *¿Qué hacía?*

R: Yo dije: «¿Cómo estás?». Ella dijo: «Estoy bien». Yo dije: «¿Qué le ocurre a Yasuko?» porque está a dos metros de distancia. Y no pregunté si ellos habían dado té a Yasuko o no le habían dado. Yo había llevado, yo les di té. No pregunté si ellos le habían dado a ella oxígeno o té porque sólo una botella, tres personas juntas. Y para mí, una situación muy grave, estoy muy vacío, sin fuerza. Y para mí, yo también sólo trabajo como un robot. Sostengo a Sandy Pittman y la misma situación que Charlotte Fox.

P: *¿Tenías otro cartucho de oxígeno, no?*

R: Se lo di a Tim.

P: *¿Qué dijo Tim?*

R: Él sólo tomó la máscara y nada. También esta situación, también había llevado la segunda botella de té, creo. Yo he bebido muy poco, yo les doy de beber y empezamos a caminar. Y probablemente en torno a las cinco comienza la luz. Imposible decir que salió el sol, pero comenzó la luz y creo que probablemente a las cinco menos veinte, cinco menos cuarto llegamos.

Yo estaba muy cansado, vacío, y tenía que ayudar a Tim, a Sandy, a entrar en la tienda, pedir té otra vez. Y necesito descansar ya. Y digo: «Pemba, espero el té para mí», y voy dentro de mi tienda. Sólo ayudo a Tim Madsen y a Sandy a entrar en su tienda, les ayudo a quitarse los crampones, el arnés, todo, las mochilas, ayudo a la gente a meterse en la tienda, cierro, hablo con Pemba, entro en mi tienda, para calentarme. Lene estaba cerca y me decía, «Anatoli, necesitas descansar. Necesitas oxígeno. Mira qué cara tienes, tienes un aspecto terrible», y yo le digo: «Estoy bien, no te preocupes por mí. ¿Qué está pasando con Scott?». Creo que él está en una situación muy difícil. Ahora todos nuestros clientes están en la tienda, sólo falta Scott. Creo que él está en situación difícil. Ahora sólo el problema de Scott. Pero creo que Scott es guía y tal vez logre sobrevivir mucho mejor que esos clientes. Y cuando viene Pemba, bebemos té y le digo a Pemba cuál es ahora la situación. Veo que la tormenta ahora ha perdido fuerza y empieza a haber luz. Y tenemos que enviar a dos sherpas con oxígeno en busca de Scott. Y tú entiendes. Y él dice: «Sí, entiendo». Yo digo: «Trata de hablar con Lopsang y dos sherpas. Tenemos que enviar ayuda, para Scott, con oxígeno». Trata de encontrar oxígeno. Yo me introduzco en el saco de dormir y bebo un poco de té y pienso en Scott. Comprendo el problema, y no recuerdo mucho después de entonces, dormí como dos horas.

Lene Gammelgaard recuerda cómo volvió Bukreev a la tienda, después de traer a Pittman y de guiar a Madsen, que podía caminar sin ayuda. Dice Lene: «Desperté alrededor de las cinco de la madrugada, y él estaba de vuelta, y ya había luz, y no hablamos. Él estaba ahí sentado, absolutamente vacío. No le quedaba nada dentro. Y pensé, o percibí, o comoquiera que fuera, comprendí que él había logrado traer a Charlotte, a Tim y a Sandy, pero también tenía la sensación de que no había podido hacer nada por Yasuko y por el otro [Weathers] que estaba allí sentado. Entonces no lo sabía».

Capítulo 20. La última tentativa

El día 11 de mayo por la mañana, con las reservas de oxígeno de *Mountain Madness* agotadas, Neal Beidleman y los clientes tomaron la decisión de abandonar la montaña. Los pocos clientes que necesitaban oxígeno para el descenso lo recibieron de la expedición IMAX/IWERKS, cuyos miembros habían venido generosamente en su ayuda.

Mientras Beidleman y los clientes se preparaban para el descenso, dos sherpas de la expedición de *Mountain Madness* y otro de la expedición taiwanesa, llevando oxígeno y té caliente, comenzaron a ascender en dirección al pie del Balcón, donde habían vivaqueado Scott Fischer y el escalador taiwanés Makalu Gau. Bukreev, que no quería descender hasta conocer el estado en que se encontraba Fischer, habló con Beidleman y le dijo que deseaba quedarse.

En el equipo de Rob Hall reinaba la confusión. Las llamadas de radio de Hall se habían prolongado durante toda la noche. Había quedado inmovilizado en la Cumbre Sur, enfriándose hasta morir. Doug Hansen, que había estado con Hall la noche del 10 de mayo, ya no se hallaba con él y se le daba por muerto. Andy Harris no había vuelto a su tienda. En cuanto a Beck Weathers y Yasuko Namba, otros miembros de su expedición los habían localizado en las proximidades de la pared de Kangshung, allí donde Bukreev había hallado a Madsen, Pittman y Fox en las primeras horas del día. Ambos, milagrosamente, mostraban signos de vida. Según Jon Krakauer, John Taske, Stuart Hutchinson, Mike Groom y él mismo decidieron, después de deliberar, «dejarlos donde estaban», creyendo que nada se podía hacer por ellos.

Justo antes de la partida de los sherpas de *Mountain Madness* y del sherpa taiwanés que pretendían auxiliar a Fischer y a Gau, dos sherpas de Rob Hall habían ascendido para tratar de rescatar a éste y a cualquier otro escalador que encontraran con vida. Amedrentados por el mal tiempo se dieron la vuelta, sin lograr encontrar a ninguna de las personas extraviadas. A las 6:20 de la tarde, Rob Hall llamó a su Campo Base, desde el cual le pusieron en comunicación con su esposa, en Nueva Zelanda. Después de enviarle su cariño y decirle que no se preocupara, Hall cerró la comunicación. Fueron las últimas palabras que nadie le oyera decir.

Mientras Rob Hall hablaba con su mujer, Bukreev estaba otra vez subiendo, tratando de llegar hasta Scott Fischer. Los sherpas que habían ido a buscarle habían vuelto al campamento con Makalu Gau, a quien habían logrado revivir con té caliente y oxígeno. A Fischer le encontraron inconsciente, pero todavía respirando. A la una de la tarde le colocaron en el rostro una máscara de oxígeno y le conectaron a un cartucho lleno.

Dormí unas dos horas, y pasadas las siete y media entró Pemba trayendo té. Oí a unos sherpas que pasaban junto a nuestra tienda y pregunté a Pemba: «¿Cuál es ahora la situación? ¿Ha ido alguien a buscar a Scott o no?». Me dio un poco de té y permaneció en silencio. «No» respondió. Le dije: «Scott necesita ayuda. Por favor, envíale a unos sherpas». Entonces se dirigió a la tienda de los sherpas y comenzó a hablar. Yo no tenía fuerzas. Sería estúpido por mi parte pretender subir otra vez. Necesito recuperarme un poco.

Alrededor de las ocho y media eché un vistazo a nuestra ruta del día anterior y comprobé que la tormenta había perdido fuerza. Vi a unos sherpas que subían, y me dicen: «Ya está, el padre de Lopsang está subiendo con Tashi Sherpa», y yo pregunté: «¿Llevan oxígeno?», y me contestaron «Sí».

Luego hablé con Neal. «Está bien, ésta es mi posición. Me gustaría quedarme aquí», y él dijo que estaba de acuerdo, él trabajaría con los clientes y los acompañaría abajo.

Se había levantado un fuerte viento y yo seguía en la tienda, pero alrededor de la una o las dos salí a hablar con Todd Burleson y Pete Athans, de *Alpine Ascents* (guías de una expedición comercial), que habían venido hasta el Campo IV para ayudar a bajar a los escaladores después de los percances sucedidos. Les pregunté: «¿Sabéis qué está ocurriendo?» y me dijeron que unos sherpas habían vuelto con Makalu Gau, de modo que me acerqué a las tiendas de los taiwaneses.

Al entrar en la tienda vi a Makalu Gau, con la cara y las manos congeladas, pero podía hablar un poco y le pregunté: «¿Has visto a Scott?» y me dijo: «Sí, estuvimos juntos toda la noche». Yo tenía esperanzas de que Scott pudiera sobrevivir, pero al oír aquella noticia pensé: «Scott está perdido, está ya muerto», y me entristecí mucho, pero aquella noticia era sólo la versión de los taiwaneses, así que quise hablar con nuestros sherpas que habían subido.

Entré en la tienda de los sherpas, y el padre de Lopsang lloraba muy apenado, y dijo: «No pudimos ayudarle». Él hablaba muy poco inglés y no comprendí. «¿Qué ha ocurrido?» y ellos me dijeron: «Está muerto». Y yo pregunté: «¿Respiraba todavía?», y me contestaron: «Sí, todavía respiraba pero no daba más señales de vida».

Pregunté: «¿Le disteis oxígeno?», y me dijeron: «Sí, le dimos oxígeno». Y pregunté: «¿Le disteis alguna medicina?», y ellos dijeron: «No». Y ahora ya comprendí. Salí de la tienda para hablar con Todd Burleson y Pete Athans, y pregunté: «¿Podéis venir conmigo para ayudar a Scott? Dicen que todavía está vivo, a 8350 metros».

Pete Athans, que hablaba nepalí, comprendió la situación, y me dijo: «He hablado con los sherpas, y dicen que es imposible ayudar a Scott». «¿Por qué?», dije yo, «Podemos probar». Contestó él: «Pero viene mal tiempo. La tormenta no ha terminado. Han tratado de darle oxígeno, pero no ha mejorado». Todd Burleson estaba callado, pero Pete Athans hablaba conmigo. Dijo: «Sí, Scott respiraba, pero no pudo beber té, ellos le pusieron té en la boca, pero no podía tragarlo». Prosiguió: «Es imposible. En estas condiciones, no se puede hacer nada por él». Yo dije: «Pero tal vez, si ha respirado, el oxígeno podría mejorarle, voy a salir de nuevo».

Entré otra vez en la tienda con el padre de Lopsang y me dirigí a él: «¿Puedes informarme un poco más? ¿No le disteis ninguna medicina? ¿Cuándo le disteis oxígeno?». Él respondió: «Oh, le pusimos una máscara de oxígeno, una botella nueva, y abrimos el oxígeno».

Dije que estaba bien, tomé la radio de los sherpas y llamé al Campo Base. Hablé con Ingrid y le pregunté: «Esta es la situación, ¿qué es lo que tú recomiendas?». Ella también se mostró apenada y me dijo: «Anatoli, trata de hacer cuanto esté en tu mano, por favor trata de buscar alguna posibilidad». Yo le dije: «De acuerdo, intentaré todo lo posible, pero ¿qué me recomiendas?». Ella contestó: «Bien, en cuanto a las medicinas ¿sigues teniendo el pequeño paquete con las inyecciones?». Le respondí: «Sí, tengo la inyección». Y me dijo que probara a ponerle la inyección a Scott, y le prometí que intentaría todo [La doctora Hunt ha recordado que en realidad Bukreev habló con el médico de la expedición de Rob Hall]. Entonces, me dirijo a la tienda de los sherpas y veo que Lopsang está utilizando oxígeno y que también otros sherpas lo están haciendo. Y les digo: «Bien, necesito oxígeno. Necesito tres botellas de oxígeno y un termo de té. ¿Podéis conseguírmelo?». Y ellos me preguntan: «¿Para qué lo quieres?». Les respondo: «Voy a subir». Ellos me dijeron: «Es una idea estúpida».

Así que salí de la tienda y entonces el padre de Lopsang vino y habló en nepalí con Pete Athans, y éste me preguntó: «Anatoli, ¿qué vas a hacer?». Yo contesté: «Voy a subir, necesito oxígeno, necesito un termo de té». Entonces Pete trató de explicarme que no era una buena idea: «Ahora la tormenta ha cedido un poco; si subes ahora te la encontrarás otra vez». Le dije: «Tengo que hacerlo».

Mi experiencia me lo decía, le expliqué mi postura. En la situación de Scott podía tratarse de un proceso muy lento; tal vez, si cuenta con oxígeno, podría revivir. Se encuentra justo debajo del Balcón, y tiene reservas hasta más o menos las siete de la tarde. Necesito llevarle oxígeno. Pete es como los sherpas, y comprendo que él encuentre estúpida mi idea, pero consigo algo de oxígeno. Pedí tres botellas, pero sólo consigo dos. Creo que procede de la expedición de David Breashears, pero no estoy seguro. Empiezo a apresurarme, empiezo a prepararme, pero mientras me preparo el viento arrecia. Son alrededor de las cuatro, tal vez las cuatro y cuarto.

Me eché la mochila a la espalda y al salir vi a Pete Athans fuera de la tienda. Le pregunté: «¿Te vienes?». Y sólo dijo: «No». Yo le pregunto: «¿Cuántos estarían dispuestos a ayudarme?». Él sólo me miró apenado, y lloró un poco. Pensaba que no había ninguna posibilidad.

Comencé a caminar y a unos ciento cincuenta metros de las tiendas divisé un pequeño punto que se movía, alguien que descendía hacia mí, y me sentí muy asombrado. Pensé que era como un fantasma, como un milagro, y apreté el paso. Instantes después llegué junto a aquel hombre, que llevaba extendidas ante sí sus manos desprovistas de guantes, como un soldado rendido. Entonces no supe quién era, pero ahora sé que se trataba de Beck Weathers^[48].

Le dije: «¿Quién eres?». Él no habló ni me respondió, y pregunté: «¿Has visto a Scott?». Y respondió: «No he

visto a nadie. No he visto a nadie. Es la última vez que voy a las montañas. No quiero volver a estas montañas. Nunca, nunca...». Hablaba como un loco.

En aquel momento pensé que mi cabeza estaba rota, y pensé: «Anatoli, tienes que ser capaz de pensar, si es que vas a subir otra vez». Me vuelvo y grito: «¡Burleson! ¡Pete! ¡Por favor, ayudadme! ¿Podéis ayudar a este hombre? Yo tengo que irme. No puedo perder tiempo». Y ellos me dijeron: «No te preocupes. Nosotros le atenderemos».

Todo el mundo decía que era estúpido tratar de buscar a Scott, pero al ver que aquel hombre había sobrevivido sentí que renacía mi esperanza. Tomé una de las máscaras e inicié la ascensión con oxígeno, sin descansar, progresando ininterrumpidamente, pero empezó a caer la oscuridad, estaba llegando la noche. Y también comenzó a soplar un fuerte viento que traía nieve, dificultándome las cosas.

Alrededor de las siete, tal vez a las siete y cinco, encontré a Scott. En medio de la oscuridad, en plena tormenta, le distinguí entre la nieve, como un milagro, también ahora. Vi que llevaba abierta la cremallera de su traje de pluma, y una mano sin guante, congelada. Retiré la máscara de su rostro y en torno a la máscara también su cara estaba congelada, pero a diferente temperatura, y por debajo de la máscara la piel tenía un color amoratado, como un gran hematoma. No había indicios de vida en su semblante. No vi signos de respiración, tan sólo una mandíbula apretada.

Perdí mi última oportunidad. No podía hacer nada. No podía hacer nada. Tampoco podía quedarme con él.

A las siete arreció de nuevo la tormenta. El oxígeno... perdí mi última esperanza, porque al partir había pensado: «El oxígeno le hará revivir». Si a estas alturas el oxígeno no le había ayudado, no había señales de vida, no había pulso ni respiración...

Comenzó a soplar un viento muy fuerte, y yo no tenía ya fuerzas, no tenía fuerza ninguna. ¿Qué debo hacer? Y vi así las cosas: si yo le hubiera encontrado como a Beck Weathers, le hubiera podido ayudar. Él había revivido. Igual que había revivido Beck Weathers, si hubiera recibido ayuda, tal vez oxígeno, todo hubiera sido posible. Habría podido salvar a Scott. Comprendí que ahora ya no tenía. No había ninguna posibilidad. ¿Ahora, qué hacer?

Vi su mochila y la sujeté en torno a su rostro, para ahuyentar a los pájaros. Con cuatro o cinco cartuchos vacíos que encontré por los alrededores, traté de cubrir su cuerpo, y a las siete y cuarto, quizás, comencé a bajar, aprisa. Y comprendí que me quedaba sin fuerzas, que me quedaba sin emociones. No puedo decir cómo fue aquello. Estaba muy triste.

Comenzó la tormenta, con gran violencia, y otra vez me llegaba mucha nieve con el fuerte viento. Inicié el descenso por las cuerdas, y cuando éstas terminaron a unos 8200 metros, la visibilidad era ya nula. Me encontré en la oscuridad, quizás eran las ocho menos veinte, y no se veía nada. Saqué mi linterna frontal. Iba usando algo de oxígeno. Después me quité la máscara porque me quitaba visibilidad. A más de dos metros o tres no se veía nada. Volví a encontrar la pared de Kangshung, creo que otra vez era el mismo lugar, cerca de Yasuko Namba, probablemente. No veía más allá de un par de metros, pero comprendía. Y entonces prosigo en otra dirección, y se termina la nieve del suelo y empiezo a ver botellas de oxígeno. Giro un poco y sigo un poco, y veo unas tiendas.

Sé que esas no eran las nuestras, pero las próximas sí lo serían. Al encontrar este lugar empiezo a oír voces. Camino sin ver nada, sólo por los sonidos. Por los sonidos, llego a una tienda. Abro. Veo a ese hombre, solo. Veo a Beck Weathers, y no comprendo por qué está solo, pero pierdo las fuerzas y sigo hacia mi tienda, porque no puedo hacer nada. Tengo un saco de dormir. Me arrastro al interior de la tienda y me quedo dormido.

En su camino de retorno hacia el Campo IV, Bukreev tuvo que descender en medio de una tormenta tan fuerte como la de la noche anterior. Escalando en solitario, sin luces que le guiaran desde el Campo IV, utilizó su intuición y sus recuerdos del Collado Sur para orientarse hacia la que le parecía la dirección correcta. Al encontrarse unos cartuchos vacíos de oxígeno consiguió finalmente localizar su campamento.

Mientras buscaba entre las tiendas del Campo IV, Bukreev oyó unos gritos que procedían de una de ellas. Al mirar en su interior vio a Beck Weathers, abandonado por sus compañeros, retorciéndose de dolor. Anatoli estaba agotado, después de haberse librado por muy poco de perderse en la tormenta. No tuvo más remedio que dejar a Weathers y buscar su propia tienda, donde se derrumbó, exhausto.

Capítulo 21. La locura mediática

En la mañana del día 12 de mayo se había abandonado toda esperanza de recuperar a Rob Hall, Doug Hansen y Andy Harris, y los restantes miembros de la expedición de *Adventure Consultants* comenzaron a descender hacia la seguridad del Campamento Base. Beck Weathers y Makalu Gau, gracias a los esfuerzos de Todd Burleson, Pete Athans, Ed Viesturs, David Breashears y algunos miembros de otras expediciones que estaban en la montaña, fueron evacuados al campamento I, en donde pudo aterrizar un helicóptero que los llevó a Katmandú.

Mientras descendían los miembros del grupo de Hall, Beidleman y los clientes de *Mountain Madness* llegaron al Campo Base, donde pretendían descansar, recuperarse y prepararse para descender a pie hasta Syangboche. Una vez allí volarían en helicóptero hasta Katmandú. Más arriba, Bukreev había recogido cuanto pudo del material expedicionario de *Mountain Madness* y había emprendido, también él, el camino de descenso, llegando finalmente al Campo Base la noche del 14 de mayo.

A primera hora de la mañana del día 16, Beidleman remitía a *Outside Online* el informe siguiente: «El grupo parte muy pronto hacia Pheriche, a última hora de esta misma mañana. Todos estamos doloridos, curándonos... así pues, tenemos que descender de esta montaña». El Everest había terminado.

Al final de la mañana del 16 de mayo, Beidleman y los clientes de *Mountain Madness* comenzaron la marcha de descenso; aquella misma tarde Bukreev inició su ascensión en solitario al Lhotse.

Como Fischer había prometido a Anatoli antes del Everest, él había acordado una expedición al Lhotse, en la que participarían Fox, Madsen y Pittman, guiados por Beidleman y por Bukreev. Destrozado por la muerte de Fischer y lleno de remordimiento por no haber sido capaz de rescatar a Yasuko Namba, Bukreev deseaba internarse otra vez en las montañas. A las 5:46 de la tarde del día 17 de mayo, Anatoli llegó, en solitario, a la cumbre del Lhotse. Desde lo alto de esta montaña contempló la cima del Everest y recorrió mentalmente la ruta que él y los demás escaladores habían seguido en su descenso. Sus ojos se detuvieron unos instantes al llegar a un punto situado a 8350 metros. Era el último punto al que había llegado Scott Fischer en su descenso; Bukreev no había logrado devolverlo a casa.

El día 22 de mayo partió de Katmandú el último de los clientes de *Mountain Madness*. Algunos llevaban vendas que cubrían pequeñas zonas congeladas, pero ninguno había sufrido lesiones que requirieran amputación alguna. Charlotte Fox cojeaba ligeramente al caminar. Tim Madsen y Lene Gammelgaard tenían congelaciones en los dedos de las manos. Éstos eran nuestros casos más «graves». En cuanto a mí, tuve suerte. Salí adelante con una ligera congelación en la mano, que en los días siguientes me haría perder la piel de la punta de los dedos, y también ligeras congelaciones en la nariz y en los labios. Sinceramente, teniendo en cuenta la experiencia que habíamos vivido, tuvimos suerte al salir de aquello salvando todos nuestros dedos... y nuestras vidas.

Bukreev y Beidleman se quedaron algunos días en Katmandú para resolver los asuntos de la expedición, y según Anatoli, la mayor parte de la responsabilidad recayó sobre Beidleman, que se expresaba mejor en inglés. Después de su penosa experiencia, los dos hombres se sentían física y psicológicamente desgastados, y estaban deseando marchar de Katmandú, alejarse de aquella montaña. Bukreev en particular estaba ansioso por escapar de los medios de comunicación, que les habían estado persiguiendo desde que bajaron de la montaña y se refugiaron en el hotel *Yak and Yeti*, en Katmandú.

Parecía como si el mundo estuviera interminablemente ávido por la historia de los hechos que habían tenido lugar allá arriba. En toda mi carrera como montañero jamás había visto tanto interés por un suceso acaecido en el Himalaya. Me pregunté por las causas de semejante curiosidad. ¿Qué significa esa fascinación ante los accidentes, guerras, desastres y catástrofes? Me resultaba difícil comprender aquello.

La mayor parte de los miembros de la expedición y yo tratábamos de evitar a la prensa. Deseábamos estar en la intimidad de nuestro grupo. Para todos nosotros, era como si el mundo estuviera ahora pintado de colores más vivos, y apreciábamos con más claridad y significado los placeres simples de la vida. Aquellos que habíamos tenido la suerte de volver vivos disfrutábamos ahora descubriendo la vida por segunda vez.

El día 24 de mayo, Neal y yo conseguimos terminar con todos los asuntos que nos retenían en Nepal. Nos despedimos de los sherpas, concluimos las diligencias en el Ministerio de Turismo y nos desplazamos al aeropuerto. Ambos iniciábamos el viaje juntos hasta Denver, Colorado, y allí Neal tomaría otro avión hasta Aspen y a mí me recogerían unos amigos. Al embarcar, creo que ambos pensábamos que por un lapso de tiempo podríamos olvidar los acontecimientos del día 10 de mayo.

Bukreev y Beidleman acababan de acomodarse en sus asientos del avión de la Thai Airlines, preparándose para la primera parte de su viaje, que les llevaría hasta Bangkok para luego continuar hacia Los Ángeles y finalmente Denver. Bukreev se abrochaba el cinturón, cuando uno de los auxiliares de vuelo se aproximó y le dijo que unos amigos deseaban verle antes que el avión despegara.

Yo no sabía quién podría estar buscándome y bromeé con Neal diciendo que la Interpol buscaba al maleante ruso. Me dirigí a la sala de espera e inmediatamente fui abordado por dos periodistas con cámaras de televisión que me hicieron muchas preguntas ridículas acerca de mi estado y acerca del «significado» de mi experiencia en el Everest. Hablé durante quince minutos con aquella gente. No tiene importancia, pensé. No tiene importancia.

Bukreev se sintió perplejo por el interés de los medios de difusión y frustrado por las preguntas. Lo que había sucedido en las montañas fue una tragedia, imposible de explicar en los breves minutos que pasó con los periodistas. Su primer encuentro importante con la prensa había sido un inconveniente. A lo largo de las semanas siguientes, algunos de estos encuentros resultaron incomprensibles.

Entre Bangkok y Los Ángeles pasé el tiempo durmiendo, pero mi descanso se vio turbado por muchos sueños. Una y otra vez ascendía hacia la cumbre en el límite de mi energía, o debía acudir a rescatar a escaladores extraviados sin tener fuerzas para hacerlo. Aunque las historias eran diferentes, los sueños giraban en torno al mismo tema. Escaladores en dificultades, a quienes yo no lograba ayudar por hallarse fuera de mi alcance.

Cuando por fin llegó a Santa Fe, Nuevo México, en donde una amiga le había invitado a descansar y a prepararse para su retorno otoñal al Himalaya, Bukreev durmió la mayor parte de los

primeros días que pasó en la ciudad, a veces hasta veinte horas seguidas, y las pesadillas continuaron.

Los sueños no cesaron con mi llegada a Santa Fe, y dormía de modo muy irregular. Cuando por la mañana me despertaba y desayunaba, me sentía agotado por culpa de las pesadillas y me volvía a la cama, donde volvían a comenzar. Siempre estaba buscando, tratando de encontrar a alguien. Luego sonaba el teléfono y me despertaba. No sé de qué modo, aunque creí haber hallado una cierta privacidad, los medios de la prensa me habían localizado en los Estados Unidos.

El primer periodista que dio con Anatoli fue Peter Wilkinson, editor colaborador de *Men's Journal*, quien telefoneó la mañana del día 4 de junio, mientras Bukreev estaba desayunando. Wilkinson explicó que deseaba hacerle una entrevista sobre la marcha y comenzó con un par de preguntas muy concretas. Bukreev, un tanto sorprendido por lo directo de las preguntas y constreñido por su limitado dominio del inglés, tapó con la mano el micrófono del aparato y pidió consejo. «¿Qué debo hacer? No conozco a esta persona ni tampoco sus intenciones».

Luchando por comprender las preguntas y tratando de ayudar a Wilkinson, Bukreev continuó con la entrevista y finalmente abandonó la tentativa, lleno de frustración. Su manejo del inglés no era suficiente para mantenerse a la altura de las complejas preguntas de Wilkinson.

Yo no quería mantener en secreto todos aquellos asuntos, porque comprendía que aquel periodista estaba poniendo mucho interés y tratando de entender la historia desde mi perspectiva profesional, pero yo deseaba que se me comprendiera claramente.

Bukreev llegó a un acuerdo, según el cual se prestaría a continuar con la entrevista si Wilkinson conseguía un intérprete ruso. Ansioso por conseguir su objetivo, Wilkinson tenía al día siguiente una intérprete al otro lado de la línea, y Bukreev volvió a intentarlo. Se esforzó tanto como el día anterior, pero esta vez en su lengua nativa. Finalmente colgó el teléfono, exasperado. «No saben nada acerca de las montañas. ¡Y yo hablo el inglés mejor de lo que ella habla el ruso!».

Al leer la transcripción de la entrevista, que Wilkinson le había enviado por fax para que él la revisara, Bukreev se llevó las manos a la cabeza. «¡Esto es imposible! ¡No sirve! ¡No sirve!». Sus respuestas a las cuestiones de Wilkinson habían quedado completamente falseadas después del proceso de traducción. El texto, según dijo a Wilkinson, era inutilizable, y contenía tantos errores que Anatoli no podía autorizar su empleo.

La recapitulación de los acontecimientos y mis esfuerzos por responder las preguntas agravaron mis sueños, y yo luchaba para poder dormir sin aquella historia en la cabeza.

Wilkinson envió por fax sus preguntas a Bukreev, pidiéndole que las respondiera cuando estuviera seguro de haberlas comprendido.

El día 7 de junio por la mañana volé de Albuquerque a Seattle e inmediatamente me dirigí a casa de Jane Bromet y continué mi trabajo para Pete Wilkinson. Al día siguiente, justo antes de acudir al funeral público en memoria de Scott, le envié por fax los resultados de mi esfuerzo, pese a estar incompletos.

Al funeral acudieron personas de todas las partes del mundo, deseosas de honrar la memoria de Scott. Su familia y sus amigos fueron muy amables conmigo a pesar de su aflicción, y me agradecieron mis esfuerzos. Yo agradecí

sus palabras, pero era muy difícil. Me sentía desolado por dentro, desconectado de la realidad del oficio que se estaba celebrando. Yo había hecho todo lo posible, pero no había logrado salvar las vidas de Scott y de Yasuko Namba. Para mí aquel funeral fue muy difícil, y aquel día permanecí inmerso en mis pensamientos, sin deseo alguno de ver o hablar a los muchos amigos míos que allí se encontraban.

Al día siguiente se celebraba otro funeral, esta vez privado, dedicado a recordar a Scott. Sus padres y amigos hablaron de modo íntimo acerca de su trabajo y su vida, y lo mismo que el día anterior, todo me resultó muy difícil. Era muy duro permanecer allí sentado y al poco me vi paseando de un lado para otro y contemplando una exposición de algunas de las fotografías de Scott. Él y yo éramos parecidos en muchos aspectos; distintos en otros; teníamos nuestras diferencias y malentendidos, pero yo sentía hacia él un gran respeto como escalador y como persona. Dentro de cinco años, o quizás menos, sólo le recordarían su familia y sus amigos más íntimos, pero yo tenía la esperanza de que todas las cosas positivas que él aportó y que le rodearon pudieran pervivir en el montañismo. En sus relaciones con sus compañeros de escalada y con sus clientes, Scott transmitía un entusiasmo y una energía que cautivaba a la gente. Quizás fue más romántico que hombre de negocios, y yo le valoraba por ello. Su fuerza, su amor por la vida y su benevolencia despertaban algo en mi interior, y yo esperaba recordar en los momentos difíciles cuánto él aportó a la escalada, y también deseaba que algunos aspectos de su modo de ser se transmitieran a mi propio estilo de vida.

Para sorpresa y disgusto de Bukreev, los funerales de Scott no supusieron tregua alguna en el acoso por parte de los medios de prensa. Acudieron varios periodistas, y él trató de responder lo mejor posible a sus demandas. *Life* y *Turning Point* de la ABC solicitaron sendas entrevistas, y Bukreev habló con ellos esforzándose al máximo por hacerse entender y deseando que su aportación lograra responder en parte a la pregunta que todos parecían hacerse: ¿Qué había pasado? Bukreev sólo conocía algunos fragmentos de la historia, y él mismo estaba aún intentando comprender qué era lo que se había torcido.

También se entrevistó con Jon Krakauer, quien estaba abordando a todos los miembros de la expedición para que narraran sus versiones de la historia. Al recordar este encuentro, Bukreev dijo que la perspectiva de la entrevista era bastante restringida y que Krakauer parecía frustrado por las limitaciones de su manejo del inglés. Con la intención de comunicar mejor su historia a Krakauer, Anatoli le entregó una fotocopia de sus propias respuestas a las preguntas de Wilkinson. En aquella copia se relataba el momento en que él y Scott Fischer se encontraron encima del Escalón Hillary, cuando este último se dirigía hacia la cumbre:

«Llegó Scott y estuvimos hablando. Le quedaba aún media hora o una hora para llegar a la cumbre. No sé si iba deprisa o no. Scott era el jefe y yo pensaba que él era muy capaz de decidir por sí mismo. Podía detenerse y esperar a los clientes, o seguir. ¿Qué iba yo a pensar? Scott era Scott. Era el responsable de la expedición. Tenía grandes cualidades naturales. Era muy fuerte. Nadie se siente demasiado bien a semejante altitud. Continuó en dirección a la cumbre. Cuando le pregunté qué tal se sentía, dijo que no muy bien, pero que “okey”. Había que conocer a Scott. Para él, todo estaba “okey”. Era un escalador muy fuerte, uno de los más fuertes de América, por tanto era difícil predecir la situación con él. Yo tenía que pensar en los demás participantes, pero nunca creí que a Scott le pudiera suceder nada malo, y le hablé sobre todo de las condiciones en que se hallaban los clientes, diciéndole que todos se sentían bien. Mi idea era que yo no sería de ninguna utilidad si esperaba allí arriba, helándome de frío. Era más práctico que yo volviera al Campo IV a fin de estar en condiciones de subir oxígeno a los escaladores que retornaban, o de ayudarles si alguno se debilitaba en el descenso. Si te quedas inmóvil a esta altitud, pierdes las fuerzas con el frío y acabas incapacitado para la acción».

A finales de julio, Anatoli obtuvo su copia del artículo de Krakauer, y casualmente el mismo día llegó Martin Adams a Santa Fe para ver a Bukreev. No se habían vuelto a encontrar desde

Katmandú. En las últimas luces de una tarde de verano, sentados en un patio en torno a una gran mesa circular con varios amigos, Bukreev y Adams escuchaban mientras alguien leía el artículo en voz alta. Cuando Krakauer se refirió a él, Anatoli se inclinó hacia delante, tratando de comprender las palabras y su significado: «Bukreev llegó al Campo IV a las 4:30 de la tarde, cuando la tormenta aún no era muy fuerte, después de bajar a toda prisa desde la cumbre sin haber esperado a los clientes: un comportamiento extremadamente cuestionable en un guía».

Bukreev miró a su alrededor, preguntándose si la gente que había en torno suyo había oído lo mismo que él.

«Scott me autorizó a descender, a fin de estar preparado para subir en caso necesario. Ese fue el plan. Y funcionó. No comprendo por qué Krakauer ha escrito eso».

En los párrafos siguientes, el artículo de Krakauer venía a decir que si Bukreev hubiera bajado con los clientes, tal vez no hubieran tenido los problemas que tuvieron durante el descenso, y aquella sugerencia le resultó pasmosa.

«No tuve una idea clara de que el mal tiempo iba a convertirse en un problema hasta que estuve muy abajo. Lo que más me preocupaba, como a Scott, era que los clientes iban a quedarse sin oxígeno. Hice lo que Scott me dijo que hiciera. Si me hubiera encontrado más arriba en la montaña cuando la tormenta se desató con plena fuerza, es muy probable que yo hubiera muerto con los clientes. Lo creo honestamente. No soy ningún supermán. Todos podríamos haber muerto con ese tiempo».

Bukreev se excusó de la mesa y entró en la casa de su amiga para buscar su diccionario ruso-inglés. Volvió a la mesa y empezó a pasar páginas de acá para allá, buscando palabras a medida que continuaba la lectura: «La impaciencia de Bukreev por descender se debía probablemente al hecho de que no estaba utilizando oxígeno y a que llevaba relativamente poca ropa, y por lo tanto debía descender».

Esta vez Bukreev no dijo nada cuando se levantó de la mesa, pero volvió a los pocos momentos con unas fotografías en la mano. Las dejó en la mesa entre las botellas de vino y Martin Adams tomó una, en la que aparecían él y Bukreev en la cumbre. «Toli», dijo Adams, «No necesito las fotografías. Estabas tan bien vestido como cualquiera de nosotros. Fui yo quien te regaló el traje que llevabas». Quitándose el cigarro de la boca, Adams sacudió la cabeza: «¡Este tipo está fumado!». La foto que Adams tenía en la mano mostraba a Anatoli vestido con el traje de altura que Martin le compró como regalo cuando, justo antes de la expedición, adquirió para sí exactamente el mismo modelo.

En cuanto al tema del oxígeno, Bukreev se sintió tan perplejo como respecto al asunto de la ropa.

«Llevo más de veinticinco años escalando montañas, y sólo una vez lo he utilizado en un ochomil. Para mí nunca ha supuesto un problema escalar sin oxígeno, y Scott me había autorizado a ello».

Al final del artículo, Krakauer ofrecía una dramática narración de cómo, muy poco antes de llegar al Campo IV, se había encontrado con Andy Harris, uno de los guías de Rob Hall, y de cómo

él había advertido a éste del peligro de una pendiente helada que se interponía entre ellos y la seguridad de las tiendas. Según Krakauer, Harris se había resbalado y caído por la pendiente, y luego probablemente había seguido cayendo por la pared del Lhotse, desapareciendo para siempre. Adams, que escuchaba en silencio la lectura de aquel fragmento, interrumpió para decir, con cierto cinismo en la voz: «Era yo. Era yo a quien vio encima del Campo IV, y ya se lo he dicho». Unas semanas antes de que Adams viniera a Santa Fe, Krakauer le había telefoneado para preguntarle si pudiera haber sido él y no Andy Harris la persona a quien había encontrado durante su descenso, antes de llegar al Campo IV. Adams colgó el teléfono y releyó una entrevista que le habían hecho a Krakauer poco después del desastre. Al volver a considerar la descripción física de los hechos por encima del Campo IV y recurriendo a sus propios recuerdos, Adams llegó a la conclusión de que Krakauer había cometido un error. Volvió a telefonear a Krakauer para decirle que estaba convencido de que la persona a quien Krakauer había encontrado antes del Campo IV no había sido Andy Harris, sino él. Como Krakauer parecía reacio a aceptar esa posibilidad, Adams le dijo: «Vamos a hacer una apuesta. Noventa y nueve contra uno, a que era yo». Krakauer, según Adams, quería más pruebas y no aceptó la apuesta.

Bukreev se sintió pasmado y ofendido por el artículo, pero sobre todo desconcertado. ¿Qué motivo podía tener Krakauer para representarle del modo en que lo había hecho? Bukreev había entregado a Krakauer una copia de las respuestas que había ofrecido a Wilkinson, y en aquellas respuestas explicaba por qué había descendido antes que los clientes. ¿Quizás Bukreev no había comprendido las preguntas de Krakauer? ¿O tal vez Krakauer no le había comprendido a él? Además, cuando a principios de junio Anatoli fue invitado a las oficinas de *Outside* para discutir la posible utilización de algunas de sus fotografías de la expedición para ilustrar el artículo de Krakauer, él había llevado al departamento editorial de *Outside* otra copia de aquella misma entrevista para Wilkinson que había facilitado a Krakauer. Según Bukreev, en *Outside* nadie había comprobado los detalles relativos a su conversación con Scott Fischer encima del Escalón Hillary, ni a la forma en que iba vestido el día de la cumbre.

El día 31 de julio, con la ayuda de algunos amigos, Anatoli escribió una carta a Mark Bryant, editor de *Outside*.

31 de julio de 1996

Sr. Mark Bryant, Editor

Revista *Outside*

400 Market St.

Santa Fe, New Mexico 87501 USA

Apreciado Sr. Bryant:

Le escribo porque pienso que el artículo de Jon Krakauer *Into Thin Air*, que aparecerá en su número de septiembre de 1996, critica injustamente las decisiones que tomé y las acciones que realicé el día 10 de mayo de 1996 en el Everest. Aunque respeto al Sr. Krakauer, comparto algunas de sus opiniones acerca de la labor del guía a gran altitud, y creo que él hizo cuanto estaba en sus manos para ayudar a sus compañeros escaladores aquel trágico día en el Everest, pienso que su falta de proximidad en algunos de los acontecimientos y su limitada experiencia a gran altitud pueden haber interferido en su capacidad para evaluar objetivamente los sucesos

acaecidos el día de la cumbre.

Basé mis actos y decisiones en más de veinte años de experiencia en grandes altitudes. A lo largo de mi carrera he ascendido tres veces al Everest. En doce ocasiones he escalado montañas de más de ocho mil metros. He ascendido siete de los catorce ochomiles de la tierra, siempre sin utilizar oxígeno auxiliar. Sin embargo entiendo que esta experiencia puede no ser una respuesta suficiente para las preguntas que formula el Sr. Krakauer, así pues ofrezco los detalles siguientes.

Después de haber fijado las cuerdas y abierto huella hasta la cima, permanecí en la cumbre del Everest desde la 1:07 de la tarde hasta aproximadamente las 2:30 de la tarde, esperando que llegaran otros escaladores. Durante aquel lapso de tiempo sólo accedieron a la cima dos clientes de *Mountain Madness*. Eran Klev Schoening, a quien se ve en la fotografía de cumbre, tomada por mí, y Martin Adams, ambos pertenecientes a la expedición de Scott Fischer. Preocupado ante el hecho de que no llegara nadie más a la cima y debido a que no disponía de enlace por radio con las personas que había más abajo, empecé a preguntarme si se encontrarían en una situación difícil, y tomé la decisión de descender.

Justo debajo de la cima encontré a Rob Hall, jefe de la expedición neozelandesa, que parecía estar en buenas condiciones. Después pasé junto a cuatro de los escaladores clientes de Scott Fischer y a cuatro sherpas de la expedición, que aún estaban ascendiendo. Todos tenían buen aspecto. Más tarde, justo encima del Escalón Hillary, encontré a Scott Fischer y estuve hablando con él. Estaba cansado y ascendía con esfuerzo, pero dijo que sólo iba un poco lento. No aparentaba estar sufriendo ningún trastorno, aunque ahora he empezado a sospechar que su reserva de oxígeno estaba ya agotada. Dije a Scott que el ritmo de la ascensión estaba siendo muy lento y que me preocupaba el hecho de que los escaladores pudieran quedarse sin oxígeno antes de llegar al Campamento IV. Le expliqué que quería bajar cuanto antes al Campo IV para calentarme y para preparar una provisión de oxígeno y de bebida caliente por si se presentara la necesidad de volver a subir para auxiliar a los escaladores en su descenso. Como lo había hecho Rob Hall poco antes, también Scott aprobó este plan. Me quedé tranquilo con la decisión, sabiendo que cuatro sherpas, Neal Beidleman (que, como yo, era guía de la expedición), Rob Hall y Scott Fischer podrían encargarse de acompañar a los clientes en su descenso hasta el Campo IV.

Entiéndase que a estas alturas todavía no había indicios claros de que el tiempo fuera a cambiar y a estropearse con tanta rapidez como lo hizo.

Gracias a mis decisiones, (1) pude estar de vuelta en el Campo IV poco antes de las 5:00 de la tarde (retrasado por la tormenta que avanzaba), preparé provisiones y oxígeno, y a las 6:00 de la tarde comencé a ascender solo en plena ventisca para localizar a los escaladores extraviados; y (2) conseguí por fin localizar a los escaladores perdidos e inmovilizados, pude darles oxígeno y té caliente y proporcionarles el soporte físico y la fuerza que necesitaban para volver a la seguridad del campamento.

El Sr. Krakauer formula también una cuestión concerniente a mi ascensión sin oxígeno, y sugiere que mi eficacia pudo haberse visto comprometida por tal decisión. A lo largo de mi carrera, como ya he explicado antes, he escalado habitualmente sin utilizar oxígeno auxiliar. En mi experiencia, y una vez aclimatado, siempre ha sido para mí más seguro escalar sin oxígeno, con el fin de evitar el efecto de pérdida súbita de aclimatación que tiene lugar cuando se termina la reserva de oxígeno auxiliar.

Debido a mi particular fisiología, mis años de escalada a gran altitud, mi disciplina, la particular atención que presto al proceso de aclimatación y el conocimiento de mis propias capacidades, siempre me he sentido cómodo con esta elección. También Scott Fischer estaba conforme con mi decisión, y me había autorizado a escalar sin utilizar oxígeno auxiliar.

A todo esto deseo añadir que como medida de precaución, y para cubrir la posibilidad de que el día de cumbre me viera en la necesidad de hacer frente a una demanda física extraordinaria, llevaba en mi mochila una botella de oxígeno, una máscara y un reductor^[49]. A lo largo de la ascensión, estuve escalando cierto tiempo junto a Neal Beidleman. A 8500 metros de altitud, después de haber valorado positivamente mi condición física, decidí entregar mi botella a Neal, cuya reserva de oxígeno me preocupaba. A la vista del prolongado esfuerzo que más tarde hubo de realizar Neal para descender de la montaña acompañando a los clientes, estimo que fue una decisión acertada.

Por último, el Sr. Krakauer plantea la cuestión de cómo iba yo vestido el día de la cumbre, sugiriendo que no iba adecuadamente protegido frente a los elementos. Una ojeada a las fotos de cumbre revela que yo vestía un equipo de altitud del tipo más avanzado y de la máxima calidad, similar, o mejor, a los que llevaban los demás

miembros de nuestra expedición.

Finalmente me gustaría decir que desde el día 10 de mayo de 1996, el Sr. Krakauer y yo hemos tenido muchas oportunidades para reflexionar acerca de nuestras respectivas experiencias y recuerdos. He pensado mucho acerca de lo que hubiera sucedido si yo no hubiera realizado un descenso rápido. En mi opinión: debido a las condiciones meteorológicas y a la falta de visibilidad que más tarde se desarrollaron, creo que es posible que yo mismo hubiera muerto junto a los clientes a quienes, en la madrugada del día 11 de mayo, conseguí hallar y traer al Campo IV, o bien hubiera tenido que abandonarles en la montaña e ir a buscar ayuda al Campo IV en donde, como más tarde se hizo patente, no había nadie dispuesto o capacitado para dirigir una operación de rescate.

Sé que, como yo, el Sr. Krakauer lamenta profundamente la pérdida de nuestros compañeros escaladores. Ambos hubiéramos deseado que los acontecimientos se hubieran desarrollado de un modo muy diferente. Lo que ahora podemos hacer es contribuir a que se alcance una comprensión más clara de lo que sucedió aquel día en el Everest, con la esperanza de que las enseñanzas que de ello se deduzcan ayuden a reducir los riesgos a otras personas que, como nosotros, aceptan el desafío de las montañas. Deseo tenderle mi mano y alentar sus esfuerzos.

Atentamente,

Anatoli Nikolaievich Bukreev

2 de agosto de 1996

Sr. Brad Wetzler

Revista *Outside*

400 Market Street Santa Fe, NM 87501

Estimado Sr. Wetzler:

Al considerar su propuesta del 1 de agosto (que incluyo) en la que me solicita reducir mi respuesta a cuatrocientas palabras, me siento de modo muy parecido a como se sintió Jon cuando dijo que la prensa le asediaba. Mi respuesta a las alegaciones de Jon no es «reducible a frases pegadizas». El asunto viene a ser así.

Cuando Jon escribió sus comentarios acerca de mi decisión de descender, él tenía sobre su mesa la transcripción de una entrevista en la que yo explicaba mi decisión y también la aprobación de ésta por parte de Scott. Esta misma entrevista estaba en manos del personal del departamento de comprobación de hechos de su editorial antes de que el número de septiembre entrara en prensa. Sin duda, Jon está en su derecho de exponer sus especulaciones, opiniones y análisis, pero me pregunto por qué, si contaba con información contraria, no se molestó en telefonarme para tratar de aclarar las cosas. Mi paradero era conocido, y él tenía los números de fax y teléfono en los que contactar conmigo.

Los comentarios de Jon acerca de mi vestimenta del día de cumbre quedan claramente invalidados con una simple ojeada a las fotografías que se tomaron en la cima. No logro imaginar por qué él ha concedido relevancia alguna a este asunto.

Los comentarios de Jon acerca del hecho de que yo no usara oxígeno son igualmente desconcertantes. Cualquiera que conozca mi historial alpinístico, que he facilitado a Jon, sabe que habitualmente escalo sin oxígeno y que mi rendimiento sin él ha sido excepcional. Además, como mencioné en mi carta del 31 de julio, estaba autorizado para escalar sin oxígeno porque Scott Fischer confiaba en mi historial y en mis cualidades como escalador. Creo que mi trabajo y mis esfuerzos de los días 10 y 11 de mayo de 1996 confirman la confianza que Scott había puesto en mí.

Considerando en su totalidad los comentarios, me pregunto lo siguiente: si Krakauer tenía sobre la mesa datos contrarios a la alegación que él presentaba o que hacían dudar de su veracidad, ¿por qué no se comprobaron los hechos, ni se hicieron llamadas, ni se trató de aclarar lo sucedido?

Uno de los editores de *Outside*, Brad Wetzler, respondió el día 1 de agosto indicando que esta carta era demasiado larga para poder publicarla en la sección «Cartas al Director», pero ofreció resumir la respuesta de Bukreev en una versión de cuatrocientas palabras, que pudiera adaptarse al formato de la sección. Bukreev declinó el ofrecimiento.

Al escribir mi carta del 31 de julio y al responder a su nota del 1 de agosto, en ningún modo deseo sugerir que mis acciones —o las de cualquier otra persona— de aquel día en la montaña estén por encima de todo análisis. Todos nosotros nos hemos obsesionado mil veces con el «¿qué hubiera pasado si...?». Pero, como ya he explicado, no estoy de acuerdo con unos análisis que carecen de base real.

Si lo que aquí se discute fuera un croquis de ruta mal dibujado o una altitud incorrectamente expresada, no tendría inconveniente en restringir mi texto a esas cuatrocientas palabras. Pero aquí se están barajando cosas más importantes, y con todo mi respeto le suplico reconsidere estos aspectos y publique mi carta en su forma íntegra.

Suyo atentamente, Anatoli Bukreev

El día 2 de agosto, Wetzler respondió, ofreciéndose de nuevo a revisar la carta original de Anatoli de modo que quedaran más definidos sus «argumentos» y de que «probablemente» resultara «un escrito dotado de más fuerza». Esta vez, Wetzler ofrecía un espacio de 350 palabras. Bukreev declinó de nuevo.

5 de Agosto

Sr. Brad Wetzler

Revista *Outside*

400 Market Street Santa Fe, NM 87501

Estimado Sr. Wetzler:

Gracias por su carta del día 2 de agosto y por haber considerado mi petición.

Su oferta de revisión de mi escrito es generosa, pero me resulta imposible responder a Jon Krakauer en 350 palabras. Las cuestiones implicadas son complejas: alegaciones infundadas, insinuaciones, aspectos de ética periodística y profesionalidad, expresión de los sentimientos personales, y mi deseo de alentar un análisis basado en los hechos reales tal y como sucedieron en el Everest.

Corregir mi carta con la intención de que resulte más polémica o de que tenga más fuerza, llevaría a diluir los detalles y a comprometer mis intenciones.

Le agradezco sinceramente la atención prestada a este tema.

Anatoli Bukreev

Nueve meses más tarde, en abril de 1997, salió a la calle el libro de Jon Krakauer *Into Thin Air*, una versión ampliada de su anterior artículo publicado en *Outside*. A pesar de las extensas entrevistas que el autor realizó después de escribir el artículo original, la postura de Krakauer respecto al papel de Bukreev en los acontecimientos del Everest había cambiado muy poco. En el libro, sin embargo, citaba los comentarios de Bukreev tal y como se recogían en la entrevista de Wilkinson que él había aportado en junio de 1996. «Estuve en la cumbre alrededor de una hora... Hace mucho frío y eso, lógicamente, me roba energía... En mi opinión, no servía de nada que yo me quedara allí esperando, helándome. Sería más útil si yo volvía al Campo IV para estar en disposición de subir oxígeno a los escaladores que bajaban, o para ayudarles si alguno se debilitaba durante el descenso... Cuando uno se queda inmóvil a esa altitud, el frío le hace perder energías y le vuelve incapaz de hacer cualquier cosa».

Krakauer continúa su narración, diciendo que «por alguna razón, él descendió adelantándose al grupo». Igual que en el artículo original, Krakauer induce al lector a sospechar que Bukreev había

actuado de manera unilateral, únicamente preocupado por su propio bienestar.

Comparando la cita de Krakauer con las palabras de Bukreev en su entrevista con Wilkinson, resulta patente que Krakauer suprimió las razones expuestas por Bukreev para explicar su rápido descenso. «Le pregunté, desde mi posición y con mis preocupaciones, qué deseaba él que yo hiciera. ¿Y qué dijo él? Comentamos la necesidad de que abajo hubiera una persona de apoyo. Hablamos sobre mi descenso. Él dijo que le parecía un buen plan. Que, por el momento, todo iba bien».

De nuevo Bukreev quedó sorprendido ante el modo en que Krakauer describió su descenso, y se preguntó por qué Krakauer insistía en ignorar el hecho de que él no había tomado una decisión unilateral, sino que había actuado conforme al criterio de su jefe de expedición, Scott Fischer. Bukreev se sorprendió aún más al escuchar la entrevista que su coautor, Weston DeWalt, mantuvo en marzo de 1997 con Jane Bromet, agente publicitaria de Fischer en el momento de la tragedia, con la que Scott había tratado numerosos detalles durante la planificación de la expedición. La entrevista había discurrido del modo siguiente:

BROMET: Sabes, hay algo que deseo decirte. No sé si debo contarlo o no, pero el hecho de que Anatoli volviera a subir era una de las cartas que Scott había tenido en la manga; esto es, que formaba parte del plan.

DEWALT: ¿Qué quieres decir con eso de «el plan»?

BROMET: Quiero decir que Scott me había dicho —ya sabes, a modo de especulación— que si en algún momento llegaran a surgir problemas durante el descenso, Anatoli podría bajar rápidamente y volver a subir con oxígeno, o lo que hiciera falta.

DEWALT: ¿Estás diciendo que Scott te hizo este comentario antes del asalto final?

BROMET: Sí, fue en el Campo Base, varios días antes [del asalto final del día 10 de mayo de 1996].

DEWALT: A ver si lo he entendido. Scott te dijo que en caso de que surgiera algún problema, Anatoli recibiría instrucciones de bajar y prepararse para auxiliar a los escaladores en su descenso.

BROMET: Sí, eso es lo que dijo.

DEWALT: ¿Dijiste eso a Krakauer cuando te entrevistó? ¿Le dijiste exactamente lo que acabas de decirme?

BROMET: Sí.

El día 29 de mayo de 1997, apareció en el *Wall Street Journal* una crítica del libro *Into Thin Air* de Jon Krakauer. El prestigioso escritor e himalayista Galen Rowell comenta así la visión que Krakauer ofrece del papel de Bukreev en los sucesos acaecidos en el Everest:

«Anatoli Bukreev aparece como un intransigente guía ruso que no ayuda a los clientes y que irresponsablemente se niega a utilizar oxígeno auxiliar. En este relato, Bukreev emerge de la crisis más como un trabajador errante que finalmente cumple con su tarea que como el héroe mítico en que seguramente se hubiera convertido en otra época. Mientras el Sr. Krakauer dormía y ningún otro guía, cliente o sherpa lograba reunir la energía y el valor necesarios para abandonar el campamento, el Sr. Bukreev realizó varias escapadas en solitario en medio de la ventisca y en plena oscuridad, a más de ocho mil metros de altura, para rescatar a tres escaladores que estaban

a punto de perecer. La revista *Time* olvidó mencionarle en un artículo de tres páginas, después que una neoyorquina de buena sociedad se ha negado, inconcebiblemente, a reconocer que él la había salvado.

»El Sr. Bukreev es rotundamente criticado por haber descendido antes que los clientes. Aunque el Sr. Krakauer reconoce al Sr. Bukreev ciertas capacidades, nada hace por reflejar la verdadera historia de uno de los rescates más asombrosos de la historia del montañismo, realizado en solitario y pocas horas después de haber escalado el Everest sin oxígeno, por un hombre que algunos describen como el maestro del himalayismo. El Sr. Bukreev ha escalado muchas de las cumbres más altas de la tierra solo, en el día, en invierno y siempre sin oxígeno (por razones de ética personal). Bukreev, que ya había ascendido en dos ocasiones al Everest, previó que los clientes que descendían hacia el campamento iban a tener problemas y, consciente de la presencia de otros cinco guías en la ruta, se situó en el lugar preciso para estar descansado e hidratado en previsión de una emergencia. Su heroísmo no fue una casualidad».

Conclusión

Antes de partir con la expedición al Everest en 1996, Scott Fischer preguntó a su administradora, Karen Dickinson: «¿Quién sabe lo que puede suceder allá arriba?». Y ahora, nosotros nos preguntamos: «¿Qué sucedió allá arriba?».

De los treinta y tres escaladores que ascendieron a la cumbre del Everest desde su vertiente sur el día 10 de mayo de 1996, sólo volvieron veintiocho. De la expedición de *Mountain Madness* perdió la vida Scott Fischer. De la expedición de Rob Hall, *Adventure Consultants*, murió el mismo Rob Hall, además de uno de sus guías, Andy Harris, y dos de sus clientes, Doug Hansen y Yasuko Namba.

Tres de los escaladores supervivientes, Sandy Hill Pittman, Charlotte Fox y Tim Madsen, escaparon de la muerte por muy poco; otros dos supervivientes, Beck Weathers y Makalu Gau, sufrieron graves congelaciones y posteriormente la pérdida de algunas extremidades.

La descripción del estado de Scott Fischer en la tarde del día 10 de mayo, según Lopsang Jangbu Sherpa^[50], sugiere que Fischer sufría edema cerebral de altitud^[51]. La cuestión de que Fischer sufriera o no un trastorno físico preexistente que pudiera haber contribuido a desgastarle, pertenece exclusivamente al ámbito de la especulación.

Fischer murió a unos quinientos metros de desnivel sobre el Campo IV. Los solitarios y heroicos esfuerzos de Lopsang, que durante más de cinco horas pugnó por bajar de la montaña a su amigo y mentor, han pasado prácticamente desapercibidos.

Tanto Beidleman como Bukreev hubieran deseado haber percibido algún indicio claro de la gravedad del estado de Fischer. Ambos han dicho que hubieran hecho todo lo posible por obligarle a descender, si hubieran tenido la más mínima idea de cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Al enterarse de la muerte de Fischer, Lopsang se culpó por completo a sí mismo^[52].

Ciertos «esclarecidos» han pretendido encontrar una explicación de la muerte de Fischer en su historia personal, rebuscando en su carácter como si se pudiera achacar la causa a algún aspecto defectuoso de su personalidad. Semejantes disquisiciones no han logrado sino denigrar a un hombre cuya vida no era más compleja que la de cualquiera de los restantes personajes que se encontraban en la montaña, o que la de cualquiera de los que hemos decidido escribir acerca de los acontecimientos del día 10 de mayo de 1996. Estas «revelaciones» han aportado muy poco a la comprensión de lo ocurrido.

La minada salud de Fischer, agravada al parecer por la falta de oxígeno; la hora en que se vio afectado, su posición en la montaña, los deficientes medios de comunicación, el mal tiempo y el estado y la aptitud de los miembros de su equipo que podrían haberle ayudado, fueron los factores que, en combinación, condujeron a su muerte. Citar una causa específica sería presumir de una omnisciencia que sólo es patrimonio de los dioses, los borrachos, los políticos y los escritores sensacionalistas.

Lo cierto es que uno de los guías de alta montaña más prometedores de los Estados Unidos ha encontrado la muerte de modo prematuro. Varios de los clientes de *Mountain Madness* que

contrataron los servicios de Fischer han declarado, pese a sus diferencias personales en lo tocante al desarrollo de la expedición, que hubieran realizado otra ascensión con Fischer; y que debe recordarse que fueron ellos quienes eligieron a Fischer, y no al revés. Martin Adams dijo: «Él era el rey del rodeo de los guías de alta montaña; teníamos nuestras diferencias, pero yo confiaba en él; hubiera vuelto a irme con él».

Un año después de la muerte de Fischer, todo aquel que llamara por teléfono a su casa podría aún oír la voz de Scott a través del contestador. Al preguntarle acerca de ello, su esposa Jeannie explicó: «A los niños les gusta llamar a nuestro número para oír la voz de su padre». La pérdida ha sido inmensa, y en muchos aspectos se ha pasado por alto la verdadera dimensión de este hombre.

En cuanto a los clientes de *Mountain Madness* que corrieron un grave peligro durante el descenso y escaparon con vida por muy poco, dos son los factores que parecen haber tenido mayor relevancia: el retraso a la hora de partir de la cumbre y los problemas que encontraron durante el descenso, especialmente la pérdida de un tiempo crítico al ofrecer su ayuda a Yasuko Namba, cliente de Rob Hall a la que hallaron extenuada en las cuerdas fijas y que finalmente cayó inconsciente en las proximidades del Campo IV. El retraso en la cumbre y el tiempo invertido en atender a Yasuko Namba había costado más de una hora a los escaladores de *Mountain Madness*. En la base de las cuerdas fijas, a una altitud de 8200 metros, el Campo IV —que estaba a menos de tres cuartos de hora de distancia— había sido aún visible por unos momentos, e inmediatamente los escaladores se vieron envueltos por la tormenta. Si hubieran llegado a ese punto una hora antes, los hechos se hubieran desarrollado de manera muy diferente. Martin Adams ha indicado: «De modo erróneo, la gente ha pensado que fue la tormenta lo que originó los problemas. No fue la tormenta, fue la hora».

En cuanto al fallecimiento de Rob Hall, de su guía Andy Harris y de sus dos clientes Doug Hansen y Yasuko Namba, escasa ha sido la información que han podido aportar los miembros supervivientes de la expedición de *Adventure Consultants*. La razón por la cual Hall se había retrasado tanto en la montaña con su cliente Doug Hansen, que al parecer no llegó a la cima hasta pasadas las cuatro de la tarde, permanece aún desconocida. Jon Krakauer ha especulado que el jefe de su expedición estaba jugando con Scott «a ver quién era más valiente», esperando a ver «quién se daba la vuelta primero», pero poco después de las 3:00 de la tarde. Hall era consciente de que todos los clientes de Fischer habían llegado a la cumbre y que Scott les seguía pisándoles los talones. Si para Hall la ascensión había sido un concurso, se sabía quién era el ganador desde mucho antes de las cuatro de la tarde. Otras personas, entre ellas algunos miembros de la expedición de Hall, han aventurado que al alentar a Hansen para que prosiguiera hacia la cumbre, Hall había retrasado su propio retorno saltándose por completo los márgenes de seguridad.

Lo que sucedió a Harris y a Hansen es, igualmente, pura y simple materia de especulación. Las pruebas físicas, como el descubrimiento del piolet de Andy Harris en el tramo comprendido entre el Escalón Hillary y la Cumbre Sur, por los miembros del equipo IMAX/IWERKS que hicieron cumbre el día 23 de mayo, han hecho sugerir a algunas personas que Harris se detuvo en su descenso, se dirigió otra vez hacia arriba para ofrecer asistencia a Hall (y quizás a Hansen) y se precipitó en el mismo lugar, expuesto y desprovisto de cuerdas fijas, donde Jon Krakauer había

sufrido una caída mientras bajaba y Mike Groom había acudido en su ayuda.

En cuanto a Doug Hansen, todo lo que se sabe es que estaba con Hall por encima del Escalón Hillary, y que ya no estaba en su compañía cuando éste vivaqueó en la Cumbre Sur, transmitiendo mensajes a su Campo Base. En algún lugar entre aquellos dos puntos, Hansen había desaparecido.

La tragedia de Yasuko Namba es, quizás, la más inquietante de todas, porque todo indica que tal vez hubiera podido sobrevivir. Mientras luchaba, sola, con las cuerdas fijadas por encima del Campo IV, fue descubierta por Neal Beidleman, quien con la ayuda de Tim Madsen logró bajarla hasta el Collado Sur. Allí, se había acurrucado junto a su compañero de expedición Beck Weathers, mientras la tormenta rugía en torno a ellos. Cuando Mike Groom, guía de *Adventure Consultants*, realizó su escapada hacia el Campo IV con Beidleman, Schoening y Gammelgaard, ni Namba ni Weathers tuvieron fuerzas para seguirlos. Al llegar al Campo IV, Groom no pudo conseguir que ningún miembro de su expedición partiera para rescatar a los dos rezagados.

En las salidas que realizó en medio de la tormenta y la oscuridad en las primeras horas del día 11 de mayo, Bukreev empleó toda la energía y el oxígeno que aún le quedaban. Pidió ayuda a la expedición de Rob Hall, pero sus esfuerzos fueron en vano. Ni él ni ninguna otra persona tuvieron fuerzas ni reservas para rescatar a Namba. Acerca de la última vez que cruzó el Collado Sur, llevando a Pittman hacia el Campo IV, Bukreev comentó lo siguiente: «Tenía los brazos ocupados sosteniendo a Sandy y no me quedaban más fuerzas. Si Tim no hubiera sido capaz de caminar por sí mismo, yo no hubiera podido ayudarlo. Creo que Tim hubiera muerto».

En los meses posteriores a los trágicos sucesos en el Everest, se han dicho y escrito muchas cosas en torno a los acontecimientos y en torno a las personas relacionadas con tales acontecimientos, y esta dinámica no tiene visos de terminar a corto plazo. Es muy beneficioso que este debate esté abierto y continúe, y los autores de este libro han querido aportar cuanto estaba en sus manos a las discusiones que probablemente seguirán desarrollándose. En tanto continúe la polémica, deseamos que las cuestiones se planteen desde la base de los hechos conocidos, en lugar de proclamarse desde el estrado de la sospecha y el rumor. La verdad es lo que más puede favorecer al futuro del montañismo, y en especial al futuro de las expediciones comerciales.

Epílogo. Retorno al Everest

En agosto de 1996, Bukreev partió de los Estados Unidos y volvió a la casa de su familia, en los Urales. A principios de aquel verano había muerto su madre, poco después de los funerales celebrados en memoria de Scott Fischer.

Había soportado ya bastante polémica acerca del asunto del Everest. Ahora necesitaba encontrar la paz de mi hogar, ver a mis hermanos y hermanas y llorar la muerte de mi madre. Cuando por fin volví a mi casa en Kazajstán, me sentía preparado para contemplar de nuevo las montañas. No me encontraba capacitado para vivir en ninguna otra parte. Me había comprometido a escalar los ochomiles que aún no conocía, y tenía que continuar. Es una vida extraña y solitaria, inexplicable para algunas personas, pero para mí es mi hogar y mi trabajo.

De vuelta en Nepal, el día 25 de septiembre de 1996, Bukreev alcanzó, solo y sin oxígeno, la cumbre del Cho Oyu (8201 m), y el 9 de octubre ascendió al Shisha Pangma por su cumbre norte (8008 m).

Durante la temporada otoñal de escalada, Bukreev se detuvo en Katmandú para visitar las oficinas de un amigo suyo, Ang Tshering de *Asían Trekking*, quien le propuso trabajar como asesor para una expedición indonesia que planeaba ascender al Everest la primavera siguiente por la ruta de la arista sureste, la misma en la que Bukreev había trabajado aquel mismo año como guía para Scott Fischer. Después de pensárselo mucho, Bukreev aceptó el puesto de asesor jefe de la escalada.

La idea de dirigir una expedición al Everest me atraía por dos razones. La primera, porque tenía un importante asunto emocional pendiente en aquella montaña. Para mí, por una parte, era importante volver al lugar donde se habían desarrollado los terribles acontecimientos de aquella primavera. Había algunos aspectos que habían adquirido importancia personal. Deseaba poder, de algún modo, dar respetuosa sepultura al cuerpo de Scott y también al de Yasuko Namba. ¿Qué otra cosa se puede hacer, cuando a pesar de todos los esfuerzos no se ha podido evitar que suceda un desastre?

En segundo lugar, con la expedición indonesia se me presentaba la oportunidad de trabajar en un puesto que me parecía congruente con mis ideas acerca de la escalada como deporte, y que me permitiría ganarme la vida en el mercado del himalayismo comercial, que empezaba a adquirir un peso creciente. Tenía la esperanza de lograr definir y esclarecer este papel de preparador y jefe de un equipo de escaladores, en este caso con el grupo indonesio.

También tengo que admitir que mi ego es tan frágil como el de cualquier otra persona, y que me sentía calumniado por unas pocas voces que habían cautivado la imaginación de la prensa norteamericana. Si no hubiera sido por el apoyo de algunos compañeros europeos como Rolf Demovich y Reinhold Messner, me hubiera sentido muy deprimido ante la visión americana de mis aportaciones a esta profesión.

Después de reunirme en Katmandú con los organizadores de la expedición indonesia, volé a finales de noviembre a Yakarta para conocer al general Probeda, coordinador nacional de la operación. En términos duros y gráficos, presenté las posibilidades de éxito como algo bastante marginal. Tratando de ser lo más claro posible, expuse que teníamos una probabilidad de un treinta por ciento de que hiciera cumbre un solo miembro del grupo. Y también que había un cincuenta por ciento de posibilidades de perder a alguien en la montaña, riesgo que para mí, personalmente, resultaba inaceptable. Sugerí la opción de entrenar durante un año en montañas progresivamente más altas. Esta sugerencia fue rechazada por resultar imposible.

Procedo de una tradición que promueve el montañismo como una actividad deportiva razonable, y no como un juego de ruleta rusa; la muerte de un miembro del grupo es siempre un fracaso que invalida la consecución de la cumbre. Por encima de los ocho mil metros, el margen de seguridad disminuye exponencialmente para el aficionado, incluso aunque su preparación física sea buena. No está en mi mano garantizar la seguridad de un grupo de personas que tienen poca o ninguna experiencia en las montañas más altas de la tierra. Los indonesios podían comprar el beneficio de mi experiencia, mi consejo, mis servicios como jefe asesor de la escalada y como miembro

de un eventual equipo de rescate, pero si deseaban conseguir la cumbre del Everest serían ellos quienes habrían de asumir parte de las responsabilidades que pudieran derivarse de este ambicioso empeño con personas insuficientemente experimentadas. El general Probeda me aseguró que sus hombres estaban motivados, en buena condición física y comprometidos con su objetivo, incluso ante la perspectiva de la muerte. Esto resultaba en cierto modo chocante, pero era una respuesta honesta.

Delimité para mí mismo un papel que diera a los indonesios la oportunidad de aprovechar mi experiencia del mejor modo posible, pero que al mismo tiempo favoreciera su independencia. En último término, cada uno es responsable de su ambición, y en el Everest todo esfuerzo de preparación se revela siempre insuficiente cuando llega el momento de enfrentarse a la cumbre.

El general Probeda accedió a que el grupo se sometiera a entrenamiento y preparación antes de que diera comienzo la expedición. Yo sabía que necesitaríamos asesores con una excelente formación técnica y de altitud, que tendrían que aportar sus consejos durante la fase de entrenamiento y aclimatación y que actuarían como equipo de apoyo y rescate el día de la cumbre. El concepto de equipo de rescate era para mí muy importante e hice mucho hincapié en nuestro papel en este sentido. A lo largo de mis conversaciones con el general, no garanticé el éxito en la cumbre a ningún precio.

Indiqué que no me haría cargo de la expedición si no se me autorizaba el control absoluto de las decisiones finales del día de cumbre, y él debía aceptar la posibilidad de que el estado de sus hombres o las condiciones de la montaña podrían no darnos la oportunidad de intentar la cumbre de modo razonablemente seguro. Sería yo quien tomara esa decisión. También comprendió que el mejor de los equipos de rescate no puede garantizar un salvamento eficaz por encima de los ocho mil metros, pero si surgían problemas yo estaba preparado para arriesgar mi vida en ese cometido si era necesario. Esa fue la base de nuestro acuerdo.

Nuestro programa de entrenamiento sería acorde con el objetivo. Durante el invierno que se avecinaba tendríamos la posibilidad de experimentar condiciones prolongadas de frío y viento y de aclimatar al grupo a altitudes en torno a los seis mil metros. Pondríamos a prueba la resistencia y la disciplina mental en las austeras condiciones que tendríamos que soportar en el Everest. El programa de entrenamiento comenzaría en Nepal el 15 de diciembre.

Treinta y cuatro individuos, algunos de ellos civiles con cierta experiencia en el montañismo y otros militares sin experiencia alpinística pero disciplinados y en buena forma física, integrarían el grupo de partida. De entre estos treinta y cuatro, se seleccionarían los mejores para que formaran parte de la expedición. Nuestros criterios de selección serían: buen estado de salud, resistencia, aptitud y actitud. Durante este tiempo el grupo mejoraría su eficacia con las habilidades necesarias para progresar sobre cuerdas fijas y escaleras, y practicaría las técnicas básicas del montañismo.

El año anterior, la comunicación resultó ser un tremendo problema, cuya gravedad no comprendí hasta que fue demasiado tarde. En primer lugar la barrera del lenguaje constituyó para mí una fuente de frustración personal, y por otra parte el sistema de comunicación por radio no estaba bien resuelto. Este año, cada miembro del grupo contaría con su propia radio. Recomendé que pudiéramos tener contacto directo desde el Campo Base con el grupo de apoyo en Katmandú. También solicité poder recibir información diaria sobre el tiempo desde el servicio meteorológico del aeropuerto de Katmandú. En este sentido resultó de utilidad la conexión con los militares, y estos acuerdos se consiguieron con la ayuda del Ejército nepalí de Katmandú. Nuestro oficial de enlace, Monty Sorongan, hablaba correctamente el inglés. Él sería nuestro contacto principal en Katmandú, con la misión de coordinar la comunicación entre la montaña y el servicio de apoyo en la capital nepalí. Se acordó que el inglés sería la lengua común. No estaba dispuesto a admitir malentendidos con los escaladores ni omisiones de opinión o impresión entre las partes responsables por no tener un idioma común.

Como jefe del grupo, deseaba contar con una plantilla de entrenadores competentes y técnicamente muy cualificados, con una amplia y sólida experiencia en el rescate en alta montaña, y también exigí tener apoyo médico a gran altitud. Necesitaba contar con colaboradores capaces de compartir mis conocimientos y que supieran respetar mis impresiones y opiniones en situaciones críticas. Asimismo me interesaba contar con los beneficios de su experiencia y con el equilibrio que podrían aportar a mi personalidad un tanto difícil. Buscaba personas con el mismo nivel de experiencia que yo poseía, hombres capaces de trabajar en la montaña con o sin oxígeno, y en cuya fortaleza y flexibilidad yo pudiera confiar. Solicité los servicios de dos prestigiosos montañeros rusos, Vladimir Bashkirov y el doctor Evgeny Vinogradski. Bashkirov, de cuarenta y cinco años de edad, con más de quince de experiencia en la organización de expediciones a lugares remotos, gran pericia técnica en las grandes paredes del Pamir y el Cáucaso y seis ascensiones a cumbres de más de ocho mil metros, entre ellas dos al Everest, sería para nosotros un hombre muy valioso. Comparado conmigo es un diplomático de hablar suave, con un buen dominio del inglés. A lo largo de toda la expedición conté una y otra vez con sus dotes personales para la comunicación y con su

buen juicio. En Rusia es un prestigioso cámara y cineasta de documentales de aventura. Se ocuparía también de filmar la expedición para los escaladores indonesios. El doctor Evgeny Vinogradski, médico deportivo de cincuenta años de edad, siete veces campeón de escalada en la Unión Soviética, con más de veinticinco años de experiencia como instructor de escalada en alta montaña a sus espaldas, completaría el personal de instrucción. Evgeny y yo estuvimos juntos en una travesía del Kangchenjunga en 1989. Para mí es un amigo personal. Su largo historial como instructor y como médico deportivo hacían que fuera una pieza indispensable en esta expedición. Y de sobra conocía su amable sentido del humor y sus nervios de acero en las peores situaciones. *Águila Vieja*, le llamo yo. Tiene en su haber más de veinte sietemiles y ocho cumbres de más de ocho mil metros. Dos de estas ascensiones corresponden al Everest, una de ellas como guía personal.

Ang Tshering, de la compañía de Katmandú *Asian Trekking*, se encargó de todo el apoyo logístico, incluyendo la contratación del personal sherpa. Teníamos la suerte de contar con los servicios de Apa Sherpa, de Thami, que a sus treinta y siete años de edad había escalado siete veces el Everest y que en esta ocasión sería nuestro *sirdar* y jefe de los porteadores de altura. Los sherpas serían responsables ante Ang Tshering y los miembros indonesios de la expedición. Como es habitual, cumplirían la función de personal de apoyo en el Campo Base, fijarían las cuerdas por encima de la Cascada de Hielo, instalarían y aprovisionarían los campamentos de altura y transportarían el oxígeno adicional que necesitaríamos para los miembros del grupo en el día de cumbre. En teoría, esta división del trabajo nos dejaría más libres para dedicarnos al grupo de escaladores o para resolver las condiciones difíciles de la ruta.

El 6 de diciembre salí de Yakarta rumbo a los Estados Unidos. Estaba allí citado con los médicos que valorarían las lesiones que había sufrido en el rostro y en un ojo a consecuencia de un accidente de autobús en el mes de octubre^[53]. Bashkirov y Vinogradski quedaron encargados de supervisar la estancia de entrenamiento en el Paldor Peak, en el Ganesh Himal, que comenzaría el 15 de diciembre. Treinta y cuatro escaladores, la mitad de los cuales desconocía las técnicas del montañismo, intentaron el Paldor (5900 metros). De ellos, diecisiete llegaron a la cumbre. El grupo soportó veintiún días de lenta aclimatación bajo las condiciones invernales del mes de diciembre en el Nepal.

El día 10 de enero nos reunimos en Katmandú los jefes de la expedición, Ang Tshering, Bashkirov, Vinogradski y yo, con el fin de coordinar los planes y de comenzar la selección del equipo. Bashkirov y Vinogradski no creían que el grupo final del Everest fuera a contar con más de los diecisiete hombres que hicieron cumbre en el Paldor, ya que en esta montaña los grupos se habían seleccionado claramente por sí mismos.

Necesitábamos equipar a los escaladores. Ninguno de aquellos hombres disponía de material satisfactorio, y había que adquirir cuanto antes todo el equipo necesario para la expedición. Se hicieron las diligencias necesarias para que Monty Sorongan y el capitán Rochadi, agregado militar, volaran a Salt Lake City, Utah, a fin de asistir a una muestra comercial de equipamiento de montaña para contactar con proveedores y adquirir parte del material. Algunas firmas norteamericanas como Sierra Designs y Mountain Hardware nos ayudaron mucho. Trabajaron con ahínco para reunir nuestros pedidos con tiempo suficiente para la expedición. El escalador italiano Simone Moro ayudó a los organizadores de la expedición a comprar nuestras botas One Sport. Yo no sólo quería evitar cualquier desgracia personal en esta expedición, sino que estaba dispuesto a que todo el mundo volviera a casa conservando sus pies y sus manos. Gracias a los adelantos técnicos en la vestimenta y el calzado, las personas inexpertas corren hoy menos riesgos si tienen que soportar temperaturas extremas. El año pasado pude comprobar por mí mismo cómo un buen equipo puede marcar grandes diferencias. Para este grupo íbamos a necesitar todo el margen de seguridad que fuera dado conseguir. Afortunadamente, los organizadores de la expedición colaboraron mucho con nosotros, tratando siempre de seguir todas nuestras recomendaciones. Enviamos nuestro material a Katmandú con la ayuda del departamento de transporte de carga de la Thai Airlines, que actualmente cuenta con un servicio muy eficaz para el equipo de las expediciones. La fecha prevista para la llegada del material era el 6 de marzo, y nosotros planeábamos partir hacia el Campo Base el día 12 de marzo.

En el curso de los meses de enero y febrero los treinta y cuatro miembros del grupo permanecieron en el Island Peak (6189 metros) para realizar su segundo ejercicio de entrenamiento. Llegaron a la cumbre dieciséis escaladores, todos los cuales habían alcanzado también la cima del Paldor. Los componentes del grupo pasaron veinte días a temperaturas por debajo de cuarenta grados, soportando los fuertes vientos invernales. Permanecieron tres días y tres noches por encima de seis mil metros y en condiciones muy duras, subiendo y bajando cada día mil metros de desnivel en menos de cinco horas. Aquello fue todo lo que pudimos hacer. Ahora casi no puedo creerlo cuando lo pienso: Paldor, Island Peak, Everest. No recomiendo este programa de entrenamiento a nadie.

De vuelta en Katmandú, Bashkirov y Vinogradski confeccionaron una lista para el coronel Edi. Puntuaron a cada escalador con arreglo a su rapidez, capacidad de adaptación a la altitud, salud general y actitud, y clasificaron por

orden de preferencia, del uno al dieciséis, a los hombres que habían hecho cumbre. Los militares, a pesar de no tener experiencia, eran personas más disciplinadas y perseverantes, y mostraban mayor motivación ante las situaciones difíciles. El grupo finalmente seleccionado estaba compuesto por diez soldados y seis civiles. Recomendamos intentar la montaña sólo desde su vertiente sur; esta idea fue rechazada por los indonesios, que habían contratado a Richard Pavlowski para que dirigiera a otro equipo por la vertiente norte^[54]. Por fin se decidió que diez hombres vendrían con nosotros al Campo Base de la vertiente sur, en tanto otros seis se desplazarían hacia el Norte, por el Tíbet, en compañía de Richard. Después del Island Peak los escaladores disfrutaron de veintiséis días de descanso. Seríamos el primer equipo que llegara al Khumbu. Yo quería que fuéramos los primeros en la montaña, los primeros en intentar la cima. De ninguna manera estaba dispuesto a competir en la ruta con otras expediciones el día de cumbre.

El día 12 de marzo, el helicóptero ruso nos sacó de la nube de contaminación de Katmandú en dirección a Lukla. Diez escaladores, tres asesores rusos y dieciséis sherpas desembarcamos en la pista de aterrizaje en Lukla (2850 m). Nuestro objetivo era el Campamento Base y después la cumbre de la montaña más alta de la tierra. ¡Qué ambición!

Siempre vuelvo a Lukla con una sensación de alivio. Amo las montañas, en ellas me siento como en mi hogar. No comprenderás este sentimiento a menos que también tú, una mañana muy temprano, hayas llegado en helicóptero a un vertiginoso nido de águilas. Abrazado entre costillares de montañas que se proyectan hacia el cielo. Sus cumbres dentadas, articuladas con toda precisión en el aire de cristal. En medio de esta majestad uno comprende humildemente su pequeñez entre todas las cosas. En siete días llegaríamos al Campo Base. Aquella mañana yo sabía, como siempre lo sé sin importar qué objetivo me esté esperando, que estoy en casa y que ésta es la única vida que sé vivir.

Este año se darían cita en el Campo Base diecisiete grupos expedicionarios, y yo hice un gran esfuerzo para mantener a nuestro equipo al margen de los habituales politiqueos de campamento. Había mucho barullo en torno a quién equiparía este año la Cascada de Hielo. Usualmente, los sherpas de uno o dos grupos expedicionarios instalan cuerdas fijas y escaleras a principio de temporada sobre la Cascada de Hielo, y los organizadores de sus respectivas expediciones cobran por el trabajo que los sherpas han realizado. El colonialismo es un vicio recalcitrante. Todos los escaladores tienen que utilizar esta ruta, y los jefes de la expedición equipadora obtienen mucho dinero en concepto de derechos de uso de aquellos grupos que no han contribuido con el trabajo de sus sherpas a las tareas de instalación. Este año, la cooperativa de sherpas de Pangboche presionó brevemente para hacerse con este dinero. La competencia por los diez o veinte mil dólares aún es demasiado fuerte, y una vez más Henry Todd y Mat Duff se quedaron con el pastel de la Cascada de Hielo. Mat y un grupo de sus sherpas habían equipado a toda prisa la ruta que habíamos de seguir.

Creo que llegará un tiempo en que la totalidad de la ruta hasta la cumbre del Everest será fijada por un equipo de escaladores sherpas. Todas las expediciones que utilicen esta ruta tendrán que pagar a los sherpas a modo de contrato. Llegará un día en que los nepalíes tomarán control de esta montaña de la misma manera que los americanos controlan el acceso al McKinley. Pero no será sin las maquinaciones y protestas de aquellos que hasta ahora se han beneficiado de modo exorbitante del duro trabajo de hombres mal pagados.

Nuestro grupo llegó al Campo Base el día 19 de marzo. Gracias a las recientes jornadas de entrenamiento no tuvimos que aclimatarnos a esta altitud, y nos enfrentamos a la Cascada de Hielo. Esta sección supone siempre un paso muy importante en la adaptación psicológica de quienes pretenden escalar el Everest. Es un salto a lo desconocido. La Cascada de Hielo es, previsiblemente, inestable. Cada tramo que se cruza es una terapia para el control del miedo. Es preciso concentrarse en cada detalle. Durante varias horas la ruta nos lleva cruzando continuamente amplias grietas sobre puentes hechos de escaleras atadas entre sí, ascendiendo en vueltas y revueltas a través de la cascada de movedizos bloques de hielo tan grandes como casas. El día 22 de marzo subimos a dormir al campo I con todos los miembros del grupo, a fin de aclimatarnos. Todo el mundo funcionó de modo satisfactorio. Aunque al principio de la ruta su marcha era un poco incierta, la segunda vez que recorrimos aquel tramo se movían ya con confianza y a paso mucho más rápido.

Superado aquel obstáculo, nos dedicamos de lleno a la rutina de escalada y descanso que es la aclimatación. Después de un descanso de dos días en el Campo Base, el día 26 ascendimos al campo I, a 6000 metros, pasamos allí la noche y el día 27 subimos directamente al Campo II, en la cota 6500. Permanecimos dos noches en el Campo II, realizando una aclimatación activa hasta una altura de 6800 metros. El día 29 descendimos al Campo Base. Esta vez ningún miembro del grupo de escalada o del personal de apoyo sufrió ningún problema de salud. Descansamos durante tres días en el Campo Base. Nuestra tercera salida de aclimatación comenzó el día 1 de abril. Subimos directamente al Campo II en ocho horas. Allí pasamos dos noches. El día 4 de abril ascendimos a 7000 metros y

volvimos al Campo II. El 5 de abril descansamos en el Campo II. El 6 de abril subimos al Campo III, a 7300 metros. Las cuerdas fijas que llevaban al Campo III habían sido instaladas por Apa y nuestro equipo de sherpas durante los días de aclimatación. El 7 de abril fue un día de descanso para todos.

En esta etapa afloraron los primeros problemas de organización. Los sherpas no estaban bajo mi control. Se les había contratado en concepto de trabajo de apoyo y habíamos acordado con ellos una serie de obligaciones: instalación de cuerdas fijas, instalación de los campamentos y porteo de los suministros. Pero al ser nosotros los primeros en la montaña, nuestros sherpas estaban asumiendo muchos trabajos que no podían repartir con los sherpas de otras expediciones. Apa estaba disgustado conmigo. Nuestros sherpas por sí solos no podían sacar adelante todo el trabajo que había que hacer para mantener el avance ininterrumpido del grupo de escaladores. Yo comprendía que estaba imponiendo mucha presión a Apa, pero el limitado nivel de experiencia y de conocimientos técnicos de nuestro equipo sherpa estaba ralentizando los progresos de la escalada. Por mi parte, quería que los escaladores durmieran en el Collado Sur y ascendieran a la cota 8200 en pleno proceso de aclimatación activa. También había decidido establecer un Campamento V a 8500 metros, que nos permitiera plantar cara a los posibles problemas de un descenso lento o del mal tiempo. Debido al pequeño motín de nuestros empleados sherpas, tuve que abandonar por el momento ese plan. Como solución de compromiso, ayudé a Apa en el equipamiento de la ruta y fijé las cuerdas desde el Campo III hasta la Banda Amarilla, en la cota 7500. El 8 de abril escalamos con ocho de los miembros indonesios hasta la altura de la Banda Amarilla y volvimos al Campo III. Pasamos allí la noche y el día 9 de abril descendimos al Campo Base.

Comenzábamos a apreciar algunas diferencias en el rendimiento y en la salud de los componentes del grupo escalador. La altitud y el esfuerzo tienen un efecto de selección natural. Los escaladores civiles estaban menos motivados y centrados que sus compañeros militares. A pesar de su falta de experiencia, tres de éstos se estaban decantando como los candidatos más fuertes al equipo de cumbre. Continuaban moviéndose con relativa facilidad, toleraban sin problema la altitud y seguían muy motivados por conseguir el objetivo de la cima. Durante el descenso observamos una disminución en el rendimiento de la mayor parte de los componentes del grupo, en tanto que los tres más fuertes descendieron directamente desde el Campo III hasta el Campo Base sin dificultades aparentes. Estos tres hombres eran Sersan Misirin, de treinta y un años; Prajurit Asmujiono, de veinticinco, y Letnan Iwan Setiawan, de veintinueve. A la vista del apoyo cada vez menor de los sherpas y las evidentes diferencias en cuanto a condición física y desempeño de los escaladores, mis compañeros rusos y yo entrevistamos que la composición del equipo de cumbre se estaba definiendo de este modo: tres miembros indonesios, tres guías y todos los sherpas que se mostraran sanos y dispuestos.

Volvimos al Campo Base el día 9 de abril para descansar durante una semana. Creo firmemente en los efectos positivos de la recuperación a baja altitud antes de un intento de cumbre. Hice que los miembros del grupo descendieran hasta la aldea de Deboche, situada en el bosque a 3770 metros de altitud, a fin de que se tomaran una tregua de una semana para descansar y recuperarse. El verdor de los frondosos bosques y el aire saturado de oxígeno tienen sobre la mente humana un efecto reparador que pocas cosas pueden igualar. Aquí, uno escapa por completo de la desolación del Campo Base, y después de tres semanas de esfuerzos continuados en aquellos helados desiertos, la mente y el cuerpo necesitan algún alivio.

Transmití al oficial militar de enlace, capitán Rochadi, la necesidad de instalar un Campamento V con dos tiendas, diez botellas de oxígeno, colchonetas y sacos de dormir. Esperé que encomendara a Apa y a nuestro equipo sherpa el cumplimiento de esta misión durante los siete días que duraría nuestra ausencia. Apa es un hombre extraordinario y muy trabajador, pero ahora sólo ocho de sus dieciséis hombres estaban en disposición de trabajar. Es imposible que un solo hombre asuma todas las tareas físicas necesarias para promover el éxito de toda la expedición. En sus experiencias anteriores, Apa había trabajado formado parte de fuertes equipos sherpas, en tanto aquí se le había dejado contratar a los otros sherpas según su criterio. El resultado es que muchos eran familiares o amigos que no estaban capacitados para cumplir adecuadamente su parte de trabajo. Finalmente, sólo ocho de nuestros dieciséis sherpas estaban en condiciones de ayudarnos. Este punto débil en la estructura de la organización y la falta de control de la situación por parte de los dirigentes del equipo indonesio estaba empezando a amenazar la eficacia de nuestro plan de ataque y de nuestra elaborada estrategia de seguridad.

No estoy culpando a nadie. Sé, por otras expediciones, que se necesitan años de reiteradas ascensiones y un constante apoyo económico para lograr reunir un equipo de sherpas con un nivel similar de fuerzas y de técnica, capacitado para asistir eficazmente a una expedición.

En estos momentos teníamos dos opciones: hacer cola en la ruta junto a otras expediciones, o ir antes que los demás y tener la montaña para nosotros solos. Después de lo acontecido el año anterior, no tenía la menor intención de hacer cola para un desastre. Cada grupo tiene suficiente con sus propios errores y carencias como para cargar

con las deficiencias de los demás. La crisis de los trabajadores se resolvió, pero no de forma óptima. Apa siempre se esforzaba, poniendo de su parte más que lo que esperaba de los demás.

Dejé a todo el grupo en Deboche para que pasaran allí cinco días, y yo partí hacia Katmandú para que me arreglaran el empaste de un diente, que se me había roto. El tiempo, supongo, hace mella en todos nosotros. Tenía muchas cosas en la cabeza: los recuerdos personales que me perseguían, las dudas acerca de cómo funcionaría en altitud después del accidente, y ahora este problema con los dientes. Todo aquello me robaba insidiosamente la energía.

El viaje a Katmandú interrumpía inoportunamente mi concentración. Estúpidamente, olvidé mi permiso de entrada al parque y tuve que saltar en plena noche la valla para poder salir del Sagarmatha National Park a fin de tomar el helicóptero en Lukla. En Katmandú, tuve la suerte de que me tratara el dentista de la Embajada Americana. Le estoy agradecido por haber prestado tan rápida atención a mi problema.

Los componentes del equipo estuvieron de vuelta en el Campo Base el día 21 de abril, plenamente recuperados y descansados, y nos reunimos para celebrar una ceremonia de ruego y oración. Los indonesios siempre recordaban a su dios, de modo muy parecido a como lo hacían los sherpas en sus ofrendas matutinas a la montaña. Yo apreciaba su actitud respetuosa. Los rostros de los miembros del grupo y del equipo de cumbre estuvieron serios y concentrados durante la ceremonia. El resto del día se dedicó a la organización personal. Es éste un tiempo tenso, pleno de expectación. Una calma meditativa se apodera siempre de mí en estas circunstancias, y siento la emoción del desafío que nos espera.

Supe que el Campo V aún no estaba instalado. Apa me aseguró que lo aprovisionarían mientras ascendíamos el día de la cumbre. Llegamos a un acuerdo con el grupo del Lhotse de Bashkirov para que ellos nos sirvieran de apoyo en caso de emergencia. Ellos estaban ahora aclimatándose en el Campo III. Dejaríamos en el Campo II al segundo grupo de cumbre y a algunos sherpas para que nos sirvieran de apoyo mientras subíamos el siguiente peldaño de la escalera táctica. Bashkirov, Vinogradski, Apa y yo llevaríamos radios durante la tentativa de cumbre. Uno o dos de nosotros permaneceríamos en todo momento con los miembros del grupo. En el Collado Sur tendríamos a dos sherpas con una radio, y dispondríamos de contacto por radio con los rusos del Campo III y con nuestros compañeros del Campo II y del Campo Base.

La previsión meteorológica de Katmandú era prometedora. Nos encontrábamos al término de una pequeña inestabilidad, pero los cinco días siguientes parecían estables. *Estable*, entendámonos, es un término relativo. La cumbre del Everest domina las cabeceras de una serie de largos valles fluviales. Sus gargantas son cada vez más abruptas, con breves tramos planos de llanura aluvial a medida que se progresa en altitud. El aumento de las temperaturas diurnas condensa la humedad en estos valles, y al atardecer ésta se eleva de modo natural siguiendo las gargantas de los ríos hasta alcanzar las cumbres de las montañas. Siempre hay que esperar algo de viento y nubosidad en la zona de cumbres al atardecer. A ocho mil metros de altitud, incluso estos cambios meteorológicos benignos pueden suponer ciertas dificultades. En el transcurso de los próximos días no se esperaban cambios serios, pero tendríamos que respetar los patrones meteorológicos normales. Yo sabía que iríamos lentos. El Campo V, instalado a 8500 metros de altitud, sería nuestra respuesta a ese problema inevitable.

A las doce de la noche, a la luz de la luna llena del día 22 de abril, tres rusos y seis indonesios abandonamos la seguridad del Campo Base, rumbo a lo desconocido. Ascendimos directamente al Campo II. El nutrido grupo de indonesios funcionaba bien: seis horas al Campo II, sin ningún problema. Aquel día, 23 de abril, descansamos en el Campo II. El 24 de abril dejamos a los sherpas y al segundo grupo de cumbre en el Campo II. Bashkirov, Vinogradski y yo, junto con Misirin, Asmujiono e Iwan, proseguimos hacia el Campo III. Los escaladores indonesios eran independientes, parecían fuertes y no necesitaban refuerzo emocional ni había que darles conversación para mantenerlos entretenidos. El día 24 de abril hacía mucho viento en el Collado Sur. Llamamos por radio al capitán Rochadi, que estaba en el Campo Base. Éste contactó a su vez con el servicio meteorológico en Katmandú, donde se le informó que aquellos vientos no indicaban un cambio importante del tiempo. La fuerza del viento tendería, probablemente, a disminuir durante los dos días siguientes. Decidimos que todo el grupo permanecería en el Campo III y que los sherpas descenderían al II. La decisión acerca del descenso de los sherpas fue una demanda de Apa. Éste volvió a asegurarme que él se encargaría de instalar el campamento de emergencia el día de cumbre. Descansamos el día 24 de abril. Entre las 3 y las 5 de la tarde del día 25 de abril, los componentes del grupo fueron llegando al Collado Sur. Los participantes indonesios ascendieron al Collado Sur utilizando oxígeno. Una vez allí, nos pareció que todos tenían buen aspecto. Coordinaban y razonaban bien, y seguían estando motivados.

Durante la tentativa de cumbre, todos los escaladores indonesios transportarían dos cartuchos de oxígeno cada uno, y lo utilizarían constantemente a razón de dos litros por minuto durante todo el día. Nuestros sherpas portearían otras tres botellas de oxígeno por escalador. También los sherpas usarían oxígeno el día de cumbre. Las

condiciones de la ruta eran tales, que abrir la huella iba a suponer un ingente gasto de energía. En algunos lugares la nieve llegaba a la altura del muslo, y entre 8100 y 8600 metros no bajaba de la altura de la rodilla. Por ser la primera expedición de la temporada, tendríamos que fijar todas las cuerdas de la ruta. Bashkirov, Vinogradski y yo decidimos llevar dos botellas de oxígeno cada uno durante la ascensión, y pedimos a Apa que se ocupara de que los sherpas llevaran dos botellas más para cada uno de nosotros.

Varias fueron las razones por las que decidí utilizar oxígeno en ese intento de cumbre. Nunca me he declarado de modo dogmático a favor o en contra del oxígeno. El problema grave del intento del 96 se presentó en el momento en que ningún escalador, fuera guía o cliente, lograba ya funcionar sin oxígeno adicional. Aquel hecho incrementó la probabilidad de que sucediera un desastre.

La primera razón por la que pensé en la posibilidad de utilizar oxígeno este año fue mi salud. En 1996 había escalado con éxito tres ochomiles durante los meses de otoño e invierno. En enero, febrero y marzo me sometí a un intenso programa de entrenamiento. Pero en octubre de este año había sufrido un grave accidente, que me había dejado bastante preocupado acerca de mi respuesta a la altitud. Mi programa de entrenamiento fue completamente distinto durante los meses de invierno anteriores a la expedición. Debía recuperarme de varias operaciones, y había pasado mucho tiempo organizando los detalles de esta salida. No me sentía con las mismas reservas de fuerza que había tenido en la anterior expedición. La semana antes de la ascensión final sufrí un absceso dental y una extracción, de la que me recuperaba cuando partimos hacia la cumbre.

La segunda razón se derivaba del programa de aclimatación. En el 96 había trabajado sin utilizar oxígeno, fijando cuerdas durante varios días hasta el Collado Sur. Ante la escasa disponibilidad de sherpas en disposición de trabajar, esta vez no habíamos podido pasar una noche de aclimatación en el Collado Sur. Para mí, esto era un factor de crucial importancia. Este período de 24 horas a 7900 metros sin oxígeno proporciona al organismo la oportunidad de adaptarse al estrés impuesto por la altitud. Esto no es tan importante cuando se piensa utilizar oxígeno para ir a la cumbre, pero creo que, en general, es muy prudente incluir este paso en el programa de aclimatación. En este caso, no tuve la oportunidad de pasar por encima de 7900 metros todo el tiempo que hubiera necesitado para confirmar que mi organismo respondía con normalidad a la altitud.

La tercera razón es que cuando llegamos al Collado Sur nos encontramos con que la ruta estaba en condiciones sumamente difíciles. A lo largo de todo nuestro itinerario, la nieve tenía entre sesenta centímetros y un metro de espesor. Sólo contábamos con ocho sherpas en disposición de trabajar, y yo necesitaba dejar instalado un campamento de emergencia. No podía pedir a los sherpas que abrieran huella y que además transportaran cargas pesadas. En esas condiciones, abrir huella se convierte en una tarea agotadora, brutal. Yo tenía que seguir siendo operativo después de abrir huella entre 8100 y 8600 metros. Sabía que el grupo de escaladores era lento, y que por lo tanto tendríamos que contar con una provisión de oxígeno en algún punto. Los tres asesores teníamos experiencia en situaciones de falta de oxígeno y sabíamos que, llegado el caso, soportaríamos bien este tipo de circunstancias. Decidimos utilizar oxígeno en la ascensión y también contar con una reserva adecuada en el Campo V.

Abriendo huella, trabajé nueve horas al ritmo de un litro de oxígeno por minuto. Creo que en esta situación el oxígeno me ayudó mucho. Continué utilizándolo hasta volver al campamento de emergencia. Bashkirov y Vinogradski dejaron de usarlo durante el descenso al Campo V. La primera botella me duró doce horas.

Durante la noche que pasamos en el Campo V, el oxígeno fue vital para los escaladores indonesios. Los asesores no lo usamos durante la noche. Para nosotros no fue un problema, porque no estábamos gastando energía. No fue una noche excesivamente fría, ni hacía viento. Al día siguiente descendí sin oxígeno y no volví a usarlo después de aquella noche.

En el Collado Sur teníamos a ocho sherpas. De ellos, sólo Apa y Dawa nos acompañarían a la cumbre, y el resto permanecerían porteando todo lo necesario para instalar y abastecer el campamento de emergencia, a 8500 metros de altitud. Apa continuaba asegurándose que el aprovisionamiento del Campo V estaba bajo control, y que yo no necesitaba ocuparme de esa parte del trabajo. Bashkirov, Vinogradski y yo sabíamos que tendríamos que ahorrar oxígeno y también que debíamos estar preparados para trabajar sin él en caso de emergencia. Las cuentas, sencillamente, no salían. Una botella de oxígeno dura unas seis horas a un ritmo de consumo de dos litros, que constituye un flujo moderado. Al ritmo de un litro, dura el doble. Teníamos que subir mucho material por aquella pendiente, y había que abrir una larga huella sobre nieve profunda. Nos esperaba un trabajo muy duro.

A las doce en punto de la noche del 26 de abril salimos del Collado Sur. Comencé a utilizar oxígeno al ritmo de un litro. Me puse a la cabeza y abrí huella. Encontraba injusto pedir a los sherpas que realizaran este trabajo cargados con sus pesadas mochilas. El avance era lento y difícil. Vinogradski y Bashkirov seguían más atrás, reservando sus energías y acompañando a los indonesios. A 8300 observé que llevábamos el mismo ritmo que el año anterior. Yo

iba delante, despegado del resto, con Apa a mis talones. Pero el grupo iba bastante lento. Continué abriendo huella hasta la cota 8600. Después de progresar durante cinco horas con la nieve a la altura del muslo, llegué cansado a la Cumbre Sur.

Más abajo, Apa fijaba cuerdas en un tramo de unos cien metros de pendiente más pronunciada para llegar hasta la Cumbre Sur. A las once de la mañana llegó el resto del grupo. Discutimos la situación con Apa. Éste sugirió que yo continuara abriendo huella hasta la cumbre. Le pedí cuerda. Me dijo que no había más. Yo estaba cansado. Aquellos de vosotros que soléis esquiar o caminar con raquetas de nieve, sin duda recordáis lo duro que es avanzar hundiéndose a partir de cierta altitud. En cotas altas el esfuerzo es tan grande que mina brutalmente la ambición y las reservas físicas. No me sentía lo suficientemente fuerte como para equipar sin correr riesgos aquel tramo de la ruta, uniendo entre sí fragmentos de viejas cuerdas. Deseaba escalar asegurado, pero aquello no era posible. No podía creerlo... ¿dónde estaban las cuerdas? Apa me comunicó que había utilizado los últimos cientos de metros de cuerda en una sección de la ruta que usualmente no necesitaba cuerdas fijas. Debido a la inestabilidad de la nieve, me pareció que había que fijar aquel tramo para no correr riesgos durante el descenso. Aquí arriba, todos los márgenes son muy estrechos. Lo que desde abajo percibimos como sombras de problemas se convierten, en estos momentos del día de cumbre, en arrolladores inconvenientes que predicen el éxito o el fracaso. Ahora, podíamos llorar y lamentarnos, o bien arreglarnos del mejor modo posible. Las docenas de conversaciones en las que una y otra vez se me confirmaba que contábamos con todo el equipo que yo había solicitado, se habían evaporado en el aire.

Apa se ofreció a descender y recuperar la cuerda. Yo sentía que el tiempo era ya un factor decisivo. El reloj corría, urgiéndonos a seguir adelante o abandonar el intento. Apa comprendió que aquel error con la provisión de cuerdas podía comprometer todos los esfuerzos de la expedición, y realizó una auténtica proeza: se adelantó y equipó una línea fija utilizando nuestra última cuerda de cuarenta metros y los viejos trozos de cuerda de otras expediciones que permanecían al descubierto. Agradecí mucho aquel momento de descanso. Comencé a notar una mejoría en mis fuerzas y mi estado físico. Envié a Vinogradski a recuperar los últimos cientos de metros de cuerda fija. La orden pasó de uno a otro a lo largo de la hilera de escaladores hasta llegar a los sherpas que ascendían por aquel tramo de cuerda. Estos prometieron traerla consigo cuando terminaran de subir por ella, a fin de instalarla en el Escalón Hillary. No lo hicieron.

Cuando llegó Dawa Sherpa, nos comunicó que ya teníamos una tienda y oxígeno extra a 8500 metros. Apa había unido entre sí varios fragmentos de cuerda hasta lo alto del Escalón Hillary. De momento, nuestros escaladores parecían estar en buena forma. Eran poco más de las 12:30 cuando Apa coronó el Escalón Hillary. El buen tiempo aguantaba, el campamento de emergencia estaba instalado. Bashkirov, Vinogradski y yo decidimos intentar la cumbre a pesar de que, presumiblemente, llegaríamos muy tarde, alrededor de las 3:00 de la tarde.

Aunque se movía con lentitud, Misirin todavía funcionaba por sí mismo. Asmujiono se movía bien, pero ahora su concentración empezaba a ser la de un zombie, con un nivel de consciencia muy bajo. Iwan progresaba con lentitud y su coordinación empezaba a fallar, aunque su mente todavía funcionaba bien. De los tres, Misirin era quien parecía estar en mejores condiciones. Nosotros pensábamos que era él quien tenía más probabilidades de llegar a la cumbre. En este sentido, todos los hombres estaban altamente motivados y deseaban tener una oportunidad de llegar a la cumbre. Yo era partidario de seguir adelante con sólo uno de ellos, y dar la vuelta a todos los demás. Me convencí a mí mismo de que podríamos retrasar esa importante decisión hasta el momento de coronar el Escalón Hillary. Encargué al doctor Vinogradski que se ocupara de Asmujiono, porque me pareció que el deterioro de sus facultades mentales podría convertirse en un problema importante y deseaba asegurar el seguimiento médico de su estado.

Bashkirov y Misirin salieron delante, a continuación Iwan y yo, y por último Asmujiono y Vinogradski. Las condiciones de la arista habían cambiado mucho con respecto al año anterior; esta vez había gran cantidad de nieve y mostraba una pendiente más fuerte. Iwan se movía con lentitud; en cierto momento se cayó y alcanzó a pararse débilmente en la vieja cuerda fija. Comencé a enseñarle cómo utilizar adecuadamente su piolet sobre la arista. Entonces caí en la cuenta de que este hombre nunca había visto nieve hasta hacía cuatro meses. Habíamos esperado poder contar con buenas cuerdas, que hacen innecesario el uso del piolet para seguir una huella trazada por una arista. Y ahora, ahí estaba yo impartiendo sobre la marcha lecciones de técnica a aquel joven valiente y resuelto que luchaba por seguir la ruta. Me pregunto qué significaba aquella experiencia para estos hombres. Soy un deportista; para mí la cumbre de una montaña jamás será un logro que merezca el sacrificio de una vida. La mentalidad de aquellos soldados era completamente diferente. Estaban más comprometidos con el triunfo que con su propia vida.

Me concentré en lo que hacía, mientras Iwan seguía esforzándose por avanzar. Ascendíamos lentamente sobre

la arista y llegué a la base del Escalón Hillary. Allí encontré el cuerpo de un hombre [55]. Yacía enredado en las cuerdas, en la base del Escalón Hillary. Sus crampones estaban en medio del paso para quienes ascendían aquella última porción delicada de la ruta. No pude reconocer sus facciones. Las condiciones eran allí tan duras que lo único que puedo asegurar es que su traje era de color azul. No pude concentrarme en aquel hombre, ni tampoco pudieron hacerlo las otras personas del grupo. Lo lamento mucho, porque siempre se le debe respeto al caído. Pero allá arriba yo debía proteger la vacilante llama de vida de aquellos tres indonesios. Nuestra situación distaba mucho de ser estable.

Alcancé la parte superior del Escalón Hillary en tanto Iwan y Asmujiono subían despacio hacia el final de la arista. Hablé con Bashkirov. Teníamos que decidir si convenía hacer bajar a estos dos escaladores y seguir sólo con Misirin. Apa y Dawa, nuestros únicos sherpas, habían seguido hacia la cumbre. Asmujiono estaba ascendiendo el Escalón Hillary. Vinogradski se reunió con nosotros. Evgeny había intentado convencer a Iwan para que se diera la vuelta, pero allá estaba, pugnando por remontar el Escalón Hillary. Nadie estaba dispuesto a admitir la derrota. Me preocupaba que aquellos hombres estuvieran llegando al límite de sus fuerzas. Una cosa era subir, pero después habría que bajar. Iban a tener que descender por sí solos. Aún faltaban cien metros para la cumbre e íbamos muy despacio. Les expuse mi opinión. Recomendé a Iwan y a Asmujiono que se detuvieran allí e iniciaran el descenso. Ellos rehusaron.

Todos juntos seguimos hacia la cumbre. Yo me adelanté y encontré a Apa y a Dawa a treinta metros de la cima. Hablé de la preocupación que sentía ante las menguantes facultades de Asmujiono e Iwan. Parecían *zombies*, incapaces de concentrarse en nada que no fuera la cumbre. Yo quería que se dieran la vuelta ahora que todavía funcionaban. Era muy probable que tuviéramos que hacer uso del campamento a 8500 metros. Yo quería bajar de la cumbre lo antes posible. Ahora eran las tres de la tarde. Nos estábamos retrasando mucho. El tiempo estaba en calma, pero veía finas nubes que se desplazaban sobre la falda de la montaña. Los escaladores avanzaban un paso, descansaban un minuto y daban otro paso. A ese ritmo, tardarían otros treinta minutos en llegar. Alcancé la cumbre; a treinta metros de distancia me seguían Misirin y Bashkirov. Vi cómo Misirin se desplomaba sobre la nieve. Repentinamente Asmujiono pasó junto a Misirin. Avanzó hacia la cumbre, como corriendo obstinadamente a cámara lenta hasta abrazar el trípode de banderas y postes que marcan la cumbre oficial del Everest. Cambió su gorro por una gorra militar y desplegó la bandera de su país. Yo no salía de mi asombro.

Los indonesios habían triunfado en la tenacidad de aquel hombre. ¡Ya era suficiente, ahora había que bajar!

Comprobé mentalmente mis recursos físicos. Me sentía bien. No tenía la sensación de hallarme al límite de mis fuerzas. Notaba que tenía mucha energía de reserva. Bashkirov y Vinogradski se sentían fuertes y razonaban con claridad. Continuábamos tomando decisiones y dirigiendo la situación. Nuestro equipo de indonesios había conectado el piloto automático. Estábamos al borde de una situación peligrosa.

Fotografié a Asmujiono. Eran las tres y media, muy tarde. Bashkirov llegó a la cumbre. Apa volvió a la cima. Le envié hacia abajo inmediatamente, para que dispusiera la tienda del Campo V. Sólo estuvimos diez minutos en la cumbre. Vinogradski se encontraba a sólo algunos metros de nosotros, cuando ordené descender a todo el mundo. Vinogradski se dio la vuelta y caminó hacia Iwan, que estaba a unos ochenta metros de los postes somitales. Llegué a la altura de Misirin, a sólo treinta metros de su objetivo. Me arrodillé junto a él, que estaba tendido en la nieve. Dije a Misirin que ya había alcanzado la cumbre. Quedé atónito al ver que se levantaba, se recomponía e iniciaba el descenso. Alcanzamos a Vinogradski y a Iwan que estaban bajando, cien metros por debajo de la cúspide. Me había costado mucho obligar a aquellos hombres a darse la vuelta, ahora que estaban tan cerca, pero esta vez insistí. Cada minuto contaba. Si no descendíamos con la luz diurna comprometeríamos toda nuestra estrategia de seguridad.

Llegamos a la Cumbre Sur a las cinco de la tarde, moviéndonos terriblemente despacio sobre las viejas cuerdas que Apa había empalmado entre sí para proteger la travesía. Yo descendí el último, detrás de los indonesios que progresaban con lentitud. Dawa Sherpa nos estaba esperando en la Cumbre Sur. Misirin cayó al suelo varias veces mientras bajaba. Cada vez que caía, se levantaba tambaleándose y proseguía la marcha. Iwan, que estaba utilizando el oxígeno de Vinogradski, acababa de desconectarse de la cuerda fija y se cayó antes de fijarse al otro lado del fraccionamiento. Si Vinogradski no le hubiera agarrado y conectado a la cuerda, el indonesio habría sufrido una caída de más de cien metros. Asmujiono, que se movía aceptablemente, descendía con los sherpas. Me puse a la cabeza del grupo, usando el frontal para iluminar el camino en el declinar de la luz. Como medida de conservación, había dejado de respirar oxígeno. A las siete y media todos los indonesios llegaron conmigo al Campo V. Bashkirov y Vinogradski llegaron una hora más tarde. Ahora sólo los indonesios utilizaban oxígeno. Les quité los crampones y les hice pasar al interior de la tienda. A ésta le faltaban dos tramos de varillas y semejaba más bien una gran funda de vivac. Dentro había un hornillo, cacerolas, gas, una colchoneta y dos botellas de oxígeno llenas. No era

exactamente mi ideal de un campamento de emergencia. Estábamos los seis en el interior de aquella tienda. La temperatura comenzaba a descender, pero dentro se estaba mucho mejor que a la intemperie. Gracias a Dios, no hacía viento; el Everest iba a apiadarse de nosotros aquella noche. Apa quiso descender, junto con Dawa. Les dije que podían marchar, y que hablaríamos por radio a la mañana siguiente.

Entonces comenzó lo que Bashkirov describió en su diplomático estilo como una noche dramática. Evgeny Vinogradski se mostró tal cual era. Apenas llegó al Campo V comenzó a fundir nieve para preparar agua caliente y no dejó de hacerlo en toda la larga noche. Bashkirov y yo nos turnábamos para hacer circular la máscara de oxígeno entre los tres exhaustos escaladores indonesios. La pasábamos de uno a otro, consiguiendo alargar el oxígeno para toda la noche. Con frecuencia oíamos llorar o rezar a alguno de ellos, que llevaba demasiado tiempo privado de la preciosa botella. Bashkirov, Vinogradski y yo nos fuimos turnando, en silencio, a lo largo de las horas de oscuridad. Lo logramos trabajando unidos^[56].

Llegó la madrugada con un espléndido despliegue de colores y sin viento. Al salir de la tienda nos encontramos frente a espectaculares vistas del Lhotse, Makalu y Kangchengjunga hacia el Este y hacia el Sur, en tanto el sol de la mañana derramaba sobre la cumbre del Everest cegadoras glorias de luz. Estábamos vivos. Ahora, si descendíamos con precaución, habríamos sobrevivido. La leve victoria de la cumbre se convertiría en una auténtica victoria cuando todos los miembros del grupo llegáramos al Campo Base.

Preparamos una última ronda de agua y todo el mundo bebió. Todos estábamos psicológicamente recuperados. Ninguno mostraba congelaciones. Se había acabado el oxígeno, pero la aclimatación de los indonesios y la larga noche compartiendo una sola botella había contribuido a mitigar el desasosiego de la dependencia. Se movían con lentitud, pero se movían. Sabíamos que Apa y los sherpas del Collado Sur vendrían a nuestro encuentro. Habíamos sobrevivido. En la jubilosa luz de la mañana, con el mundo extendido allá abajo a nuestros pies, comenzamos a descender. Merced a Sagarmatha^[57] estábamos vivos y descendíamos sin daño alguno, libres del lastre de la tragedia.

Ahora me sentía suficientemente confiado respecto a la seguridad de nuestra situación como para ocuparme de mis obligaciones personales en la montaña. Al llegar a la cota 8400 empecé a buscar el cuerpo de Scott. Habíamos pasado a sólo cuarenta metros de distancia de él mientras ascendíamos en medio de la oscuridad. Entonces ya había tratado de localizarle, sin éxito. Traía conmigo una bandera que llevaba inscritas las despedidas de la esposa y los amigos de Scott. Yo trataría de darle sepultura. Jeannie sabía que yo iba a hacer cuanto pudiera en esta misión. Dejé la bandera en la cumbre, porque debido a las condiciones del grupo y a la tarea que nos esperaba no estaba seguro de poder encontrar a Scott durante el descenso. Ahora, pasado lo peor, tenía que cumplir con mi compromiso de enterrar a mi amigo. Lo encontré casi completamente cubierto por la nieve. Pedí a Evgeny que me ayudara en esta triste tarea. Le cubrimos con nieve y rocas, y marcamos el punto con el mango de un piolet que encontramos en las proximidades. Aquella fue nuestra última prueba de respeto hacia un hombre que había sido, a mi parecer, la más viva y radiante expresión de la personalidad americana. A menudo pienso en su alegre sonrisa y en su temperamento positivo. Yo soy un hombre difícil y espero recordarle siempre, tratando de que mi vida siga un poco más su ejemplo. Su bandera ondea en la cumbre.

Evgeny y yo llegamos a mediodía al Collado Sur. Misirin, Iwan y Asmujiono recibieron una nueva provisión de oxígeno en el Balcón. Aquí, en el Collado Sur, se convencieron de haber sobrevivido. Tomamos té y nos acomodamos para pasar la noche.

La mañana del día 28 crucé el Collado Sur hasta llegar al borde próximo a la pared del Kangshung, donde había dejado a Yasuko Namba aquella terrible noche del año pasado. La encontré parcialmente cubierta de nieve y hielo. Su mochila había desaparecido y los objetos que contenía estaban desperdigados sobre las rocas y el hielo en torno suyo. Recogí algunos objetos pequeños para su familia. Lentamente moví algunas rocas para cubrir su cuerpo pequeño e inmóvil. Dejé como hitos dos piolets que encontré cerca de ella. Aquellos pequeños actos de respeto eran todo cuanto yo podía ofrecer a su familia y a la familia de Scott, en mi pesadumbre por haberlos perdido.

Pensé en cuán cerca de la muerte habían estado Iwan, Asmujiono y Misirin. Pensé en cómo viven con su tristeza las familias que han perdido aquí a alguien a quien amaban. Sabía que este éxito sólo contribuiría a atraer a otras personas inexpertas hacia las montañas. Desearía con todas mis fuerzas tener otras oportunidades para ganarme la vida. Soy un deportista, y en las montañas hay muchos objetivos que me gustaría poder intentar. Como cualquier hombre que tiene una habilidad, me gustaría explorar los límites de mis capacidades. Es demasiado tarde para que yo pueda encontrar otro modo de financiar mis objetivos personales; a pesar de ello tengo grandes reservas cuando trabajo trayendo hombres y mujeres inexpertos a las altas montañas. Para mí es duro decir que no quiero ser llamado guía, para establecer una distinción que me absuelva de esa terrible elección entre la ambición de otra persona y su vida. Cada persona debe asumir la responsabilidad de arriesgar su vida. Estoy seguro de que esta

distinción entre guía y asesor será objeto de burla por parte de algunos, pero es la única protesta que puedo hacer respecto a la garantía del éxito en esas montañas. Puedo ser un instructor, un consejero; actuaré como agente de rescate. Pero no soy capaz de garantizar el éxito ni la seguridad a nadie a causa de la aplastante complejidad de las circunstancias de la naturaleza y del quebranto físico que impone la altitud. Acepto la posibilidad de morir en las montañas.

Misirin, Asmujiono, Iwan, Apa, Dawa, Bashkirov, Vinogradski y yo descendimos hacia el dulce abrazo de la victoria. Muchas personas contribuyeron a este éxito. Pero, por encima de todo, tuvimos suerte. La expedición indonesia tuvo un final que no atormentó mi corazón.

Postdata

Después de su éxito en el Everest, los escaladores indonesios y Bukreev, junto con los otros asesores rusos, volvieron a Katmandú para participar en una fiesta de celebración y para finalizar los trámites de la expedición. A mediados de mayo, concluidas las tareas con los indonesios, Bukreev y un amigo suyo volaban nuevamente a Luka para iniciar la marcha de retorno al Campo Base del Everest. Allí Anatoli deseaba evaluar el tiempo y las condiciones de la montaña para intentar quizás una travesía del Lhotse-Everest: ascender a la cumbre del Lhotse y a continuación realizar una travesía hasta coronar el Everest^[58].

Nada más salir de Namche Bazaar, allí donde el sendero desciende dibujando vueltas y revueltas sobre las empinadas laderas cubiertas de rododendros hasta una garganta del Dudh Kosi, Bukreev encontró a la doctora Ingrid Hunt, que había venido al Himalaya para colocar una placa de bronce en recuerdo de Scott Fischer. Bukreev y Hunt conversaron brevemente, y la doctora le confesó, con lágrimas en los ojos, que no deseaba volver jamás al Himalaya.

Después de despedirse de Ingrid, Bukreev siguió su camino hacia el Campo Base del Everest. Miraba a todos los escaladores que descendían, con la esperanza de encontrar a algún componente de una expedición japonesa que había abandonado el Campo Base y la tentativa de escalar la montaña. Bukreev tenía en Katmandú algunos amuletos y efectos personales que había recogido en las proximidades del cuerpo de Yasuko Namba después de darle sepultura bajo un montículo de piedras. Anatoli deseaba enviar aquellos objetos personales a su marido, en Japón.

Después de pasar la noche en Pangboche, Bukreev y su amigo partieron temprano. Al llegar a Gorak Shep, alrededor de las tres de la tarde, pararon a tomar té en un *locare* bajo la creciente sombra de la pirámide nevada del Pumori. En el patio del edificio encontraron a un japonés, al que preguntaron si conocía a alguien que pudiera llevar a Tokio las pertenencias de Yasuko Namba y entregarlas a su familia. El conocido escalador japonés Muneo Nukita, que era el interlocutor de Bukreev, comprendió la pregunta y se dirigió a un hombre que se encontraba a unos cincuenta metros de distancia. Era Kenichi Namba, marido de Yasuko Namba, que había venido a Nepal con la esperanza de poder recuperar el cuerpo de su esposa.

Con Muneo Nukita haciendo las veces de intérprete, Bukreev y Kenichi Namba compartieron una marmita de té y Anatoli intentó explicar, en su inglés titubeante y quebrado, los acontecimientos que habían tenido lugar el año anterior. Se disculpó, diciendo repetidamente que hubiera deseado haber sido capaz de hacer algo más. Mientras hablaba caían lágrimas por sus mejillas. Dijo que conservaba una sensación de fracaso personal por la muerte de Yasuko, porque no había conseguido proporcionarle la ayuda que había dispensado a Charlotte Fox y a Sandy Hill Pittman. Había asumido cosas, había esperado que llegara una ayuda que nunca llegó. Lo sentía mucho.

Kenichi Namba escuchó en silencio, con atención, y cuando Bukreev no pudo decir nada más, explicó en japonés que él no culpaba a nadie, que su esposa había sido una montañera, que había tenido la ambición de escalar el Everest y que lo había conseguido. Agradeció a Bukreev la ayuda que pudo prestar a los otros escaladores, y también que hubiera ido allí donde él no habría podido

ir, a sepultar el cuerpo de su esposa para impedir que quedara expuesto a los elementos. Hablaron durante dos horas todavía, y después, cuando la luz ya declinaba, Bukreev se despidió de él y continuó su camino, de vuelta a la montaña.

En memoria

De las montañas emana una fuerza que nos llama hacia sus dominios, y allí están, para siempre, nuestros amigos, cuyas almas grandes soñaron con las alturas. No olvidéis a los montañeros que no han vuelto de las cumbres.

Anatoli Bukreev, 1997

Inscripción dedicada a Ervand Ilinski, instructor del Club Deportivo Militar, Alma Ata, Kazajstán.

El día 6 de diciembre de 1997, Anatoli Bukreev recibió el premio del Memorial David A. Sowles, del Club Alpino Americano. Este premio, uno de los más prestigiosos que pueden honrar a un montañero, sólo se otorga a aquellas personas que «se han distinguido, con generosa devoción, con riesgo personal o con el sacrificio de un importante objetivo, acudiendo en ayuda de sus compañeros escaladores». En el caso de Bukreev, el premio se concedió, por decisión unánime del comité del Memorial, «en razón de los repetidos y extraordinarios esfuerzos encaminados a buscar y a salvar las vidas de tres compañeros exhaustos atrapados en medio de una tormenta en el Collado Sur del Everest», y además por los «valientes intentos en los que arriesgó su vida saliendo en plena tormenta en una desesperada tentativa de salvar a su amigo y jefe de expedición Scott Fischer».

El premio se entregó durante la reunión anual del Club Alpino Americano en Seattle, Washington, y su anuncio suscitó un prolongado aplauso. Los amigos de Bukreev, expertos y prestigiosos montañeros e himalayistas, habían reflexionado durante más de un año en torno a las circunstancias de la tragedia del día 10 de mayo de 1996 en el Everest, concluyendo por reconocer el heroísmo de Anatoli.

Bukreev, que había marchado de los Estados Unidos rumbo a Nepal unas semanas antes de la presentación del premio, había solicitado que se leyera en su nombre una breve nota ante un auditorio de más de cuatrocientas personas. Con su característica sencillez, Bukreev expresaba en el escrito su modesto agradecimiento: «Creo que el Club Alpino Americano ha hecho un gran esfuerzo para comprender a un hombre procedente de otra cultura».

Bukreev marchó a Nepal para reunirse con Simone Moro, de Bergamo, Italia, que a sus treinta años se encuentra entre los alpinistas más respetados del país. Ambos planeaban una ascensión invernal de la cara sur del Annapurna I (8078 m). Moro dijo que, a su llegada a Katmandú, Anatoli se encontraba en buena forma y estaba muy contento de volver al Himalaya. De hecho, en las montañas era donde se hallaba más a sus anchas, donde era más él mismo. Unos meses antes de la expedición al Annapurna había respondido así a un periodista de Kazajstán que le había preguntado si no sentía miedo en las montañas: «Sinceramente, no siento miedo cuando estoy en las montañas. Por el contrario... siento cómo mis hombros se yerguen, se ensanchan; como los pájaros cuando extienden las alas, disfruto la libertad y la altitud. Sólo cuando vuelvo a la vida del llano siento el peso del mundo sobre mis hombros».

El día 1 de diciembre, mientras se aproximaban en helicóptero al Campo Base del Annapurna

I, Bukreev, Moro y el cineasta Dimitri Sobolev, de Kazajstán, encargado de registrar en imágenes la expedición, se sentían prudentemente optimistas respecto a sus posibilidades de éxito en la montaña. La gran cantidad de nieve recién caída les había obligado a variar el itinerario de ascensión que tenían previsto, pero les alentaba la perspectiva de una inminente mejoría meteorológica.

Durante tres semanas, abriendo huella en ocasiones con la nieve a la altura del pecho, Bukreev, Moro y Sobolev trabajaron para instalar el Campo I, a 5200 metros. Desde allí, habían decidido instalar cuerdas hasta la parte superior de una arista, a poco más de 6000. Seguidamente, recorrerían aquella arista hasta llegar a la cumbre. Era una ruta más larga y más dura que la que habían elegido en un principio, pero pensaban que dicho itinerario disminuía su exposición al riesgo de avalanchas, porque reducía al mínimo el tiempo que habrían de permanecer en las pendientes del Annapurna.

Bukreev, Moro y Sobolev despertaron en su tienda con las primeras luces del día 25 de diciembre de 1997, día de Navidad. Moro dijo que Anatoli se hallaba relajado, bromeaba y estaba de muy buen humor. A lo largo de toda la mañana los escaladores trabajaron fijando cuerdas, progresando hacia la línea de la arista que tenían sobre ellos. A las 12:27, Moro se encontraba a 5950 metros. Bukreev y Sobolev, más abajo, ascendían por un corredor. Bukreev traía al hombro una madeja de cuerda, con la que iban a equipar los últimos cincuenta metros que les quedaban para coronar la arista.

Inclinado sobre su mochila, Moro se enderezó al oír una fuerte explosión, y mirando por encima del hombro vio venir hacia él un bloque de hielo del tamaño de una casa. Una cornisa, que no era visible desde la ruta que estaban siguiendo, acababa de desprenderse de la arista. En los tres segundos que transcurrieron antes de que el frente de la avalancha le alcanzara, Moro sólo tuvo tiempo para mirar hacia el fondo del corredor y gritar una palabra: «¡Anatoli!».

Bukreev, que se encontraba a unos 5650 metros, y Sobolev, justo debajo de él, levantaron la mirada al oírle y vieron un muro de hielo y nieve que se desplomaba como una cascada. Moro dijo que Anatoli le miró, y con movimientos calmados y rápidos comenzó a atravesar en diagonal hacia la empinada pared lateral del corredor que él y Sobolev estaban ascendiendo.

La tremenda fuerza de la avalancha barrió a Moro, arrastrándole hasta expulsarle, finalmente, a poca distancia de la tienda del Campo I de la expedición. Simone quedó inconsciente, semienterrado bajo la masa de nieve que se asentó estremeciéndose, como un sudario. Cuando volvió en sí unos minutos más tarde, Moro forcejeó hasta lograr ponerse en pie y durante veinte minutos estuvo gritando mientras deambulaba entre los restos de la avalancha, pero no obtuvo respuesta de Anatoli ni de Dimitri.

Con las palmas de las manos laceradas hasta los tendones a causa de la fricción contra la cuerda fija, Simone se acercó al campo I para buscar un nuevo par de guantes, y seguidamente caminó durante seis horas, entre dolores torturantes, para llegar al Campo Base del Annapurna. Afortunadamente, un sherpa a quien se le había dado la opción de abandonar el campamento estaba todavía allí. Solicitaron la ayuda del helicóptero y Simone fue trasladado a Katmandú para recibir atención médica. Antes de entrar al quirófano, hizo una llamada telefónica a los Estados

Unidos.

La noticia llegó a Santa Fe, Nuevo México, a última hora del día 26 de diciembre, y fue recibida en medio de un incrédulo estupor. El día anterior, Linda Wylie, novia de Anatoli; la cineasta Dyanna Taylor, que en 1978 acompañó a una expedición femenina al Annapurna (en la que murieron dos de las escaladoras) y yo, habíamos celebrado la Navidad ascendiendo en medio de una ventisca a Atalaya Mountain, un sencillo pico de trekking al norte de Nuevo México. Durante todo el día, nuestros pensamientos y temas de conversación se desplazaban una y otra vez a Nepal, y nos preguntábamos qué día elegirían Anatoli y Simone para realizar su intento de cumbre. Nos imaginamos que probablemente querrían aprovechar el período de luna llena.

El día 28 de diciembre, Linda Wylie partió con rumbo a Nepal para colaborar en la medida en que pudiera en la búsqueda de Anatoli y Dimitri. Albergábamos la esperanza de que, de algún modo, hubieran podido escapar de entre los restos de la avalancha y alcanzar la tienda del campo I, que había quedado en pie y completamente aprovisionada de alimentos, hornillos y ropa de altitud, con lo que podrían haberse mantenido con vida hasta la llegada del equipo de rescate.

En los últimos días de diciembre se realizaron varios intentos para llegar en helicóptero hasta el lugar de la avalancha, pero la profusa nubosidad impidió que el equipo de búsqueda pudiera acercarse al Campo I. En los Estados Unidos y en Europa los medios de comunicación dispararon la especulación en torno a la suerte de los escaladores perdidos. Una de las diversas llamadas telefónicas que recibí procedía de la sección de comprobación de hechos del *U. S. News & World Report*. El periodista me preguntó si podía explicar ciertos detalles para un artículo que pensaban publicar acerca de la muerte de Anatoli. Sorprendido y preocupado ante la idea de que la revista se planteara publicar semejante artículo antes de que se supiera exactamente cuál había sido el destino de los dos escaladores, accedí a regañadientes a valorar la precisión del artículo que pretendían publicar. A las pocas líneas de la historia, se decía que a Bukreev «probablemente se le recordaría como *el malo* del libro de Jon Krakauer *Into Thin Air*». Interrumpí a la persona que leía el texto. «No, yo no lo creo así. Si Anatoli ha muerto, estoy seguro de que se le recordará como le vieron sus compañeros: un consumado montañero y un hombre sumamente valeroso».

Por fin, el día 3 de enero de 1998 un grupo de escaladores de Kazajstán, encabezados por Rinat Khaibullin, junto con varios sherpas, fueron trasladados en helicóptero hasta el Campo I, donde inspeccionaron la extensión afectada por la avalancha y la tienda en la que Anatoli había dormido la víspera de Navidad. Dicha tienda estaba tal como la había dejado Simone Moro: vacía. Linda Wylie envió desde Katmandú una confirmación: «Se acabó... Ya no hay ninguna esperanza de encontrarle vivo».

Recibí la noticia en casa. Secretamente, había mantenido la esperanza de que Dimitri y Anatoli hubieran sido hallados con vida; de que hubieran conseguido llegar a la tienda del Campo I. Si alguien podía haber sobrevivido, ése era Bukreev, el *Cuervo Blanco*, como le llamaban cariñosamente sus amigos de Kazajstán, que apreciaban su carácter singular. Me imaginaba que le encontrarían sentado en su tienda con las piernas cruzadas, sorbiendo una taza de té recién hecho. Me parecía estar viendo la socarrona sonrisa que aparecería en su rostro al preguntar a su amigo Rinat: «¿Por qué has tardado tanto?».

Con el teléfono en la mano, contemplé la pared situada detrás de mi mesa de trabajo, donde desde hace años puede leerse una nota con las frases de una cita. Es de Andrey Tarkovsky, un prestigioso director cinematográfico ruso:

«Me interesa por encima de todo el carácter capaz de sacrificarse a sí mismo y a su estilo de vida... Suele ser absurdo y poco práctico. Sin embargo —o precisamente por esta razón— el hombre que actúa de este modo propicia cambios fundamentales en la vida de otras personas y en el curso de la historia».

Anatoli Nikolaievich Bukreev fue, según mi experiencia, uno de esos caracteres, y me siento honrado por haber colaborado en sus esfuerzos para contar su historia personal. No tengo las palabras necesarias para expresar cuánto vamos a echarle de menos sus amigos y yo, y quienes escalaron con él, y quienes le amaban.

Dimitri Sobolev. Anatoli Bukreev. No os olvidamos.

Weston De Walt
Black Mountain, North Carolina 10 de mayo de 1998

Reseña del American Alpine Journal

Después de todo lo que se ha escrito en torno a la tragedia del año 1996 en el Everest, ¿qué necesidad hay de leer otro relato más? Los medios de comunicación nos inundaron con cantidades ingentes de hechos en bruto, dejándonos sin embargo la creciente polémica que impulsó al guía Anatoli Bukreev, de Kazajstán, a publicar su versión de la historia en colaboración con G. Weston DeWalt. En *EVEREST 1996*, Bukreev describe el modo en que realizó, sin la ayuda de nadie, uno de los rescates más asombrosos de la historia del himalayismo, tan sólo unas horas después de haber escalado el Everest sin oxígeno.

Dependiendo de la fuente de información que uno consulte, Bukreev es el héroe o el villano de los desafortunados acontecimientos que tuvieron lugar en el Everest. Sólo un mes después de que su libro *EVEREST 1996* viera la luz, en noviembre de 1997, Anatoli Bukreev pereció víctima de una avalancha en el transcurso de una ascensión invernal en la cara sur del Annapurna. Cuando, durante una entrevista con un medio de la prensa nacional, DeWalt escuchó que calificaban a Bukreev como *el villano del bestseller* de Jon Krakauer *Mal de altura*, les recordó que el *American Alpine Club* acababa de conceder a Bukreev un importante galardón en honor a su heroísmo, y que permanecería siempre en la memoria de sus compañeros como uno de los más grandes himalayistas de todos los tiempos.

Cuando Bukreev desapareció en el Annapurna, su libro recién publicado y el premio con el que le había distinguido el AAC estaban empezando a alimentar con renovadas energías las llamas de la controversia.

Al publicar la noticia de la muerte de Bukreev, *The New York Times* comentaba: «Krakauer acusa a Bukreev..., de haber comprometido la seguridad de sus clientes al intentar cumplir sus propias ambiciones..., y de haberlos puesto en peligro al llevar a cabo la agotadora ascensión sin utilizar botellas de oxígeno...». Sin embargo, Krakauer reconoce a Bukreev como el valeroso salvador de las vidas de dos (sic) escaladores». Aquí tenemos la controversia reducida a una porción razonable.

EVEREST 1996 ofrece una bocanada muy necesaria de aire fresco y está escrito desde la perspectiva de un guía, disipando en parte la intrigante y enrarecida atmósfera creada por los medios de comunicación en su búsqueda de culpables. A través de sus páginas nos enteramos, por ejemplo, de que todos los clientes de Bukreev sobrevivieron a la tragedia sin lesiones de gravedad, mientras que las personas muertas o gravemente afectadas formaban parte del grupo de Krakauer. Los jefes de ambos equipos, Scott Fischer y Rob Hall, tampoco vivieron para contar su versión de la historia.

La pregunta de por qué aquellos dos líderes que competían entre sí se demoraron durante tanto tiempo en una cota tan elevada no se llega a responder nunca de modo directo. Sin embargo, entre líneas aparece claramente la respuesta para aquellos que se han planteado esta pregunta con más insistencia. La extremada premura que tanto Fischer como Hall sentían por lograr la mayor cantidad posible de publicidad gratuita en *Outside*, con el fin de atraer a nuevos clientes adinerados, se trasluce con tanta claridad como si las palabras estuvieran escritas con sangre. El

lector percibe que la presencia de un periodista de *Outside* como cliente en la aventura comercial más desafortunada del Everest no fue una simple coincidencia.

Aquel día, lejos de tratar de «cumplir sus propias ambiciones», Bukreev fijó cuerdas en el Escalón Hillary para sus clientes al descubrir que los sherpas no lo habían hecho; previó los problemas que sobrevendrían cuando los clientes retornaran demasiado tarde al campamento, verificó que había otros cinco guías en la montaña y descendió al Collado Sur para estar lo suficientemente descansado e hidratado como para poder hacer frente a una emergencia. Para entonces, Bukreev había ascendido al Everest tres veces sin utilizar oxígeno. Su rendimiento a gran altitud, a menudo solo y en condiciones extremas, no tenía parangón. Había escalado el Manaslu en invierno, el Dhaulagiri en 17 horas, el Makalu en 46 horas, y había atravesado en un solo intento las cuatro cumbres de más de 8000 metros de altitud del Kangehenjunga, por no citar aquí más que unas cuantas de sus ascensiones. Cuando supo que había un grupo de escaladores perdidos en medio de la tormenta y en la oscuridad, realizó varias incursiones solo y en plena noche para rescatar a tres personas que se hallaban próximas a la muerte. Ningún otro cliente, guía o sherpa fue capaz de reunir suficiente fuerza y valor para acompañar a Bukreev cuando éste fue de tienda en tienda pidiendo ayuda.

A última hora del día siguiente, Bukreev ascendió de nuevo en solitario hasta la altitud de 8350 metros, ante la pequeña probabilidad de salvar la vida a Scott Fischer, a quienes los sherpas habían visto por última vez tendido en la nieve y en estado de coma. Entretanto, la revista *Time* preparaba un relato sensacionalista de tres páginas narrando la tragedia, basándose en los informes que recibía a través de fax y teléfono por satélite desde la montaña. En este relato ni siquiera aparecía el nombre de Bukreev.

El 16 de mayo, después de descansar sólo dos días en el Cwm Occidental mientras los helicópteros, sherpas y otras expediciones ayudaban a evacuar a los supervivientes, Bukreev partió solo para escalar el Lhotse, utilizando un permiso obtenido por Fischer para guiar la ascensión a esta montaña después del Everest. Si Fischer hubiera sobrevivido indemne, casi con seguridad habría pasado por alto el Lhotse y habría acompañado a sus clientes de vuelta a Katmandú.

En *EVEREST 1996*, Bukreev revela sus ideas como guía profesional, pero mantiene un telón de acero en torno a su propia personalidad. Con clásica reticencia rusa, se abstiene de ser jactancioso, no menciona su licenciatura en ciencias físicas ni tampoco pide disculpas por haber realizado en la montaña acciones que otras personas juzgaron egocéntricas y poco atentas. Responde a un severo rapapolvo de Scott Fischer aduciendo que no le había quedado claro que «charlar con los clientes y mantenerlos contentos centrándose en su felicidad personal» fuera tan importante como concentrarse en los detalles que traerían consigo la seguridad y el éxito. A diferencia de Krakauer, Bukreev teme admitir aquellos fallos humanos que pudieran granjearle las simpatías de sus oyentes o de sus compañeros de escalada, y sólo aparta su armadura lo suficiente para reconocer que a veces es una persona difícil.

A pesar de la apasionada prosa de DeWalt y de que la edición incluye la transcripción de las entrevistas realizadas a Bukreev, *EVEREST 1996* no alcanza a mantener la soberbia calidad narrativa que ha convertido *Mal de altura* en un éxito literario a la cabeza de la lista de *bestsellers*

del *New York Times*. Pero, aunque carece de la estructura cuidadosamente coreografiada y de las caracterizaciones insuperables de *Mal de altura*, el libro de Bukreev y DeWalt obliga al lector a pensar en lugar de aceptar pasivamente un puñado de respuestas en su sillón.

Bukreev evita la tendencia de Krakauer a concentrarse en la idiosincrasia de sus compañeros y sencillamente los acepta tal y como se muestran y los toma por quienes son en la montaña. Consigue su propósito sin realizar caracterizaciones más completas porque la mayor parte de los lectores están ya muy familiarizados con los diversos «actores» y con el escenario básico, tanto por la obra *Mal de altura* como por la multitud de relatos publicados en los diversos medios de comunicación.

Escribir acerca de una persona contribuye invariablemente a ensalzarla o a devaluarla. Tanto Bukreev como DeWalt pecan de ensalzar a aquellos que intentan el Everest, en tanto Krakauer atrae al lector hacia asunciones periodísticas que borran el heroísmo del mapa del Himalaya, con la misma seguridad con la que el periodismo moderno niega la grandeza de los presidentes de estado.

Un guía de enorme experiencia me confesó en una sobremesa que *Mal de altura* le había encantado, y se sentía en cierto modo disgustado por no haberse detenido nunca a cuestionarse las conclusiones de Krakauer hasta que leyó a Bukreev, quien hablaba su propio lenguaje y expresaba sus propios pensamientos. Se sintió fuertemente identificado con los comentarios personales de los guías y con el dilema de ser un «tipo agradable» pendiente de cualquier necesidad de su cliente, frente a tener que guiar a esta persona hacia la Zona de la Muerte, donde su supervivencia dependerá de su capacidad de mantenerse en marcha por sus propios medios. DeWalt incluye tres páginas especialmente fascinantes, que narran en primera persona los pensamientos íntimos del cliente Lou Kasischke a la hora de tomar la dolorosa decisión personal de dar media vuelta sobre sus pasos en el día de cumbre.

El «circo» mediático en torno a la tragedia del Everest parece ser un fenómeno posmoderno americano. En el Himalaya ha habido anteriormente muchas tragedias que se han cobrado vidas de escaladores, pero éstos no han sido americanos, o no han sido clientes que hayan pagado hasta 65 000 dólares por persona, ni presentaban informes diarios por Internet, ni llevaban a un periodista en misión escalando con ellos, ni los medios de comunicación difundieron la conversación telefónica de un hombre agonizante con su esposa. Así fue como la lamentable muerte de cinco escaladores en el Everest, el día 10 de mayo, degeneró desde una tragedia real, marcada por el heroísmo y la compasión, hasta un verdadero *reality show*, en el que ningún participante escapa a la crítica. Teniendo en cuenta el modo en que la revista *Outside* movía indirectamente los hilos de los medios de comunicación (del mismo modo que la televisión en directo influyó sobre el tribunal del juez Ito) no es de extrañar que la justicia y la dignidad quedaran relegados a un segundo puesto, frente al valor de entretenimiento que podían ofrecer los sufrimientos de ciertos montañeros bienintencionados. Para gran parte del público, es el propio montañismo de alta cota el que se ha visto sometido a prueba. Este podría ser, tal vez, el significado más duradero de *EVEREST 1996*.

Todas las motivaciones son importantes. Si, como sugiere Krakauer, las personas que hoy día

escalan el Everest (incluyéndose graciosamente así mismo) lo hacen por razones cuestionables, entonces nuestra ocupación está en un verdadero aprieto. Tal y como escribió en 1930 Eric Shipton después de varias tentativas en esta montaña, «La ascensión del Everest, como cualquier otro empeño humano, sólo debe ser juzgada por el espíritu con el que se intenta..., Escalemos las montañas no porque otros han fracasado, ni porque sus cumbres estén a ocho mil metros por encima del mar, ni henchidos de fervor patriótico por el honor de una nación, ni por publicidad barata. No las atacemos con un ejército, anunciando en la radio a un mundo ansioso de sensaciones la noticia de nuestra partida y los detalles de nuestra progresión en ellas».

La atracción que la historia de 1996 en el Everest ha despertado en las masas está relacionada con la clara violación de todos y cada uno de los dogmas que Shipton sostuvo hace más de medio siglo, en una nueva era en la que la culpa es de Dios.

Galen Rowell *American Alpine Journal*, 1998



ANATOLI BUKREEV. Anatoli Nikoláyevich Bukréyev, transcrito en los medios anglófonos como Bukreev, (16 de enero de 1958, Cheliábinsk, 25 de diciembre de 1997, Annapurna) fue un escalador kazajo que realizó siete ascensiones a ochomiles sin ayuda de oxígeno suplementario. Tenía el título de Máster de Deportes de Alta Montaña (1991).

Bukreev, a pesar de su gran nivel, era relativamente desconocido en la comunidad montañera internacional hasta la temporada de escalada de primavera de 1996 en el Monte Everest, donde doce personas murieron en una de las mayores tragedias en la historia de esta montaña. En su libro *The Climb* (publicado en España como *Everest 1996*), Bukreev cuenta su experiencia de ese día, contrarrestando las críticas sobre este suceso vertidas en el libro de Jon Krakauer, *Into Thin Air* (publicado en España como *Mal de altura*).

Notas

[1] N. de la T.: Disminución de la concentración de oxígeno en la sangre. <<

[2] Las expediciones al Everest cambiaron en los últimos años. Sus organizadores, que hasta entonces se habían concentrado en captar el patrocinio oficial o de empresas privadas, empezaron a volver sus miras hacia individuos con experiencia alpinística y buenas posibilidades económicas, que pudieran pagar por su participación. De esta realidad surgió el matrimonio entre el alpinista de alto nivel y el aficionado serio, con el propósito común de ascender a las cumbres más altas del planeta. <<

[3] Fischer tenía, sin embargo, las espaldas bien cubiertas. Poseía una amplia y sólida experiencia profesional, ya que había iniciado su educación alpinística a la edad de catorce años. Alumno de la *National Outdoor Leadership School*, de Wyoming, había adquirido reputación como instructor de escalada en roca y montañismo, y era bien conocido como guía de montaña sumamente cualificado, con un historial de muchas expediciones seguras y coronadas por el éxito. <<

[4] Al parecer, esta página ya no existe. <<

[5] En el mundo hay catorce cumbres de más de ocho mil metros. Ocho de estas montañas están en Nepal o se extienden dentro de su territorio. <<

[6] Unos pocos meses después de ser rescatado en el K2, Gary Hall murió en el Dhaulagiri víctima de un percance similar al que había sufrido en el K2. <<

[7] N. de la T.: Cumbre volcánica de EE. UU., en la Cordillera de las Cascadas, (4392 m). <<

[8] N. de la T.: La cima más alta de América del Norte (6134 m), situada en Alaska. <<

[9] Los crampones son unas plantillas de acero al cromo-molibdeno o similar aleación provistas de puntas afiladas y que se fijan a la parte exterior de la suela de las botas del escalador. Su uso es obligado a la hora de escalar cualquier pared de hielo y nieve. <<

[10] Ésta es una fórmula muy común para que un guía novicio adquiriera experiencia. También Bukreev inició de esta manera su propia carrera como guía. <<

[11] N. de la T.: «Crucero». <<

[12] Fischer, cuya filosofía privada daba prioridad a la experiencia personal, consideraba a Kruse de modo más benévolo. Fischer era de la opinión de que lo que cuenta en la montaña es llegar a donde cada uno pueda, y que la cumbre no es todo. <<

[13] Fischer había adoptado a Lopsang como amigo y protegido. Lopsang era fuerte, con una aptitud natural para la escalada a gran altitud, y Fischer le era muy leal. El joven sherpa contemplaba a Fischer como un amigo personal y un héroe, y trabajaba para él aunque éste pagaba menos que sus competidores. <<

[14] La doctora Hunt, de treinta años de edad, médico en Vermont, había sido invitada por Fischer para asistir a la expedición como médico del grupo y supervisora del campamento base. <<

[15] Nazir Sabir, que figuraba como guía en la publicidad de la expedición, se había retirado antes de la partida, aduciendo compromisos familiares. Fischer, que había querido contar con cuatro guías en la expedición, tendría ahora que conformarse con tres: él, Beidleman y Bukreev. <<

[16] Fischer continuaba explicando que, como medida de seguridad, el día de la cumbre habría una reserva de oxígeno de emergencia para el caso de que Bukreev decidiera hacer uso de esta forma de ayuda. <<

[17] En muchos aspectos, algunos amigos con los que Scott quería escalar le utilizaron para salvar sus problemas económicos. La generosidad de Scott y la lealtad que sentía hacia sus amigos eran cualidades bien conocidas en su círculo de amistades. <<

[18] El mal de altura o mal agudo de montaña provoca, en sus manifestaciones más benignas, síntomas como son las náuseas, trastornos del sueño, fatiga, dificultades respiratorias, malestar, mareos, pérdida de apetito, etcétera. Puede presentar otras dos formas más graves y con frecuencia mortales: el edema cerebral de altitud y el edema pulmonar de altitud. <<

[19] La expedición de *Adventure Consultants* de Rob Hall voló desde Katmandú a Lukla y desde allí comenzó su marcha de aproximación hacia el Campo Base del Everest. <<

[20] Término intraducible que refleja un concepto ruso, referido a la impresión del estado general de una persona a través de la combinación de los aspectos observables de su estado mental, físico y emocional. <<

[21] En cotas altas, la sequedad y la baja temperatura del aire pueden llegar a irritar los pulmones, que evidentemente prefieren la humedad y calidez de una playa del Caribe. Y una vez irritados, los pulmones se inflaman y encharcan con un fluido seroso que provoca tos pertinaz. <<

[22] Esta tienda, versión en pequeño de la tienda comedor del Campo Base fabricada en los Urales, había llegado por fin a Nepal y había sido inmediatamente enviada al campamento base. <<

[23] El proceso de la aclimatación difiere de unas personas a otras, y a pesar de que Bukreev y Fischer esperaban poder realizar el plan moviéndose con todos los clientes al mismo tiempo, comprendían que podría haber variaciones en las respuestas individuales al calendario proyectado, y se proponían seguir el programa con la necesaria flexibilidad. <<

[24] Pese a que los estudios médicos indican lo contrario, muchos escaladores siguen creyendo que el uso preventivo del Diamox favorece la aclimatación. <<

[25] Pronunciando «cum», nombre de un circo glaciar situado por encima de la Cascada de Khumbu. <<

[26] Posteriormente, una autoridad médica cuya opinión se consultó, estuvo de acuerdo en que la doctora Hunt hacía bien en preocuparse por un cliente que había mostrado excesivos síntomas de mal de altura y que había obtenido un resultado tan bajo en el test de saturación de oxígeno, pero también advirtió que los oxímetros de pulso son notablemente imprecisos. Otra autoridad médica ha llegado a decir que las personas que presentan problemas evidentes de adaptación a la altura y que además dan resultados sistemáticamente bajos en esta prueba, se arriesgan a una «siestecita bajo tierra» si insisten en tratar de ganar altura. <<

[27] Sin embargo la orden del Campo Base fue la de aplicar tratamiento farmacológico, porque los síntomas de Ngawang sugerían que no podría descender por su propio pie, pero las medicinas administradas no parecieron surtir efecto. Al día siguiente intentaron instalarle en una bolsa de Gamow, especie de saco que se infla en torno a la persona enferma y se llena con aire. Este procedimiento incrementa la concentración de moléculas de oxígeno, simulando un descenso a una cota más baja. <<

[28] Bromet había podido mandar algunos informes desde el Campo Base, después de llegar a un acuerdo para utilizar el teléfono por satélite que había en el Campo Base de la expedición de Mal Duff. <<

[29] N. de la T.: «Sneakers», como apodaron a Bukreev, significa «bambas» o «zapatillas ligeras», y se pronuncia de modo muy parecido a «Snickers» nombre de una conocida barra de chocolate y caramelo. <<

[30] En palabras de uno de los clientes de Fischer: «Hay una idea romántica en torno al Campo Base, como si allí la gente estuviera en una especie de estado de animación suspendida, como si fueran miembros de una secta espartana. Pero tal y como uno es en casa, así es en el Campo Base. Quien fuma en casa, fuma en el Campo Base. Quien en casa se toma un cóctel antes de cenar, también se lo toma en el Campo Base». <<

[31] Se llama así a una banda característica formada por losas sobrepuestas de roca caliza amarillenta. <<

[32] El anuncio de *Mountain Madness* decía que los clientes dispondrían de guía «para todas las tentativas de cumbre», lo que hacía pensar que podrían realizar más de un intento. <<

[33] N. de la T: En inglés, «Save yourself». El verbo *to save* significa «salvar» pero también «ahorrar, reservar». En este comentario, así como en el párrafo siguiente, Bukreev trataba de aconsejar a los escaladores americanos que «se reservaran» en el sentido de que ahorraran energía, consejo que ellos interpretaban en el sentido de «salva tu vida». <<

[34] Los astrónomos consultados acerca de la aparición de esta «estrella» dicen que no hubo ningún tipo de cuerpo celeste en aquel cuadrante del cielo, en el día y a la hora especificados. El cometa Hyakutake había desaparecido hacía tiempo de la vista. <<

[35] Bukreev creía que los siete sherpas que habían estado en el Campo IV con la expedición habían partido hacia la cumbre, ya que Fischer les había ordenado hacerlo así. Pero lo que Fischer y Bukreev no sabían era que, sin consultar con Fischer, Lopsang Jangbu había indicado a Pemba, uno de los sherpas a su cargo, que permaneciera en el campamento para recibir a los escaladores en su descenso. <<

[36] Krakauer se había hundido en la nieve justo por debajo del Escalón Hillary, precisamente en el tramo de la ruta que había quedado desprovisto de cuerdas fijas. <<

[37] Ver *Into Thin Air (Mal de altura)*. <<

[38] Es decir, los dos cartuchos «de seguridad» de Bukreev, que éste había dejado allí por no necesitarlos, junto con el «tercer» cartucho de Beidleman, que éste último no había recogido, dado que Bukreev le había dado el suyo en el Balcón. <<

[39] El hombre que Bukreev había encontrado era Beck Weathers, médico patólogo de Dallas, Texas, a quien Hall había indicado que no siguiera adelante a causa de los problemas de visión que había experimentado. Cuando Bukreev le encontró, Weathers llevaba esperando más de ocho horas a que le ayudara algún miembro de la expedición de Rob Hall. <<

[40] Pemba Sherpa había trabajado otras veces en expediciones al Everest. En 1994 había hecho las veces de «kitchen boy» (auxiliar de cocina) en el Campo Base. Nunca había estado por encima del Campo IV. <<

[41] Un corredor es una canal estrecha y con fuerte pendiente. <<

[42] «Ramasear» o descender «en ramasse» consiste en deslizarse por la nieve controladamente, agachado, en pie o sentado. <<

[43] Jon Krakauer no recuerda así las cosas. Dice que «él no ramaseó en ningún momento durante el descenso» y que, tal vez, Adams confundió a Yasuko Namba con él. Adams insiste en que se trataba de Krakauer. Así funciona la memoria a gran altitud. <<

[44] Dos de los seis sherpas de altitud de *Mountain Madness* no llegaron a la cumbre. Se volvieron desde la Cumbre Sur y estaban ya en el Campo IV. <<

[45] Krakauer creyó que Adams era Andy Harris, un guía de Rob Hall, y según Adams estaba «ordenándole que le prestara asistencia». <<

[46] N. de la T.: Se supone que Beidleman aludía con esta expresión al modo en que los perros nórdicos se acurrucan unos contra otros formando un montón, para defenderse de las tormentas.

<<

[47] En las cintas del «debriefing» (reunión informativa posterior a la expedición) del 15 de mayo de 1996 (ver nota de los autores), Adams indica que llegó al Campo IV sobre las 9:00 de la noche. En esas mismas cintas, la doctora Hunt dice haber recibido un mensaje por radio según el cual Adams había llegado a las 8:30 de la tarde. <<

[48] Bukreev no sabía que aquel día Weathers había sido encontrado con vida, tendido en la nieve en el Collado Sur. <<

[49] Bukreev se refiere aquí a «regulador». <<

[50] Esta descripción aparece en las cintas grabadas en la reunión de cierre de la expedición, celebrada el día 15 de mayo de 1996 en el Campo Base del Everest. <<

[51] El edema cerebral de altitud puede afectar a cualquier persona y en cualquier momento. Durante los primeros días de la expedición afectó al sherpa Ngawang Topche, que trabajaba en la expedición de *Mountain Madness*. Todos los esfuerzos que se hicieron por salvar su vida, incluso la evacuación en helicóptero hasta el hospital de Katmandú, resultaron inútiles, y Ngawang Topche murió al mes siguiente. <<

[52] Es preciso decir, que, desgraciadamente, Lopsang Jangbu no vivió lo suficiente para llegar a perdonarse a sí mismo la muerte de Scott Fischer. Menos de cuatro meses después del fallecimiento de su amigo, Lopsang murió en una avalancha mientras trabajaba en una expedición en el Lhotse. <<

[53] A finales de octubre de 1996, después de ascender al Shisha Pangma, Bukreev aceptó la oportunidad de viajar en el autobús de un grupo de escaladores de Kazajstán, que volvía de Tashkent hacia su lugar de residencia, en Alma Ata. Se cree que el conductor se durmió al volante mientras conducía a altas horas de la noche. El autobús colisionó lateralmente con un camión de transporte, y el flanco del lado izquierdo del vehículo —en el cual iba sentado Bukreev— resultó arrancado de cuajo. El conductor perdió su brazo izquierdo, y un joven escalador que iba sentado inmediatamente delante de Bukreev murió decapitado. <<

[54] El intento desde la vertiente norte fue abandonado a causa de las condiciones meteorológicas desfavorables. <<

[55] Bukreev había descubierto el cuerpo de Bruce Herrod, que pertenecía a la expedición sudafricana del *Sunday Times*, de Johannesburgo, y había sido dado por desaparecido en 1996. <<

[56] Bashkirov y Vinogradski dejaron de respirar oxígeno descendiendo al Campo V, y Bukreev, después de su llegada. Por la noche, Bukreev dijo: «Los asesores no han utilizado oxígeno... Esto no ha sido un problema para nosotros; hemos conservado bastante energía. La noche no ha sido terriblemente fría; no hacía viento».

<<

[57] Sagarmatha es el nombre que los nepalíes dan al Everest. <<

[58] La travesía Lhotse-Everest que Bukreev quería realizar junto con el italiano Simone Moro, fue interrumpida el 26 de mayo, cuando Bukreev y Moro ascendieron al Lhotse junto con otros ocho miembros de la expedición rusa que incluía a Vladimir Bashkirov. Éste último, amigo íntimo de Bukreev y asesor de la Expedición Nacional Indonesia al Everest liderada por Bukreev (1997), había escalado sin oxígeno. Al alcanzar la cumbre se desmayó, víctima del mal de altura. Bukreev se puso en contacto por radio con el campamento ruso más cercano y les pidió que subieran oxígeno. Inmediatamente dos rusos partieron hacia la cumbre con provisiones de emergencia, pero llegaron tarde. Vladimir Bashkirov murió en el Lhotse. <<